HOLLY RENEE



EL DESTINO DEL REINO

Phoebe


HOLLY RENEE
EL
DESTINO
DEL
REINO
Phoebe

HOLLY RENEE

EL DESTINO DEL REINO

Traducción de Silvia Barbeito



Phoebe

Título original: *The Rivaled Crown*

Primera edición: mayo de 2026

Copyright © 2025 by Holly Renee

© de la traducción: Silvia Barbeito Pampín, 2026

© de esta edición: 2026, Ediciones Pàmies, S. L.
C/ Monteverde
28042 Madrid
phoebe@phoebe.es

ISBN: 979-13-87787-28-8
BIC: FRT

Arte adaptado de cubierta: CalderónSTUDIO®
Ilustración de cubierta: Viki Lester, Forensics and Flowers

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público.

Índice de contenido

1. Capítulo 1
2. Capítulo 2
3. Capítulo 3
4. Capítulo 4
5. Capítulo 5
6. Capítulo 6
7. Capítulo 7
8. Capítulo 8
9. Capítulo 9
10. Capítulo 10
11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18
19. Capítulo 19
20. Capítulo 20
21. Capítulo 21
22. Capítulo 22
23. Capítulo 23
24. Capítulo 24
25. Capítulo 25
26. Capítulo 26
27. Capítulo 27
28. Capítulo 28
29. Gracias
30. Agradecimientos

Para Reagan, Ellie y Arizona.
Mis chicas dulces y poderosas.

1

VERENA

Un frío intenso y cortante me envolvió, robándome hasta la última pizca de calor. Temblaba, con el cuerpo pegado a la piedra húmeda y los músculos entumecidos por la dureza implacable de la superficie que tenía debajo. La estancia tenuemente iluminada parecía estar sumida en un frío glacial que se me metía en los huesos hasta hacerme daño. Incluso las cadenas que me ataban las muñecas parecían retener el frío, como si absorbieran el calor de mi piel hasta adormecerme los dedos.

Parpadeé lentamente, esforzándome por enfocar la vista. El espacio parecía a la vez vasto y sofocante, con sombras que se cernían sobre mí y se movían al incidir en ellas el tenue rayo de la luz del sol que se filtraba a través de una pequeña ventana enrejada en lo alto. El olor, espeso y rancio, a la humedad del hierro y del suelo me inundaba la lengua.

Me moví un poco y el sonido de mis cadenas provocó un fuerte estruendo que rompió el silencio. Un dolor agudo me recorrió los brazos porque las ásperas ataduras se clavaban en mi piel, en carne viva.

Tenía los hombros destrozados por la tensión constante de llevar atada lo que parecía una eternidad, aunque podían haber sido tanto solo unas horas como quizá días.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando intenté incorporarme apoyando la espalda contra la rugosa superficie de la pared de piedra. Mi cuerpo se rebelaba, tenso por el dolor, pero rechiné los dientes y me obligué a seguir adelante. El dolor era mejor que la paralizante sensación de impotencia que amenazaba con consumirme.

La puerta de hierro se alzaba ante mí, con la superficie manchada de óxido, como si hubiera guardado secretos durante siglos. La sala se me antojaba inquietantemente estancada, y el único movimiento que había en ella provenía de las motas de polvo que flotaban a través del provocador rayo de sol. Levanté la cabeza y clavé la vista en la estrecha ventana. Aunque hubiera

podido ponerme de pie, aunque mis piernas me hubieran sostenido, era imposiblemente alta. Otra prisión dentro de una prisión.

La desesperación amenazaba con apoderarse de mí, cerrándose a mi alrededor como un torno.

«Me estás haciendo perder el tiempo, Verena». La voz de mi padre acudió a mi memoria. *«Demuéstrame tu poder o desearás la muerte».*

Su voz siempre era un arma, más afilada que cualquier espada, que atravesaba mis defensas con facilidad. No gritaba nunca porque no le hacía falta. Su tono calmado mientras me destrozaba era más aterrador que su ira.

Quería que me derrumbara.

Una densa capa de silencio sofocaba el aire y se clavaba en mis oídos, permitiendo que mis pensamientos dieran más y más vueltas, cada vez más rápidas y más fuertes, hasta que se enredaban en una opresiva trampa.

«No vales nada».

«Una heredera sin poderes».

La duda se deslizó en mi interior como el susurro de una serpiente; sus palabras venenosas calaban en mis pensamientos y emponzoñaban mi determinación.

Cerré los ojos y busqué algo, a alguien, cualquier cosa que me mantuviera con los pies en la tierra.

Dacre.

Su rostro acudió con facilidad a mi mente, como si tuviera hasta el último detalle grabado en mi memoria: su cabello oscuro y rebelde, los ángulos marcados de su mandíbula, la intensidad tranquila y ardiente de sus ojos, la forma en que me miraba, como si me viera por entero, hasta las partes que le ocultaba al resto del mundo.

Imaginaba su roce, áspero pero cuidadoso, la forma en que sus curtidos dedos recorrían mi columna, tranquilizadores y firmes. Casi podía oír su voz, profunda y serena, que me tranquilizaba como nada más podía hacerlo. Se me aceleró el pulso y una oleada de calor intentó atravesar el hielo que se había instalado en mi pecho.

Él vendrá a por mí.

Tenía que hacerlo.

Pero la duda era como una sombra que se clavaba obsesivamente en mis pensamientos y se negaba a dejarme encontrar consuelo en las palabras a las que me aferraba con desesperación.

Aparté el recuerdo de él en el muelle, con las manos extendidas y el rostro desencajado por la rabia y la angustia. El sonido de mi nombre arrancado de sus labios, crudo y quebrado, mientras los guardias me llevaban a rastras lejos del barco que estaba destinado para los dos.

Un dolor agonizante, denso e insoportable se apoderó de mi pecho.

¿Adónde se lo habían llevado? ¿Qué cruel destino le esperaba a manos de aquellos marineros? ¿Qué les había pagado mi padre a cambio de la traición? ¿Qué recompensa les habría ofrecido para asegurarse de que nunca volviera a ver a Dacre?

Mi mente se aceleró con imágenes frenéticas, cada una más aterradora que la anterior, pero sabía que, donde fuera que se encontrara, estaba mucho más seguro que si hubiera estado conmigo.

Mi padre gobernaba mediante el miedo y el fuego. Yo había visto lo que les sucedía a los que se le oponían a él, y Dacre había hecho algo mucho peor que desafiarlo.

Me había ayudado a escapar. Yo había sido su enemiga, representaba lo que más odiaba y era una amenaza para todo lo que él defendía.

Y, aun así, me había elegido.

Incluso después de enterarse de la traición, después de descubrir mi verdadera identidad, después de todas las razones que le había dado para que me rechazara, me había protegido.

Y me había dado el arma más peligrosa de todas: la esperanza.

Parpadeaba dentro de mí, frágil y desquiciada, como la única brasa en la oscuridad.

Se me hizo un nudo en la garganta. El pánico se apoderó de mí, pero me aferré a esa brasa como alguien que se ahoga se aferra a un trozo de madera.

Dacre iba a ir a buscarme, me repetía una y otra vez, y esas palabras se convirtieron en una oración desesperada entre el miedo que me invadía.

Mis pensamientos eran un campo de batalla furioso, mi mente y mi corazón tiraban en direcciones opuestas hasta que sentí que estaba a punto de romperme en pedazos. Conservaba la esperanza de que él iba a ir a buscarme, pero también les suplicaba a los dioses entre susurros que lo mantuvieran alejado de este lugar.

Porque si se atrevía a acercarse, mi padre no iba a permitir que escapara con vida. Usaría a Dacre como una herramienta y lo sometería a un tormento implacable mientras me obligaba a mirar para destrozarme, para doblegar mi

voluntad hasta que cediera por completo, moldeándome para convertirme en lo que él deseaba desesperadamente que fuera.

Un sonido repentino rompió el silencio; el de unos pasos fuertes y decididos que se acercaban cada vez más.

El corazón me latía tan fuerte que podía sentirlo contra mis costillas, como si intentara escapar de su jaula. Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron mientras forzaba mi columna a enderezarse, cuadrando los hombros a pesar del fuerte tirón de mis ataduras.

La puerta de hierro emitió un crujido inquietante y sus bisagras oxidadas chirriaron al abrirse.

Entraron dos figuras altas, encapuchadas, con los rostros ocultos en las sombras proyectadas por la tenue luz.

Mi padre iba tras ellas, y su sola presencia llenó el ambiente como una humareda y me dejó sin aliento.

Una de las figuras encapuchadas dio un paso adelante.

—¿Es ella? —La voz era suave, femenina y calculadora. Se agachó y se echó hacia atrás la capucha.

Era hermosa. Sorprendentemente hermosa. El cabello blanco enmarcaba sus pómulos afilados y sus rasgos parecían esculpidos en mármol.

Pero fue la cicatriz irregular que le recorría la mandíbula lo que me llamó la atención. Era una marca antigua, de una herida mal curada que en su día había sido profunda.

Sus ojos eran de un blanco lechoso y se movían de derecha a izquierda como si no me estuviera viendo en absoluto.

Era todo un espectáculo.

Desvié la mirada a toda prisa y me fijé en la otra figura encapuchada, la que estaba envuelta en una capa de color negro intenso con el escudo de mi padre bordado con hilo brillante en el pecho. Estaban ahí, inmóviles, pero podía sentir sus miradas clavadas en mí.

Mi padre se acercó a la mujer, con la mano apoyada en la empuñadura de una daga.

—Sí. Es resistente. Un defecto que heredó de su madre.

La mujer se volvió hacia mi padre antes de volver a prestarme atención, y yo miré hacia mi padre con ira, con el corazón ardiendo de rabia.

—Interesante —ronroneó ella, y me recorrió de arriba abajo con la mirada —. Parece que tiene bastante más espíritu luchador del que insinuabas.

Extendió la mano y yo retrocedí instintivamente.

Me rozó la piel con los dedos y me recorrió una fuerte descarga de magia, fría e invasiva, que hurgó en mi mente como garras clavándose en la carne.

Arqueé la espalda involuntariamente y se me escapó un grito ahogado sin que pudiera evitarlo.

—Se está protegiendo —murmuró, impresionada—. Y con ganas.

—Esfuérzate más —espetó mi padre.

La mujer me clavó los dedos en las sienes, frunciendo el ceño en señal de concentración. Apreté los dientes, haciendo acopio de todas mis fuerzas.

La voz de Dacre susurró en mi mente y recordé su roce, sus promesas, su presencia; me aferré a esos recuerdos y me envolví en ellos como si fueran una armadura.

Un momento después, la mujer maldijo entre dientes, retiró la mano y se la puso en la frente.

—Su escudo es muy fuerte. No puedo atravesarlo.

El sudor le perlaba la frente; mi padre tensó la mandíbula.

—Déjanos solos.

La mujer se levantó, dubitativa.

—Tus métodos no funcionan. Estás debilitando su cuerpo, pero su poder…

—¿Cuánto poder puede tener esta cría? —Mi padre se remangó y un pequeño gemido se escapó de mis labios—. No ha tenido poderes hasta ahora, y seguirá sin ellos cuando termine con ella.

La mujer se dirigió a la salida con la otra persona encapuchada, pero al llegar cerca de la puerta vaciló.

—Dejadme pasar más tiempo con ella, majestad. No sé qué era antes, pero ahora no es impotente. No puedo usar mi visión si…

—No tenemos tiempo para tus delicadezas —masculló mi padre. Estiró la mano, la enredó en mis cabellos y tiró hacia atrás con tanta fuerza que un grito ahogado se escapó de mi garganta. Tensé los brazos contra las cadenas que me sujetaban y sentí una presión implacable en las articulaciones. Él se echó hacia mí y su aliento me rozó la piel—. Crees que has conseguido una pequeña victoria —murmuró con un tono engañosamente suave, aunque mortal—. Pero no es así. Eres débil, Verena… Igual que tu madre.

Se me aceleró el pulso y clavé la vista en los fríos ojos de mi padre, buscando algún indicio del hombre que una vez creí que era, pero lo único que quedaba de él era un gobernante frío y calculador, consumido por la codicia y la

amargura.

—Mi madre no era débil —logré decir entre dientes, con la voz temblorosa de ira.

Su sonrisa burlona se acentuó, distorsionando sus rasgos.

—No podía hacer frente a las exigencias de ser reina, ni podía darme un heredero adecuado para nuestro reino.

Apreté los puños y me clavé las uñas en las palmas de las manos.

—¿Y la nueva reina? —Me esforcé por arrancar esas palabras de mis labios resecos—. ¿Fueron también las exigencias de ser tu esposa las que la mataron?

Me dio una bofetada que no vi llegar. La fuerza del golpe me hizo tambalearme; se me nubló la vista y el sabor metálico de la sangre inundó mi boca.

—Tonta insolente —siseó. Las palabras brotaron de sus labios como veneno, envolviéndome con la intención de asfixiarme—. Serán mis exigencias las que sellarán tu destino también si no me das lo que quiero.

Dio un paso atrás y espiró bruscamente. Se recorrió la mandíbula con los dedos; era un movimiento calculado, como si se estuviera conteniendo para no recurrir a más violencia.

—No sé cómo darte lo que quieres —mentí, con la voz quebrada a pesar de mis esfuerzos. Los dos sabíamos la verdad. Él podía saborearla en el aire entre nosotros: era una verdad llena de un tácito desafío.

Sus ojos se oscurecieron, y pude ver la tormenta que había en sus profundidades antes de que su puño chocara contra mi sien.

Sentí una oleada de dolor detrás de mis ojos. El golpe me hizo caer al frío suelo de piedra y mis muñecas atadas se retorcieron dolorosamente bajo mi cuerpo. El impacto relampagueó en mis músculos magullados e inundó de dolor hasta el último de mis nervios.

Me zumbaban los oídos, y apenas pude distinguir la voz de la mujer que aún estaba junto a la puerta, al fondo de mi celda.

—Su majestad… —Le tembló la voz, y su tono estaba salpicado de miedo y preocupación.

Mi padre apenas le dirigió una mirada, pues mantenía sus ojos oscuros clavados en mí mientras daba vueltas a mi alrededor. Sus pasos retumbaron amenazadoramente en el diminuto espacio.

—¿Qué?

—No podré detectar su magia si apenas está viva.

Su sombra se cernía sobre mí, alargándose de forma siniestra bajo la tenue luz de las velas.

—Tienes dos días. —Le tembló la mano cuando la levantó para limpiarse la boca, dejando un rastro carmesí en su piel. No sabía si era su propia sangre, de sus nudillos partidos, o la mía—. Pero por ahora déjala —continuó, con un tono entre la ira y la decepción. Se volvió hacia mí, que yacía a sus pies como un juguete roto, y oré para que no viera las lágrimas silenciosas que resbalaban por mis mejillas—. Mi heredera preferiría morir guardando los secretos de esos rebeldes antes que arrodillarse ante el rey que ha pasado su vida protegiéndola de las crueldades de este mundo. —Soltó un brusco suspiro y se encogió de hombros como para sacudirse el peso de lo que yo había hecho—. Necesita tiempo para reflexionar sobre sus decisiones y las consecuencias que estas acarrean. —Se dio media vuelta y recorrió a zancadas el suelo de piedra hasta la salida.

Un fuerte golpe se oyó en toda la sala cuando la puerta se cerró de golpe.

Permanecí inmóvil, con la respiración entrecortada, esperando a que el dolor en las costillas se atenuara. El dolor era algo vivo, que me arañaba las entrañas y exigía mi rendición.

Cerré los ojos con fuerza y moví los labios en una silenciosa plegaria a los dioses a los que hacía mucho que había abandonado. La sala se tragó el tiempo y el silencio se alargó, sofocante.

La oscuridad se deslizó en la estancia y envolvió mis costillas con sus dedos helados. Mi respiración se volvió más lenta, más laboriosa.

Entonces escuché el susurro de un movimiento, un cambio en el aire, y abrí los ojos de golpe.

La puerta estaba entreabierta y la luz parpadeante de la antorcha proyectaba sombras extrañas contra la pared.

Me tensé. Había alguien allí.

Apreté los puños.

—¿Quién anda ahí? —pregunté, con la voz ronca y quebrada, pero no hubo respuesta. Recorrí con la mirada todos los rincones de la estancia, con el pulso latiéndome con fuerza en las venas—. ¡Sal! —exigí, aunque mi cuerpo estaba demasiado débil como para defenderse si querían hacerme daño.

Hubo otro movimiento fugaz y una sombra salió de la oscuridad.

Me quedé paralizada; el instinto me gritaba que retrocediera, pero no tenía ningún sitio a donde ir.

Entonces escuché una voz familiar.

La figura, aún envuelta en un manto negro, se acercó lentamente a mí, ocultando su forma y sus rasgos bajo la capa.

—Tienes aún peor aspecto de lo que esperaba.

La capucha cayó hacia atrás y reveló un rostro que pensaba que no iba a volver a ver.

Unos cálidos ojos marrones, amables y llenos de algo que no podía nombrar, se encontraron con los míos.

Un sollozo se apoderó de mi garganta de forma espesa e insoportable.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, con la voz ronca por la incredulidad.

—He venido por ti, Nyra —murmuró, usando el único nombre por el que me había conocido.

Micah.

2

DACRE

En el barco no dejaba de escucharse un coro incesante de crujidos y gemidos, como un redoble de tambor que se hiciera eco de mi fracaso. Las olas se estrellaban contra el casco, martilleando sin cesar, igual que la cruel verdad: no había podido proteger a Verena.

Los grilletes de hierro se clavaban en mis muñecas, dejando marcas rojas que me escocían con cada movimiento. Pero el dolor que sentía era lejano, un simple ruido de fondo en mi mente.

Lo único que importaba era ella.

La imagen de los guardias llevándose a rastras a Verena, con el rugido de las olas ahogando el sonido de sus gritos desesperados, se quedó grabada a fuego en mi retina. Su nombre fue lo último que pronuncié antes de que me silenciaran a la fuerza con una mordaza, como si intentaran romper el vínculo que nos unía.

Pero fracasaron.

Encogido en el rincón más alejado de mi celda, el espeso hedor del agua salada y los cuerpos sin lavar se me pegaba como una segunda piel. El aire húmedo era sofocante y me obligaba a respirar de forma superficial.

Me encogí de hombros, derrotado, y me apoyé contra los fríos barrotes de hierro.

Fuera, una luz se balanceaba de un lado a otro, proyectando una luz dorada que bailaba sobre las rugosas paredes de madera. Pero a pesar de sus esfuerzos por iluminar la oscuridad, solo conseguía hacer más profundas las sombras en mi mente.

Repetía los acontecimientos de ese día una y otra vez en mi cabeza. Debí haber luchado más. Haber sido más inteligente. Debí haber hecho algo, cualquier cosa, para evitar que se llevaran a Verena.

Pero en cambio, allí estaba yo, atrapado en esa miserable celda, a bordo de ese maldito barco, mientras ella… Dioses, no podía ni imaginar los horrores

que estaba soportando.

Apreté los puños con fuerza y me clavé las uñas en las palmas de las manos como los fríos grilletes de metal se clavaban sin piedad en mi piel. Su rostro me perseguía incluso cuando cerraba los ojos. El dolor que sentía en el pecho era abrumador, una mezcla de culpa y rabia que me dificultaba respirar. Pero más que eso, era el vacío que dejaba su ausencia lo que me pesaba, un recordatorio constante de lo que había perdido y de lo que había permitido que me arrebataran.

Era como si pudiera sentirla físicamente a través del delicado y desconocido vínculo que nos unía. Un débil eco de su sufrimiento calaba en mi ser, como un susurro lejano que rozara los confines de mi mente. No era más que una sensación, un cruel truco de la desesperación, pero me aferré a ella de todos modos.

—Verena —susurré su nombre, que escapó de mis labios como una súplica.

Rechiné los dientes y me obligué a incorporarme. No podía quedarme allí más tiempo mientras ella estuviera ahí fuera, herida, sola y a merced de su cruel padre. Ese pensamiento provocó una oleada de furia en mi interior y acabó con el entumecimiento que se había apoderado de mis miembros, encendiendo una feroz determinación en mí.

El guardia apostado fuera de mi celda era un hombre corpulento y bruto, que estaba cruzado de brazos y se aferraba a una daga deslustrada. Se apoyaba contra las húmedas paredes de madera, con los ojos entrecerrados y la mirada perdida, como si la monotonía de su trabajo le hubiera embotado la mente.

Me puse de pie sobre el suelo húmedo y me agaché con expresión inquieta mientras escudriñaba el estrecho pasillo más allá de los barrotes de hierro. El barco se balanceaba y se mecía bajo mis pies, y el incesante choque de las olas contra el casco enmascaraba cualquier sonido que yo hiciera.

El plan que estaba tomando forma en mi mente no era perfecto. Ni siquiera era bueno. Pero era todo lo que tenía.

Las frías y pesadas cadenas que rodeaban mis muñecas tintinearon cuando las moví para comprobar su peso y tensión. Me dejaban la libertad justa para moverme, la suficiente para ser útiles.

—¡Eh! —exclamé, con la voz ronca y áspera por la falta de uso y de agua.

Al principio no reaccionó, y siguió con la mirada fija en algún punto lejano. Pero cuando volví a llamarlo, esa vez más alto, se volvió por fin hacia mí con expresión de fastidio.

—Cállate —masculló, aferrándose a la daga con más fuerza.

No me callé.

Me apoyé con indiferencia en los barrotes metálicos de mi celda y lo observé con cara aburrida.

—Estoy enfermo —anuncié, poniéndome las manos sobre el estómago—. Creo que se me han infectado las heridas.

No era del todo mentira. Mi cuerpo parecía estar luchando contra sí mismo, suplicando ser curado.

—Vas a tener que esperar hasta que lleguemos a tierra, y aún quedan días para eso. El rey ordenó que te lleváramos lo más lejos posible de su reino y de su heredera, y llevamos menos de un día en el mar, chico. —Pude ver cómo se tensaban los músculos de su mandíbula al apretar los dientes, y cómo su mano se aferraba con más fuerza a su daga oxidada. *Acércate.* Me agaché aún más, gimiendo hasta que él maldijo entre dientes—. El rey te quiere vivo —siseó—. Quiere que te interrogue el capitán. Quiere que te torturen hasta que chilles como un cerdo y lo cuentes todo sobre tu querida rebelión. —Dio un paso agresivo hacia mí, con la daga apuntando en mi dirección—. El rey da generosas recompensas cuando consigue lo que quiere. Enséñame tu herida. —Cambié el peso de un pie a otro, listo para atacarlo tan pronto como estuviera a mi alcance. Los latidos de mi corazón parecían retumbar en las paredes de mi celda y en mis oídos—. Enséñame tu herida —repitió en voz baja y amenazante, acercándose a los barrotes.

Antes de que pudiera reaccionar, me abalancé sobre él. Las pesadas cadenas que rodeaban mis muñecas traquetearon cuando las enrosqué alrededor de su grueso cuello y tiré con todas las fuerzas que me quedaban.

Su daga cayó al suelo con un ruido metálico; él soltó un grito ahogado y sus manos se lanzaron a por las cadenas para intentar librarse de ellas.

El barco se balanceó violentamente e hizo que los dos trastabilláramos. Me agarré con fuerza a las cadenas, utilizando los barrotes como palanca mientras seguía tirando.

Él se resistía, jadeando desesperadamente y clavándome las uñas en las muñecas mientras intentaba soltarse de las cadenas.

Volví a tirar hasta que su cuerpo se sacudió una vez, dos veces, antes de quedarse flácido. Lo dejé caer al suelo sin dudarlo, sin piedad.

Me arrodillé y busqué frenéticamente las llaves en su cinturón. Mis dedos temblorosos finalmente encontraron un llavero de metal frío y lo saqué.

La primera llave no encajó, y tampoco la segunda.

Se oyeron pasos en la cubierta de arriba. Maldije entre dientes, tanteando las llaves, y casi las dejé caer.

Ahora no. Estoy muy cerca.

Finalmente, al tercer intento, sentí un satisfactorio clic cuando la llave giró en la cerradura y los grilletes se desprendieron de mis doloridas muñecas con un sordo ruido metálico.

Espiré bruscamente, ignorando el dolor de mis muñecas, y metí una de las llaves en la cerradura oxidada de la puerta de la celda. Con cada intento, el peso parecía aumentar, y maldije mientras buscaba en el pasillo alguna señal de que alguien me hubiera oído. Las bisagras chirriaron en señal de protesta cuando giré la siguiente llave y oí el clic de la cerradura al abrirse.

Lenta y cuidadosamente, empujé la pesada puerta hacia fuera y su borde oxidado rozó el suelo.

El pulso me retumbaba en los oídos cuando le eché un vistazo al guardia, que todavía estaba desplomado, con el rostro flácido por la inconsciencia. No estaba muerto, pero casi.

El pasillo daba vueltas y giros, y estaba lleno de rollos de cuerda, aparejos de pesca desechados y herramientas oxidadas. El barco se balanceaba bajo mis pies y el murmullo de voces procedentes de arriba se filtraba a través de las tablas de madera del techo.

Me mantuve en las sombras; mis pies apenas hacían ruido contra las húmedas tablas del suelo. Calculaba cada paso y medía cada respiración.

Las escaleras se alzaban ante mí, empinadas y estrechas. En lo alto, titilaban las tenues luces de las antorchas y, más allá, la libertad. Una oleada de determinación me recorrió la columna vertebral.

No iba a morir ahí.

Di el primer paso. Luego otro. Cada crujido de la madera bajo mis pies hacía que mi pulso se acelerara, cada sonido era una amenaza.

Las voces de arriba se hicieron más claras.

—El capitán quiere que nos dirijamos al este por la mañana.

—Deberíamos estar en el próximo puerto en…

Las palabras se interrumpieron cuando el barco dio una sacudida repentina y violenta.

Mierda.

Me lancé contra la pared y dejé que las sombras me envolvieran cuando un

par de botas aparecieron en lo alto de las escaleras.

El hombre murmuró algo, ajustándose el cinturón mientras bajaba.

Más cerca.

Intenté alcanzar mi poder, pero estaba demasiado débil. Mis fuerzas se me escapaban de tal manera que no me quedaba nada para mi magia.

En cuanto estuvo a mi alcance, ataqué.

Levanté el brazo para agarrarlo por el cuello. Abrió los ojos de par en par cuando lo empujé y perdió el equilibrio en los escalones desiguales.

Apenas tuvo tiempo de soltar una maldición antes de que le golpeara la cabeza contra la barandilla. Una vez. Dos veces. Se desplomó.

Lo agarré por el cinturón y lo bajé por las escaleras lo más silenciosamente que pude antes de dejarlo junto al guardia inconsciente. No había tiempo para buscar armas. No había tiempo para precauciones. Subí los escalones de dos en dos.

El aire frío del mar me hirió como un cuchillo en cuanto llegué a la cubierta superior; la sal y el viento casi me desgarraban la piel.

La oscura extensión del mar se abría en todas direcciones, infinita e implacable. La luna brillaba en lo alto y su luz plateada se reflejaba en las olas ondulantes, proyectando sombras inquietantes y cambiantes por toda la cubierta.

Dos miembros de la tripulación estaban cerca de la barandilla, de espaldas a mí, absortos en una conversación en voz baja.

Me moví rápido, silencioso, letal.

Mis dedos rozaron una cuerda enrollada cerca del mástil y la desprendí con un movimiento fluido. El primer hombre se dio la vuelta y frunció el ceño.

—Eh…

Me abalancé sobre él, golpeándole con el hombro en el pecho antes de que pudiera terminar de hablar.

Él tropezó y chocó contra el otro miembro de la tripulación y los dos perdieron el equilibrio. Sus espadas estaban a medio desenvainar cuando yo ya estaba en movimiento.

No les di ninguna oportunidad.

El primero se echó sobre mí y yo me agaché y le di un codazo en las costillas antes de derribarlo con una patada.

El segundo hombre fue más rápido; su espada silbó en el aire y me pasó rozando el cuello.

Lo agarré de la muñeca y le di un rodillazo en el estómago. Él soltó una maldición cuando le arranqué la espada de las manos y le golpeé la sien con la empuñadura.

Se derrumbó.

Me volví hacia el primer hombre, que se estaba poniendo en pie a duras penas.

Demasiado lento.

Le clavé la espada robada en el muslo. Dejó escapar un grito ahogado y sus piernas se doblaron bajo su peso al desplomarse contra la cubierta. No me quedé a ver cómo caía.

Las cuerdas.

Agarré el ovillo más cercano, con el corazón latiéndome con fuerza, até un extremo a la barandilla y lancé el otro por la borda.

Abajo, una pequeña balsa salvavidas se balanceaba violentamente, con las cuerdas tensas mientras luchaba contra el embate de las olas.

Me asomé por la barandilla, con los ojos irritados por las salpicaduras de agua salada. Pasé la pierna por encima y me apoyé en la madera resbaladiza. Oí un grito a mis espaldas.

Me impulsé y caí en picado hacia la balsa que me esperaba abajo.

La balsa se balanceó con fuerza cuando golpeé el fondo y el impacto me dejó sin aliento.

Apenas tuve tiempo de sentir el dolor antes de volver a moverme.

El barco se alzaba sobre mí, y se oían gritos alarmados y botas pisoteando la cubierta.

Busqué mi espada y la agarré con fuerza. La última cuerda aún mantenía amarrado la balsa salvavidas. Tenía que cortarla.

Me afané para rajar las gruesas fibras, pero la espada resbalaba contra la cuerda húmeda y desgastada por el mar.

Vamos.

Una sombra pasó por encima de mí, y levanté la vista justo cuando el capitán se asomaba por la barandilla, con los ojos desorbitados por la furia.

—¡Detenedlo!

Más gritos. Más movimiento.

La espada que sostenía se clavó más profundamente y cortó la mitad de la maroma.

La balsa se balanceó violentamente bajo mis pies cuando otra ola la golpeó y

me salpicó con la fría agua del mar.

Se oyeron pasos atronadores arriba.

Ya casi lo había conseguido. Otro corte…

La cuerda se rompió.

La balsa se balanceó, se soltó del barco y surcó las agitadas aguas. El impacto me hizo caer de espaldas contra el banco de madera y sentí un dolor agudo en las costillas, pero no dejé de moverme.

Arriba, la tripulación corría de un lado a otro y sus voces se oían cada vez más lejanas a medida que la balsa salvavidas se alejaba más y más. El mar me había reclamado.

La sal me escocía en la piel y el viento gélido no paraba de aullar mientras luchaba por mantener el equilibrio. Las olas eran implacables, chocaban contra la pequeña embarcación y la sacudían.

Pero yo era libre.

Agarré los remos; mis músculos protestaban cada vez que los hundía en el agua y cada palada era como fuego en mis miembros agotados.

Verena.

Solo su imagen permanecía firme como un faro en la tormenta.

El tiempo perdió su sentido. El cielo se oscureció y luego volvió a aclararse. Las horas se alargaban y tenía el cuerpo entumecido por el cansancio, y mi mente estaba tan turbulenta como el mar. El miedo, los remordimientos y una esperanza absurda se agitaban y se removían en mi cerebro, amenazando con consumirme.

Su nombre sonaba una y otra vez en mi mente, un susurro contra el rugido del mar.

Había un frágil hilo que me unía a ella, y me aferré a él mientras remaba con más fuerza.

Me obligué a concentrarme en los detalles de su rostro: las delicadas pecas que bailaban en sus mejillas, la calidez de su sonrisa cuando compartió conmigo la historia de su madre… Repetí una y otra vez en mi mente los votos que pronunciamos en su historia.

Cada palabra tenía un peso y una promesa que aún perduraban.

Hasta que las aves marinas comenzaron a volar sobre mi cabeza y una delgada línea de tierra apareció en el horizonte.

El alivio cayó sobre mí como si hubiera recibido un puñetazo en el pecho, aturdidor y abrumador.

Seguí adelante, volcando las últimas reservas de mis fuerzas en cada golpe de remo.

La costa se acercaba, y podía ver los acantilados irregulares elevándose desde el mar como centinelas.

Y entonces oteé unas cuantas figuras alineadas en la playa, y me invadió la inquietud.

Mi padre seguía buscándome. Mi padre, a quien había traicionado para salvarla. Había traicionado a mi gente, pero no tenía otra opción.

El barco rozó la arena. Salí tambaleándome, con las piernas a punto de fallarme al pisar tierra firme.

—¡Dacre!

La voz se escuchaba a lo lejos, pero aun así me resultaba muy familiar. Levanté la cabeza, con la vista nublada.

Los pasos en la arena se escucharon más altos hasta que estuvieron justo a mi lado, y unas manos me agarraron por los hombros. La arena se movió bajo mi peso cuando intenté enfocar la cara que tenía delante.

Kai.

Me estaba hablando, pero no podía entender las palabras. Y entonces oí otra voz.

—La encontraremos.

Wren.

Intenté levantarme, intenté hablar.

—¿Dónde está?

Pero el mundo se tambaleó y me envolvió la oscuridad, y lo último que escuché fue la voz de Wren haciendo eco en el vacío.

—La encontraremos.

3

VERENA

El dolor me recorría el cuerpo como un ser vivo, arañándome los confines de la mente, atormentándome con su insistencia, que no dejaba sitio para pensamientos coherentes. Incluso el suelo de piedra rugosa bajo mis pies parecía conspirar contra mí, con sus bordes irregulares clavándose en mi cuerpo magullado y maltrecho.

Intenté inspirar hondo, pero mis costillas gritaron en señal de protesta.

Una tos seca y áspera escapó de mi garganta, y el sonido retumbó en la cámara, burlándose de mi debilidad. Hacía días que no me daban agua.

Días desde que Micah había visitado mi celda.

Días desde que temí haber imaginado a mi amigo.

Cada inspiración era una lucha; cada espiración sabía a hierro.

Él no va a doblegarme.

Repetía desesperadamente esas palabras en mi mente, aferrándome a ellas como a mi último hilo de esperanza, pero incluso ese hilo se estaba deshilachando, al igual que los límites del control de mi padre.

Cerré los ojos y apoyé la frente contra las rodillas, encogiéndome sobre mí misma. El hambre me devoraba el estómago y me nublaba la vista.

Me estremecí cuando la voz de mi padre atravesó el aire espeso y brumoso.

—Veo que sigues aferrándote a tu rebeldía. —Sus pesadas botas sonaban contra el suelo con cada paso deliberado y preciso. De repente, la sala se hizo pequeña, sofocante bajo su presencia—. Admiro tu determinación, Verena —dijo con desdén, con palabras que rezumaban desprecio. Me negué a mirarlo a los ojos porque sabía que eso solo iba a alimentar su ira. Pero podía sentir su mirada clavada en mí, diseccionando hasta la más mínima señal de debilidad. El ambiente se volvió más espeso cuando se cernió sobre mí y me preparé para lo peor. Sus dedos se cerraron alrededor de mi barbilla con crueldad y me obligó a levantar la cara. Unas sombras fracturadas se proyectaban sobre sus rasgos—. ¿Sabes qué es lo que más admiro de ti, mi querida hija? —preguntó

con una voz engañosamente suave—. Tu implacable terquedad. Apretó más fuerte, clavándome las uñas en la piel—. Es… inspiradora. —Me empujó hacia atrás y mi cabeza se estrelló contra la pared. Un grito ahogado se escapó de mis labios cuando el dolor se extendió por mi cráneo—. Pero la terquedad sin un propósito es inútil —continuó, paseándose como un depredador. Su voz se volvió más fría, más cruel—. Te aferras a una lealtad que solo te conducirá al desastre. ¿La ciudad oculta? —Hizo una pausa, esperando a que lo mirara—. La hemos encontrado.

El corazón me dio un vuelco en el pecho, latiendo con una intensidad que me provocaba náuseas.

—Mientes.

Él sonrió de forma lenta y calculadora. Estaba disfrutando con aquello.

—Te lo aseguro, Verena. Mi ejército es minucioso —dijo, burlándose de mi miedo—. Ni siquiera ese chico al que tanto deseabas proteger pudo detenernos.

—No. —Se me heló la sangre en las venas.

Mi padre se agachó, con los ojos brillantes de oscura diversión.

—¿No? —Ladeó la cabeza—. ¿Crees que miento? ¿Crees que están a salvo? —Se me entrecortó la respiración. *Está jugando contigo. No lo sabe. No puede saberlo*—. Dime, hija —murmuró, fingiendo ternura—. ¿Qué secretos valen la vida de aquellos a quienes dices querer?

Dacre.

Su rostro apareció en mi mente, y no estaba segura de si era la duda que mi padre intentaba sembrar o mi propia desesperación, pero habría jurado que podía sentirlo a través de ese vínculo invisible, una oleada de su anhelo susurrando a través de mí.

—No sabes dónde están —susurré.

—Quizás —dijo, enderezándose—. Pero ¿estás dispuesta asumir ese riesgo? —Las palabras se me clavaron en la piel como veneno—. Dame lo que quiero, Verena. —Su voz se volvió mortalmente serena—. Revela tu magia. Dime todo lo que sabes.

La estancia se estrechó y las paredes se cerraron sobre mí; sus amenazas me atenazaban la garganta como un cepo. Mi respiración se aceleró y se entrecortó aún más, y la duda carcomió mi determinación.

—No lo traicionaré.

—No tienes elección —masculló mi padre, rodeándome el cuello con la

mano. Jadeé, pataleando, arañando, luchando—. Ya los estás traicionando a todos. —Apretó y se me nubló la vista cuando mis pulmones se quedaron sin aire. Le arañé la muñeca, pero no me soltó—. Guarda tus secretos —espetó con desprecio— y morirán contigo. O acepta quién debiste ser siempre… —apretó más fuerte y sentí su aliento en mi oído— y les perdonaré la vida. —Me retorcí, desesperada, buscando cualquier cosa dentro de mí, mi magia, los restos de mi fuerza, pero no había nada—. La rebelión por la que luchan está muerta de todos modos, Verena. —La risa baja y amenazante de mi padre inundó la estancia, y, como si yo no fuera más que una muñeca rota, me dejó caer al suelo. Sentí una punzada de dolor en las costillas, y mis brazos, aún atados con cadenas, quedaron retorcidos bajo mi cuerpo, enviando sacudidas de agonía a través de mis hombros. Ahogué un sollozo, temblando mientras me acurrucaba sobre mí misma—. No te engañes pensando que tienes el control. —Sus botas rasparon la piedra al darse la vuelta—. La princesa de Marmoris. —Chascó la lengua, pero yo no levanté la vista—. Eres tan patética como tu madre.

Me mordí el labio y sentí el sabor de la sangre. *No vas a hacer que me derrumbe.*

—Disculpad, majestad. —Se oyó un suave crujido de la puerta de hierro antes de que un guardia entrara.

—¿Qué pasa? —preguntó mi padre, sin apartar la mirada de mí ni un segundo.

—Os esperan en la sala de guerra. Es urgente.

Apenas registré las palabras. Todavía estaba jadeando, temblando. Y entonces, el guardia salió a la luz. Era Micah.

El aliento se me congeló en los pulmones.

Se mantenía muy recto, vestido con el impecable uniforme de la guardia del rey, con cada pliegue y costura nítidos y precisos. El escudo del reinado de mi padre estaba cosido en el pecho de su chaqueta, brillando como una marca contra él. Era algo que no podía ser.

—La vidente… —ordenó mi padre, con voz impaciente—. Traedla a ver a la heredera de inmediato. El tiempo es esencial.

Micah asintió.

—Iremos a buscarla ahora mismo, majestad.

Mi padre se dio la vuelta para marcharse y clavó la vista una vez más en mí antes de desaparecer por la puerta. No respiré hasta que sus pasos se desvanecieron en el silencio.

Cuando finalmente lo hice, me dolían los pulmones.

Miré a Micah, buscando algún rastro del amigo que conocía, del chico en el que una vez había confiado, pero lo único que podía ver era el escudo en su pecho como la marca de su traición.

—¿Por qué estás aquí? —Tenía la voz ronca, áspera por gritar, por ahogarme, por luchar.

Micah tensó la mandíbula, dudó y habló por fin.

—No tuve otra opción. —Las palabras fueron tranquilas, pero pesadas, como un ancla que lo arrastrara hacia las profundidades—. Tu padre… —Se detuvo. Desvió la mirada y algo brilló en sus ojos: culpa, miedo, arrepentimiento—. Mi hermana… —Esas palabras apenas susurradas me helaron la sangre

Había pasado muchas noches escuchándole hablar de ella, de la hermana menor que le habían arrebatado de entre sus brazos la noche en que habían matado a sus padres. Lo único en el mundo que había querido proteger.

—¿Qué le hizo? —Apenas reconocí mi propia voz. Micah negó con la cabeza y se volvió hacia la puerta de la celda. Se me revolvió el estómago y el corazón me latió con fuerza contra las costillas—. ¿Qué quieres de mí?

Micah se volvió de nuevo hacia mí e hizo lo último que esperaba: se arrodilló ante mí y pasó su mano temblorosa por encima de mí, pero sin tocarme.

—Quiero ayudarte.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros, frágiles e inciertas. No las creí, y menos cuando se arrodillaba ante mí con ese uniforme, cuando mi padre había convertido en un arma a todas las personas con las que había entrado en contacto.

—¿Ayudarme? —pregunté en un susurro apenas audible—. ¿Cuántas órdenes de mi padre has seguido antes de decidirlo?

Micah se estremeció y apretó los labios en una delgada línea.

—Yo no he pedido esto.

Mi risa fue seca, sin humor.

—Y, sin embargo, aquí estás.

Micah tensó la mandíbula.

—¿Crees que yo lo elegí? —No le respondí. No creía que a ninguno de los dos nos fuera a gustar mi respuesta. Se produjo un largo silencio entre nosotros. Entonces, él suspiró—. Te he estado buscando desde el momento en que me enteré de que te habían arrestado.

—¿Qué?

Se pasó la mano por la cara.

—Nunca les habría dejado llevarme vivo si no hubiera estado buscando… —Se interrumpió, negando con la cabeza. El arrepentimiento se reflejaba en sus rasgos.

—Lo siento —susurré.

Entonces recorrió con la mirada mis moratones y mis cadenas, las señales del daño que me habían hecho.

—¿Por qué? —preguntó con voz hueca.

—Por mentirte. Por no decirte quién era de verdad. —Mi voz estaba cargada de culpabilidad. Las palabras salían de mis labios como piedras, cada una más pesada que la anterior—. Te merecías la verdad, Micah. Sobre todo.

La mirada de Micah volvió a la puerta abierta, como si esperara que alguien irrumpiera y se lo llevara a rastras. Luego se concentró en mí y vi el leve destello de desconfianza en sus ojos.

—Creía que luchábamos por lo mismo —murmuró. No había malicia en su tono, solo un cansancio profundo—. Creía que sabía quién eras.

Era una simple afirmación, pero me llegó directamente al alma.

—No podía decírtelo. —Se me hizo un nudo en la garganta al confesarlo—. No sabía en quién podía confiar. Ni siquiera confiaba en mí misma.

Sus hombros se tensaron, y vi el peso que acarreaba por mi culpa.

—Ya no importa —escupió, con el cuerpo temblando de tensión—. Ya no importa nada.

Me estremecí ante la amargura de su voz.

—Micah…

—Nadie vendrá a por ti, Verena. —Sus palabras fueron como un frío cuchillo que atravesó la bruma de mi esperanza. Era la primera vez que me llamaba por mi verdadero nombre. Sus ojos eran como el acero, penetrantes e inflexibles al encontrarse con los míos—. Ni siquiera aquellos a los que dejaste atrás. Nadie.

Sus palabras se retorcieron dentro de mi pecho.

—No lo conoces —logré articular, con la voz temblorosa por el miedo que no podía ocultar—. Él vendrá a buscarme.

La expresión de Micah no cambió, pero algo en sus ojos me revolvió el estómago.

—Quizás lo haga —murmuró—, pero ¿seguirás aquí para entonces?

Levantó la mano y extendió los dedos hacia mi mejilla. Un contacto en el que antes confiaba, pero mi cuerpo reaccionó con rapidez y me eché hacia atrás, pegándome contra la fría pared de piedra.

Micah se quedó paralizado y luego se quedó mirándome fijamente durante un largo rato. Como si quisiera decir algo más. Como si estuviera esperando.

Pero yo no podía darle lo que quería: ni perdón ni comprensión. Y menos cuando todavía me ahogaba su traición. Debió de verlo en mi rostro, porque apretó la mandíbula y se dio media vuelta.

—Volveré —murmuró por encima del hombro, con voz hueca—. Cuando pueda.

La puerta crujió. Micah agarró el pomo y la abrió, y ese mismo pánico espeluznante de siempre se apoderó de mí. En otro tiempo había querido muchísimo a Micah, había confiado en él cuando no me quedaba nadie en este mundo en quien confiar, y solía permitirme soñar con el día en que él y yo pudiéramos escapar juntos de este reino.

Pero habíamos vuelto exactamente al punto de partida: estábamos atrapados.

—Deberías huir.

Las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas.

Micah dudó y se aferró a los barrotes de hierro. Por un segundo, pensé que tal vez me iba a escucharme, pero entonces vi algo duro en su expresión.

—Huir ya no es una opción. —La puerta se cerró de golpe.

4

DACRE

Lo primero que oí fue el goteo rítmico y constante del agua al chocar contra la piedra cavernosa, y el sonido retumbó dentro de mi cráneo hasta que no pude distinguir si era real o si solo era mi propia mente volviéndose en mi contra. Abrí los ojos intentando adaptarlos a la tenue luz, con la cabeza latiéndome al ritmo constante del goteo.

El aire viciado y mohoso me dijo todo lo que necesitaba saber: estaba de regreso en la ciudad oculta, pero ya no era un líder, ni siquiera un soldado: estaba ahí como prisionero.

La ironía habría sido divertida si no hubiera sido por los grilletes de hierro que me sujetaban las muñecas. Intenté recurrir a mi magia, pero el hierro me quemaba la piel. Entonces, sí que era un prisionero.

Un sanador se arrodilló a mi lado, con las manos suspendidas sobre mi pecho. La sutil vibración de su magia hacía que me picara la piel, una sensación que era a la vez relajante y discordante, como la hoja roma de un cuchillo que se acercaba demasiado. Retrocedí instintivamente, y el movimiento me hizo gemir de dolor.

—No te muevas —ordenó con tono brusco. Me tragué la réplica que me llegó a los labios.

Intenté reconstruir todo lo que había sucedido, los últimos momentos que podía recordar. Había estado con Wren y Kai, sin apenas poder mantenerme en pie después de que me sacaran del mar. No habíamos llegado muy lejos. No estaba en condiciones de correr, mi cuerpo estaba débil por el agotamiento y tenía las manos destrozadas por aferrarme a los remos solo los dioses sabían cuánto tiempo. Incluso Kai había tenido dificultades para soportar el peso de mi cuerpo casi inconsciente.

Y él tampoco estaba en condiciones de enfrentarse a todos ellos cuando nos encontraron antes de que nos alejáramos de la costa.

En cuanto oí el susurro de cuerpos moviéndose más allá de la línea de

árboles, supe que nos superaban en número. Las antorchas se encendieron primero, iluminando a los rebeldes que se habían convertido en mi familia al salir de la espesa maleza para rodearnos. Eran nuestros hombres. Los hombres de mi padre. Y estaban allí para ayudarnos.

Wren se había puesto delante de mí, con el arco medio levantado a pesar de que le temblaban las manos. Kai ya había desenvainado su daga y adoptaba una postura tensa y protectora.

Pero todos sabíamos la verdad: no podíamos ganar esa pelea contra tanta gente y menos conmigo en ese estado.

Entonces él dio un paso adelante.

La luz del fuego iluminaba el rostro de mi padre, las profundas arrugas de su ceño fruncido, la sombría determinación de su mirada. Me había estado esperando y yo había sido demasiado débil para detenerlo.

Había logrado dar un solo paso, a pesar de las protestas de mi cuerpo, antes de que me alcanzara el primer golpe: un puñetazo rápido y preciso en el costado. Me había desplomado de rodillas, y el mundo se tambaleó a mi alrededor cuando el dolor llegó en oleadas.

A través de la neblina, oí a Wren gritar mi nombre. Oí el agudo choque del acero cuando Kai se defendió. Pero daba igual: mi padre no los quería a ellos y yo ya había perdido lo único que él necesitaba desesperadamente.

Todo lo que ocurrió después fue una nebulosa: el viaje de regreso, el peso de las cadenas, el frío de los túneles… Y en ese momento estaba ahí, sin Kai ni Wren.

Rechiné los dientes y apreté los puños mientras la magia del sanador latía en mi piel. Solo intentaba ayudarme; le daba igual que yo hubiera llevado a varios miembros de nuestra rebelión a su mesa para que los tratara. En ese momento, yo no era el hijo de su líder, solo era un prisionero más bajo su cuidado. Ya no era esa persona a quien él había respetado alguna vez.

—Tienes suerte de estar vivo —explicó, tenso.

—La suerte no tuvo nada que ver —respondí con voz ronca porque tenía la garganta seca y en carne viva.

El sanador resopló suavemente.

—Entonces, solo ha sido pura estupidez.

Sus palabras no contenían malicia, solo una familiaridad resignada. Le lancé una mirada aguda.

—¿Dónde está mi hermana? ¿Y Kai?

Me miró y dudó antes de hablar. Su magia vibraba con más fuerza al moverse sobre mis costillas.

—Tu padre no los ha acusado de traición. Ha reservado ese honor solo para ti.

—¿Están a salvo? —pregunté. Era lo único que me importaba.

—Sí. —Asintió—. Los dos estaban un poco maltrechos cuando los encontraron, pero están a salvo. Tu padre se limita a vigilarlos de cerca. Los interrogó sobre lo que sabían, pero no le dijeron nada.

Antes de que pudiera responder, el ruido sordo de unas botas retumbó en el pasillo; el sonido se acercaba con cada paso. Mis sentidos se pusieron en alerta máxima y mi cuerpo se tensó a pesar del dolor que me pedía a gritos que me quedara quieto.

La puerta se abrió con un chirrido siniestro.

El sanador ni se inmutó, y mantuvo la mano firme sobre mi pecho. El débil calor de su magia se desvaneció cuando se apartó, como si ya supiera que se le había acabado el tiempo. El ambiente cambió, se cargó con algo más pesado que un simple visitante.

Mi padre.

—Déjanos solos. —Sus palabras no eran una petición.

Sin dudarlo, el sanador obedeció y sus pasos se alejaron rápidamente por el pasillo. La ausencia de su magia dejó un frío vacío a su paso. Me obligué a levantarme apoyándome en los codos, rechinando los dientes por el dolor que me recorría el cuerpo.

Mi padre estaba delante de mí, cruzado de brazos y con una expresión decepcionada en el rostro.

—Así que —dijo por fin, con tono despectivo— el hijo pródigo ha vuelto. Arrastrando sus cadenas, nada menos.

Me senté lentamente, haciendo sonar los grilletes de hierro al moverme.

—Más te vale no haberle hecho daño a Wren.

—¿Me amenazas? —preguntó, adentrándose en la estancia—. Eso es muy atrevido para alguien que necesita mi ayuda.

Apreté los puños, obligándome a sostenerle la mirada.

—Estoy aquí porque tus hombres me han traído a rastras. No necesitaba tu ayuda.

Él soltó una risa seca y amarga.

—¿Y ahora qué? —Me miró de arriba abajo, como si estuviera evaluando los

daños—. ¿De quién necesitas ayuda ahora? —Rechiné los dientes para reprimir la respuesta que amenazaba con escapar de mis labios—. Se suponía que debías ayudarme a traer de vuelta a la heredera, que debías ayudarme a salvar a nuestro pueblo. —Negó con la cabeza—. Me has desafiado en todo momento y ahora esperas que yo arregle el desastre que has creado.

—Yo no he creado ningún desastre —le espeté, con tono acalorado—. Has sido tú. Se suponía que esta rebelión era por la libertad, por la justicia, pero lo único que haces es utilizar a la gente como peones, sacrificándolos por tu propia ambición.

Tensó la mandíbula y su expresión se contorsionó en una mueca de ira apenas contenida. Pero no respondió de inmediato; se acercó a la pequeña mesa de madera que había en una esquina y rozó ligeramente con los dedos el borde astillado, como si intentara calmarse.

—Hablas igual que tu madre.

Mencionarla fue como un puñetazo en el estómago, una herida que se negaba a sanar. Me obligué a respirar con calma, clavándome las uñas en las palmas de las manos.

—Ella creía en esta rebelión —dije, con voz firme a pesar de la furia que bullía bajo la superficie—. En lo que podía llegar a ser en vez de aquello en lo que tú la has convertido.

Entrecerró los ojos cuando su mirada se encontró con la mía.

—No finjas saber en qué creía —espetó—. Eras poco más que un niño cuando murió.

Me dolían los dientes de tanto rechinarlos.

—Y, sin embargo, recuerdo lo suficiente. —Bajé la mirada hacia mi cuerpo; todavía llevaba la misma ropa, cubierta de arena, suciedad y sangre seca—. Verena está de nuevo en manos de su padre. Madre nunca habría permitido que eso sucediera. —Su expresión se ensombreció, pero no dijo nada—. No la habría perseguido ni habría estado dispuesta a usarla como moneda de cambio. La habría protegido —insistí, con la voz cada vez más ronca.

Apretó los puños a sus costados.

—¿Crees que lo habría arriesgado todo por la heredera? ¿Que yo debería hacerlo?

—Sí —respondí sin dudarlo.

Su expresión se torció, y en sus ojos brilló algo entre la frustración y el agotamiento.

—Eres un necio —murmuró—. ¿Crees que la guerra se gana con emociones imprudentes? ¿Que la paz llega sin un precio? —Se acercó más, clavándome la mirada—. ¿Cuánto más estás dispuesto a sacrificar por ella? Nuestros recursos, nuestros secretos… Tu lealtad hacia ella nos ha costado más de lo que puedas imaginar.

—No se trata de mi lealtad hacia ella —repliqué, aunque la mentira quedó al descubierto por la forma en que busqué nuestro hilo de conexión. Habría sido leal a Verena sin importar el precio—. Ella es la única forma de que esta guerra termine.

Se acercó aún más, con una expresión indescifrable.

—Todo aquello por lo que luchamos tiene un precio.

—Y ese precio no debería ser ella.

Durante un momento, nos miramos sin decir nada, pero fue mi padre quien finalmente rompió el silencio.

—Te quedarás aquí —anunció con tono frío y tajante; se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta—. Hasta que recuerdes a quién le debes lealtad. Hasta que recuerdes que la sangre que corre por tus venas ha sido derramada por la familia de aquella a quien intentas proteger.

Con un golpe seco, la puerta se cerró a su espalda. Cuando me quedé solo me obligué a respirar hondo. El aire de la celda estaba viciado, cargado de humedad, pero no era el hedor del cautiverio lo que me inquietaba: era la certeza de que mi padre no tenía intención de ayudarme a salvar a Verena.

Me incorporé lo más posible, con los músculos entumecidos por la inactividad y las costillas doloridas por la pelea a bordo del barco. Tenía las muñecas en carne viva por las ataduras que habían utilizado para llevarme hasta allí y los restos de agua salada me escocían en la piel desgarrada.

Se equivocaba.

No se trataba de una emoción imprudente.

No era un estúpido apego a una chica.

Se trataba de *ella,* de lo que significaba para la rebelión, para este reino. Para mí.

Había visto de primera mano de lo que era capaz, la forma en que había luchado incluso cuando todos, incluida ella misma, pensaban que no tenía poderes, y no iba a permitir que eso fuera en vano.

No iba a permitir que todo lo que había sufrido fuera en vano.

Ella se merecía mucho más de lo que este reino le había dado jamás.

Moví los hombros, ignorando el dolor que los atravesaba. No podía quedarme ahí sentado esperando a que mi padre comprendiera lo que ella ya había dado, a que llegara a la conclusión de que merecía la pena protegerla. Necesitaba un plan.

Las celdas de la prisión de la rebelión no eran como las del palacio. No estaban hechas para mantener encerrados a los enemigos durante años. Estaban pensadas para retener a los traidores el tiempo suficiente para que se dictara sentencia. Y mi juicio se acercaba.

Sabía que estarían hablando de mí, que estarían tratando de decidir si todavía era uno de ellos.

Había derramado mi sangre por esta rebelión. Había luchado por ella, había matado por ella, y en ese instante, por haber decidido luchar por ella, me había convertido en su enemigo.

Pero no iba a dejar que decidieran mi destino por mí.

Tampoco iba a dejar que decidieran el suyo.

5

VERENA

La celda me parecía más fría que antes. O tal vez era yo, que me sentía vacía, como tallada en algo frágil e irreconocible.

Me acurruqué sobre mí misma y apoyé la frente en las rodillas. Llevaba demasiado tiempo allí. Demasiados días que se habían fundido en un interminable sufrimiento. Mis pensamientos habían dejado de tener sentido hacía tiempo, y fragmentos del pasado y del presente chocaban entre sí, fusionándose en un tormento único e implacable.

El rostro de Dacre brillaba con más intensidad en la neblina. Sus ojos, su voz, sus promesas me perseguían, burlándose de mí con una esperanza en la que no podía permitirme creer. Una esperanza a la que aún me aferraba como a un hilo de nuestro vínculo que había engañado a mi mente para que creyera que aún podía sentirlo.

Al principio me mantuve firme, me convencí a mí misma de que podría soportar cualquier cosa que mi padre me hiciera. Pero la duda se infiltró como una densa niebla, enroscándose alrededor de mi mente, envolviéndome la garganta hasta que apenas pude respirar.

¿Y si Dacre no viene a por mí?

—No —susurré, y la palabra escapó de mis labios con un suave y tenso gemido. Sentí como si me rascaran la garganta con grava, como si decirlo en voz alta lo convirtiera de alguna manera en realidad.

Pero el pensamiento persistía, arañando sin descanso los confines de mi mente.

En el fondo, sabía que Dacre no iba a abandonarme, pero la incertidumbre y el miedo me carcomían, susurrándome dudas en los rincones más oscuros de mi mente. Iba a intentarlo, por supuesto que sí, pero el poder de mi padre parecía crecer con cada día que pasaba.

La rebelión llevaba luchando contra él desde que tenía memoria, y nada había cambiado en su reinado.

Que yo me enamorara de Dacre tampoco cambiaba nada ni le daba ninguna ventaja. Solo nos había dado esperanza, y la esperanza era peligrosa. Y ni de lejos era suficiente para derrocar a un rey.

Tragué saliva con dificultad para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Por mucho que quisiera que Dacre me salvara, su determinación solo podía llevarlo hasta cierto punto.

Mi padre aplastaba cualquier atisbo de rebeldía antes de que tuviera oportunidad de crecer, y yo seguía ahí, encerrada en esa celda, incapaz de detenerlo.

El sonido de la puerta de la celda al abrirse con un chirrido interrumpió mis pensamientos. Levanté la cabeza bruscamente e hice una mueca cuando el movimiento repentino me provocó un agudo dolor en el cráneo.

Ni siquiera había oído pasos.

El terror recorrió mis venas, apoderándose de mí de una forma que me resultaba demasiado familiar. Se retorcía y daba vueltas dentro de mí, excavando en mi pecho, oprimiendo mis pulmones.

Conocía los pasos de mi padre, había memorizado el ruido sordo y deliberado de sus botas al arrastrarse por el suelo, y me preparé para lo inevitable.

Pero no era mi padre quien estaba ahora frente a mí. Era él. Dacre había venido a por mí.

Me quedé sin aliento y la esperanza disipó la niebla del cansancio. Se mantenía erguido, con el pelo oscuro cayéndole sobre los ojos mientras me miraba fijamente.

—Dacre —logré articular, sintiendo un alivio tan intenso que se me nubló la vista por las lágrimas.

Él no respondió. Solo se me acercó hasta arrodillarse ante mí en el suelo frío, y, sin dudarlo, levanté mis manos aún encadenadas y las acerqué a su rostro.

—Lo siento mucho —susurró contra mi palma, con la voz quebrada—. Debería haber llegado antes.

—No importa —respondí con voz ronca, aferrándome a él como si fuera lo único estable en un mundo que amenazaba con desmoronarse—. Ahora estás aquí.

Sentía su piel distinta bajo mis dedos. Las líneas de su mandíbula eran más suaves, menos definidas. Sus pestañas se abrían en abanico contra sus mejillas, y parecía más joven de lo que podía recordar. Me resultaba desconocido.

La calidez de su magia, la silenciosa vibración que estallaba bajo mi piel cuando lo tocaba, había desaparecido.

No sentía nada. Solo un vacío hueco donde debería haber habido una tormenta. Algo iba mal.

La duda se deslizó en mi interior, lenta y fría, deshaciendo el frágil momento en el que acababa de permitirme creer.

Me temblaban los dedos cuando busqué en su rostro, esperando algo, cualquier cosa, que me hiciera sentir bien, pero no llegó.

Doblé los dedos y los aparté un poco.

—Dacre —susurré, con una voz apenas audible por el rugido de la sangre en mis oídos.

Titubeó, y vi una expresión insegura que pasó demasiado rápido cuando esquivó mi mirada. Se me revolvió el estómago—. ¿Cómo has entrado aquí? —Mi voz era tensa.

—Me han ayudado —murmuró, alcanzando los grilletes de mis muñecas—. No tenemos mucho tiempo.

«Tenemos».

—¿Quién está contigo? —insistí, obligando a mi voz a mantenerse firme.

Dacre dudó, solo un instante, pero fue suficiente.

—Mi padre.

Las palabras calaron en mí y me quedé paralizada. Su padre quería utilizarme, controlarme, pero Dacre me había elegido a mí.

Si su padre estaba allí era porque Dacre no había tenido otra opción.

Tragué saliva para aliviar el peso que me oprimía el pecho.

—¿Y Wren? —Hubo un pequeño destello de nostalgia en su rostro cuando pronuncié su nombre, casi imperceptible, pero lo capté. Lo capté porque ese no era Dacre. Ese no era él. El pulso me retumbaba en los oídos cuando me aparté y los grilletes tintinearon contra el suelo de piedra—. Estás mintiendo —susurré, con el horror clavándose en mi piel.

Abrió los labios, pero no respondió con la suficiente rapidez. Entonces lo vi, el sutil brillo en los bordes de su forma, como el calor que se eleva de la piedra. Una distorsión. Una ilusión. Ese no era Dacre: era Micah.

Se me encogió el corazón.

—Para. —Mi voz tembló mientras retrocedía, con la rabia y la traición desgarrándome el pecho—. ¿Cómo te atreves? —La ilusión se desvaneció y Micah se arrodilló ante mí, con el rostro sombrío y sin arrepentimiento—. Lo

has usado contra mí. Tú…

Micah no se inmutó.

—Tienes que levantarte, Verena.

Negué con la cabeza; me temblaba todo el cuerpo.

—Tú…

—Te estás perdiendo —me interrumpió, con voz tranquila, casi amable—. Te aferras a una fantasía que va a matarte.

Mi respiración era entrecortada y superficial.

—Va a venir a por mí. —Se me quebraba la voz, temblaba y odiaba lo insegura que sonaba, lo insegura que me sentía.

La mirada de Micah se oscureció.

—Y si lo hiciera, ¿qué pasará entonces? ¿Quieres ver cómo tu padre lo destruye? —Su voz se endureció—. ¿Quieres escuchar sus gritos mientras tú yaces aquí, indefensa?

—Basta —dije con voz ronca, mientras se me formaba un nudo en el pecho.

Micah siguió adelante, con expresión inflexible.

—Te estás muriendo en esta celda, Verena. Y estás esperando a alguien que quizá nunca venga, que quizá no llegue a tiempo.

Cerré los ojos para no ver las imágenes que pintaba para mí, pero la duda ya estaba arraigando en mi interior.

—No confío en ti. —Las palabras fueron frías, inquebrantables, un frágil escudo que me negué a bajar mientras lo miraba con ira.

Micah espiró lentamente, con una expresión indescifrable, pero sus ojos…, sus ojos estaban cansados.

—¿Pero confías en él?

No respondí. No era necesario.

Micah apretó los labios hasta formar una línea delgada y apartó la mirada, como si estuviera reuniendo fuerzas para decir lo que iba a venir a continuación.

—Incluso si viene a por ti —dijo finalmente, con voz tranquila y peligrosa —, ¿qué crees que va a ocurrir? ¿De verdad crees que puedes ganar? —Esas palabras me helaron la sangre y penetraron profundamente bajo mi piel—. Ya has visto lo que te ha hecho tu padre. ¿Crees que le hará menos a Dacre? — Intenté negar con la cabeza, intenté luchar contra las imágenes que sus palabras habían grabado en mi mente, pero ya estaban allí: Dacre de rodillas. Dacre desangrándose sobre el frío mármol de la sala del trono de mi padre.

Dacre jadeando mi nombre antes de que su mundo se oscureciera. *No.* Me negaba a permitir que eso sucediera. Micah debió de notar el cambio en mi expresión, porque su voz se suavizó, solo un poco—. Verena, tienes que ver la verdad —dijo, echándose hacia delante—. Tu padre no pierde nunca. Jamás lo ha hecho. Tensé la mandíbula y me obligué a dejar de temblar. Micah metió la mano en los pliegues de su uniforme y sacó una petaca—. Bebe. —Dudé porque me dolía la garganta por la sed, pero ya no confiaba en él—. Solo es agua. —Lo tendió hacia delante, hasta que tocó mi mano. La vacilación no duró mucho, porque la necesidad superó a la duda. La petaca estaba fría contra mi palma, y el primer sorbo fue una auténtica agonía, un ardor que me rasgó la garganta y me hizo estremecerme. Tosí, ahogándome, mientras mi cuerpo luchaba por adaptarse—. Despacio. —La mano de Micah se alzó cerca de mí, como si fuera a sujetarme, pero no me tocó.

Di otro sorbo, y luego otro, con las manos temblorosas al bajar el frasco. Mi respiración era irregular, mi corazón latía demasiado rápido y apreté la petaca con fuerza; su peso me mantenía firme.

—¿Por qué haces esto?

No respondió de inmediato. Se echó hacia atrás y se sentó sobre los talones, con la mirada fija en el suelo y los hombros tensos.

—¿Crees que tenía otra opción? —preguntó con voz baja y mandíbula tensa —. ¿Crees que esto es lo que quiero? —Me miró a los ojos, con una emoción cruda y afilada parpadeando bajo la superficie—. Debería haber huido en lugar de buscarte. —Esas palabras me dejaron sin aliento—. Tu padre nunca habría podido atraparme si no hubiera estado cuidando de ti. No habría podido utilizarnos… —Se detuvo un instante y apartó la mirada de mí, apretando la mandíbula hasta que pude ver cómo los músculos se movían y se tensaban bajo su piel.

Algo se quebró en mi interior.

—Micah, yo…

—No importa. —Entonces me fijé en las profundas ojeras que tenía debajo de los ojos. Parecía más viejo. Como si el peso del mundo se hubiera posado sobre sus hombros y se negara a soltarlo.

—¿Dónde está tu hermana?

Él se estremeció, su cuerpo se tensó y, por un momento, pensé que iba a marcharse, que iba a darme la espalda y a irse. Pero, en cambio, se echó hacia delante y su expresión se endureció.

—No hables de ella. No te atrevas a hablar de ella, joder.

Tragué saliva con dificultad, con el peso de la culpa asfixiándome.

—Lo siento —susurré, negando con la cabeza. No podía entender lo que estaba pasando, cómo podía el hombre que estaba delante de mí ser tan diferente al que conocía—. Nunca quise esto para ti.

Micah soltó una risa suave y amarga.

—Bueno. Aquí estamos. —Se hizo el silencio entre nosotros, se extendió y nos separó aún más. Abrí la boca, sin saber qué decir, pero antes de que pudiera hacerlo, se oyeron pasos en el pasillo más allá de mi celda. Micah se tensó y volvió la cabeza hacia el sonido, con los dedos temblando a sus costados, como si quisiera alcanzarme. Su voz se redujo a un susurro, bajo, urgente, incierto—. Tu padre no va a parar. —Levantó un poco una mano y la dejó suspendida entre nosotros, como si quisiera tocarme la cara. Retrocedí antes de poder evitarlo, una reacción instintiva y brusca, y Micah se quedó paralizado. Por un instante, la angustia se reflejó en su rostro, pero desapareció con la misma rapidez—. No va a parar, y si sigues desafiándolo, solo empeorarás las cosas para ti y para ellos. —La mención a esos «ellos» me produjo un escalofrío y negué con la cabeza—. ¿Qué más necesitas para escucharme? —No dije nada, y Micah apretó los puños con fuerza a los lados —. ¿Prefieres que tu padre siga torturándote hasta que cada parte de ti que he conocido se vuelva irreconocible? —Se acercó a mí y bajó aún más la voz—. ¿Quieres que entre en tu celda a altas horas de la noche, cuando susurras el nombre de Dacre en sueños, y te obligue a confiar en mí?

Fue como una bofetada. Sus palabras me golpearon con fuerza, incluso mientras veía cómo se estremecía su rostro, ensombrecido por el arrepentimiento. Pero ya era demasiado tarde.

—Vete —espeté, con la voz temblorosa de furia, clavando la vista en ese desconocido que tenía delante—. No quiero que estés aquí.

Su mirada se oscureció.

—No estás en posición de negarte, Verena. —El arrepentimiento desapareció de su rostro, sustituido por algo más frío—. Ninguno de los dos lo estamos. —Vaciló un segundo más, negando con la cabeza—. Tu padre…

—¿Haces todo esto por mi padre? —El pánico se apoderó de mí, aunque ya sabía la verdad—. ¿Por el hombre que se llevó a tus padres?

Él se estremeció y entonces vi otra sombra entrar en mi celda. Retrocedí rápidamente, consumida por el miedo, y algo dentro de mí se hizo pedazos.

No había podido sentir mi magia desde que había llegado al palacio, no había podido encontrarla por más que le rogara que volviera, pero en ese instante podía sentir el poder dentro de mí, una violenta tormenta agitada y atronadora bajo mi piel.

Se me nubló la vista y el mundo se convirtió en un vertiginoso remolino de luz y oscuridad. Era frenético y estaba fuera de mi control, y me di cuenta de que no era mi magia en absoluto. Pertenecía a otra persona, y cuando finalmente se aclaró, cuando sentí que podía volver a respirar, vi con horror lo que había hecho.

El guardia yacía desplomado contra la pared del fondo, con el cuerpo anormalmente inmóvil, y un tenue resplandor lo rodeaba, pulsando al ritmo de los latidos de mi corazón, proyectando una luz inquietante en la estancia a oscuras.

—¿Qué has hecho? —Micah parecía tan horrorizado como yo me sentía.

Pero no pude responderle porque yo no había hecho nada. El poder no era mío. La magia…

Una risa fría y cruel resonó desde la puerta, y levanté la cabeza justo cuando mi padre entraba, con los ojos brillantes de satisfacción.

—Ahí está.

Intenté alejarme de él, pero mi cuerpo no respondía. Sentía los brazos y las piernas pesados y el poder de la magia seguía vibrando bajo mi piel.

—¿Qué… qué he hecho? —Mi voz temblaba tanto como mi cuerpo.

—Le has quitado su poder —respondió mi padre, ampliando su sonrisa.

—Yo no… —Cerré los ojos con fuerza e intenté controlar mi respiración entrecortada.

—Sí lo has hecho. —Sus palabras rezumaban triunfo, y sus ojos, por los dioses, sus ojos parecían enloquecidos cuando pronunció las siguientes palabras—. Una drenadora es una rareza. Un arma.

No podía respirar. Negué con la cabeza y me tapé los oídos con las manos, tratando de no escuchar sus palabras.

El diezmo.

La palabra resonaba en mi mente una y otra vez como una maldición. Mi padre era un drenador y utilizaba su poder en cada diezmo para transferirse la magia que le daba el pueblo de este reino. Al menos, eso era lo que se suponía que debía hacer. Esa era la historia del diezmo que siempre me habían contado.

El pueblo se sacrificaba en el diezmo, daba un poco de su propia magia y, a cambio, el diezmo le devolvía algo. Se suponía que debía proporcionarle un equilibrio que nuestro reino ya no tenía, un equilibrio por el que la rebelión había estado luchando.

Tomar la magia de otros era un poder poco común, pero también un poder necesario. Eso era lo que él siempre me había dicho. Era un poder del que yo siempre había carecido. El poder por el que mi padre me odiaba. El poder que yo no entendía. Era el poder que buscaba en otro heredero, el poder por el que mi madre había muerto al intentar dárselo.

Y todo había sido en vano.

Me mordí el labio hasta que la sangre inundó mi boca y me clavé las uñas en las palmas de las manos con el corazón acelerado. Le había robado la vida a ese guardia, se la había quitado como si nunca le hubiera pertenecido. Le había sustraído su poder y no tenía ni idea de cómo lo había hecho. Y eso me aterrorizaba.

Intenté pensar en las veces que había usado mi poder desde que lo sentí por primera vez; pensé en que no había sido capaz de sentirlo hasta Dacre, en cómo me sentía más débil sin él, sin nuestro vínculo.

¿Había estado absorbiendo su magia todo ese tiempo?

Dacre. Me permití susurrar su nombre en mi mente una y otra vez, con el corazón latiendo tan rápido que me dolía el pecho, y por un momento, lo sentí. Un hilo de calidez, frágil y distante, pero innegablemente presente.

Me aferré a esa magia, a él, como a un salvavidas. No me importaba si eran imaginaciones mías, era lo único que tenía.

Creía que era más fuerte con Dacre gracias a nuestro vínculo, porque éramos amantes, pero en ese momento temía lo que yo era en realidad. Temía haberme convertido en lo que mi padre siempre había querido que fuera. Era una drenadora. Era igual que él. Aunque por mí misma no tenía poderes.

—La trasladaremos esta noche. —La voz de mi padre atravesó mis pensamientos, aguda y decisiva—. Es mi heredera. —Había un repentino tono de orgullo en su voz que me hizo sentir náuseas—. La heredera de este reino no debe estar en un calabozo, sino a mi lado, donde puedo vigilarla.

Oí el susurro de un movimiento, sentí unas manos ásperas agarrándome por los hombros, pero no me resistí.

No tenía sentido.

Era inútil.

Las cadenas cayeron de mis muñecas con un fuerte estruendo y mantuve los ojos cerrados mientras me sacaban a rastras de mi celda. Tropecé, mis pies se engancharon en algo. Abrí los ojos y deseé no haberlo hecho. Era el guardia.

Me dio un vuelco en el estómago al tropezar con sus piernas flácidas, casi me caí y me aplastó el peso de lo que había hecho.

Lo había matado. La drenadora que había dentro de mí, el poder que mi padre había estado buscando todo este tiempo, le había quitado la vida y yo no había podido evitarlo.

El pasillo se extendía ante mí; con cada paso me adentraba más y más en un destino que no comprendía. Un destino que no quería.

Las paredes se cernían sobre mí y me asfixiaba. Había pasado toda mi vida dentro de ese palacio, con esa misma mazmorra bajo mis pies mientras dormía, pero en ese momento, después de quién sabía cuánto tiempo, mi padre me llevaba a casa.

A una jaula que era mucho más opulenta, pero jaula al fin y al cabo. Y nunca había tenido tanto miedo.

6

DACRE

La rebelión era una maldición para mí, una a la que había estado encadenado desde mi nacimiento. Cada paso que había dado había sido al servicio de una causa que en ese momento era una jaula.

La comprensión me golpeó con fuerza y se retorció en mi pecho hasta robarme el aliento. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Había pasado toda mi vida luchando por la rebelión, por la guerra de mi padre, y de repente me costaba recordar por qué habíamos estado peleando.

Me moví un poco y las paredes de mi celda se me antojaron opresivas. A pesar del frío que se me metía en los huesos, no pude evitar una extraña sensación de familiaridad.

Mis dedos recorrieron la piedra rugosa, las paredes que me habían rodeado desde que era niño. Esas cuevas siempre habían sido mi hogar, la única constante en mi vida, y, sin embargo, ya no estaba a salvo ahí.

Eché la cabeza hacia atrás y contemplé el tenue resplandor de las antorchas que se reflejaba en las paredes de la cueva, proyectando sobre ellas tonos naranjas y amarillos. Si me concentraba lo suficiente, casi podía evocar la sensación del calor del sol en mi piel, que me recordaba a mi infancia, cuando vagaba por las cuevas, envuelto en una oscuridad en la que no lograba penetrar ni un rayo de luz.

Dejé que ese sol imaginario me envolviera en su suave abrazo y pude ver a Verena, con la piel besada por el mismo sol y los ojos brillantes con la misma calidez.

Sentía un agónico dolor en el pecho al pensar en ella, al no saber dónde estaba. Me decía a mí mismo que estaba a salvo, escondida en la comodidad de su jaula dorada, pero eso era mentira.

Él la tenía cautiva, pero yo me aferraba a la esperanza de que hubiera encontrado algún atisbo de consuelo en su encarcelamiento.

Pero la esperanza era algo peligroso, un arma de doble filo, la única que me

quedaba, y no iba a dejarla escapar. Sin ella, no me quedaba nada, y me negaba a dejar de luchar.

Había llegado demasiado tarde para protegerla de todo el daño que ya había sufrido, pero iba a luchar, con los nudillos ensangrentados y la palabra *«Traidor»* grabada a fuego en mi piel para asegurarme de que nunca volviera a sufrir.

Unos pasos retumbaron en el pasillo, lo bastante fuertes como para arrancarme de mis pensamientos.

No me moví. Mantuve la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, esperando a quien pudiera llegar. Recé para que fueran Kai o Wren, pero sabía que no iba a ser así. Habría sido una tontería dejar que cualquiera de los dos se acercara a mí, y mi padre no era tonto.

La puerta de la celda se abrió con un chirrido, y no me permití abrir los ojos hasta que el sonido de su voz familiar y mesurada llegó a mis oídos.

—Estás cometiendo un error.

Eiran.

Se quedó junto a la puerta de la celda, cruzado de brazos, tenso, y su mirada penetrante clavada en mí. No se la sostuve. Me concentré en las grietas del techo, en cualquier cosa para esquivarla.

—Me parece que ya te he oído decir eso antes —murmuré con la voz cargada de sarcasmo—. Quizás va siendo hora de que pruebes otra cosa.

—La estás eligiendo a ella en lugar de a nosotros —me acusó, adentrándose más en la celda. Sus palabras deberían haberme afectado profundamente, tal y como él pretendía, y hubo un tiempo en el que lo habrían hecho, pero en ese instante solo eran otro recordatorio de lo mucho que habíamos cambiado—. La estás poniendo por encima de la rebelión —continuó—. Por encima de la gente a la que los dos juramos proteger.

Por fin lo miré a los ojos sin pestañear, sin arrepentimiento.

—¿Y a quién has protegido en concreto, Eiran? —le pregunté con tono severo—. Ser el portavoz de mi padre no te convierte en un guerrero. Te convierte en un títere.

Tensó la mandíbula, su compostura vaciló antes de que volviera a ponerse la máscara.

—Esto no es ninguna broma —espetó—. El consejo ha dejado de tolerar tu imprudencia. Nos has puesto a todos en peligro, y lo sabes.

La mera mención del consejo me provocó una oleada de furia.

Apreté los puños al pensar en esos cobardes santurrones. Afirmaban hablar en nombre de la rebelión, pero no eran mejores que mi padre.

Antes confiaba en ellos, pero ya no. No me importaba que nuestro pueblo se hubiera reunido y los hubiera votado para que nos lideraran, que hubiéramos decidido darles el poder que ostentaban.

El mundo era cruel, la rebelión estaba aislada de él y las personas con las que luchaba habían olvidado hacía tiempo por qué luchaban. El consejo lo había olvidado. Afirmaban odiar al rey, al hombre que les había robado el poder a las masas y las había exprimido con sus impuestos.

Sin embargo, estaban dispuestos a dejar que su hija sufriera bajo su crueldad.

Hice crujir el cuello, tratando de contener mi ira.

—Lo que sé es que venderías a tu propio padre por un puesto en la mesa del consejo —repliqué en voz baja.

—¿Te refieres a mi padre, al que atacaste? —se burló—. Ahora ese hombre ni siquiera puede caminar sin bastón por tu culpa.

Una lenta sonrisa se dibujó en mis labios.

—Entonces, te hice un favor.

Se acercó un paso más y vi cómo se le dilataban las fosas nasales.

—Bastardo…

—Voy a ser muy claro contigo —lo interrumpí con voz cortante—. La elegiré a ella antes que a cualquiera de vosotros. —Los ojos de Eiran se oscurecieron, y se movió un poco—. Los únicos que tienen mi lealtad son Verena, Wren y Kai. —Di un paso hacia delante, despacio, arrastrando mis cadenas por el suelo de piedra—. He pasado mi vida luchando por esta rebelión, pero es una rebelión que ha olvidado por qué lucha. —Tensó la mandíbula con tanta fuerza que temí que se le rompieran los dientes, pero eso no me detuvo—. Está llena de gente como tú, que prefiere ver cómo el mundo se viene abajo antes que detenerse un segundo a pensar… —entrecerré los ojos, confiando en que mis siguientes palabras calaran hondo— que Verena puede ser la persona que nos salve a todos.

Él resopló, sacudiendo la cabeza.

—¿Crees que ella es nuestra salvadora? —preguntó con voz burlona—. Es hija de Marmoris. Es la hija del rey. —Sus labios se curvaron en una mueca de disgusto—. Su sangre es veneno, igual que la de su padre.

Ladeé la cabeza, estudiándolo, y deseé con todas mis fuerzas no tener las manos atadas.

—¿Y en el bosque? —pregunté, con una voz engañosamente tranquila—. ¿Cuando la estabas ayudando? —Eiran se quedó quieto, pero lo vi, el destello de incertidumbre en su expresión—. ¿Entonces ella también era veneno?

—Sé cuál es mi lugar, Dacre —replicó con voz tensa; tenía los nudillos blancos de tanto apretar los puños—. Sois la heredera y tú los que tenéis que aprender cuál es el vuestro. —Dio otro paso adelante, con la respiración agitada—. Tú naciste para luchar por tu pueblo, y ella nació para morir por la misma causa.

Sus palabras me atravesaron y, antes de darme cuenta de lo que hacía, me abalancé sobre él. Las cadenas se tensaron y tiraron de mí hacia atrás justo antes de que pudiera rodearle el cuello con las manos.

Eiran trastabilló, pálido, y por primera vez desde que había entrado en mi celda, parecía auténticamente asustado.

Bien.

—No vuelvas a hablar de ella nunca más —le espeté con voz ronca—. Tú no vas a decidir su destino.

Eiran entrecerró los ojos, pero aún podía ver el miedo en ellos cuando deslizó la mirada de mi rostro a mis puños.

—Quizá hayas olvidado tu deber, Dacre, pero yo no. Puedes aferrarte a tus delirios todo lo que quieras —continuó, con un tono gélido—, pero la realidad es que, al elegirla, te has convertido en nuestro enemigo.

Solté una risa baja y sin humor.

—Te arrepentirás de esto. —Lo miré de arriba abajo y sonreí al notar el ligero temblor de sus manos—. No soy el enemigo que tú quieres, Eiran, pero, por ella, me convertiré en lo que sea necesario.

Entrecerró los ojos y un destello de odio atravesó la amargura que nublaba su expresión. Dio un paso atrás y su mano buscó instintivamente la empuñadura de su espada.

—Te crees invencible, Dacre —dijo con voz más baja, pero no menos venenosa—. Pero subestimas lo lejos que es capaz de llegar tu padre para garantizar el éxito de la rebelión.

Agaché la cabeza y respondí con voz fría.

—No. —La palabra retumbó entre las paredes de la celda—. Sé perfectamente hasta dónde es capaz de llegar y me niego a permitir que Verena sea otra víctima más en su guerra.

—Su sangre en la tierra no hará más que fortalecer a nuestro pueblo —

escupió, y fue casi como mirar a mi padre.

—Sal de mi celda —mascullé, y sentí mi poder arremolinándose en mis venas, rogándome que derramara la sangre de Eiran sobre la misma tierra de la que él hablaba. Pero no tenía ningún control con esos grilletes alrededor de mis muñecas.

Eiran no se movió.

—No estás en posición de darme órdenes, Dacre. Has desperdiciado todo el poder que alguna vez tuviste.

Lentamente, hizo un gesto hacia alguien que estaba fuera, y me preparé para lo que estaba por llegar cuando otros dos guardias entraron en mi celda. Eran hombres a los que había ayudado a entrenar para la rebelión.

—Buenas tardes, muchachos. —Les hice un gesto con la cabeza a modo de saludo, observándolos con cautela, fijándome en sus expresiones endurecidas y sus posturas tensas. Uno tenía una cicatriz que le recorría toda la mejilla, y yo había sido quien se había arrancado un trozo de la camisa para detener la hemorragia cuando uno de los guardias del rey se la había infligido. *Grady*—. ¿Venís a visitarme? —Grady tuvo la decencia de mantener la mirada baja, con el ceño fruncido y una ligera mueca en los labios. Ninguno de los dos me respondió; solo que se acercaron con una determinación que reconocía—. ¿No? —Miré primero a uno y luego al otro—. ¿Ninguno de los dos me ha echado de menos?

Me cogió cada uno de un brazo y me echaron hacia delante; escuché el tintineo de unas llaves a mi espalda e intenté recordarme a mí mismo que estaban allí porque se lo habían ordenado, que no lo habían elegido. Yo había estado en su misma situación muchas veces. Eran soldados rebeldes, igual que yo lo había sido.

Me liberaron las muñecas de la cadena que estaba atornillada a la piedra, pero me dejaron los grilletes puestos.

—Llevadlo ante el consejo —ordenó Eiran bruscamente. No me resistí cuando me empujaron para que avanzara. Me daban igual los planes del consejo, porque yo sabía lo que tenía que hacer.

La ciudad oculta se extendía ante nosotros, con sus caminos tallados en piedra serpenteando por la caverna subterránea como venas a través de la carne. Las casas excavadas en la roca, el suave crepitar de las antorchas flotando sobre ellas, proyectando una luz dorada sobre una ciudad construida en secreto para sobrevivir.

Había vivido y sangrado por este lugar, y ahora avanzaba a través de él encadenado.

El río que cruzaba la ciudad estaba tranquilo, demasiado tranquilo. Nunca lo había visto tan bajo, tan inactivo. La gente se alineaba en las calles, murmurando con voces apagadas, mirándome de reojo al pasar. Algunos mostraban expresiones de lástima; otros, algo más frío.

Pero ninguno parecía sorprendido de verme atado y conducido como un traidor. Sentí un sabor amargo en la boca. Lo estaban esperando.

El peso de su silencioso juicio me oprimía como una mano alrededor de mi cuello, pero me negué a doblegarme ante él. No sabían la verdad. No conocían a Verena.

Nuestros pasos retumbaban en los pasillos, cada vez más fuertes y pesados, hasta que la sala del consejo se alzó ante nosotros. Sus imponentes puertas estaban grabadas con el sello de la rebelión, el símbolo de una causa en la que una vez creí, un símbolo que llevaba marcado en mi piel.

Los guardias se detuvieron y me obligaron a pararme también. Uno de ellos buscó el llavero de hierro que llevaba en el cinturón y manipuló la cerradura con dedos un poco torpes.

Espiré lentamente, obligándome a mantener la calma. Porque una vez que cruzara esas puertas, todo iba a cambiar, y yo debía hacer todo lo que estuviera en mi mano para que cambiara a mi favor.

La sala del consejo estaba excavada en la roca, con antorchas alineadas en las paredes, cuyas llamas parpadeantes no aportaban ninguna calidez. En el centro de la sala se alzaba una mesa larga y curvada, rodeada de figuras que conocía demasiado bien: el consejo. Los líderes de la rebelión, las mismas personas que una vez habían confiado en mí, que me habían entrenado, que me habían criado, en ese instante me juzgaban con expresiones indescifrables mientras me llevaban a rastras ante ellos.

Mi padre estaba sentado a la cabecera de la mesa, con sus anchos hombros tensos y su rostro curtido indescifrable. Me fulminó con la mirada y pude sentir la ira que bullía bajo su piel, esperando.

Una de las personas miembros del consejo, Aelira, fue la primera en hablar.

—Dacre. —Su voz era tranquila, amable, pero no había ni rastro de bondad en ella—. Hoy te presentas ante nosotros acusado de traición. —*Traición.* Esa palabra debería haberme conmocionado, pero no sentí nada—. ¿Qué tienes que decir en tu defensa? —preguntó ella.

Levanté la barbilla y la miré a los ojos.

—¿Dónde está mi hermana? —respondí, ignorando su pregunta.

—Wren no es asunto tuyo —intervino mi padre, y me volví hacia él.

—Ya veo cómo estás dispuesto a tratar a tu hijo. —Levanté un poco las manos, dejando que el ruido de las cadenas se escuchara en la sala—. Necesito ver con mis propios ojos que está bien, que no le has hecho daño.

Tensó la mandíbula.

—Mi hija no ha traicionado a su pueblo. Solo tomó una mala decisión para intentar salvar a su hermano.

—Y yo lo único que estoy haciendo es intentar salvar a mi alma gemela. —Lo miré fijamente cuando los murmullos se extendieron por el consejo.

La palabra sonó con fuerza en la sala y pareció quitarles el aliento a todos, que me miraban con incredulidad.

—Las almas gemelas son cosa de cuentos de hadas —replicó mi padre, ladeando la cabeza como si me hubiera calado, como si pudiera dejar al descubierto las mentiras que creía que había dicho—. Y ya nos hemos cansado de tus mentiras.

—Ella es mi alma gemela. —Pronuncié cada palabra lentamente, dejando que se asentaran con toda la fuerza que yo quería—. Ella está unida a mí como yo estoy unido a ella.

—Es una bruja —contestó mi padre alzando la voz—. Mira cómo te ha engañado. —Me hizo una señal y sentí el peso de todas las miradas del lugar —. ¿Crees que es tu alma gemela? —preguntó con una risa amarga—. Es un arma, igual que su padre. Fue creada para destruirnos a todos.

—Estoy unido a ella —repetí, y la verdad de esas palabras se hizo eco en todo mi ser. Levanté las muñecas—. Estoy atada a ella de una forma que ni siquiera estas cadenas pueden detener.

Mi padre rechinó los dientes y me clavó su oscura mirada.

—La heredera es un lastre. No es tu alma gemela. —A pesar de sus palabras, se podía sentir la duda invadiendo la sala. Y la duda era un arma que yo podía manejar. Mi padre levantó una mano para silenciarlos—. Estás aquí porque nos has traicionado a todos. Nos has puesto en peligro al permitir que esta estúpida obsesión con la hija de nuestro enemigo nublara tu juicio. Pensaste con la entrepierna en lugar de con la cabeza, y no solo la ayudaste a escapar, sino que también atacaste a uno de los miembros de nuestro consejo para hacerlo.

Por el rabillo del ojo vi a Eiran asintiendo y, por primera vez desde que habíamos entrado, me di cuenta de que se había sentado a la mesa en el lugar reservado para su padre.

—¿Y qué hay de tu obsesión, padre? Nos has puesto en mucho más peligro del que yo sería capaz. Esta rebelión ha perdido lo que solía representar. Afirmas odiar al rey, pero me temo que en realidad lo envidias.

Mi padre se levantó de repente, haciendo chirriar la silla contra el suelo, y dio una fuerte palmada en la mesa.

—Ese hombre mató a mi esposa —espetó.

—Y a mi madre —le recordé—. Y ahora va a hacerle daño a mi alma gemela. La torturará hasta convertirla en un arma.

El silencio que siguió a ese cruce de acusaciones fue ensordecedor. La expresión de mi padre no vaciló, pero su pecho se elevaba y bajaba visiblemente con cada respiración entrecortada.

—Te ha cegado una joven que destruirá todo lo que hemos construido —masculló mi padre, con la voz cargada de ira—. Te ha vuelto contra tu propia sangre.

Tensé la mandíbula, tratando de mantener la compostura mientras los murmullos de desaprobación se elevaban entre los miembros del consejo que nos rodeaban.

—Ella no me ha puesto en contra de nadie —respondí con firmeza, y aparté la vista de mi padre para encontrar las miradas de los miembros del consejo a los que conocía de toda la vida—. Ella me mostró la realidad de nuestras acciones. Lo único que quería era libertad, pero no pudimos concedérsela. En cambio, la perseguisteis como si fuera una puñetera bestia para vendérsela al mejor postor. No sois mejores que el tirano contra el que luchamos.

Los murmullos volvieron a aumentar y mi padre dio un puñetazo en la mesa, aunque en esa ocasión no se molestó en silenciarlos.

—Has tomado una decisión, Dacre —dijo entre dientes—. Y ahora tendrás que vivir con las consecuencias.

Uno de los guardias tiró de mis cadenas, como si se preparara para devolverme a mi celda.

—Me necesitáis —se me escapó de los labios.

—¿Y qué es lo que te hace estar tan seguro de eso? —preguntó Aelira, y su voz volvió a llamar mi atención hacia ella.

No dudé, no vacilé.

—Porque sé cómo entrar en el palacio. —El silencio se prolongó, tenso, como un hilo demasiado tirante. Esa era el arma que necesitaban—. Sé dónde están los túneles que llevamos años buscando.

Podía sentir todos los ojos de la sala sobre mí, pude ver cómo se miraban entre ellos con incredulidad antes de estallar. Los murmullos se convirtieron en susurros agudos, las voces se alzaban debatiendo esa afirmación, como si yo no estuviera allí, delante de ellos.

Mi padre no dijo nada. Solo me observaba y, a pesar de haber tenido que soportar ese escrutinio toda mi vida, seguía poniéndome nervioso.

La voz de Eiran se alzó entre los murmullos.

—¿Y por qué deberíamos creerte? —preguntó, echándose hacia delante.

Me volví hacia el puto cobarde.

—No tengo motivos para mentir. Me tenéis encadenado, y yo necesito entrar en ese palacio.

Aelira intercambió una mirada con mi padre, y algo tácito pasó entre ellos antes de que mi padre volviera a hablar.

—Basta. —La sala volvió a quedar en silencio. Se puso de pie, lenta y deliberadamente, y apoyó las manos sobre la mesa—. Afirmas saber cómo entrar… Demuéstralo.

Me mantuve firme, negándome a dejar que viera ni siquiera un atisbo de mi inquietud.

—Lo haré. Pero no sin antes obtener algo a cambio.

Mi padre tensó la mandíbula.

—No estás en posición de negociar.

Ladeé la cabeza y le sostuve su fría mirada con inquebrantable desafío.

—Entonces, mátame. Porque sin ella no te sirvo de nada, no le sirvo para nada a la rebelión.

La expresión de mi padre no cambió, pero el destello de duda en los rostros de los miembros del consejo me indicó que había dado en el blanco.

Aelira entrecerró los ojos.

—¿Y qué es lo que quieres?

Demoré la respuesta para asegurarme de que me escuchaban, y entonces pronuncié la única exigencia que importaba.

—Solo os revelaré el lugar cuando me quiten estas cadenas de los brazos. —Los miré uno por uno—. Voy a recuperar a Verena, y debéis prometerme que no le haréis daño.

El ambiente de la sala cambió bruscamente.

Eiran resopló.

—¿Esperas que aceptemos eso?

—No tenéis que aceptar nada —repliqué con voz firme como el acero—. Me he pasado la vida sometiéndome a los caprichos de esta rebelión y, por fin, tengo la información que necesitáis para llegar hasta el rey y conseguir lo que siempre habéis deseado. ¿Estáis más dispuestos a sacrificar a Verena por esta causa antes que a salvarla por ella?

Los ojos de mi padre se oscurecieron y la sala pareció encogerse a nuestro alrededor; su ira hervía a fuego lento.

—El sacrificio es la base de la rebelión —gruñó, con los brazos en jarras—. Tu madre, mi esposa, murió por ello.

Abrió la boca para terminar, pero yo lo interrumpí antes de que pudiera hacerlo.

—Y si Verena muere por ello, la forma de entrar en el palacio morirá con ella.

Aelira juntó las manos sobre la mesa.

—¿Y si la perdonamos?

Pensé detenidamente en mis palabras antes de pronunciarlas.

—Si me dejáis salvarla, si me ayudáis, os llevaré dentro. Os ayudaré a derrotar al rey.

Mi padre me estudió un instante y, por primera vez, dudó, aunque no era una duda nacida de la debilidad, sino calculadora. Los dos sabíamos lo que valía yo y lo que valía ella.

Aunque él no pudiera ver a Verena como yo la veía, sabía la verdad. Ella era la heredera del rey.

Eiran resopló de nuevo, cruzándose de brazos.

—¿Esperas que creamos que nos dirás dónde están los túneles una vez que la tengas?

Los miré a todos, lenta y deliberadamente.

—Kai, Wren y yo usaremos los túneles para recuperar a Verena. Les mostraré el lugar antes de entrar. Confiaré en vuestra palabra sobre lo que nos esperará cuando regresemos.

Torrin habló por fin, estudiándome cuidadosamente desde su lugar, junto a mi padre, un lugar en el que había estado la mayor parte de la vida de mi progenitor.

—¿Y si nos traicionas?

Ni pestañeé.

—Entonces tendrás ocasión de matarme. Envía a tantos guerreros como quieras con nosotros hasta que consigas la información que deseas. —Me volví de nuevo hacia mi padre—. Pero a él no.

Toda la sala pareció estremecerse ante mi exigencia.

Aelira suspiró.

—Tu padre…

—No puedo confiar en él —respondí con sinceridad—. Preferiría ver muerta a Verena antes que a mi lado. Me traicionará para conseguir lo que quiere.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de mi padre, y prácticamente podía verlo calculando su próximo movimiento.

—El consejo debe tomar las decisiones por mayoría. No es él el único que debe hablar. —Solo quedaban dos miembros que no habían hablado, y una había sido una de las amigas más cercanas de mi madre. La única que no había agachado la cabeza ante mi padre.

Liya.

—Mi madre se avergonzaría de en lo que nos hemos convertido. Estaría indignada de que su muerte no hubiera significado nada. —Esperé a que mis palabras le calaran hondo, hasta que se estremeció, pero no aparté la vista—. Ayudadme a salvar a mi alma gemela y no será en vano. Ayudadme a salvar a mi alma gemela y yo os ayudaré a ganar esta guerra.

Ella me miró, me miró fijamente, y había tanta tristeza reflejada en sus ojos… Liya había querido a mi madre y, además, también nos quería a Wren y a mí. Y yo contaba con esa conexión, con su lealtad hacia su amiga. Lo estaba apostando todo a eso.

Toda la sala pareció contener la respiración cuando ella apartó por fin la vista de mí y se volvió hacia mi padre.

—Este consejo nunca tomaría una decisión que no fuera en el mejor interés de nuestro pueblo, y si él realmente conoce la ubicación de los túneles como dice, sería perjudicial para nosotros ignorarlo.

—Pero… —comenzó Eiran, pero se calló cuando ella lo fulminó con la mirada.

—Es un riesgo, pero tenemos que correrlo —concluyó Liya.

Eiran soltó una maldición entre dientes y se marchó de la mesa.

—Esto es un error.

—Y tú no formas parte del consejo —le corrigió ella—. Si tu padre no puede votar, lo haremos sin él.

Mi padre permaneció inmóvil, con el rostro impasible, pero pude ver cómo sus dedos seguían aferrados al borde de la mesa y la tensión en su mandíbula. Odiaba lo que estaba pasando.

—No hay ni un solo miembro de este consejo que votaría en contra de la posibilidad de salvar a nuestro pueblo, algo por lo que hemos luchado durante años. —Se volvió hacia mi padre y no apartó la mirada de él mientras pronunciaba las siguientes palabras—. Y si Camellia estuviera aquí, te recordaría que luchamos por nuestros hijos. Sus hijos son la razón por la que ella estaba dispuesta a sacrificarlo todo.

Mi padre se tensó y Liya me miró con atención.

—¿Crees que Elis, tu abuela, siguió a tu madre en esta rebelión a ciegas? ¿Por qué crees que se queda en esa maldita ciudad? —Señaló hacia el techo y supe lo que quería decir. Después de todo este tiempo, Elis nunca se había mudado al Reino Velado; jamás había estado dispuesta a abandonar la capital—. Tu abuela no era de Marmoris, Dacre. Llegó aquí cuando era joven, como sirvienta de la princesa de Veyrith. La princesa del último reino que se opuso al padre de Verena.

El aire pareció espesarse, y me oprimió los pulmones. Nunca había oído esa historia, nunca me la habían contado.

—Sirvió a la madre de Verena —continuó Liya con voz firme—. Y vio con sus propios ojos cómo el rey de Marmoris reducía su reino a cenizas. —Se me revolvió el estómago—. Esta nunca fue solo nuestra guerra, la guerra de tu madre. También fue la de tu abuela. —Se detuvo un instante, pero nadie se atrevió a hablar—. Y es la de Verena. —Escudriñó mi rostro, y esperé que encontrara lo que buscaba, porque yo habría dado cualquier cosa para que me concedieran lo que pedía, para que me ayudaran a salvarla—. ¿Quiénes están a favor? —preguntó en voz alta, y vi cómo se levantaban cuatro manos; todas excepto las de Eiran y mi padre. Pero no necesitaba sus votos—. Nos trasladaremos antes de la próxima luna. —Liya me señaló con la cabeza—. Nos llevarás a los túneles, y entonces comenzará la verdadera guerra.

7

VERENA

El aroma de lavanda flotaba en el aire, envolviendo la estancia como una nana susurrada. Era sofocante, demasiado dulce, demasiado empalagoso. En otro tiempo, había sido un consuelo, pero en ese momento era una mentira. Ese no era mi hogar.

Recorrí con un dedo tembloroso el alféizar de la ventana, sintiendo la piedra fría bajo mis dedos. El sol se hundió en el horizonte, incendiando el cielo, mientras el dorado y el naranja se fundían con el azul profundo del mar.

Sentía el estómago revuelto mientras contemplaba las olas que rompían contra la orilla. El mar parecía tan inquieto como yo.

De niña había soñado con lo que había más allá del mar, con lugares que no estuvieran bajo el poder de mi padre. Con la libertad. Pero en ese momento, al mirar el agua, solo pensaba en Dacre.

Durante años había suplicado a los dioses que me dejaran marchar de ahí, que me liberaran de sus muros y de sus crueldades. Y cuando por fin escapé, no fue hacia la libertad. Fue hacia la guerra. Hacia una rebelión que no me veía como nada más que la hija de mi padre.

Pero Dacre había sido diferente. Me miraba como si yo fuera más que una corona, más que un arma, y me había permitido albergar esperanzas con él, esperanzas con las que nunca había soñado.

Pero se me habían escapado entre los dedos como el mar se escapa de la arena.

El mar se extendía ante mí, vasto e infinito. La espuma blanca burbujeaba y se agitaba en la cresta de cada ola, burlándose de mí porque tenía la libertad ante mis ojos, pero las raíces de quien era me mantenían enterrada en tierra firme, enterrada en este palacio.

Mis raíces estaban profundamente ancladas al mismo lugar al que había rezado a los dioses para no regresar jamás.

Un dolor sordo se extendió por mi pecho, un peso que ni el descanso ni el

sueño podían aliviar. Me aparté de la ventana y me desplomé sobre las sábanas de seda. Mis músculos se tensaron cuando intenté cerrar los ojos a la fuerza, sabiendo que el sueño no iba a darme paz, sino tan solo otro campo de batalla.

Pero mi cuerpo estaba demasiado agotado para luchar contra ello, y el sueño llegó rápidamente, como esas olas que rompían contra la orilla, ineludible.

Seguía en mi habitación, pero era diferente. Las sombras se alargaban por las paredes, parpadeando como la luz de las velas. Y bajo el intenso perfume de lavanda, percibí otro aroma. Vainilla.

Era una fragancia familiar y reconfortante, y me di la vuelta, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, buscando frenéticamente por la habitación. Y ahí estaba ella, mi madre, a los pies de mi cama, con sus ojos esmeralda suaves y comprensivos. El cabello oscuro se derramaba como una cascada sobre sus hombros, como si el tiempo no hubiera hecho mella en ella.

Había pasado años tratando de recordar la curva exacta de su sonrisa, el tono preciso de verde de sus ojos, y en ese instante la tenía ante mí, tan vívida como el último día en que la vi.

—Ven, Vee. —Su voz era un suave murmullo que atravesaba el silencio como una melodía que casi había olvidado. Dudé, con un nudo en la garganta. Nadie me había llamado así desde que ella murió.

Extendió una mano, esperando a que yo la aceptara. Me acerqué a ella, desesperada por sentir el calor de su piel, pero mis dedos atravesaron los suyos como si fueran niebla, aunque ella no pareció darse cuenta.

—¿Mamá?

—Has encontrado tu poder. —Me estudió como si pudiera ver la magia que se escondía bajo mi piel.

Tragué saliva y negué con la cabeza.

—No sé lo que he encontrado.

—Te ha estado esperando —murmuró, levantando una mano para acariciarme la mejilla. El contacto me provocó un escalofrío; no era real del todo, pero de alguna manera también lo era más que cualquier cosa que hubiera sentido en lo que parecía una eternidad—. No tenemos mucho tiempo.

La habitación cambió de repente. El aroma a lavanda se desvaneció, la brisa marina desapareció y la nariz me picó al sentir el olor a musgo, tierra y descomposición. La piedra húmeda nos rodeaba, las paredes palpitaban con vetas doradas que brillaban débilmente como luz estelar atrapada en su

interior.

No reconocía ese lugar, pero de alguna manera me resultaba familiar.

Un pozo se alzaba en el centro de la cámara. Oscuro. Palpitante.

Vivo.

La inquietud se apoderó de mí cuando di un pequeño paso adelante con cautela. Lo que fuera que había en el pozo parecía moverse como un ser vivo, pulsando constantemente en tonos dorados y verdes enfermizos. Di otro paso más y pude sentirlo.

La mano de mi madre, suave pero firme, me agarró por la muñeca y me sacó de mi trance. Ella negó con la cabeza con mucha suavidad.

—¿Qué es esto? —susurré.

—El último de ellos —respondió—. El último receptáculo. —Un escalofrío me recorrió la espalda y ella suspiró, avanzó un poco y apoyó una mano en el borde del pozo—. El receptáculo nunca estuvo destinado a ser gobernado por un solo reino —musitó—. Era un pacto. Un equilibrio. Creado por las cinco naciones, cada una con su propio receptáculo, cada una compartiendo libremente la magia por todas las tierras. —Levantó la vista hacia mí—. Nunca se concibió para ser acaparado. Nunca se concibió para ser agotado.

El miedo se apoderó de mí mientras las palabras de mi padre retumbaban en mi mente: la forma en que hablaba del diezmo, de su derecho a tomar lo que necesitaba.

—¿Qué pasó? —pregunté, y la expresión de mi madre se endureció.

—Marmoris no estaba contento con ese equilibrio —contestó—. Uno tras otro, los demás reinos cayeron. Perdieron sus receptáculos, hasta que solo quedó este.

Apreté los puños.

—Padre.

Ella asintió.

—Y los reyes antes que él. Pero tu padre prometió paz. Prometió una alianza. Y yo lo creí. —Le tembló la voz—. Y mi padre también. —Buscó mis ojos—. Éramos los dos últimos reinos que quedaban en pie, las dos tierras desesperadas por sobrevivir, y pensé que él deseaba la paz tanto como yo. Me había convencido con sus palabras, con la forma en que me enamoró. —Tragó saliva con dificultad y sus ojos brillaron con las lágrimas que estaba reprimiendo—. Amé a tu padre y creí en él. Hasta que fue demasiado tarde.

La verdad me sacudió como un rayo.

—Tú eras… —Tragué saliva.

Soltó un suspiro lento y tembloroso.

—El rey de Veyrith era mi padre —susurró, y el tiempo se paralizó y el mundo a mi alrededor se volvió borroso.

El resplandor del receptáculo de repente me pareció demasiado brillante, demasiado intenso, y retrocedí tambaleándome.

—No —balbucí. Había crecido escuchando historias sobre Veyrith, cuentos que me susurraban antes de dormir sobre un mundo imaginario que prosperaba y florecía. Me hablaban de su gente, de sus tradiciones, y durante todo ese tiempo yo no sabía que mi madre había sido su princesa—. ¿Veyrith es real? —pregunté, aunque sabía la verdad; en mi interior no tenía dudas.

—Lo era —asintió, estremeciéndose—. Pero esa tierra se convirtió en cenizas hace mucho tiempo, su pueblo fue un sacrificio que mi padre nunca aceptó asumir. —Me puse las manos sobre el vientre, sintiendo cómo la bilis me subía por la garganta—. Nuestro gobierno estaba fallando, y nuestra tierra con él. —Miró hacia el receptáculo que teníamos delante—. Marmoris se había vuelto demasiado poderoso, el reparto de la magia entre los reinos estaba desequilibrado. Me prometí a tu padre, para ser su reina, y, a cambio, se restablecería el equilibrio.

Pero él mintió.

No hacía falta que lo dijera. Podía sentir la verdad.

—Se casó contigo para quedarse con el receptáculo de Veyrith —susurré.

Ella asintió.

—Yo amaba a tu padre, y creo que una pequeña parte de él también me amaba a mí. Pero su codicia era más poderosa que cualquier cosa que hubiéramos tenido jamás. —Apartó la mirada de mí y la desvió hacia el receptáculo—. Después de casarnos, me quedé atada a él, atada a este reino. Y él no dudó en mostrarme quién era en realidad. Mató a mi padre. —Todo rastro de nostalgia y tristeza desapareció de su voz, sustituido por la ira—. Lo mató antes de vaciar nuestro receptáculo hasta que no quedó nada de Veyrith. La tierra que amaba quedó desprovista de magia y, sin ella, los ríos se ralentizaron hasta secarse, los cultivos se marchitaron y, con ellos, también lo hizo nuestro pueblo. —Mi padre había construido su imperio sobre los huesos de reinos robados. Y ni siquiera eso había sido suficiente. Sus dedos recorrieron el borde del receptáculo de un lado a otro—. Mi hogar se convirtió en cenizas, y este es el último receptáculo que queda.

El silencio se prolongó entre nosotras hasta que finalmente me obligué a mirarla a los ojos.

—Podrías haberte ido —musité—. Podrías haber huido.

Sus expresión se suavizó.

—No, mi amor. —Extendió la mano y sus dedos acariciaron el aire entre nosotras—. Me quedé por ti. —Mis ojos se anegaron en lágrimas—. Cuando vi tu poder, cuando me di cuenta de lo que eras, supe que tenía que protegerte. —Le temblaron las manos—. Eras muy joven la primera vez que lo absorbiste, más joven que la mayoría cuando descubren su poder. Me escondí detrás de tus cortinas mientras me buscabas. Podía oír tu risita, pero entonces lo sentí, el momento en que te asustaste. No podías encontrarme, y, antes de que pudiera decirte dónde estaba, tu poder me encontró por ti.

—No lo recuerdo…

—Eras demasiado pequeña. —Sonrió—. Pero en el momento en que me di cuenta de lo que había pasado, en el que me di cuenta de la cantidad de poder que fluía dentro de tu cuerpecito, supe que tu padre nunca podría enterarse. —Sus palabras cayeron sobre mí como un peso, y volví a mirar el receptáculo, cuya magia se movía y retorcía como si me estuviera llamando—. Así que lo oculté.

Contuve el aliento.

—Me maldijiste.

—Te protegí —replicó con fiereza—. Hice lo que las reinas de Veyrith han hecho durante generaciones.

Tragué saliva.

—¿Por qué? ¿Por qué las reinas necesitan ocultar su poder?

Ella dejó escapar el aire y me miró a los ojos.

—Porque Veyrith era un reino de equilibrio. De magia. De poder. Y donde hay poder siempre hay alguien que busca apoderarse de él. —Sus ojos esmeralda buscaron los míos, firmes e inflexibles—. Las reinas de Veyrith no eran solo gobernantes, también eran las guardianas de la magia misma antes de que esta se volviera contra nuestras tierras y los reyes intentaran arreglarlo. Corría por nuestras venas, profunda e indómita. Y ese poder, si no se controlaba, podía ser tergiversado, manipulado.

Temblé al pensar en mi padre, en lo que había hecho.

—¿Así que lo ocultaron?

—Hicieron más que eso. —Su voz era solemne—. Las reinas de Veyrith

tejieron una protección en el linaje mismo de sus hijas. Un hechizo tan antiguo como los propios receptáculos. Estaba destinado a protegernos, pero ese hechizo se diluyó con el tiempo, como todo lo demás. Nuestra magia se debilitó, se enfureció, y el mismo poder que nos había sostenido comenzó a volverse contra todos nosotros. —Busqué en sus ojos, le rogué con una mirada que me dijera que todo eso era mentira—. No eres solo la hija de Marmoris, Verena. Eres la hija de Veyrith, la última hija, y yo até tu poder para protegerte. Até tu magia para que no despertara hasta que encontraras seguridad en alguien que quisiera que tuvieras poder, pero que no deseara utilizarlo. —*Dacre*. En el momento en que mi magia salió a la superficie, yo estaba con él y me sentía a salvo; hasta que él apareció, me sentía impotente. La expresión de mi madre se volvió triste—. Ya había perdido Veyrith. No iba a perderte a ti también.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—¿Y ahora? —susurré—. ¿Ahora que la protección se ha roto?

Su rostro mostró angustia.

—Ahora, mi amor —murmuró—, tu padre hará todo lo que esté en su mano para reclamarte como suya. Hará precisamente aquello contra lo que se rebeló nuestra magia y que obligó a los reyes a vincularla a los receptáculos. —El receptáculo latía a su espalda, proyectando largas sombras a lo largo de su rostro. Podía sentir la ira de la que hablaba, sentir cómo temblaba de furia—. El diezmo nunca tuvo la intención de ser una herramienta de poder. Su propósito era restaurar el equilibrio dentro de nuestra magia, pagar el precio por lo que habíamos destruido. Se lo devolvimos a nuestra magia, a los receptáculos, pero tu padre lo ha tergiversado todo.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, pero me obligué a seguir indagando.

—¿Cómo?

Suspiró y tensó la mano sobre la piedra. Las vetas doradas bajo sus dedos se encendieron, iluminando la estancia con un resplandor inquietante.

—El receptáculo se alimenta de sacrificios, la magia lo exigía —explicó—. Durante años, los pueblos de los cinco reinos dieron poder voluntariamente a los receptáculos, y estos, a cambio, lo devolvían a nuestros reinos. —Sacudió la cabeza suavemente—. Pero ejercerlo es algo completamente diferente. Enfureció a la magia, obligó a su ira a arrasar nuestras tierras y, primero, el pueblo de Veyrith pagó por la codicia de tu padre. Pero ahora se llevará a Marmoris. Se lo llevará. —Contuve el aliento y ella rápidamente pronunció las

siguientes palabras en voz tan baja, como si temiera que el receptáculo pudiera oírla—. Debes entregar algo de ti mismo para manejarlo, tal y como ha hecho tu padre. Una parte de tu alma. Una parte de tu vida.

Tragué saliva.

—Entonces, ¿cómo lo ha usado durante tanto tiempo?

—Ha robado lo que no puede permitirse dar. Con cada diezmo, el pueblo de Marmoris sufre. Se agota, se les despoja de mucha más magia de la que están dispuestos a dar, se acorta su vida. Pero ni siquiera eso es suficiente. —El peso de sus palabras me oprimía las costillas y amenazaba con robarme el aliento. Mi padre le había robado a su pueblo y, aun así, el receptáculo exigía más—. Se dio cuenta demasiado tarde de que no podía parar.

—No lo entiendo. —Negué con la cabeza, tratando de comprender lo que decía—. ¿Parar qué?

Ella me miró a los ojos.

—La muerte. —Un frío escalofrío recorrió mis venas—. Extrajo del receptáculo lo que quiso porque pensó que podía controlarlo, pero este lo ha estado devorando desde dentro. Su magia no es suya, es prestada, robada, temporal. Y ahora se está agotando.

Contuve las náuseas que me subían por la garganta.

—Necesita más poder —susurré, pensando en lo desesperadamente que mi padre había intentado encontrar mi magia, en cómo me despreciaba por no tenerla. En su euforia al saber que le había succionado la vida a aquel guardia.

—Necesita una heredera. —Su expresión se suavizó mientras me estudiaba —. El receptáculo no se unirá a cualquiera. Necesita a alguien poderoso. Necesita un drenador.

Apreté los puños al sentir las náuseas.

—Si me uno a él —murmuré—, si me obliga a ocupar su lugar…

—El receptáculo está corrompido —me interrumpió con tono lastimero—. Está enfadado, y me temo que nunca volverá a encontrar el equilibrio. Te atravesará como lo hace con él y te lo arrebatará todo.

Di un paso atrás, negando con la cabeza.

—No.

—Exigirá sacrificios —susurró—. Tendrá hambre.

Me apreté las sienes con las manos, respirando demasiado rápido. Mi padre no me había estado torturándome solo por crueldad. Estaba cazando, preparándose. No solo quería ser más poderoso: necesitaba que yo fuera

poderosa.

—En los otros reinos, en Veyrith, ¿los reyes estaban vinculados a los receptáculos que había allí?

—No. —Se acercó y me rozó la mano con la suya—. Pero esos receptáculos desaparecieron hace muchos muchos años, y tu padre, con su codicia, los ha convertido en un arma. Los ha convertido en una maldición. Ya ha dado demasiado de sí mismo. Y ahora el receptáculo está ligado a él, se alimenta de él, lo agota, lo desespera. Pero tu padre no es tonto. Ha estado buscando una forma de liberarse de su control sin perder lo que le ha dado.

—¿Cómo? —pregunté con voz temblorosa—. ¿Cómo lo hará?

Mi madre soltó un suspiro lento y agónico.

—El receptáculo no lo dejará escapar sin más. No lo liberará voluntariamente después de todo lo que ha hecho.

Tragué saliva para deshacer el nudo que se me formaba en la garganta.

—Entonces, ¿cómo…?

Su expresión era triste, pero inflexible.

—Para romper el vínculo, debe atarlo a otra persona. No se puede forzar un sacrificio, debe ser voluntario. Esa era la magia original de los receptáculos, un reino que se entregaba voluntariamente, rindiéndose ante la magia. Pero tu padre ha encontrado la manera de tergiversar incluso eso.

Negué con la cabeza.

—Nunca ocuparé su lugar voluntariamente.

Ella apretó los dedos hasta formar un puño.

—Por eso ha pasado tantos años intentando quebrarte.

Las piezas encajaban demasiado rápido, con una repugnante certeza. La tortura, el aislamiento, el dolor, el miedo. No habían sido simplemente castigos: habían sido una preparación para debilitarme. Para dejarme sin más opción que convertirme en lo que él exigía.

Me puse la mano sobre el pecho con una mano, tratando de calmar los latidos erráticos de mi corazón.

—¿Y si estoy destinada a ello?

Vaciló.

—Entonces serás como él: corrupta, dominada, cambiada. El hambre del receptáculo se convertirá en la tuya. La sentirás dentro de ti, presionando contra tus costillas, hundiéndose en tus huesos. Anhelarás la magia. Anhelarás el poder. Y si no lo tomas, si no lo extraes de los demás, te marchitarás. —

Apreté los puños, dominada por las náuseas—. Serás más fuerte de lo que jamás habías imaginado —continuó—. Lo sentirás vibrar bajo tu piel, un pozo ilimitado de magia al alcance de tus dedos. Pero nunca te pertenecerá. —Su voz se volvió más suave—. Y el receptáculo no comparte nada.

Inspiré hondo, con un nudo de miedo en el estómago.

—¿Qué quieres decir?

Se volvió hacia mí.

—No te dejará marchar. No te dejará desobedecer.

Negué con la cabeza violentamente.

—No…

—Tu padre controla el receptáculo porque lo ha alimentado durante años. Pero si ocupas su lugar, serás algo diferente. El receptáculo te deseará. Deseará tu poder, tu sacrificio, y tu padre lo utilizará en tu contra. —Sus manos temblaban cuando se acercó a mí, pero apenas sentí el fantasma de su tacto—. Si estás ligada a él, él tendrá poder sobre ti, Verena. Nunca romperá de todo su vínculo y tú te convertirás en el conducto entre él y el poder del receptáculo. No necesitará obligarte a obedecer, tu propio cuerpo te traicionará.

Se me nubló la vista y las paredes de la cámara parecieron cernirse sobre mí. Me estaba ahogando. Ahogándome en él, en este lugar, en el futuro que me esperaba.

—No —susurré—. No, no lo haré. —El miedo se reflejó en el rostro de mi madre y me dejó sin aliento. Agarré su muñeca, o al menos lo intenté. Mis dedos atravesaron su piel como si ella no estuviera allí—. Mamá. —Mi voz sonaba tan joven, tan débil…

El receptáculo vibraba a nuestras espaldas. Se retorcía con la ira de la que ella hablaba, y las paredes temblaban como si se inclinaran ante él.

—Verena, hay una profecía. Se ha susurrado durante siglos, oculta en los huesos de Veyrith. Tu padre la teme. La ha enterrado, la ha quemado, ha intentado borrarla. Al igual que ha borrado la historia, ha borrado las huellas de lo que ha hecho.

Un viento agudo y cortante atravesó la cámara, azotándonos como una tormenta. El receptáculo latía con más fuerza, y la figura de mi madre parpadeaba.

No. Todavía no.

—¿Qué dice? —supliqué, extendiendo la mano hacia ella—. ¿Qué dice la profecía?

Separó los labios y su rostro se suavizó mientras me miraba por última vez.

—Eres una drenadora, Vee, pero también eres hija de Veyrith. Hay poder en eso.

—¿Qué poder? —pregunté frenéticamente mientras intentaba alcanzarla, tratando desesperadamente de aferrarme a otro momento.

—Confía en las mareas, querida niña. Ellas siempre saben cuándo subir.

El viento aulló con más fuerza, retumbando en mis oídos, y entonces ella desapareció y la cámara se hizo añicos a mi alrededor.

Me desperté jadeando, con el pecho agitado. El aroma a lavanda aún flotaba en el aire, pero era el olor de mi madre el que me envolvía.

Pero todo lo demás había desaparecido. Ella, la cámara, el receptáculo. Todo había desaparecido, pero las palabras que ella había dejado atrás aún sonaban en mi interior.

Aparté las mantas con dedos temblorosos mientras intentaba estabilizar mi respiración. Sabía que no solo había sido un sueño: era una advertencia.

Me apreté las costillas con una mano, haciendo una mueca por el dolor. La habitación era sofocante, estaba demasiado silenciosa, y sentía el peso del palacio sobre mí.

Pasé las piernas por el borde de la cama, ignorando la rigidez de mis miembros, y me puse de pie. Algo no iba bien. El suelo era demasiado liso bajo mis pies desnudos. El silencio era demasiado denso. Todo parecía cambiado, como si el sueño me hubiera seguido hasta el despertar.

Y entonces lo vi.

La estantería al otro lado de la habitación, los lomos dorados de los antiguos tomos que habían estado allí toda mi vida reflejando la luz parpadeante de las velas. Pero faltaba uno. Había un hueco entre dos libros, un espacio vacío donde debería haber habido algo.

Tragué saliva, miré al suelo y me quedé sin aliento: había un solo libro abierto cerca de los pies de mi cama, con las páginas rizadas por los bordes y el lomo agrietado por el paso del tiempo.

Un escalofrío recorrió mi piel cuando me arrodillé lentamente y cogí el libro con manos temblorosas. En el momento en que mis dedos rozaron la cubierta, una punzada aguda de algo frío y antiguo me recorrió el cuerpo. Me estremecí, pero no lo aparté. Le di la vuelta entre mis manos, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho mientras leía las letras descoloridas de la cubierta.

«Veyrith».

Mi madre me lo había leído cuando era niña, una colección de mitos y viejas historias transmitidas a través de los siglos, un libro que antes creía que era un simple cuento de hadas.

Pero era un libro de su propia infancia, de su hogar. Era una historia enterrada bajo metáforas, oculta en poesía, y en el interior de la cubierta, garabateada con elegante tinta, había una nota con la letra de mi madre, apresurada, con manchones en algunos lugares, como si la hubiera escrito con miedo en lugar de con cuidado.

«Si has encontrado esto, entonces ya está comenzando. Lee estas palabras. Halla en ellas la verdad».

Puse los dedos sobre la tinta, trazando las curvas de cada letra. Mi madre me había dejado esto. Había intentado advertirme.

Había estado delante de mí todo el tiempo.

Sentí un nudo en el estómago al pasar la página. El libro se abrió fácilmente, como si quisiera que encontrara este lugar.

Hojeé rápidamente las páginas, leyendo las palabras grabadas en ellas, que parecían saltar del pergamino como si tuvieran su propia magia. Hablaban de poder, de equilibrio, de aprovechar energías perdidas en el tiempo.

Hablaban del pacto, de las reinas y su pueblo. Contaban historias de juramentos hechos y promesas rotas, de templos en cada uno de los cinco reinos que alguna vez habían sido sagrados para la magia, templos donde la gente se rendía ante la magia de su tierra, templos que se habían perdido en el tiempo.

Y allí, escritas en una letra que no era la de mi madre, estaban las palabras que debía encontrar.

La profecía.

«Cuando la sombra se trague el trono dorado
y los ríos se sequen donde la magia ha volado,
la que fue maldecida se levantará con las manos atadas al destino,
un alma ligada a arenas movedizas que conocerá su sino.
Nacida de las cenizas, la sangre y las ansias de batallar,
destinada a tomar, mas obligada a llorar.
El don de la nacida de la marea, atada con cadenas,
romperá el vínculo o unirá sus condenas».

La habitación parecía oprimirme mientras leía la profecía una y otra vez. Las palabras estaban garabateadas con una letra cuidadosa y precisa. Pero en los márgenes, con una tinta mucho más oscura que el resto, había algo más escrito en otra letra que reconocí.

Se me cortó la respiración al mirar debajo de la primera línea lo que mi madre había escrito.

«La sombra ya está aquí».

Sentí un escalofrío.

Junto a la tercera línea había otra palabra garabateada, una sola palabra.

«Drenadora».

Se me revolvió el estómago porque ella sabía exactamente lo que era. Sus notas continuaban, con mis pensamientos fragmentados como piezas de un rompecabezas a la espera de ser resueltas.

«Destinados a tomar…».

«El hambre no disminuirá».

«Nacidos de la marea…».

«Tú eres <u>la nacida de la marea</u>».

Había subrayado esas palabras.

«El pueblo de Veyrith nace del mar. Tú naces de la marea».

Mis dedos se aferraron al borde de la página. Ella me había dejado eso, pero me generaba más preguntas que respuestas. Me generaba más miedo que alivio.

Me quedé mirando la última línea. La releí una y otra vez.

«Romper el vínculo o volver a unirlo».

«Romper el vínculo…».

Hojeé las páginas desesperadamente, buscando más información. Pero no había respuestas, solo acertijos, historia poética y una nota final, escrita tan débilmente que casi la pasé por alto.

«El don está maldito y en las manos erróneas. Usado con buenas intenciones, puede volver a poner el mundo en orden. Pero ten cuidado, mi amor. Ten cuidado con el peso del destino».

Las palabras se difuminaron ante mí.

«Un alma ligada a arenas movedizas.
Para romper el vínculo o volver a unirlo».

El significado me impactó de golpe. No era solo una profecía sobre el receptáculo, también era sobre mí.

No era solo la hija de mi padre, no era solo una drenadora.

También era la elegida.

Me llevé una mano al pecho, como si aún pudiera sentir allí la presencia de mi madre, sentir aún el calor de sus palabras antes de que desapareciera. Pero el calor no tenía cabida en este reino, y si no encontraba la manera de detener a mi padre, tampoco iba a tenerla yo.

Cerré el libro, con los dedos temblando sobre la gastada cubierta de cuero.

Se acercaba el momento de elegir, y no sabía si iba a ser lo bastante fuerte como para hacerlo.

8

DACRE

Los grilletes de hierro se clavaban en mis muñecas con cada paso y el frío metal me rozaba la piel. No estaban lo bastante apretados como para causarme un daño grave, pero su peso era una advertencia silenciosa: solo estaba allí porque ellos me lo permitían.

Torrin iba a mi lado y su desconfianza era casi tangible. Su mano nunca se alejaba de la empuñadura de su espada, y sus ojos entrecerrados se posaban en mí cada vez que movía los pies. Tal vez fuera un miembro del consejo, pero ante todo era soldado. Uno que era leal a mi padre, y no era el único.

Liya se adelantó un poco, con pasos mesurados y firmes. A diferencia de los demás, no tenía la mano en su arma ni me lanzaba miradas recelosas, pero estaba allí de todos modos. Observando, sopesando todas mis decisiones.

Había sido la única que había hablado en mi favor en la sala del consejo, la única dispuesta a desafiar a mi padre, pero eso no significaba que confiara en mí.

Otros tres hombres nos flanqueaban, con posturas tensas que delataban su inquietud. No eran simples guerreros anónimos, sino hombres con los que había luchado, hombres que antes me seguían sin cuestionárselo y que en ese momento me miraban como si fuera el enemigo.

Apreté los puños, obligándome a ignorar la espiral de ira que se enredaba en mi pecho, pero era el silencio de Wren lo que más me atormentaba.

Se acercó a mí, con los hombros tensos y las manos flexionadas a los costados, como si estuviera a punto de sacar su daga. Llevaba la cabeza alta y su expresión era indescifrable, pero la conocía lo bastante bien como para ver la batalla que se libraba bajo su fría apariencia. Había luchado por esto.

En el momento en que salimos de la sala del consejo, Wren estaba allí. Se había enfrentado al consejo sin rodeos y le había gritado a mi padre antes de que nadie más pudiera hablar; se había puesto frente a mí para protegerme de las mismas personas que siempre habíamos creído que nos protegían.

No le habían permitido salir de la ciudad oculta desde que nos habían llevado a rastras a ella, desde la emboscada, y no le permitían visitarme en las celdas. No pude evitar esbozar una pequeña sonrisa cuando clavó el dedo en el pecho de mi padre y le exigió que, si iba a tratarla como a una prisionera, la encerrara a mi lado. Le había temblado todo el cuerpo mientras gritaba, y yo había podido ver el peso de su carga porque pensaba que había fracasado.

También había podido verlo en los ojos de Kai, cuando se había limitado a apoyarse contra una pared y había dejado que Wren arremetiera contra el consejo, contra mi padre.

Había sido Liya quien finalmente la había detenido, quien le había contado el plan después de que Kai hubiera rodeado con sus manos los hombros de Wren para apartarla de nuestro furioso padre. Iban a acompañarme al palacio para salvar a Verena; los ojos de Wren se clavaron en los míos cuando esas palabras habían salido de los labios de Liya.

Pero en ese momento, mientras recorríamos el bosque, cuidando nuestros pasos y vigilando atentamente los árboles, podía sentir lo arrepentida que estaba, la culpa que amenazaba con devorarla viva.

Sabía que no iba a parar hasta que llegáramos a Verena, hasta que la sacáramos de ese palacio y viéramos con nuestros propios ojos que estaba bien. Lo sabía porque esos mismos sentimientos me carcomían a mí, me devoraban de una manera de la que no podía escapar.

Pero íbamos a recuperarla.

Kai iba delante de nosotros, con zancadas largas y decididas y las manos hundidas en los bolsillos. Su magia pulsaba débilmente en el aire, con un zumbido revelador apenas perceptible.

A cualquier otra persona podría haberle pasado desapercibido, pero para mí era como regresar al hogar.

Los hombres de Torrin estaban inquietos, escudriñando las sombras antes de volver a fijarse en Kai y en mí, observándonos con atención mientras avanzábamos. Pero era la mirada de Torrin la que me quemaba por dentro.

—Más te vale que no estés mintiendo sobre el túnel —dijo finalmente, con un tono suspicaz que no podía disimular.

Tensé la mandíbula.

—No lo estoy haciendo.

—Qué casualidad, ¿no? —Una mueca de desprecio se dibujó en sus labios —. Que la hija del rey te haya confiado su secreto precisamente a ti.

Dejé de andar y sentí una ira silenciosa y ardiente que se enroscaba en mi interior. Esperaba las dudas del consejo, esperaba su desconfianza, pero escuchar su acusación en voz alta se me clavó como un puñal en las entrañas.

—No es solo la hija del rey. No es solo la heredera. —Mi voz era baja y firme, pero podía sentir cómo la atención de Wren y Kai se concentraba en mí —. Es mi alma gemela, y tú eres quien aceptó venir con nosotros, Torrin.

Torrin entrecerró los ojos, pero no dejó de avanzar.

—Puedes disfrazarlo como quieras, chico, pero eso no cambia lo que ella es. He venido porque necesitamos ese túnel. Si no sabes dónde está, yo…

—¿Qué harás? —interrumpió Wren con voz aguda, seca y letal. Se puso delante de él, obligándolo a detenerse, y el aire entre ellos vibró con hostilidad apenas contenida—. Adelante —continuó ella, agachando un poco la cabeza, con una expresión más letal que nunca—. Dime exactamente qué le harás a mi hermano. El hombre que ha luchado por esta rebelión mientras mi padre y el resto del consejo han estado cegados por su propia codicia. —Torrin abrió la boca, pero no dijo nada. Observé cómo la ira se apoderaba de él, cómo le temblaba el cuerpo y cómo se aferraba a su daga. Pero a Wren no pareció importarle—. ¿Nada? —Al no obtener respuesta, resopló—. Eso pensaba.

—Wren. —Liya pronunció su nombre como una advertencia tensa y suave que Wren no estaba dispuesta a escuchar. Mi hermana miró fijamente a Torrin durante un largo momento antes de darse la vuelta.

El grupo quedó en silencio después de eso, pero la tensión no disminuyó.

A medida que los últimos rayos de sol se desvanecían del cielo, un lienzo oscuro se desplegó sobre nosotros. Las estrellas aparecieron una a una, titilando como pequeñas gemas esparcidas por la noche aterciopelada.

Estábamos cerca del límite de la ciudad, tan cerca que podía sentir mi propio temor recorriéndome la columna. Habían pasado la tarde desde que dejamos la ciudad oculta, haciendo el mismo viaje que tantas otras veces para llegar hasta ese lugar.

A la derecha estaba el camino familiar que habríamos tomado en cualquier otro momento hacia la capital, y se detuvieron cuando los conduje hacia la izquierda.

El aire estaba cargado de humedad y se hizo más espeso a medida que nos alejábamos de la entrada principal de la ciudad. La arboleda era más densa y el sonido del agua se escuchaba entre las hojas mucho antes de que se hiciera visible.

La cascada fluía lentamente hacia el lago que había debajo, y su niebla nos envolvía en un fresco abrazo. El agua no corría con fuerza, no rugía al chocar contra el río que la esperaba: se deslizaba sobre las rocas, goteando sobre el musgo y la piedra, como si estuviera desesperada por encontrarse con el río una vez más.

Se podía ver la erosión en las rocas donde normalmente caía la cascada, pero esos puntos erosionados estaban secos en ese momento, testigos mudos de la falta de caudal, como si se estuviera muriendo.

Torrin aminoró el paso y pude sentir su vacilación sin que dijera otra palabra.

Con cuidado, nos abrimos paso alrededor del agua, resbalando una y otra vez sobre las piedras, con el corazón acelerado a cada paso que nos acercaba al lugar.

Entonces lo vi.

Los dos árboles se alzaban donde Verena los había descrito, con sus raíces retorcidas y entrelazadas, henchidas de tiempo y secretos. Di un paso adelante y extendí mis manos aún atadas para tocar las raíces, y una descarga de energía recorrió mi cuerpo, repentina y fugaz, provocándome un escalofrío.

—«Un reino desgarrado por la sangre. Un mundo convertido en cenizas». —Las palabras salieron de mis labios antes de que pudiera detenerlas.

Aún podía oír su voz, suave y llena de asombro, mientras me las susurraba, envolviéndome hasta robarme el aliento.

—¿Qué? —La voz de Torrin me sacó de mis pensamientos cuando se acercó a mi lado y extendió la mano para tocar las mismas raíces.

No lo miré. En cambio, hundí los dedos en la tierra húmeda, separando la masa de raíces hasta que la luz de la luna pudo filtrarse a través de su cobertura. Tiré con más fuerza, las raíces se rompieron y se partieron en mis manos, hasta que una pequeña y discreta abertura emergió de la tierra.

Me arrodillé ante ella y aparté los escombros, hundiendo los dedos en la tierra y dejando al descubierto pequeñas piedras y hojas marchitas.

Tosí; el aire estaba mohoso y no quería ser perturbado, pero luego cedió, revelando una abertura más grande.

El túnel.

Torrin espiró bruscamente y dio un paso atrás.

—Joder —murmuró.

Pero antes de que pudiera decir nada más, Wren estaba a su espalda y le había puesto la daga en el cuello. Todo su cuerpo se tensó: era demasiado tarde

para que pudiera agarrar su propia arma.

—Quítale los grilletes —ordenó mi hermana, con la mirada fija en el túnel que tenía delante.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó Torrin con la respiración entrecortada, pero sin atreverse a moverse.

La daga en la mano de Wren permaneció firme, con la punta afilada presionando contra su piel, obligándolo a quedarse quieto bajo su control.

El consejo de la rebelión había votado; habían acordado darme lo que pedía a cambio de esa información, pero Wren no confiaba en ellos.

Y yo tampoco.

Kai se interpuso entre los hombres de Torrin y nosotros, apoyado contra la piedra con su propia daga desenvainada en las manos, su magia ondulando débilmente en el aire.

—Que todo el mundo se calme. —Liya se dispuso a dar un paso adelante, pero Kai extendió la mano rápidamente para bloquearle el paso.

La voz de Wren era tan afilada como la hoja contra la piel de Torrin cuando repitió su orden.

—Quítale los grilletes. —Los dedos de Torrin se crisparon y dudó un instante que resultó demasiado largo. Wren no se inmutó. Presionó la daga con más fuerza, lo suficiente como para clavársela en la piel—. Ya.

Torrin murmuró una maldición entre dientes y rebuscó en su bolsillo hasta sacar una llave. Me miró fijamente al tenderla hacia mí, y yo extendí las manos, con los grilletes metálicos clavándose en mi piel.

La llave rozó la cerradura, un sonido chirriante que me provocó un escalofrío de expectación y, a continuación, un clic.

En el momento en que los grilletes cayeron, apenas pude contener una inspiración brusca. El poder surgió bajo mi piel, inundando mis venas como el calor después de un largo invierno. Mi magia.

Wren bajó su daga, pero no se alejó de Torrin. Se dio media vuelta y me puso el arma en la palma de la mano. Confiaba en mí para terminar esto.

Afiancé mis dedos alrededor de la empuñadura, escudriñando el rostro de Torrin.

—Es real —murmuró con una voz apenas audible. Miró a la entrada del túnel, cuyas raíces seguían desprendidas como una herida en la tierra.

—A partir de aquí nos encargaremos nosotros, consejero.

Torrin dudó, al igual que Liya.

—Dacre. —Intentó dar otro paso adelante, pero Kai seguía sin dejarla pasar.

—Esto es lo que querías —le respondí, y señalé el túnel con mi daga—. Y te lo he dado. He cumplido mi promesa. —Torrin la miró, y me pregunté si él también podía ver la vacilación en sus ojos, como yo—. Wren, Kai y yo seguiremos adelante desde aquí. —Di un pequeño paso hacia el túnel—. No confío en ninguno de vosotros para que me acompañéis. No me fío de lo que podríais hacer con mi alma gemela.

—Yo también he hecho una promesa, ¿sabes? —Se estremeció, y, distraídamente, me pregunté si se refería a las promesas que me habían hecho en la sala del consejo o a las promesas que una vez le hizo a mi madre.

—Y espero que las cumplas. —Le hice un gesto con la cabeza a Wren y ella se puso a mi lado, más lejos de ellos y más cerca del túnel—. Una vez que tengamos a Verena, planeamos escapar por este túnel. Planeamos regresar a la ciudad oculta porque no tenemos ningún otro lugar adonde ir, ningún otro lugar donde pueda protegerla.

Kai se movió entonces y le arrebató la antorcha a uno de los hombres de Torrin, sin inmutarse por sus protestas.

—La necesitamos más que vosotros.

Le sonreí a mi amigo a pesar de la opresión que sentía en el pecho, pero luego me volví de nuevo hacia Liya.

—Verena no sufrirá ningún daño.

Ella asintió y yo intenté confiar en su silenciosa promesa, pero no lo conseguí.

—No nos quedaremos aquí —espetó Torrin cuando Kai pasó junto a él—. No vamos a quedarnos sin hacer nada confiando en que salgáis con vida. Regresaremos a la ciudad oculta e informaremos a nuestra gente.

Kai resopló.

—¿Te refieres a informar a su padre? —Torrin le lanzó una mirada fulminante, pero no discutió.

No me importaba lo que hicieran. Que se fueran. Que volvieran corriendo con mi padre y le contaran lo que habíamos encontrado. Que le dijeran que su hijo había hallado lo que él había estado buscando desesperadamente. Me daba igual. Verena me estaba esperando, y ella era mi única preocupación.

Di un paso adelante, sintiendo cómo la tierra se movía bajo mis pies mientras me arrodillaba a la entrada del túnel. Coloqué una mano a cada lado y sentí una extraña vibración en la piedra, pero no vacilé. Inspiré hondo por

última vez antes de atravesar la estrecha abertura y descender a gatas por el oscuro túnel.

El aire dentro del túnel era espeso y estaba viciado, y lo sentía en mis pulmones como un peso del pasado. Extendí la mano, pasando los dedos por la piedra mientras avanzaba, y dejé que mi magia crepitara bajo mi piel.

Las paredes estaban húmedas; una magia antigua, diferente a cualquier otra que hubiera sentido antes, se aferraba a ellas como el susurro de algo olvidado hace mucho tiempo. No era fuerte, pero estaba allí, persistente, como si estuviera esperando algo, a alguien.

Wren entró tras de mí, soltando una suave maldición cuando la oscuridad la envolvió, pero entonces hubo un destello de luz cuando Kai la siguió, con la antorcha aún entre los dedos.

Solo tardó un momento en abrirse el túnel, en ensancharse lo suficiente como para que pudiéramos andar erguidos.

Kai se adelantó, sosteniendo la antorcha en alto. Su magia pulsaba sutilmente en el aire a su alrededor, con tenues hilos de sombra que se enroscaban contra la piedra como si intuyeran el camino que debíamos seguir y buscaran el peligro.

Wren iba detrás de mí mientras avanzábamos, con la respiración firme pero ansiosa y los movimientos cautelosos.

Hacía años que ninguno de nosotros había estado en un túnel como este, desde que éramos niños; desde que creíamos que la rebelión era algo intocable, algo bueno. Cuando corríamos por la ciudad oculta, registrando cada rincón y cada pasadizo secreto; normalmente encontrábamos solo callejones sin salida y regresábamos a casa cubiertos de barro.

Espiré lentamente y puse de nuevo la palma de la mano sobre la pared. Esta vez dejé que mi magia penetrara en ella más profundamente.

El calor me lamía los dedos, la piedra se calentaba bajo mi tacto. Fruncí el ceño y retiré la mano. Kai se detuvo delante de mí.

—¿Qué pasa?

Dudé, flexionando los dedos, y negué con la cabeza.

—Nada. Sigue adelante.

Kai no parecía convencido, pero dio media vuelta y siguió avanzando. El túnel se curvó en un estrecho pasaje que nos obligó a reducir la velocidad y a apretujarnos para pasar. La humedad aumentó e hizo que nuestros cueros se volvieran resbaladizos, hasta que finalmente el túnel dio paso a una caverna

abierta. Y no estaba vacía.

Una imponente estatua de piedra se alzaba en el centro de la cámara, con los rasgos desgastados por el tiempo. La rodeé hasta llegar al frente y contemplé el rostro de la mujer a la que representaba.

No había nada único en ella; estaba cubierta de bronce desgastado, pero cuando miré sus ojos, me quedé de pronto sin aliento. Una larga túnica cubría su cuerpo de bronce; su rostro estaba triste, pero eran sus ojos los que parecían seguirme, ver tan profundamente dentro de mí que mi magia se estremeció.

Wren extendió la mano y pasó los dedos por la base de la estatua, ladeando la cabeza.

—Aquí hay unas letras talladas…

Kai levantó la antorcha más alto, proyectando una luz parpadeante sobre la inscripción desgastada. Me acerqué, rocé con los dedos las antiguas palabras, y sentí una quemazón en mi interior, como un fuego que arrasara un bosque seco y sediento.

Contuve el aliento, tratando de controlar la sensación que me invadía. Kai llegó junto a mí, aferrándose con más fuerza a la antorcha. La luz parpadeante apenas llegaba al techo de la caverna cuando se agachó junto a Wren.

Y ninguno de los dos parecía verse afectado por la estatua, ninguno era consciente de lo que me estaba removiendo a mí.

—«Un alma ligada a arenas movedizas». —Wren leyó las palabras mientras pasaba un dedo sobre ellas, y cada una me sacudía con más fuerza que la anterior hasta que mis piernas amenazaron con fallar—. ¿Qué significa eso?

Wren me miró y abrió mucho los ojos cuando negué con la cabeza.

—No lo sé. —Me puse la mano sobre el vientre, incapaz de controlar la palabra que me atormentaba: Verena. Me dio un vuelco el estómago y la bilis me subió por la garganta.

Era una advertencia.

—¿Estás bien? —Wren se puso de pie y yo la miré, dominado por el pánico.

—Tenemos que llegar hasta Verena.

Kai levantó la antorcha más alto, escudriñando la imponente cueva.

—Ahí.

Seguí su mirada y vi una pequeña abertura oscura justo encima de la corona de la estatua. Una salida. El túnel se extendía aún más, pero no teníamos ni idea de adónde conducían esos túneles.

Wren dio un paso atrás, evaluando la dificultad de la escalada, antes de estabilizarse con las manos sobre la estatua. Levantó el pie y lo colocó sobre la mano de la mujer, que parecía estar ayudándola a subir.

Contuve la respiración mientras Wren llegaba a la cima y ponía un pie en cada uno de los hombros de la mujer antes de saltar.

Se aferró al borde del pasadizo de arriba y se impulsó hacia arriba.

—Espera —rezongó Kai—. No sabemos qué hay ahí arriba. Yo debería ir primero.

—Soy más que capaz, Kai —protestó Wren; se impulsó de nuevo, hasta que la mitad superior de su cuerpo desapareció de la vista. Kai maldijo entre dientes y se volvió hacia mí.

—Dile algo.

—¿A Wren? —pregunté, mirando cómo le colgaban las piernas a mi hermana cerca de la estatua—. Prefiero que no me apuñalen.

Kai me fulminó con la mirada, pero no perdió más tiempo discutiendo. La siguió, con movimientos más lentos y precisos. Eché la cabeza hacia atrás y los vi desaparecer por la abertura.

Me acerqué a la estatua y una fría ráfaga de aire se deslizó desde el pasadizo de arriba. No solo estábamos subiendo: estábamos saliendo al exterior del túnel.

Me agarré a la estatua; mi magia crepitaba bajo mi piel y chocaba con la magia que latía dentro de la estatua mientras trepaba. La estatua estaba resbaladiza por la condensación, pero cada vez que mis dedos la tocaban, el calor se propagaba por la roca.

Verena. Su nombre retumbó en mi interior con una voz que no era la mía: una voz de mujer la llamaba. Alcancé la abertura, con mi cuerpo deslizándose sobre la piedra, y la voz se detuvo de inmediato. Sentí la cabeza demasiado en silencio al hacer el resto del camino.

Wren y Kai ya estaban agachados cerca del borde del pasadizo; la vista estaba bloqueada por unas enredaderas retorcidas.

Wren se volvió hacia mí, con los ojos brillantes.

—No te lo vas a creer.

Miré hacia el lugar donde estaba tironeando de la planta trepadora y vi la capital, que se extendía ante nosotros, tranquila y silenciosa bajo las estrellas.

Aún no estábamos en el palacio. Estábamos en las calles, cerca de la casa de mi abuela.

La brisa fría de la noche calaba en mi piel, fresca e impregnada con la sal del mar. La ciudad estaba tranquila, pero eso no significaba que fuera segura. El palacio se alzaba en la distancia, con sus torres oscuras elevándose hacia el cielo. Cada paso que dábamos nos acercaba más a Verena y al peligro.

Nos movimos rápidamente por los callejones, evitando las calles principales. La tensión en el aire era palpable, una advertencia silenciosa que ninguno de nosotros pronunciaba en voz alta.

—Mira. —El susurro apagado de Wren captó mi atención.

Seguí la dirección de su mirada hasta la fachada de una de las casas y tropecé con los adoquines al levantar la vista muy por encima de la puerta. Un símbolo de la rebelión había sido pintado en negro intenso sobre la piedra desgastada. Parecía que alguien había intentado borrarlo, difuminándolo en algunas zonas, pero la marca permanecía ahí.

Podía sentir los latidos de mi corazón, oírlos retumbar en mis oídos, y rápidamente aparté la vista.

La rebelión llevaba décadas en pleno apogeo; era una lucha que había comenzado incluso antes de que yo naciera, y las llamas de la revolución habían prendido con fuerza entre nuestro pueblo. Pero nunca había sido testigo de algo así en la capital.

—Sigue caminando. —Le puse una mano temblorosa a Wren en la espalda y la empujé hacia delante mientras doblábamos una esquina.

Su suave jadeo llegó a mis oídos, y empujé con más fuerza. Un hombre mayor, con el pelo canoso y el rostro marcado por los años, colgaba del lateral del edificio. Sus pies se balanceaban en el aire justo por encima de nuestras cabezas y su cuello se torcía de forma antinatural contra la cuerda que lo sostenía, pero fue su brazo lo que me hizo sentir miedo: tenía la manga izquierda por encima del bíceps marchito y, justo sobre la muñeca, mostraba la misma marca que estaba en la fachada.

Pude sentir a Wren temblando bajo mi mano, notar la magia de Kai mientras intentaba mantenerla bajo control, pero ninguno de nosotros se detuvo. Seguimos adelante hasta que la casa de mi abuela apareció ante nosotros.

Era pequeña y estaba encajada entre otros dos edificios de adobe, con el familiar resplandor de luz que se filtraba por la ventana delantera.

Debería haber sido reconfortante, pero solo sentía una inquietud que me revolvía las entrañas.

Subí apresuradamente los tres escalones de madera; mis botas retumbaron

demasiado fuerte contra las tablas desgastadas. Llamé a la puerta con los nudillos, contando los segundos en mi cabeza hasta que, por fin, se abrió y mi abuela apareció ante mí, con los ojos muy abiertos.

—Dacre. —Su voz denotaba más inquietud que alivio. Yo nunca aparecía por ahí sin avisar. Miró por encima de mi hombro para descubrir las tensas figuras de Wren y Kai; debió de fijarse en la forma en que la mano de Kai vagaba cerca de su arma y en cómo Wren seguía mirando al hombre colgado al que ninguno de nosotros conocía. Luego, sin decir nada más, se hizo a un lado para invitarnos a entrar, y el calor de la casa me envolvió por completo. Las baratijas y los libros llenaban hasta el más mínimo espacio disponible y el aroma de la vainilla y el pergamino viejo flotaba en el aire. Era dolorosamente familiar. Un lamento se formó en mi pecho, como siempre; un lamento por mi madre—. ¿Qué os ha traído aquí esta noche? —Sonrió, se acercó a la ventana y cerró tranquilamente las cortinas.

Empecé a dar vueltas por la estancia, pasándome los dedos por el pelo.

—No tenemos tiempo para explicártelo todo, pero necesitamos… —Percibí un movimiento con el rabillo del ojo; me quedé quieto cuando mi abuela pasó junto a mí, y la seguí con la mirada.

Y entonces lo vi. Había alguien sentado a su pequeña mesa de comedor, con una postura tensa y la vista clavada en mí. Apenas lo reconocí; habían pasado años desde la última vez que nos habíamos visto. Instintivamente, busqué la daga.

—¿Micah?

Él asintió y se limpió las migas de pan de la boca.

—Hola, Dacre.

—Micah… —Wren susurró su nombre al pasar junto a mí y se dirigió hacia él, que le sonrió y se levantó, aunque ese gesto no le alcanzó los ojos. Ella le rodeó el cuello con los brazos y él hundió la cabeza en su cabello, como si quisiera inhalarla. Kai llegó junto a mí, con su magia vibrando un poco más fuerte que antes—. ¿Dónde has estado? —preguntó Wren, estrechándolo más contra ella—. Han pasado años, Micah.

—Lo sé —reconoció él, y yo miré a mi abuela, que me observaba con atención; con demasiada atención. Se aferró con sus manos arrugadas el respaldo de una de las sillas del comedor y sus dedos se clavaron con fuerza en la madera.

—¿Por qué estás aquí, Dacre?

Micah se tensó contra mi hermana, pero no se apartó.

—He venido a por Verena —respondí, vacilante—. El rey la ha capturado.

No había ni una pizca de sorpresa en sus ojos grises mientras me miraba.

—Lo sé. —Asintió y se llevó una mano al estómago y se lo acarició mientras hablaba—. La marea ha subido.

Miré a Kai, pero él se encogió de hombros sin apartar la vista de Wren.

—Tenemos que entrar en el palacio —le dije a mi abuela—. Hemos utilizado los túneles para llegar hasta aquí, pero no sé cuál conduce al palacio.

—Yo puedo ayudaros —se ofreció Micah, soltando por fin a Wren. Seguía mirándola y le pasó tras la oreja unos mechones de pelo—. Yo puedo llevaros al palacio.

Entonces se volvió hacia mí y yo contuve el aliento, sorprendido; Wren ya no me tapaba la vista y podía verlo ahí, en la cocina de mi abuela, vestido con el uniforme de la guardia del rey, y en el pecho llevaba el escudo del rey. Un símbolo de su poder bordado con hilo de oro. Solo lo llevaban los guardias que habían jurado servirle.

Se me heló la sangre. Kai dio un paso adelante, con su magia crepitando a su alrededor, y se abalanzó sobre Wren para apartarla de Micah.

—¿Qué demonios está pasando?

—¿Aquí es donde has estado? —Mi voz retumbó como un trueno—. ¿Tu lealtad es hacia el rey?

—No… —comenzó Micah, pero no lo creí. La verdad estaba ante mí: el uniforme cubría su cuerpo, se había convertido en uno de ellos, había dejado de ser uno de los nuestros—. No soy leal al rey.

—Pues lo parece. —Levanté la mano para señalarlo.

—Detente —ordenó la voz de mi abuela, pero yo estaba demasiado ocupado mirándolo.

—Soy su prisionero, igual que ella —espetó, pasándose los dedos por el pelo —. No tengo otra opción.

Acorté la distancia entre nosotros, y sentí cómo mi poder se agitaba desesperadamente en mi interior.

—Siempre hay otra opción, y parece que tú ya has elegido.

Kai se movió, bloqueando ligeramente a Wren con su cuerpo. El único sonido en la estancia era la respiración lenta y mesurada de Wren.

Micah no se movió. No se inmutó. Se limitó a mirarme fijamente, con la mandíbula tensa, y cuando volvió a hablar, su voz era más tranquila.

—No lo entiendes.

Apreté los puños, sintiendo cómo mi magia empujaba contra mi piel, tan descontrolada y confusa como yo me sentía.

—Entonces, ayúdame a entenderlo.

Micah soltó el aire bruscamente, sin apartar la mirada de mí.

—El rey tiene a mi hermana.

Dejó que sus palabras calaran en mí. Wren jadeó, pero yo no sabía nada de ninguna hermana. Cuando Micah vivía con mi abuela, años atrás, nunca había hablado de una hermana. Ni de nadie.

Me volví hacia mi abuela.

—Creía que habías dicho que lo trajeron aquí en un barco, que había huido de su reino y que no tenía otro sitio adonde ir ni quien lo ayudara cuando lo encontraste en las calles.

Lo recordaba vívidamente; la primera vez que habíamos ido a visitar a mi abuela con nuestra madre, las dos intercambiaron notas, información para la rebelión que mi abuela de alguna manera conocía, y Micah estaba allí. Por aquel entonces había sentido lástima por él, me había compadecido por su historia, la que mi abuela había tejido sobre su pasado.

—Así es. —Mi abuela asintió sin una pizca de arrepentimiento en su tono—. Venía de mi reino, del que era reino de mi madre antes de mí. El reino de la madre de Verena antes que ella.

—¿Y tu hermana? —le pregunté a Micah.

—La capturaron el día que llegamos —dijo este, con la voz teñida de furia —. En cuanto mis pies tocaron la arena se la llevaron gritando. —Se estremeció, atormentado por el recuerdo—. No volví a verla hasta dos días después de que arrestaran a Verena.

—No lo entiendo. —Miré a mi abuela y luego a él.

—Le hice una promesa a la madre de Verena, a nuestra reina —explicó mi abuela antes de volverse hacia Micah—. Y después de que tu madre muriera en esa redada, después de que Verena lograra escapar, supe que tenía que hacer algo. —Intenté inspirar hondo, intenté calmar mi corazón acelerado, pero fue inútil—. Ella huyó a las calles, y en cuanto la vi, supe que su padre la encontraría en cuestión de días si estaba sola.

Mi mirada volvió a posarse en Micah, en el movimiento de su mandíbula.

—Tú eras el que estaba en la calle con ella. Esa es la razón por la que desapareciste de repente, la razón por la que ella nos hizo creer que habías

huido.

Me volví hacia mi abuela, y el sabor amargo de traición me invadió la lengua.

—Yo se lo pedí a Micah —insistió mi abuela—. Él la protegió en las calles hasta que su protección ya no fue suficiente. Y cuando los guardias la arrestaron, temí lo que le harían una vez que se dieran cuenta de quién era. Le había hecho una promesa a la reina —insistió, alzando la voz—. Envié a Micah a buscarla, solo para descubrir que ya había sido capturada por la rebelión, por ti.

—Eso no explica nada —dijo Wren por fin, mirando fijamente a Micah, incapaz de apartar la vista de su uniforme.

—Me arrestaron mientras intentaba encontrar a Verena —explico él, apretando los puños con los dedos temblorosos. En su expresión solo había rabia—. Y fue entonces cuando la vi dentro del palacio, a mi hermana. La habían sacado de ese barco y la habían llevado directamente ante el rey. Era demasiado joven. —Sacudió la cabeza—. Ahora es una cortesana real. —Sentí náuseas, pero él no se detuvo—. Grité por ella, les supliqué que me llevaran en su lugar. —Los ojos de Micah estaban desenfocados y su cuerpo, tenso, como si ya no estuviera allí, sino de regreso a ese momento—. Los guardias no me escucharon. —Tragó saliva—. Pero el rey…

Las paredes parecieron encogerse, y pude sentir la magia apenas contenida de Kai como si se moviera a mi alrededor.

—¿Qué hizo? —preguntó Wren con voz cautelosa y tranquila.

Micah soltó un suspiro lento y tembloroso.

—Se rio y me obligó a ver cómo desfilaba mi hermana delante de mí. La sentó en sus rodillas y les ordenó a sus guardias que me llevaran a las mazmorras. —Micah bajó la voz, que sonó ronca con sus siguientes palabras —. Estaba desesperado, loco de rabia, y dije lo que nunca debí haber dicho.

Sentí como si el mundo hubiera dejado de girar, porque ya sabía lo que iba a continuación.

—Le entregaste a Verena. —Vi cómo Micah se estremecía—. ¿Qué le dijiste?

Al principio no quiso responder; tragó saliva con dificultad, tensando la mandíbula con fuerza hasta que le tembló.

—Le dije que había estado con ella en las calles. Que la había protegido. —Su voz era débil—. Que había sido yo quien le había puesto la marca de la rebelión. —Sentí el frío en mi interior. La marca de la rebelión. La que estaba

grabada en la piel de Verena. Kai maldijo en voz baja y Wren inspiró bruscamente, pero yo no podía apartar la mirada de Micah—. No era mi intención. —Su voz se quebró—. Intenté luchar contra él después de eso. Lo intenté. Pero él sabía muy bien qué decir, qué hacer para…

Me obligué a mantener la voz firme.

—¿Y qué hizo para ganarse tu lealtad? —Señalé su uniforme.

Micah tragó saliva.

—El rey me hizo una oferta. —Ahí estaba—. Me prometió que dejaría marchar a mi hermana si lo ayudaba con Verena. Que lo ayudara a recuperarla, a doblegarla.

Espiré lentamente sin dejar de mirarlo. Iba a matarlo. Me daba igual que lo hubiera hecho por su hermana; me daba igual que yo hubiera hecho lo mismo si hubiera estado en su lugar. No podía pasar por alto su traición a Verena.

—¿Lo sabe Verena? —Apreté los puños a los costados, clavándome las uñas en las palmas hasta sentir cómo se me abría la piel—. ¿Sabe lo fácil que te ha resultado traicionarla?

Micah retrocedió.

—¿Crees que ha sido fácil? ¿Crees que era esto lo que yo quería? —Micah abrió los ojos de par en par y vi en ellos la desesperación, el tormento—. No eres el único que la ama, ¿sabes? Pero ¿qué habrías hecho tú si hubiera sido Wren?

La casa se encogió a mi alrededor, las paredes se cerraron sobre mí mientras mi magia se disparaba.

—No te atrevas a hablar de amarla como si tuvieras derecho a hacerlo, como si no fueras tú quien la traicionó, joder. —Mis palabras atravesaron la sala como una espada que deseaba desesperadamente empuñar—. Y no te atrevas a hablar de Wren.

—¿Dónde estabas tú? —Micah se movió, incómodo—. Ella hablaba de ti cuando él aún la tenía retenida en el calabozo, gritaba tu nombre, y yo no sabía si se daba cuenta de lo que hacía. Me condenas por lo que he hecho, pero ¿dónde estabas tú cuando ella te suplicaba? —Los bordes de mi campo de visión se estaban difuminando—. ¿Estabas allí cuando la torturó? —Di un paso adelante, aunque sentía que me daba un vuelco el corazón ante la imagen que acababa de pintar en mi mente.

—¿Y tú te quedaste allí parado y no hiciste nada para detenerlo? —Me abalancé sobre él; la mesa rozó el suelo cuando la empujé para llegar a él. Lo

agarré por el cuello y lo empujé contra la pared.

—¡Él lo sabe! —exclamó Micah, mirando a mi abuela, y eso solo avivó aún más mi ira—. Él sabe que ella es una drenadora, que su magia estaba atrapada dentro de ella.

Estreché mi mano alrededor de su cuello y miré cómo se debatía antes de volverme hacia mi abuela.

—¿Qué quiere decir?

—El rey es un drenador —respondió ella, con la vista clavada en la mano que aún rodeaba el cuello de Micah.

Ya lo sabía. Todos lo sabíamos. Eso era lo que lo hacía tan poderoso, tan peligroso. No solo practicaba la magia: la tomaba, la drenaba, la doblegaba a su voluntad.

Exigía magia en el diezmo, magia que estaba destinada al equilibrio de nuestro reino, y la robaba.

—Eso es lo que ha estado buscando, en lo que ha intentado obligarla a convertirse, la razón por la que quería otro heredero. —Mi abuela asintió y yo me obligué a mantener la voz firme—. ¿Por qué ella no lo sabía? Ha pasado toda su vida pensando que no tenía poderes. ¿Cómo es posible que no lo supiera?

—Porque estaba oculto. —Su mirada no vaciló—. La reina y yo atamos su magia dentro de ella para que él no pudiera utilizarla. —Wren contuvo el aliento y mi mano se tensó contra Micah—. Cuando aún era pequeña, antes de que pudiera siquiera comprender lo que era. —Mi abuela asintió una vez más y, cuando se movió, me di cuenta de lo frágil que parecía—. Él la quiere como receptáculo.

Micah estaba intentando hablar, y yo lo solté y di un paso atrás mirándolos a los dos como si fueran completos desconocidos.

—¿Qué clase de receptáculo?

Mi abuela vaciló.

—Dímelo —le espeté, y sus ojos grises se oscurecieron.

—Al principio había cinco receptáculos. Cinco reinos se unieron para controlar la magia que habían despertado, pero el del palacio es el único que queda. Su objetivo era mantener el equilibrio, controlar el diezmo.

Kai se enderezó a mi lado, con todo el cuerpo en tensión.

—¿Qué les pasó a los demás?

—Fueron destruidos —respondió ella en voz baja—. Uno por uno.

—Por él —dije, porque ya sabía la respuesta.

Ella asintió.

—Y el de Veyrith fue el último. Fue el último reino que se le opuso, pero nuestro reino cayó igual que los demás.

El reino que la familia de la reina había gobernado en su día. El reino que mi abuela había llamado hogar. El reino de Micah.

Negué con la cabeza.

—¿Por qué? ¿Qué gana él destruyéndolos?

—Poder —respondió mi abuela, y yo sentí un nudo en el estómago—. Es lo mismo que gana al estar vinculado al receptáculo, lo que ganará si consigue vincular a Verena. —La palabra se escuchó como una maldición: vincularla…

—No lo entiendo.

—El rey extrajo el poder del receptáculo, extrajo la magia y el diezmo que le daba el pueblo de esta tierra. Pero tomó demasiado, exigió demasiado, y el receptáculo exigió mucho a cambio. Es poderoso, pero siempre tiene un precio. Y ese precio ahora ya es demasiado alto. —Suspiró y se pasó la mano por el cuello—. El receptáculo lo está matando, y quiere vincular a Verena con él para salvarse.

La comprensión me golpeó, fría y brutal.

«Un alma ligada a arenas movedizas». Las palabras de esa estatua sonaron de repente en mi interior, retumbando en mis oídos.

La guerra que habíamos estado librando no era contra un tirano. Era contra algo mucho peor.

Me volví hacia la puerta.

—Nos vamos ahora mismo.

Micah soltó el aire bruscamente.

—Dacre, espera…

9

VERENA

El dolor que me había causado mi padre se había convertido en una presencia constante en mi vida, como un viejo compañero no deseado.

Ya no venía en ráfagas agudas y repentinas: se aferraba a mí como una mancha obstinada, hundiéndose tan profundamente en mi piel que nunca iba a poder quitarla.

Me desgarraba por dentro, forzando a mi poder a salir a la superficie, exigiendo que ejerciera de drenadora, que cediera a lo que era.

Pero durante los últimos días él me había dejado sola, y debería haber sido un alivio, pero no lo era.

La ausencia de su crueldad suponía otra clase de tormento, un silencio denso, repleto de amenazas no pronunciadas. Él estaba esperando. Preparándose para algo peor.

Me encogí sobre mí misma en la enorme cama, mirando el dosel tallado sobre ella. Apenas tenía fuerzas para moverme, para respirar. Aunque los sanadores habían llegado y se habían ido, no habían podido quitarme el dolor.

Mi padre no había querido que lo hicieran.

—Necesito que sea fuerte —había ordenado mi padre—. Sanadla, pero no dejéis que olvide.

Y eso hicieron.

Mi cuerpo ya no estaba tan destrozado como antes, pero me estaba desmoronando, y hacía días que no veía a Micah, desde que había drenado al guardia.

Cerré los ojos con fuerza y me forcé a no pensar en el rostro del guardia. Me había atormentado durante días: la vida ausente de sus ojos, su cuerpo flácido contra el suelo de piedra.

El palacio estaba en silencio, pero más allá de las paredes podía oír la ciudad. El murmullo amortiguado de la vida continuaba como si nada hubiera cambiado. Como si no estuviera aquí, atrapada en esta habitación como un

animal esperando a ser llevado al matadero.

Habría dado cualquier cosa por estar ahí, por sentir el hambre royéndome el estómago en lugar de aquello.

Me estaba rompiendo en pedazos. Mi magia vibraba dentro de mí, tan desesperada por escapar como yo, y los tentáculos de caos pulsaban en mi interior, amenazando los retazos de cordura que me quedaban.

Me sentía vacía al pensar en lo que mi padre me había llamado, en lo que sabía que era, pero eran las palabras de mi madre las que me atormentaban.

«Ten cuidado con el peso del destino».

Esas palabras se me habían clavado en las entrañas, y me revolvían el estómago.

No quería creerlas. Quería rebelarme contra ellas, aunque en mi interior sabía que ella estaba diciendo la verdad.

Pero su verdad parecía haber llegado demasiado tarde. Ella conocía mi poder, conocía las consecuencias a las que iba a enfrentarme, pero no me había preparado para lo que estaba por llegar.

Debería haberme secuestrado, haber abordado un barco y haberse alejado navegando más allá de la costa, hasta que mi padre ya no pudiera vernos, hasta que ya no pudiera tocarnos.

Y me inundaba la ira porque no lo había hecho.

Vacilaba entre la furia y el anhelo, desgarrada por el miedo a que me hubiera fallado, pero anhelando su presencia, esperando que regresara a mis sueños y no me dejara marchar.

La pesada puerta de madera de mis aposentos chirrió al abrirse, arrancándome del curso de mis pensamientos, y aborrecí que el jadeo que salió de mis labios fuera diferente.

No me moví, no me aparté. Solo mantuve la vista clavada en el dosel arriba mientras su presencia sofocaba el aire, como humo que entrara en mis pulmones. Sus botas retumbaron sobre el suelo de mármol mientras se acercaba.

Conté sus pasos, preparándome para lo que estaba por llegar.

—Levántate.

Las palabras eran engañosamente suaves, pero no me moví. Una inspiración brusca, el sonido de la tela moviéndose, y una mano que envolvió mi tobillo y me arrastró por la cama. Me sobresalté cuando mis rodillas chocaron contra las suyas, pero no se detuvo. Hundió una mano en mi cabello y sentí un dolor

agudo cuando tiró de él y me levantó la cabeza con brusquedad.

—Te he dado unos días para descansar. Y aun así, aquí estás, revolcándote en tu dolor. —Su voz era baja, casi reflexiva. Tensé la mandíbula, peleando contra las náuseas que me atenazaban el estómago, y me agarró más fuerte—. ¿Crees que soy un hombre cruel, Verena? —Esa pregunta me heló la sangre en las venas. Era una trampa, una prueba, y yo lo conocía demasiado como para responderle. En vez de eso, me forcé a permanecer inmóvil, a mantener mi expresión tan neutra como la de él. Suspiró, como si estuviera decepcionado —. ¿Crees que hago esto porque lo disfruto? —Me soltó el pelo de golpe, y me mordí la lengua—. ¿Crees que me complace tu sufrimiento? —Se agachó hasta que sus ojos quedaron a la altura de los míos; el impulso de apartar la mirada de él era abrumador—. No lo disfruto, Verena, pero haré lo que sea necesario para convertirte en lo que debes ser.

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Ya había escuchado estas palabras antes; habían salido de sus labios un centenar de veces, pero ahora tenían más significado.

—Levántate —repitió.

Hundí mis manos en las sábanas.

—¿A dónde me llevas?

—No volveré a pedírtelo. —Se acercó, me rozó la mejilla con la mano y yo me aparté de golpe—. No vas a desafiarme.

Unas cálidas lágrimas me escocieron en los ojos. Podía sentir mi magia acumulándose dentro de mí, pero nunca me había sentido tan impotente.

—Por favor —sollocé, y él me tocó otra vez para apartarme un mechón de pelo que se había quedado pegado a mis labios.

Sonó un fuerte golpe en la puerta, y pasé la vista de mi padre a Micah, que mostraba vacilación, cerca de la puerta, pero él no me miró: rehusaba encontrar mis ojos.

Tenía algo distinto: sus hombros estaban tensos, su postura era más rígida de lo habitual y había un verdugón rojo en su cuello, la marca desvaída de unos dedos.

—Llévatela —demandó mi padre; retrocedió y se pasó la mano por la boca.

Micah dudó un instante antes de atravesar mi habitación con dos largas zancadas.

—No —susurré cuando llegó hasta mí, con voz ronca y temblorosa—. Por favor, Micah, no.

Pero lo hizo.

Sus manos se cerraron alrededor de mis brazos, firmes pero cuidadosas. Su contacto no era cruel, pero eso daba igual. Sin pronunciar palabra, me levantó en el aire, y la tela áspera de su uniforme me rozó la piel. Una lágrima se deslizó por mi mejilla.

Micah me sostenía con firmeza, pero aun así luché contra él; me retorcí, le hundí las uñas en sus antebrazos… Habría hecho cualquier cosa para frenar mi descenso hacia la pesadilla que me esperaba.

Pero Micah no me soltó. Apenas reaccionó cuando solté un sollozo y le di puñetazos en el pecho.

—Verena —masculló mi nombre con un tono tan bajo que llegué a pensar que me lo había imaginado, pero entonces vi la expresión de advertencia en su rostro.

Dejé de luchar mientras me llevaba a rastras y el suelo frío me mordía los pies desnudos. No podía contener el llanto.

Los pasillos se extendían interminables ante nosotros, con sus giros, que conocía muy bien. Mi padre iba delante, sin prisa, y no miraba siquiera por encima del hombro para comprobar que lo seguíamos.

Los sirvientes se agachaban a medida que pasábamos, y ninguno de ellos me miraba, aunque mis gritos retumbaban en las paredes.

Llegamos a una puerta de metal pesada, y supe exactamente a dónde conducía. Mi padre no se detuvo y otro guardia se apresuró a adelantarse para abrir las mazmorras antes de que llegara. Micah tenía clavada la vista al frente y no se volvía hacia mí aunque me estuviera agarrando a él y gimiendo contra su brazo.

Paso a paso, descendimos más en la oscuridad hasta que llegamos a las mazmorras que había llegado a conocer demasiado bien, pero mi padre no se detuvo tampoco. Pasamos celda tras celda antes de girar una esquina, y se me revolvió violentamente el estómago.

La escalera frente a nosotros era diferente a las demás: más antigua, irregular.

—Por favor —supliqué, pero nadie me escuchó. Los dedos de Micah se ciñeron alrededor de mi brazo, como si se preparara, y yo lo sentí también. El aire cambió en el momento en que cruzamos el umbral: era más pesado, venenoso, y parecía vivo. Lo había sentido antes; lo conocía de mis sueños—. ¡No! —Clavé los pies en el suelo y mi cuerpo se estremeció con otro sollozo, pero no había nada que hacer.

Bajando el primer escalón sentí frío, y, con el segundo, aún más. Para cuando llegamos al décimo, la temperatura había bajado tanto que cada aliento me quemaba los pulmones, pero aun así, seguimos descendiendo, más y más abajo, más lejos de lo que había llegado jamás.

Las paredes de piedra pulsaban. Al principio, pensé que era mi propia respiración inestable, mi propio corazón errático al palpitar demasiado fuerte contra mis costillas, pero las paredes mismas parecían respirar.

Micah me agarró con más fuerza cuando una enorme puerta de hierro oscura apareció ante nosotros. Un latido que no era el mío retumbaba en mis oídos. El receptáculo sabía que yo estaba ahí, y me esperaba.

Cruzamos la puerta, y Micah me apretó el brazo una última vez antes de soltarme. Los techos altos se elevaban sobre nosotros, y las antorchas que se alineaban en las paredes parpadeaban al ritmo de la luz antinatural que se derramaba desde el centro de la habitación.

El receptáculo.

El enorme pozo se veía igual que en mi sueño, como una herida en la tierra que latía y giraba. Ese mismo resplandor verdoso y enfermizo fluía dentro del receptáculo, parpadeando en tonos de negro y dorado, como si la magia dentro estuviera constantemente cambiando, constantemente luchando contra sí misma.

Un lento suspiro desvió mi atención del receptáculo.

Al otro lado de la cámara, envuelta entre sombras, estaba la vidente. La túnica se enroscaba alrededor de sus tobillos y se había bajado la capucha, dejando ver las líneas afiladas de su rostro; su cabello blanco brillaba como la luz de la luna.

Ella no se movió. No habló. Solo se quedó mirando.

Y entonces el receptáculo susurró.

Un dolor agudo me atravesó el pecho. La presión aumentó, el aire se espesó hasta que me oprimió los pulmones. Mi padre estaba hablando, pero no podía oírlo porque era el receptáculo el que se estaba dirigiendo a mí, pero no con palabras: me hablaba con necesidad, con hambre, con angustia.

Un calor repentino y abrasador me lamió la columna vertebral y se aferró a mis costillas. Me fallaron las piernas, pero Micah me atrapó antes de que cayera al suelo.

Me ahogaba aferrada a sus brazos, con la vista nublada. Los susurros se hicieron más fuertes, entrelazándose en mi mente como vides que se

deslizaran sobre las grietas en la piedra.

Su dolor se fundió con el mío, difuminando las líneas entre nosotros hasta que no pude recordar a quién pertenecía antes.

Luego los susurros dentro del receptáculo se convirtieron en algo más: en un tirón, una necesidad desesperada e hiriente. Mi cuerpo se arqueó de forma involuntaria y mi magia brotó hacia él, hacia el hambre que esperaba dentro del pozo.

Me quería. Deseaba mi poder. Estaba tratando de tomarlo, pero mi magia retrocedió de pronto.

Un sonido bajo y lacerante llenó la cámara. Venía de mí. Rechiné los dientes, tratando de resistir, tratando de mantenerme en pie, pero mi cuerpo era débil.

Era débil, y mi magia se estaba desmoronando, escapando de mi control como arena entre los dedos.

Volví a sentir un dolor agónico en el pecho que me robó el aliento. No veía nada mientras luchaba por respirar.

Me encontré acercándome al receptáculo, traicionada por mi propio cuerpo, y clavé los dedos en el frío borde de piedra para sostenerme, temblando incontrolablemente.

Intenté recordar lo que mi madre me había dicho, intenté pensar en cualquier cosa excepto en la abrumadora necesidad de poner mi mano contra el receptáculo. Quería sentirlo sobre mi piel, dentro de mis venas.

Cerré los ojos con fuerza e intenté bloquear esa sensación.

Pero otra voz cortó el aire, suave pero inconfundible. Abrí los ojos y volví la cabeza rápidamente con un movimiento antinatural.

La vidente.

Movió los labios, susurrando tan débilmente que no podía oír sus palabras; tenía la cabeza ladeada, y sus ojos, lechosos y desenfocados, parecían ver a través de mí.

—¿Qué has dicho? —demandó mi padre. Casi me había olvidado de que estaba ahí. Ya no podía sentir su presencia. Ni siquiera podía sentir mi propio miedo.

La vidente levantó la cabeza, pero no miró al rey.

—La nacida de la marea. —Su voz era suave, inquietantemente inexpresiva, y sentí un escalofrío.

La voz de mi madre apareció en mi mente y me susurró la profecía, esa que tenía sus notas garabateadas en los márgenes.

«El don de la nacida de la marea, atada con cadenas,
romperá el vínculo o unirá sus condenas».

El receptáculo pareció detenerse, como si contuviera el aliento, al igual que yo.

—¿Qué significa eso? —demandó mi padre. Pero la vidente no reaccionó a su exigencia ni yo tampoco.

—Nacida de dos reinos —murmuró—. «Destinada a tomar, mas obligada a llorar».

El susurro del receptáculo se volvió urgente, más fuerte, y se enroscó a mi alrededor como manos invisibles. Tragando con dificultad, sentí cómo aumentaba la presión en mi pecho con cada momento que pasaba, ahogando todo lo demás.

—Por favor —supliqué, con las lágrimas deslizándose por mi rostro; mi voz estaba ronca, cargada de desesperación, pero no sabía qué le estaba pidiendo.

Ella parpadeó, y cualquier fuerza que la hubiera dominado pareció desvanecerse. Se balanceó un poco hasta apoyarse en la pared de piedra que tenía a la espalda, como si quisiera estabilizarse.

Mi padre dio un paso lento y calculado hacia ella.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué has visto?

La vidente lo miró por fin, pero su rostro permanecía vacío de toda emoción. No pude oír sus palabras porque estaba empequeñeciendo, cediendo bajo el abrumador peso del poder del receptáculo.

Pero entonces una pequeña chispa se encendió en el aire y provocó un cambio en el ambiente. Una sensación de calidez se extendió por mi pecho, estable y fuerte, cortando de raíz el temor difuso que me consumía.

Inspiré hondo, parpadeé y miré a mi alrededor con el pulso acelerado. Mi padre seguía escudriñando a la vidente con el rostro enrojecido y lleno de rabia.

Me apoyé sobre el receptáculo, tratando de forzar esa magia de otro mundo fuera de mi pecho, y una nueva sensación arraigó en mi interior.

La magia que se adentraba en mí ahora era como miel tibia y se acumulaba en mi interior, lenta y constante, como una fuerza tranquila en medio del caos. Me envolvía sin tirar de mí, sin exigir: solo me protegía; era muy diferente del apetito voraz del receptáculo y no quería consumirme: quería mantenerme firme. Quería mantenerme a salvo.

Era mi vínculo. Era mi alma gemela.

No sabía qué era real y qué era una ilusión, pero no me importaba: podía sentirlo, y todo lo demás daba igual.

Mi propia magia se retorcía dentro de mí y esa vez no era algo doloroso, sino puro reconocimiento.

Dacre estaba luchando; iba a buscarme.

Mis dedos se clavaron en la piedra, y pude sentir cómo se desgajaban de ella unos guijarros.

—¡Verena! —gritó mi padre, pero apenas lo oí.

Me aferré a lo único que me mantenía anclada a mí misma.

Y en con susurro tan suave que apenas pasó por mis labios, suspiré su nombre.

—Dacre.

10

DACRE

El sol acababa de ponerse y la capital se transformó en algo completamente distinto.

Al caer la noche, la ciudad se movía con un ritmo diferente, lento y febril; estaba viva como lo están todas las cosas moribundas, desesperada por aferrarse a algo.

Las calles, antes bulliciosas con los gritos de los comerciantes y los mendigos, se habían vuelto más tranquilas, pero no estaban vacías. Nunca estaban vacías.

Los guardias del rey patrullaban en formación, y sus antorchas parpadeaban como un símbolo de los últimos vestigios de un mundo que el rey estaba reduciendo a cenizas. Había más que el día anterior, y eso era un problema.

Me tiré del rígido cuello del uniforme robado, tratando de ignorar el peso sofocante de la tela contra mi piel. El escudo bordado en mi pecho me revolvía el estómago, pero Micah tenía razón: ese uniforme, ese disfraz, era la única forma de entrar en el palacio. Aun así, me ponía los pelos de punta.

—¿Los ves? —La voz de Wren era poco más que un susurro. Se agachó a mi lado, con los dedos sobre la empuñadura de su daga, escudriñando las calles.

Kai estaba justo detrás de nosotros, mezclándose con las sombras del callejón. Su magia vibraba suavemente en el aire, tejiendo una ilusión a nuestro alrededor para que se viera un simple tramo de adoquines vacíos donde deberían haber estado nuestros cuerpos.

Una distracción bien colocada, que nos había mantenido ocultos hasta ese momento, pero Kai no podía mantenerla mucho más tiempo. La magia siempre se cobraba su precio.

Espiré lentamente, observando cómo los guardias se movían en parejas por el perímetro de las puertas del palacio. Micah nos había dado todo lo que necesitábamos: horarios de rotación, puntos ciegos, debilidades en sus patrullas… Había pasado el tiempo suficiente como guardia para conocer los

puntos débiles; había pasado el tiempo suficiente junto al rey para saber dónde estaban las grietas en sus defensas.

Pero había más guardias patrullando de los que él había dicho que habría, más guardias de los que yo había visto nunca. Algo iba mal.

—Hay más de los que ha dicho Micah —murmuré.

La presencia de guardias se había duplicado. Triplicado, y no estaban patrullando sin más: se estaban preparando para algo.

Un escalofrío agudo y gélido me recorrió la espalda al pensar en ello. A pesar de todo lo que Micah había hecho, yo había permitido que formara parte del plan para llegar hasta Verena.

Había ignorado mis instintos, los había enterrado en lo más profundo de mi ser, y en ese instante resurgían con fuerza. ¿Y si Micah nos había dado información errónea? ¿Y si nos había dirigido a una trampa?

—Están nerviosos. —Esas palabras musitadas de Wren reflejaban la inquietud que se estaba apoderando de mí—. Algo los tiene asustados.

Kai llegó a nuestro lado, con su magia palpitando.

—Vamos a usarla.

Su voz era firme, pero pude ver cómo flexionaba los dedos. Ya se estaba preparando para llevar su magia más allá de lo que debía.

—Todavía no —le advertí.

Espiró bruscamente, pero asintió.

Teníamos que movernos. El plan ya estaba listo. Lo habíamos trazado la noche anterior, estudiando los pasos que había que dar bajo la ciudad, después de que mi abuela me convenciera de lo tonto que era intentar irrumpir en el palacio. Si conseguíamos entrar sin ser detectados, tendríamos una oportunidad de luchar, y una oportunidad era lo único que necesitaba.

Tragué saliva para calmar el ardor en mi garganta. Mi vínculo con Verena latía débilmente en mi pecho, una cuerda que se negaba a romperse.

Ella está viva.

Podía sentirlo con cada latido de mi corazón, pero estaba sufriendo, y se me acababa el tiempo.

El pasadizo seguía oculto bajo una espesa cortina de hiedra en el límite del perímetro de la ciudad.

Dudé solo un instante antes de agarrarme al borde de la abertura y dejarme caer en la oscuridad. Mis botas golpearon con fuerza el suelo y sentí un dolor agudo en las rodillas.

El silencio me envolvió, solo roto por los sonidos que hicieron Wren y Kai al aterrizar a mi lado.

La estatua se alzaba en la oscuridad, con sus ojos de piedra observándonos. Observándome.

Pasé los dedos por su superficie desgastada al pasar y deseé no haberlo hecho, ya que me invadió la misma sensación que la otra vez. Ese lugar parecía una tumba.

Avanzamos rápidamente; el suelo húmedo amortiguaba nuestros pasos mientras recorríamos los túneles. Podía oír el goteo constante del agua, que componía una sinfonía inquietante que parecía seguirnos.

Inspiré hondo para calmar los latidos acelerados de mi corazón y seguí adelante. Anduvimos durante lo que me pareció una eternidad, hasta que finalmente una tenue luz parpadeó delante de nosotros.

Estábamos cerca.

Me deslicé hacia delante, pegado a la piedra, para echar un vistazo a través de la abertura. Un pasillo se abría ante nosotros, silencioso y vacío por el momento, y continuamos.

Micah nos había dicho que habían sacado a Verena de las mazmorras para llevarla a su habitación, lo que significaba que teníamos que subir.

Pero cuando llegamos al final del pasillo, me quedé paralizado. Una figura se alzaba entre las sombras, con un uniforme idéntico al mío. Un guardia del palacio.

Les hice un gesto a Kai y Wren para que se quedaran atrás. Avancé con el pulso acelerado y el cuerpo en tensión listo para atacar.

El guardia no se movió, pero su mirada se clavó en mí con una intensidad que me puso la piel de gallina.

Micah no había dicho nada sobre que hubiera un guardia patrullando ahí.

—¿Quién anda ahí?

Seguí avanzando, negándome a vacilar.

—Estaba patrullando los niveles inferiores —respondí con voz firme—. Todo está seguro.

El guardia entrecerró los ojos.

—No debería haber nadie aquí abajo.

—Iba a decirte lo mismo. —Me acerqué a él y repasé mentalmente las armas que llevaba encima—. ¿Quién te ha autorizado a patrullar aquí?

Hubo un destello de incertidumbre y luego llegó su ira.

—Eres… —No le dejé terminar antes de abalanzarme sobre él.

Mi daga encontró fácilmente su objetivo entre sus costillas. La hoja se deslizó limpiamente y él jadeó, dejando escapar un gemido ahogado entre los labios. Le tapé la boca con la otra mano para amortiguar el sonido mientras lo tumbaba en el suelo. Sus ojos seguían abiertos, vidriosos por la sorpresa.

No aparté la vista, ni siquiera cuando dejó de respirar, y no me permití sentir ni una pizca de remordimiento por haberle quitado la vida.

Wren se agachó a mi lado, rodeó la empuñadura de mi daga con los dedos, la sacó del cuerpo del hombre y limpió la sangre carmesí en su túnica.

—Tenemos que irnos. —Kai se agachó y rodeó suavemente con la mano el brazo de Wren para ayudarla a ponerse en pie.

Asentí, inquieto, me levanté y solté el aire lentamente por la nariz.

Tragué saliva con dificultad y noté de repente un fuerte sabor a hierro en la lengua.

Verena estaba cerca. Podía sentirla.

Llegamos a la última puerta, una enorme losa de hierro desgastada por el paso del tiempo; rodeé con los dedos el frío pomo y tiré.

Las bisagras chirriaron en señal de protesta, con un sonido fuerte que rebotó en las paredes de la mazmorra que apareció ante nuestros ojos.

El pasillo estaba frío y oscuro cuando entramos, y vacío, pero entonces lo sentí: su magia. Latía como un segundo corazón bajo mi piel, retorciéndose a través de mí, presionando contra mis costillas.

—¿Qué pasa? —Wren me agarró del brazo e intentó obligarme a mirarla. Pero me zafé de su mano y corrí entre las filas de celdas, buscando frenéticamente cualquier señal de Verena.

El corazón amenazaba con escapárseme del pecho mientras revisaba las celdas, y tenía las palmas de las manos sudorosas. El olor húmedo a metal y moho inundaba mis fosas nasales, pero aún podía sentir el sabor de la sangre en mi lengua.

—Verena está cerca —susurré. —Puedo sentirla. —Respiraba entrecortadamente, dando vueltas sobre mí mismo, buscando cualquier signo de ella—. ¿Dónde está? —Mi voz sonaba aguda, presa del pánico como estaba.

Los pasos de Kai retumbaron a mi espalda cuando retrocedió.

—Voy a subir al palacio. Micah dijo que la habían trasladado a su habitación. Si no está aquí abajo…

Apenas le prestaba atención mientras me esforzaba por encontrarla, pero entonces oí un grito, atenuado, lejano, pero inconfundible en su terror.

Todo mi cuerpo se retorció, mi magia se tensó como si la hubieran enganchado y tiraran de ella hacia delante.

Verena.

El sonido de su grito me desgarró y eché a correr antes siquiera de pensarlo. Kai y Wren me seguían de cerca, con sus armas desenvainadas.

Otro grito. Esa vez más cerca. Abajo. Estaba en otro piso, debajo de nosotros. Corrí más rápido, empujé la puerta y bajé las escaleras.

El espeso olor metálico de la sangre inundó mis sentidos y casi me provocó una náusea; me apoyé en la rugosa pared para mantener el equilibrio.

Apreté los dientes, obligando a mi cuerpo a avanzar por la estrecha escalera que crujía bajo mi peso.

Su grito se repitió, esa vez más cerca. Eso avivó el fuego que ardía en mi interior, y por fin llegamos al final de la escalera.

—Dacre. —Su voz era débil, estaba rota, pero la oí y no me detuve.

11

VERENA

Me estaba ahogando, envuelta en una ola implacable de agonía.

Me presionaba, tiraba de mí para llevarme a las profundidades, donde no había luz ni aliento ni escapatoria. Todo lo que podía sentir era el receptáculo.

El tiempo perdió su significado en la oscuridad de lugar; cada instante se hizo eterno, una eternidad apenas interrumpida por el ciclo implacable del tormento.

El receptáculo se enroscó a mi alrededor como una serpiente venenosa, estrechándome más y más con cada momento que pasaba. Se alimentó de mi sufrimiento y drenó mi magia hasta que no quedó nada, y aun así, de algún modo, halló más.

Grité hasta quedarme ronca, suplicándole a mi padre que lo detuviera. Le rogué una y otra vez, pero la misericordia no era una de sus virtudes.

Apenas me miró cuando se me llagaron los labios y comenzaron a sangrarme; no parecía oírme, a pesar de que tenía la garganta en carne viva y desgarrada por los gritos que permanecían como ecos en mi mente.

Quería luchar contra el receptáculo, contra la sensación de fusionarme con él; me dolían hasta los huesos, tanto que ya no me parecían míos. Y ya no me quedaban fuerzas para seguir peleando.

Sentía el duro suelo bajo mis rodillas; la fría piedra se clavaba en mi piel con cada movimiento que hacía, pero era el silencio lo que me había calado hasta la médula y hacía que me invadiera un pánico del que no podía escapar, porque el silencio significaba que él estaba esperando, esperando a que yo le suplicara de nuevo, a que cediera a lo que él quería.

Pero yo no sabía qué más podía darle, qué quedaba de mí que él no me hubiera quitado ya.

El receptáculo seguía latiendo ante mí. Podía sentirlo, una cosa monstruosa que respiraba al mismo tiempo que yo; su apetito se retorcía dentro de mi pecho. Estaba vivo, era antiguo, implacable, y quería que me sometiera a su

voluntad.

Tiraba de mi magia, retorciéndola con implacable intensidad, y con sus hilos desentrañándome sus misterios poco a poco con cada respiración entrecortada que compartíamos. Podía sentir su presencia invasiva mientras empujaba mi magia hacia fuera, permitiendo que mi capacidad para drenar los poderes llegara a todos los que estaban en la estancia. Era como si estuviéramos probando sus magias, saboreando el gusto único de cada individuo, calculando con precisión lo que pretendía que yo absorbiera para apaciguar su insaciable apetito.

Era como si mi propio ser se hubiera reducido a una llama vacilante; con cada momento que pasaba parpadeaba y se desvanecía más y más. El receptáculo se precipitó a través de mí como el viento, tirando de los hilos de mi magia, deshaciéndome poco a poco.

—Ya casi está —musitó mi padre, con voz tranquila y medida, como si estuviera observando un experimento que se desarrollaba ante sus ojos—. Verena, déjate llevar. Deja que el receptáculo cuide de ti.

Me volví para mirarlo, tan rápido que mi visión pareció quedarse atrás. Clavé la vista en mi padre, en el hombre cuya sangre corría por mis venas; esa sangre que era un río de historias que nos unía en nuestros destinos.

El receptáculo se detuvo, reacio, pero yo lo obligué a recorrer la piel de mi padre hasta que pude sentir el poder que habitaba en su interior, la misma magia que me había transmitido.

Necesitaba verlo por mí misma, discernir en cuánta medida me había convertido en él. Pero en el momento en que lo tocamos, retrocedí.

Fue un ataque visceral a mis sentidos, como hincar los dientes en una fruta podrida; su sangre y su descomposición inundaron mi boca. Su magia no se parecía a nada que yo hubiera conocido, y no distinguía en ella ni un leve destello del poder que latía en mí.

Era un caparazón vacío, un hombre sin alma, con los huesos ennegrecidos. Era como si estuviera muerto por dentro.

Micah permanecía a su lado, tenso, con una postura que denotaba una inquietante rigidez, y una abrumadora ola de compasión se apoderó de su rostro al mirarme. El poder dentro de mí se agitaba sin descanso mientras contemplaba los rasgos familiares de alguien a quien una vez había querido.

Sentí un escalofrío serpenteando por mi cuerpo y mi odio salió a la superficie, oscuro y amenazante; el receptáculo ronroneaba en mis venas,

lamiendo mi ira como si fuera lo que había estado anhelando todo ese tiempo, y eso no hizo más que alimentar el odio que sentía por Micah, por aquello en lo que se había convertido. Lo que tuviera mi padre para someterlo era irrelevante, ya que se mantenía allí, como un centinela silencioso, a su lado, como si su lealtad estuviera indudablemente con él, y esa imagen se me clavó tan profundamente como su traición.

Él había sido quien había marcado mi piel con el símbolo de la rebelión hacía lo que parecía una eternidad y me había dicho que iba a protegerme, pero me había mentido. No éramos más que dos traidores cuyos destinos estaban inextricablemente unidos, pero tan perdidos como el día en que nos encontramos.

Me obligué a apartar la mirada de él y apoyé mis manos temblorosas contra la piedra. Mi cuerpo se retorció de puro dolor, pero me obligué a echarme hacia delante, a apoyar mi peso en las palmas de mis manos hasta que pude mirar a mi padre a los ojos.

Me negué a ceder a lo que él quería, pero iba a conseguirlo de todos modos. Incluso si mi cuerpo se desmoronaba o el poder me destrozaba. Él iba a obtener lo que quería, pero yo no iba a dárselo voluntariamente.

Los ojos de mi padre brillaron con oscura diversión cuando levanté la cabeza.

—¿Sigues resistiéndote? —preguntó con tono peligroso, y dio un paso adelante, arrastrando sus botas.

Mi cuerpo me gritaba que me quedara quieta; temblaba por lo que acababa de ver en su interior, pero no iba a agachar la cabeza ante él.

Él no era mi rey.

—¿No era esto lo que querías? —le espeté con voz ronca, con las manos temblando visiblemente contra la piedra.

Vaciló y sus labios se apretaron en una delgada línea; se apoyó contra el receptáculo sin mostrar ningún atisbo de miedo.

—Me avergüenzo de ti, Verena. —Ladeó la cabeza y observó mi reacción—. La heredera del reino más grande del mundo, y ha resultado ser tan inútil como su madre. —Me eché hacia atrás, retrocediendo como si pudiera protegerme de sus palabras, pero una oleada de dolor me atravesó el cuerpo —. Una criatura débil y lamentable que traerá la desgracia a este reino.

El receptáculo bajo mis temblorosas manos parecía palpitar con una intensidad vibrante, palpable. Su superficie temblaba y brillaba en respuesta a

la tormenta de emociones que se agitaba en mi interior. No podía discernir si era mi furia la que alimentaba su energía implacable o si mi incapacidad para mantener el control se había convertido de alguna manera en el sustento que ansiaba.

—No te resistas. —Mi padre se agachó frente a mí para mirarme a los ojos; estaba tan cerca que podía estirar el brazo y tocarlo—. Estás intentando controlarlo, pero tienes que ceder. Ríndete, Verena, y te mostraré un poder como nunca habías soñado. —Extendió la mano, rozó mis dedos con los suyos y suspiró, cerrando los ojos—. Te está llamando —murmuró, eufórico —. Te reconoce, como me reconoció a mí.

—No soy como tú. —No había convicción en mi voz porque podía sentir cómo estaba cambiando—. Vas a destruirnos igual que hiciste con Veyrith, y nuestra gente te odia por ello. La rebelión…

Sus pupilas se dilataron hasta que la oscuridad les quitó todo el color a sus ojos entrecerrados; su magia me golpeó en el pecho, y caí al suelo con un ruido sordo, sin aliento. Intenté ponerme de rodillas, pero otra oleada de poder me golpeó, quemándome la piel como el fuego, y yo me ahogué con sus cenizas.

Mi padre se agachó ante mí, me agarró la barbilla entre los dedos y me obligó a mirarlo. Su tacto era como llamas, y su magia se extendió por mi piel como si me estuviera mancillando con su corrosión.

—Siempre has sido una tonta —se burló con crueldad—. Aferrándote a falsas esperanzas, a personas que te abandonan con facilidad. —Intenté liberarme de sus manos, pero él apretó más fuerte, amenazando con romperme la mandíbula—. No pueden salvarte. Y no lo harán. La gente solo te quiere cuando tienes poder, Verena, y el receptáculo te dará más poder del que jamás hayas soñado. —Rechiné los dientes, tratando de ignorarlo—. Hablas de Veyrith, pero serás tú quien lleve a Marmoris a la destrucción. Estás luchando contra mí, luchando contra el receptáculo, y al hacerlo, los condenarás a todos. —Cerró aún más su mano en mi mandíbula y yo apreté tanto los dientes que temí que fueran a romperse—. Ríndete al receptáculo, Verena. Ríndete o verás cómo el reino cae por tu culpa.

El calor me abrasaba el pecho. Empezó como un destello, una pequeña brasa palpitante, apenas perceptible bajo el dolor. Pero luego creció.

—No voy a hacer lo que quieres. —Estaba diciendo la verdad: podía sentir cómo el receptáculo me destruía por dentro, cómo me devoraba el alma. Mi

madre había dicho que él necesitaba un drenador, que necesitaba a alguien poderoso, y yo me sentía más impotente que nunca, impotente ante la agonía que me carcomía. Pero entonces algo surgió dentro de mí, un calor, feroz y salvaje, que atravesaba la sofocante atracción del receptáculo, como una cuchilla contra una cuerda tensa. No exigía ni reclamaba nada, solo llegaba hasta mí, firme, inflexible, como una salvación.

Jadeé cuando se envolvió alrededor de mis costillas y prendió en mis venas con una furia desesperada, anclándome a un mundo que se desmoronaba a mi alrededor.

Dacre.

Lo sentí. No era un hilo fugaz en los confines de mi mente ni el fantasma de un vínculo que temía que se hubiera roto. Era real, firme, estaba ahí.

Una onda expansiva de calor me recorrió; una fuerza tan feroz que casi me dejó sin aliento. Su presencia rugió por mis venas, luchando contra la presa del receptáculo, luchando por mí.

Un grito ahogado se escapó de mis labios y me eché a temblar bajo el peso de la revelación; no estaba cerca: estaba ahí.

Y mi padre supo que algo había cambiado. Pude verlo en la forma en que su mirada se aguzó, en la manera en que escudriñó frenéticamente mis rasgos como si tratara de encontrar el motivo.

Se echó hacia mí y su aliento, como un veneno, rozó mi cara.

—Te destruiré, Verena. Igual que destruí a tu madre.

La magia se abalanzó sobre mí antes de que pudiera prepararme. Una marea abrasadora, violenta e implacable, que me arrastraba a las profundidades, que me destrozaba. El dolor atravesó mi cuerpo, afilado como un cristal roto, y un grito se escapó de mi garganta.

La forma en que me atacaba con su magia era antinatural. No me golpeaba desde fuera: me desgarraba desde dentro. Como si su poder no fuera suyo, sino algo robado, algo extraído de la misma fuente que intentaba devorarme.

El receptáculo.

Era su ancla, su salvavidas, y ahora podía sentir cuánto me necesitaba.

Yo era como un canal, un enlace que le permitía robar poder del receptáculo sin que este le quitara nada a él, un drenaje hecho de su carne y su sangre.

Él estaba manejando mi dolor, mi magia, el receptáculo, y volviéndolo en mi contra. Cada ápice de sufrimiento, cada gota de agonía que se filtraba en mis venas desde el receptáculo lo alimentaba de ello; él lo apuraba a tragos y lo

convertía en una espada que dirigía hacia mí.

Mi cuerpo se paralizó, con los nervios en carne viva, desgarrados, mientras su magia me atravesaba y absorbía todo lo que me quedaba por dar. Me ahogué y clavé los dedos en la piedra, pero no encontré nada a lo que aferrarme, porque no me estaba rompiendo sin más: me estaba consumiendo.

El calor en mi pecho se tambaleó, vaciló y, durante un segundo aterrador, se apagó.

El pánico emergió en mis entrañas junto con el dolor, salvaje y destructivo. *No.* Extendí la mano hacia él, hacia lo único que aún me parecía real, mientras el poder de mi padre me desgarraba como un puñal hundiéndose en la carne.

Me anclé al vínculo, desesperada, centrándome solo en Dacre y nada más que en él. Su magia se enroscó entre los bordes deshilachados de la mía, como una hoguera contra el frío.

Éramos él y yo, y no me permití pensar en nada más. Él era lo único que quería sentir cuando finalmente me quebrara.

El suelo se tambaleó bajo mis pies con un sonido profundo y gutural que retumbó a través de la piedra como si el propio castillo se estuviera desmoronando. Las paredes temblaron bajo un peso invisible, como si algo mucho más grande que nosotros se hubiera puesto en marcha. Algo imparable.

—Dacre. —Su nombre se escapó de mis labios, un suspiro desesperado. Una plegaria. Una súplica. Una promesa.

Y entonces el mundo explotó. Un estallido ensordecedor rasgó la cámara cuando la puerta saltó de sus goznes y fragmentos de piedra y hierro astillado salieron volando en todas direcciones. Una onda expansiva atravesó la sala, una fuerza tan violenta que provocó grietas en el suelo bajo mis pies que se extendieron como venas irregulares.

El polvo y los escombros se elevaron en el aire y envolvieron la estancia en una asfixiante niebla de despojos. El guardia apenas tuvo tiempo de reaccionar antes de que una espada atravesara la neblina y le cortara la carne como si fuera un pergamino. Escuché un grito agudo y húmedo, y su sangre se acumuló sobre la piedra rota.

Y entonces, entre los escombros, entre el humo, lo vi.

Micah ya se había puesto en marcha y su espada destelló al abrirse paso entre el caos. Pero mi padre se dio la vuelta justo cuando Dacre bajaba la guardia.

La daga de Dacre aún goteaba sangre y brillaba, su pecho se agitaba y su cuerpo estaba tenso por la furia. Sus ojos se clavaron en los míos, ardientes,

salvajes, vivos, y algo dentro de mí se partió en dos.

No hubo vacilación, ni pensamientos ni miedo.

Solo poder.

La magia salió de mi pecho como una tormenta cruda e indómita. Las paredes temblaron, las antorchas chisporrotearon, el aire mismo pareció fracturarse bajo su fuerza. Una ola de energía rugió hacia fuera y atravesó la cámara.

Mi padre apenas logró levantar el brazo antes de que la explosión lo golpeara y lo lanzara por los aires. Su cuerpo chocó contra el receptáculo y el impacto fue tan violento que un estruendo ensordecedor rasgó el aire. El receptáculo se estremeció y su inquietante resplandor parpadeó salvajemente.

Dacre ya corría hacia mí, con un gruñido en sus labios y sangre en los dientes.

Micah se volvió hacia Dacre, con la espada reluciendo bajo la tenue luz de las antorchas, tenso, con expresión asesina.

—¡Cógela y vete! —gritó.

Pero mi padre ya se estaba poniendo en pie.

La sangre goteaba de la boca de mi padre y aun así sonreía. La furia que emanaba de él era algo vivo que se deslizaba por el aire como una serpiente que se enroscara alrededor de su presa.

Intenté moverme, intenté levantarme, pero mi cuerpo me traicionó. Un dolor punzante me atravesó las extremidades y me inmovilizó, con los músculos temblorosos e inútiles. Jadeé, pero incluso eso me supuso un esfuerzo excesivo. Los bordes de mi visión se volvieron borrosos y unas manchas oscuras aparecieron ante mis ojos.

Había usado demasiada magia y demasiado rápido. Mi padre había extraído demasiado poder de mí, del receptáculo, y, dioses, el receptáculo, seguía allí, drenándome hasta la médula. Estaba tirando, tirando, tirando, devorando todo lo que me quedaba, arrastrándome al borde de la nada.

—¡Verena! —La voz de Dacre atravesó la neblina, aguda y desesperada.

Me forcé a levantar la cabeza para buscarlo, con el corazón acelerado y la respiración entrecortada. Tenía los ojos desorbitados, y mostraban un pánico que nunca le había visto antes. Extendió la mano hacia mí, pero antes de que pudiera tocarme, mi padre se movió más rápido de lo que jamás lo había visto moverse.

Una corriente tenebrosa de magia brotó de su palma y hendió el aire como

un látigo de pura oscuridad, con la magia que yo misma había visto antes en mis propias manos, y golpeó a Dacre en el pecho, con fuerza, con brutalidad, sin piedad. El impacto lo lanzó por los aires. Se estrelló contra la pared de piedra con un crujido horrible, su cuerpo se dobló sobre sí mismo y el aire escapó de sus pulmones en un gruñido ahogado. Mi mundo se hizo pedazos.

—¡Dacre! —Su nombre escapó de mis labios, crudo, roto, pero él no se movió.

Mi padre apenas me miró mientras avanzaba hacia Dacre, con pasos lentos y mesurados, como un depredador acechando a su presa. Sus labios se curvaron en una mueca de desprecio, pero su postura era demasiado relajada, demasiado serena, aunque yo podía sentirlo, podía sentir su ira; se enroscaba en sus venas como un veneno sombrío, algo letal e inmundo, esperando para atacar de nuevo. Estaba drenando mi magia para matar a mi alma gemela.

—Has recorrido un largo camino solo para morir —musitó mi padre, encogiéndose de hombros, como si no fuera nada, como si Dacre no mereciera el esfuerzo.

Pero Dacre se movió al fin; se apartó de la pared, tambaleándose solo un instante antes de gruñir como un animal. Su mirada era asesina, hirviente, salvaje. La daga brillaba en su mano, con la punta aún húmeda de sangre. Le goteaba sangre de la nariz, de las comisuras de su boca, pero no parecía importarle, porque no estaba mirando a mi padre. Me estaba mirando a mí. Y había algo primitivo en sus ojos. Algo temerario e inflexible. Iba a matar a mi padre; estaba desesperado por acabar con él. Pero iba a fracasar. Lo sabía, lo sentía.

El poder dentro de mí creció y sentí una presión vasta, aplastante… Mi padre tiraba ahora con más fuerza, desgarrando el receptáculo con un hambre tan voraz que parecía que las propias paredes del palacio pudieran derrumbarse bajo el peso de su codicia.

Más. Más. Más.

Estaba extrayendo demasiado, y era suficiente para destrozar este lugar, para romper piedras y huesos por igual, suficiente para matar a Dacre, y yo no podía permitir que eso sucediera.

Dacre se abalanzó sobre él y hubo un destello de acero, un movimiento borroso, una sentencia de muerte grabada en el aire.

Estalló el caos. Intenté moverme, intenté gritar, intenté alcanzarlo, pero no tenía control; el poder del receptáculo se enroscaba alrededor de mis costillas

como unas bridas de hierro mientras fluía a través de mí y hacia mi padre.

La daga de Dacre chocó contra la espada de mi padre y el impacto provocó una lluvia de chispas que rebotaron contra la piedra. Pero yo podía verlo, podía sentirlo: mi padre estaba jugando con él.

No, no, no.

La magia crepitaba en el aire, una tormenta sofocante de poder que me hacía sentir un cosquilleo y un ardor en la piel, que me obligaba a ponerme de rodillas. Apenas podía seguir sus movimientos, sus figuras entre la luz y la sombra, el choque del metal contra el metal en una sinfonía brutal.

Dacre era rápido, pero, de alguna manera, mi padre era más rápido. Cada golpe, cada puñalada despiadada de la daga de Dacre, cada arco mortal mi padre lo contrarrestaba con facilidad. Como si hubiera estado esperando esta pelea desde hacía mucho tiempo.

El poder que emanaba de ellos sacudió la sala. Las antorchas que cubrían las paredes parpadearon violentamente, las sombras se retorcieron y se contorsionaron como espectros contra la piedra.

Una daga silbó en el aire, una estela plateada dirigida al cuello de mi padre, que se movió un poco; la magia oscura brotó de su palma y la daga cayó al suelo con un fuerte estruendo.

Otra daga voló por el aire, más rápida que la anterior, y un sollozo ahogado se escapó de mi garganta.

Kai se volvió hacia el guardia que tenía delante, al guardia que cargaba contra Wren. Habían llegado. Estaban luchando.

La mano de Kai se alzó como humo llevado por el viento, y otra daga voló por los aires, pero la magia chocó con el acero y el arma no alcanzó su objetivo.

Los movimientos de Dacre se volvieron desesperados, rápidos y brutales, como los de un guerrero que se niega a caer.

Pero yo podía sentir el cambio dentro de mí, la nauseabunda atracción del poder de mi padre, que se filtraba a través de mí y me drenaba.

Su apetito se deslizó por mi garganta y noté un sabor que no era mío. Cubrió mi lengua, como el momento antes de que una bestia ataque, cuando el hambre se convierte en certeza, cuando la muerte es inevitable. Ya podía saborear su satisfacción, la destrucción, el poder.

Y supe que, si no me movía, si no lo detenía, Dacre iba a morir.

Dacre se tambaleó y cayó de rodillas sobre la fría piedra. El sonido me

atravesó, más fuerte que cualquier trueno, más afilado que cualquier espada.

No podía soportar verlo. No iba a perderlo.

Usando hasta el último ápice de fuerza que me quedaba, me obligué a levantarme, con las manos resbalando contra el suelo frío e implacable. Mi respiración era entrecortada, superficial y temblorosa, mi cuerpo, un campo de batalla de agonía. Pero no podía detenerme, y menos cuando Dacre todavía luchaba por mí, cuando el vínculo entre nosotros se tensaba y gritaba, como una herida abierta y sangrante.

Un grito lejano rasgó la neblina, seguido por el estruendo de unas botas contra la piedra. Habían llegado más guardias. Una oleada de ellos. Podía oír el silbido del acero al salir de sus vainas, podía sentir la muerte que llevaban consigo precipitándose hacia nosotros.

Micah maldijo violentamente y se lanzó hacia delante para interceptarlos; vi un destello plateado en su espada cuando la alzó para clavársela al primer guardia que llegó a la puerta.

Me quedé paralizada.

Micah.

Se movía como si estuviera poseído, dando espadazos que cortaban la carne sin vacilar, sin piedad, pero no para defender a mi padre, al rey al que había jurado proteger como parte de su guardia.

Un sabor agrio y amargo me inundó la lengua. No mostraba lealtad alguna hacia mi padre, y mi mente se tambaleó bajo el peso de esa revelación.

Había estado junto a mi padre, vigilando, protegiéndolo, pero en ese instante mataba por mí.

El odio al que me había aferrado se retorció sobre sí mismo y se transformó en algo diferente, algo afilado e incierto.

—¡Wren! —grité, con la voz temblorosa y ronca.

Ella ya se estaba moviendo, ya corría hacia mí. Se arrodilló y sus manos recorrieron mi cara, mis hombros, buscando heridas, temblorosa.

—Tenemos que irnos. —Su voz era débil, pero sus manos me sostenían con firmeza y con urgencia—. Ven, Verena. Tenemos que salir de aquí.

Una risa se deslizó por la habitación, fría y teñida de diversión. El sonido me envolvió como un veneno de acción lenta, filtrándose en mis poros, llegando a mis pulmones.

—Necia. —La voz de mi padre era sedosa y acerada al mismo tiempo, una voz tranquila que prometía devastación.

Levantó una mano, listo para atacar, mientras con la otra se aferraba con firmeza al receptáculo. Seguía atado a él, seguía usándolo, pero no le estaba dando lo suficiente.

Sentí un violento desgarrón en el pecho, una fuerza tan brutal que fue como si mi alma abandonara mi cuerpo. El receptáculo —mi padre— se clavó en mí con un tirón implacable que inundó mis venas de hielo. Me lo estaba quitando todo.

Un grito entrecortado se atascó en mi garganta y me eché hacia delante.

La magia, oscura y violenta, explotó hacia fuera. Apenas tuve tiempo de verla llegar antes de que se estrellara contra Wren.

Su jadeo ahogado retumbó en el aire cuando la lanzó hacia atrás y su cuerpo chocó con fuerza contra el de Kai. Cayeron al suelo en un montón de miembros enredados, y el sonido agudo y húmedo del impacto me provocó náuseas.

La sala se sumió en el caos. Un muro de guardias irrumpió en la cámara, con sus pasos retumbando contra el suelo de piedra. Micah seguía luchando cerca de la puerta; su espada ante mis ojos solo era un borrón plateado, y podía ver su desesperación en cada finta. Luchaba, acababa con ellos uno a uno, pero eran demasiados.

—Mierda, Wren. —Kai tenía la cabeza de Wren entre las manos, con los dedos sobre la profunda herida en su sien; la sangre le manchaba las palmas.

Su magia se curvaba entre sus dedos, pero yo podía ver el temblor, la forma en que su cuerpo se hundía por el agotamiento.

Estaba demasiado agotado. Y Wren no se movía.

El mundo se fracturó a mi alrededor, girando demasiado rápido, inclinándose en un ángulo que me hizo tambalearme. No podía encontrar mi equilibrio, no podía respirar. Me estaba ahogando en el caos, en la sangre, en los gritos.

Estaban luchando por mí.

Vi las manos de Kai manchadas con la sangre de Wren. Vi a Micah superado en número, con los guardias rodeándolo por todos lados. Vi a Dacre, todavía de rodillas, con la respiración entrecortada y sus rasgos contraídos por el dolor.

Estaban luchando y estaban perdiendo.

Estaban muriendo.

Un sonido brotó de mi garganta, crudo y salvaje, un grito que no era solo dolor, solo rabia: también era terror. La tormenta arreció en mi interior y la magia se retorció, desesperada por liberarse.

Luché contra ella, luché por contenerla, pero era demasiado salvaje. Ardía, crepitaba contra mis costillas, empujaba contra las frágiles barreras de mi cuerpo hasta que pensé que iba a partirme en dos.

Cerré los ojos con fuerza e intenté controlarla, intenté domarla.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos hasta perforar la piel. Hundí los dientes en mi labio y sentí el sabor salobre de la sangre en la lengua, pero la magia seguía sin obedecer.

Rugió y una oleada de energía pura y electrizante estalló dentro de mí, irrumpiendo en cada fibra de mi ser como una presa que se rompe y desata un torrente furioso. Inundó mis venas y me consumió por completo hasta que ya no pude distinguir dónde terminaba la magia y dónde empezaba yo.

Mi cuerpo temblaba por el poder que latía, que bullía dentro de mí. Me recorrió la columna, se enroscó alrededor de mis costillas y se instaló en mis huesos como una sinfonía de fuego y furia.

Y permití que me consumiera.

Abrí los ojos y el mundo se difuminó en calor y rabia. Mi padre estaba justo detrás de Dacre, sonriendo. Su crueldad rezumaba de él como veneno, sentía su placer en el aire, alimentándose del tormento que había creado.

Y Dacre estaba de rodillas, sangrando, jadeando, tratando de alcanzarme.

El pánico y la furia se encendieron dentro de mí, fusionándose en algo incontrolable. El poder se hinchó, se enfureció, gritó por la destrucción, por la venganza.

Mi padre levantó el puño hacia a Dacre y un nuevo grito me desgarró la garganta, salvaje, roto, imparable.

—¡No!

Dacre estaba ahora más cerca de mí, muy cerca, pero no podía llegar a él. No podía detener lo que estaba pasando.

Extendí la mano hacia él; un sollozo escapó de mis labios y una fuerza salvaje e incontrolable brotó de mi pecho como un vendaval de magia desenfrenada y furiosa. Todo se estremeció, el suelo se agrietó bajo mis pies.

El aire tembló cuando la magia lo engulló todo e hizo volar por los aires a todos los que estaban alrededor.

En medio del caos vi a la vidente: permanecía inmóvil, ajena a la devastación, con su cabello blanco reluciendo como un espectro en la oscuridad. Sus ojos estaban vidriosos, distantes, como si asistieran a algo que ninguno de nosotros podía ver.

Un susurro se arremolinó en mi mente. *«Una marea, una elección, un ajuste de cuentas».*

Pero no tuve tiempo de descifrar su significado ni de pensar en la destrucción que había causado, porque Dacre seguía en el suelo.

Su dolor atravesó nuestro vínculo, algo inhumano y visceral. Me levanté, con las piernas temblorosas, y avancé, tambaleándome. El receptáculo se sacudía con cada paso, como una bestia furiosa que se retorciera en mi interior, pero no me importaba.

La invoqué, pero no como si fuera mi prisionera o mi peón: le exigí que se inclinara ante mí, que se sometiera a mi voluntad.

El aire estaba cargado de humo, el escozor que me provocaba la quemazón de la magia se enroscaba en mi garganta, pero apenas lo noté, porque en el momento en que me puse de pie, mi padre atacó.

Un poder oscuro se abalanzó sobre mí, aplastándome, asfixiándome, aferrándose a mi cuello como una cadena de hierro. Seguía intentando controlarme, seguía intentando poseerme, pero yo ya no estaba a sus órdenes.

Ya no.

—Eso es, Verena. —Su voz sonó entrecortada, sin aliento, pero aun así sonrió. Se apoyó contra el receptáculo, con un brazo alrededor de las costillas, respirando de forma irregular, pero sin apartar los ojos de mí, estudiándome, sopesándome—. Puedes sentirlo, ¿verdad? —murmuró con tono reverencial —. Puedes sentir lo que eres, lo que puedes ser. —Algo dentro de mí se retorció. Quería hacerle daño. Dioses, quería verlo romperse como él me había roto a mí. Quería coger la daga de Dacre y destrozarlo, pedazo a pedazo, hasta que no quedara nada más que los restos de un hombre que se había pasado la vida robando—. Mira de lo que eres capaz —dijo, con voz rebosante de aprobación—. Siente lo poderosa que te has vuelto.

La magia dentro de mí se enorgulleció con sus palabras, se deleitó en ellas, y la bilis me subió a la garganta.

Eso era lo que él quería, lo que siempre había deseado: convertirme en algo que pudiera utilizar. Hacerme amar el poder tanto como él. Hubo un tiempo en el que habría dado cualquier cosa por ser la heredera que él siempre había querido, pero esa chica estaba muerta.

La magia rugió a través de mí, retorciéndose, como si no pudiera decidir a quién pertenecía, a quién pertenecía yo, pero se ralentizó cuando sentí un pulso agudo y abrasador a través de mi vínculo. La desesperación de Dacre me

atravesó como una navaja que cortara la tormenta que se fraguaba en mi interior, y me sacó a rastras del abismo.

Dacre se puso en pie, tambaleándose, con la piel manchada de sangre y el rostro retorcido en una mueca de rabia.

—Los mataré a todos. —Las palabras se deslizaron por el aire y me helaron la sangre.

Me volví hacia mi padre, con el pulso retumbando en mis oídos; su mirada no estaba puesta en mí ni en Dacre, sino en Wren y en Kai.

Kai estaba ayudando a Wren a ponerse en pie, con manos firmes, pero con los ojos clavados en mi padre con una rabia pura y sin filtros. Levantó los labios y dejó al descubierto los dientes, como un lobo listo para desgarrarle el cuello.

—No te atrevas a tocarlos. —Las palabras salieron de mi boca, bajas y guturales, un gruñido que apenas parecía mío. Me moví antes de poder pensarlo, lo justo para bloquearle la vista, como una amenaza silenciosa.

Miró por encima de mi hombro, como si yo no existiera, para posar la vista en Dacre.

—¿Y a él? —Ladeó la cabeza, pensativo. Levantó las manos: una hacia Dacre y la otra hacia mis amigos. El humo se elevó desde sus dedos, denso y negro, extendiéndose como si fueran chorros de aceite—. Los gobernantes deben tomar decisiones difíciles, Verena. —Su voz era engañosamente amable, como la de un padre que enseña una lección a su hijo—. El sacrificio se convierte en un mal necesario.

Esas palabras me atravesaron el corazón. Ellos no. Él no. Ellos no eran un sacrificio que yo estuviera dispuesta a hacer.

Mi magia crepitó, violenta e indómita, abrasándome en una oleada frenética y brutal, y no la contuve. No la refrené. No le dejé decir ni una maldita palabra más. La dejé libre. Una ola de poder feroz y salvaje… y toda mía.

Lo golpeó con una fuerza que lo lanzó hacia atrás y su cuerpo chocó contra el receptáculo con tanta fuerza que el sabor de la ceniza inundó mi boca cuando sentí cómo se le rompían los huesos.

Los guardias se tambalearon, dudaron, y yo lo sentí, sentí su miedo. Podía saborearlo, podía palparlo en el aire que impregnaba como humo, y me alimenté de él.

—No vas a tocarlos —anuncié, y mi propia voz me sonó extraña. Más grave. Más ronca… Más.

Moví el cuello, sintiendo el poder brutal que me lamía la piel y me envolvía los huesos como una llama. Y mi padre soltó una carcajada ronca, entrecortada, pero no tan tranquila como antes. En ese momento había algo más bajo la superficie, una grieta en los cimientos.

Pero aun así, sonrió.

—Puedo sentirlo—murmuró, apoyándose en el receptáculo, estabilizándose como un hombre que se aferra a los últimos hilos de su propio poder—. Puedo sentir cómo respondes al poder, y él a ti.

Le enseñé los dientes. Quería gruñir, escupir mi negación, obligarlo a atragantarse con sus propias palabras, pero tenía razón.

Y también podía sentirlo deslizándose entre mis costillas, susurrando por mis venas, entrelazándose en la médula de mis huesos. No era el poder de mi padre ni tampoco el mío: era el del receptáculo.

Me quería. Seguía tomando, tirando, susurrando, suplicando: *«Quédate, quédate, quédate»*.

—No. —Mi voz no era firme ni segura, pero lo dije de todos modos, con el estómago revuelto.

Negué con la cabeza, intenté sacudirme esa cosa que había dentro de mí, y la sonrisa de mi padre se amplió.

—¿Sientes cómo tu dolor se desvanece? —Se enderezó y se incorporó del todo—. Piensa en lo que podrías hacer, en lo que podríamos hacer juntos.

Parpadeé. Ya casi no sentía el dolor que antes me había desgarrado como una cuchilla, la agonía que me había robado el aliento; apenas sentía nada que no fuera el poder moviéndose dentro de mí.

Unos brazos fuertes me rodearon y el aliento de Dacre me acarició la piel junto al oído, cálido, urgente.

—Verena —murmuró, y apenas pude oírlo—. Tenemos que irnos. Ya.

El vínculo entre nosotros volvió a cobrar vida, un feroz tira y afloja contra el control del receptáculo. Tiraba de mí en dos direcciones y yo tenía la mente dividida, atrapada en una neblina de poder y necesidad.

Una daga voló por el aire y se clavó en el hombro de mi padre, y él soltó un gruñido de dolor y se volvió hacia Kai.

Dacre no esperó más.

—¡Nos vamos! —gritó, pero Kai ya se estaba moviendo, ya estaba levantando a Wren para dirigirse hacia la puerta.

El poder dentro de mí me frenó e intentó tirar de mí, pero Dacre no me dio

otra opción, no le dio otra opción.

Sus brazos se tensaron a mi alrededor y me levantó del suelo, sosteniéndome de forma implacable.

Contuve el aliento. El receptáculo gritaba, vibraba, suplicaba. Todavía podía sentirlo cerca, sentir sus garras en mi piel, su voz en mi cabeza.

No podía controlarlo, no podía romperlo.

Había tantos guardias, tantos obstáculos que nos mantenían encerrados en ese palacio… Podía sentir ese peso como una fuerza que no podíamos superar.

Micah seguía luchando, pero le brotaba la sangre de una herida que tenía en el brazo. La magia de Kai estalló a nuestro alrededor como un último intento desesperado; eliminó a otro guardia, pero el agotamiento se reflejaba en la lentitud de sus movimientos.

Todos estaban agotados. No íbamos a salir de ahí.

No íbamos a conseguirlo.

Algo dentro de mí se retorció, se apretó, se tensó. La mano de Dacre se posó en mi cara y me acarició la mejilla con el pulgar, curtido y cálido, con una presión suave, firme, estable.

—Verena.

Fue un susurro, una súplica.

Me aferré a él, al vínculo que nos unía, a lo único que me impedía perderme por completo en la oscuridad, e hice lo único que podía hacer: me dejé llevar. Pero no fue por mí misma ni por él, sino por el control del receptáculo.

Y mi propia magia respondió.

Se desprendió de mi pecho con una explosión que hizo temblar toda la sala. Los muros se agrietaron, las antorchas se apagaron y los guardias salieron despedidos y sus espadas chocaron contra la piedra.

Incluso Kai cayó de rodillas y apoyó las manos en el suelo antes de levantarse y alcanzar a Wren.

Dacre me estrechó más contra él y corrió hacia las escaleras.

La sala temblaba detrás de nosotros, como un barco sacudido por un mar embravecido.

Micah iba detrás de nosotros, Kai y Wren delante, abriéndonos paso entre los escombros que caían.

Miré hacia atrás y lo último que vi fue a mi padre.

Todavía estaba de rodillas, con sangre goteando de su nariz, y tenía la mirada clavada en mí. Pude percibir su ira, su odio.

Pero debajo de eso capté un destello de algo más.
Miedo.

12

DACRE

El peso del cuerpo de Verena en mis brazos era lo único que podía sentir, lo único que me ayudaba a respirar, lo único en lo que podía pensar, pero estaba demasiado quieta, demasiado inerte.

Su cabeza descansaba flácida contra mi hombro, su cuerpo era aterradoramente ligero y su respiración, superficial y desigual. Le puse la palma de la mano sobre el pecho porque necesitaba sentir cómo subía y bajaba, necesitaba una prueba de que aún respiraba. Pero la magia bajo su piel era errática: agitada un momento, aterradoramente débil al siguiente.

La había visto luchar, la había visto liberarse del control de su padre, había visto cómo desataba una magia tan poderosa que podía haber derribado los cimientos del palacio, pero ese poder parecía haberse vuelto contra ella. Su vida se me estaba escapando entre las manos.

Otra vez no. Esta vez no.

—Más rápido —gruñí, con las piernas ardiendo por el esfuerzo, obligándome a avanzar con más fuerza; los pulmones se me tensaban con cada aliento. Wren y Kai iban delante, moviéndose como sombras por los pasillos derruidos, pero yo no me atrevía a apartar la vista de Verena. Las paredes se agitaban, gimiendo bajo el peso de lo que ella había hecho. El polvo llovía del techo y me asfixiaba mientras corríamos, y detrás de nosotros el profundo rugido de la piedra al romperse lo envolvía todo. Me temblaban las manos y la sujetaba como si fuera lo único que me anclaba a este mundo.

Su magia volvió a latir, salvaje e inquieta, como si no supiera si extinguirse o estallar. Su agudo destello me recorrió los dedos, y ella gimió suavemente contra mi pecho.

Era un sonido apenas audible, frágil, lleno de dolor, y me destrozó por dentro.

Su magia se movía bajo su piel, parpadeando, caliente y fría, cambiando de forma impredeciblemente, como si ya no le perteneciera solo a ella. Rechiné

los dientes, sintiendo una fría opresión en el pecho.

¿Qué le había hecho?

Su padre había hablado del receptáculo, de cómo Verena había respondido a él y él a ella. Yo había visto su poder mientras se deslizaba por la superficie, y parecía devorarlo todo a su paso. Era como si la estuviera drenando, enroscándose dentro de ella como una pesadilla viviente.

Pero lo que no había sentido hasta ese momento era que no solo le había quitado algo, sino que también había dejado algo atrás: una cicatriz, una presencia… Algo que no pertenecía a ese lugar.

No podía ni imaginar la agonía que había soportado, la forma en que él la había destrozado pedazo a pedazo, cómo el receptáculo había intentado transformarla en otra cosa. Sentí náuseas.

Ella había luchado contra él, había luchado contra lo que él quería, pero incluso después de liberarse, no era del todo libre.

Miré a Wren. Se aferraba a su costado y la sangre rezumaba entre sus dedos, pero no vaciló. Kai se mantenía cerca de ella, ofreciéndole su brazo como un ancla silenciosa, rodeándole los hombros y soportando la mayor parte de su peso; su magia aún vibraba débilmente en el aire, un latido sordo y pulsante contra el silencio.

Su mirada se posó en Verena y vi el miedo, el peso de todo lo que había sucedido. No era la única que estaba conmocionada.

—¿Cuánto queda? —logré articular, pero tenía la garganta cerrada. La tormenta dentro de mí no se había calmado, solo se había vuelto más oscura, más pesada. Se había transformado en algo violento e implacable.

—Ya no estamos muy lejos —dijo Micah detrás de mí, con voz tensa—. Solo hay que bajar por este pasillo y luego girar a la derecha hacia los túneles.

No me volví hacia él; estreché a Verena con más fuerza entre mis brazos: teníamos que sacarla de allí. Ya.

Doblamos la esquina, con la desesperación calándonos los huesos, y entonces nos detuvimos en seco.

Media docena de guardias bloqueaban el pasillo, con las espadas brillando bajo la luz irregular de las antorchas. El aire cambió al instante y se enrareció con la certeza de que iba a haber violencia.

—Mierda —maldijo Wren, y no dudó en sacar su daga de la funda.

La primera hoja se balanceó y reflejó la luz cuando el guardia se dirigió hacia Kai y Wren. Kai se lanzó hacia delante, con la magia crepitando como un rayo,

y levantó su escudo justo a tiempo. Micah ya se estaba moviendo, agachándose bajo una espada que se balanceaba, y clavó su daga profundamente en el vientre de un guardia.

El aire vibró con el silbido de una espada que se dirigió hacia el cuello de Micah. Apenas tuvo tiempo de apartarse hacia un lado, y el acero le rozó la oreja.

—Maldito traidor —escupió el guardia, con el rostro desencajado por la furia, mientras se abalanzaba de nuevo con la espada, apuntando a matar.

Micah le agarró la muñeca en pleno golpe, con una fuerza implacable. Su daga se hundió profundamente y la giró con una precisión brutal que hizo que el guardia soltara un jadeo ahogado.

La sangre se deslizó entre los dedos de Micah cuando sacó la hoja.

Otro guardia se arrojó sobre Wren con la espada en alto, pero Kai ya se había puesto en movimiento.

La magia rugió y una ola de poder golpeó a los guardias, que retrocedieron tambaleando, con el acero raspando contra la piedra.

Pero no fue suficiente, porque se recuperaron rápidamente y cargaron contra nosotros de nuevo.

Me negué a dejar que Verena se viera envuelta en otra pelea después de todo lo que ya había dado, después de todo lo que le habían quitado.

Con un gruñido, la bajé con cuidado al suelo y posé una última vez la mano en su pecho para estabilizarla antes de darme la vuelta. Ya tenía la daga en la mano cuando una espada se lanzó a por mí.

El acero chirrió contra el acero cuando bloqueé el golpe, empujando a mi atacante hacia atrás con una fuerza brutal.

—No te llevarás a la heredera del palacio —gruñó el guardia con rencor. La palabra «heredera» salió de su boca como una maldición, como si Verena no fuera más que un título, un peón en el juego que su padre estaba jugando con nuestras vidas. Eso encendió una ira ardiente en mi interior.

Empujé con fuerza y aparté su espada. Le di un rodillazo en las costillas que le quebró los huesos. Él jadeó, tambaleándose, y yo no lo dudé: me puse a su espalda y lo agarré con fuerza del cuello.

—Ella no es tu maldita heredera —le gruñí al oído, furioso—. Es mi alma gemela.

El guardia se estremeció justo cuando mi espada le atravesó la garganta. Hubo un jadeo húmedo y gutural y un chorro de sangre antes de que su

cuerpo se desplomara, sin vida, y yo lo dejara caer.

Otro se abalanzó sobre mí y me giré en el último segundo, levantando mi daga para atrapar la espada que pretendía partirme en dos; la vibración del choque reverberó en mis huesos.

La espada del guardia me rozó el hombro y cortó tela y piel, y sentí un dolor agudo que me quemó como fuego al recorrerme las venas. Rechiné los dientes y lo ignoré, como ignoré también el cálido chorro de sangre que me corría por el brazo.

Había librado mil batallas antes de esa, me había enfrentado a situaciones más difíciles, había derramado más sangre de la que podía contar, pero esa vez era diferente. Esa no era una lucha por sobrevivir: estaba luchando por ella, por Verena, que yacía exhausta contra la piedra, con la respiración entrecortada, demasiado débil, demasiado frágil.

Por Wren, que sangraba profusamente por la herida en las costillas, pero luchaba como si no sintiera nada, con la daga reluciendo y la mandíbula tensa, con implacable determinación.

Por Kai, que se había esforzado más allá del agotamiento, con su magia titilando en sus dedos como las últimas brasas de un fuego moribundo. Su piel estaba pálida; su respiración, entrecortada, pero aun así luchaba.

Esa era mi familia, y yo habría hecho estallar el mundo en llamas por ellos; lo habría dado todo.

Micah se abrió paso hacia la entrada del túnel y su espada cortó la carne con brutal eficacia. Otro guardia se arrojó sobre él, pero giró bruscamente y esquivó el golpe antes de clavar su daga en el costado del hombre.

Solo quedaban dos entre nosotros y los túneles, pero el paso del tiempo me agobiaba, cada instante era más largo que el anterior, me asfixiaba, se cerraba sobre mí como una soga que se apretara en torno a mi cuello.

A mi espalda, Verena dejó escapar un grito entrecortado y sin aliento, y algo se quebró dentro de mí.

Me volví tan rápido que el mundo se volvió borroso. Mis manos encontraron al guardia más cercano y mis dedos se cerraron alrededor de su cráneo. Antes de que pudiera reaccionar, lo estrellé contra la pared. Los huesos se rompieron bajo mis dedos y el ominoso crujido retumbó en todo mi cuerpo. Se derrumbó, sin vida, antes siquiera de que yo me hubiera dado cuenta de que estaba muerto.

El último guardia se volvió hacia Wren y no me vio llegar. Me moví en el

tiempo que tarda el corazón en latir una vez y mis dedos le rozaron la nuca, carne cálida y viva, antes de envolverle el cuello con las manos y retorcérselo. Su columna vertebral se rompió bajo mis manos. Un sonido escalofriante e inmisericorde que sentí en todo mi cuerpo.

Lo solté y regresé junto a ella antes de que su cuerpo cayera al suelo. Me arrodillé, cogí a Verena entre mis brazos y la acurruqué contra mi pecho, como si pudiera protegerla de todo lo que ya había sucedido. Me ardía el pecho mientras avanzaba, corriendo hacia los túneles, con el peso de ella en mis brazos, aunque todo en mi interior me rogaba que descansara.

—¡Muévete! —mascullé con tono cortante. Wren me miró, preocupada, pero no me detuve. No podía detenerme.

Nos adentramos en el pasadizo secreto, con Micah a la cabeza, respirando de forma rápida y entrecortada. Las húmedas paredes de piedra nos rodeaban y el sonido de nuestros pasos, urgente, quedaba amortiguado, engullido por la oscuridad que se extendía ante nosotros.

El palacio, la batalla, los gritos, todo se desvaneció a nuestras espaldas, y lo único que podía escuchar en ese instante era la respiración entrecortada y superficial que rasgaba mi garganta.

Agaché la cabeza y besé a Verena en la coronilla, tratando de anclarme a la calidez de su piel, al conocimiento de que aún respiraba, que aún estaba allí.

—Ya casi hemos llegado —susurré, sin reconocer la crudeza de mi propia voz. Necesitaba curarla, comprobar las heridas que le había infligido su padre, asegurarme de que seguía intacta. Pero no podíamos detenernos. Todavía no.

El túnel se extendía ante nosotros, inacabable, más largo de lo que recordaba; cada paso costaba más y más, cada vuelta era como un peso en mis costillas. Mi paciencia se redujo a un frágil hilo. Quería salir. Quería poner distancia con el peligro. Quería que ella estuviera a salvo. Quería poder respirar.

Micah redujo la velocidad a medida que el túnel se estrechaba, las paredes se cerraban y el aire se volvía más denso con el olor a tierra húmeda. Apreté los dientes. Íbamos demasiado lentos, el túnel era demasiado estrecho. Todo era demasiado peligroso.

El pasadizo se estrechó hasta convertirse en una estrecha garganta de piedra, lo que obligó a Micah a ponerse de rodillas. Se arrastró hacia delante y desapareció en la oscuridad. Solté el aliento bruscamente y le hice una señal con la barbilla a Wren como diciéndole *«Ve»*.

Ella dudó solo un instante antes de meterse en el estrecho pasadizo, siguiendo a Micah. Llegué a la boca del túnel justo cuando Micah se daba la vuelta, con las manos extendidas hacia mí, hacia Verena.

—Dámela —pidió, y yo la estreché con más fuerza, con un rechazo instintivo y agudo que me subía por la garganta. *No.* Micah tensó la mandíbula —. Vas a hacerle daño. —Su voz era firme y tenía un filo cortante, algo tenso que se escondía bajo las palabras—. Solo hasta que puedas salir.

No confiaba en él. Nunca iba a volver a confiar en él, pero no era idiota: el túnel era demasiado pequeño y no podía llevarla sin hacerle más daño a su cuerpo ya maltrecho. Todos mis músculos se rebelaban ante la idea, pero me obligué a moverme, y con cuidado, con mucho cuidado, la levanté, renuente, y la puse en los brazos de Micah. Él la agarró con firmeza y yo salí a toda prisa tras ellos, con una opresión en el pecho que no desapareció hasta que la recuperé, hasta que volvió a estar en mis brazos.

Micah espiró bruscamente, pero no lo miré. No me importaban los pensamientos que se escondían detrás de sus ojos oscuros e indescifrables, solo me importaba ella.

Desvié la vista e inspiré hondo cuando Kai salió del túnel.

Estábamos fuera, pero no a salvo. La prioridad era llegar a la ciudad oculta. La desconfianza que sentía hacia mi padre era un peso sobre mis hombros, pero la ciudad oculta era el único lugar donde tenía la oportunidad de mantenerla a salvo.

—¿Vas a regresar a la ciudad? —le pregunté a Micah, tratando de recordar el plan que habíamos trazado la noche anterior.

Él asintió.

—Tengo que avisar a los demás —dijo—. Los rebeldes de la ciudad tienen que saber lo que ha pasado esta noche. La guerra… —Miró a Verena—. La guerra se acerca más rápido de lo que pensábamos.

—Mi abuela…

—La llevaré conmigo —me aseguró con tono urgente—. Ya no está segura en la ciudad. Nunca lo ha estado.

—Gracias. —Asentí con rigidez y recoloqué el peso de Verena en mis brazos —. Nos vemos en la ciudad oculta.

Micah le echó un vistazo a Verena y se volvió hacia mi hermana, y sus rasgos se tensaron con una expresión de pesar antes de desaparecer en la oscuridad.

Kai murmuró una maldición y miró hacia el túnel.

—Debemos seguir adelante. Tenemos que alejarnos lo más posible de la capital.

No se lo discutí. Todos sangrábamos, todos estábamos agotados, y Verena no había hablado y apenas se había movido desde que salimos del palacio, y eso me aterrorizaba.

Así que la abracé con fuerza y dejé que el mundo se difuminara a nuestro paso mientras corríamos.

Las ramas me arañaban la piel, las zarzas me rasgaban el uniforme ya destrozado, pero no me detuve. Lo único que importaba era sentir su peso de Verena en mis brazos, el suave subir y bajar de su pecho cuando respiraba.

No nos detuvimos, ni siquiera cuando Wren gimió y Kai la levantó en brazos. Seguimos adelante y, cuando la ciudad oculta apareció ante nuestros ojos, las piernas ya amenazaban con fallarme.

Debería haber sentido temor al entrar en la ciudad, pero su visión me provocó una oleada de alivio.

Nos estaban esperando.

Había figuras cerca de la entrada, con las armas en alto y expresiones cautelosas al vernos aparecer. Un murmullo recorrió el grupo y luego se movieron, algunos dando un paso adelante y otros, atrás, como si no estuvieran seguros de dejarnos pasar.

Entonces apareció Liya, empujando a los demás, con el rostro pálido al ver las heridas de Wren, la sangre que manchaba mi uniforme y el peso inerte de Verena en mis brazos.

—Llamad al consejo —exigió, con pánico—. ¡Ahora mismo!

La tensión fue instantánea y el aire se espesó a nuestro alrededor.

Los empujé a todos y traspasé la entrada; dejé a Verena junto a mis pies, sobre la fría piedra. Apenas noté la multitud que se agolpaba a nuestro alrededor, apenas oí los susurros, el sonido de las botas contra el suelo mientras la gente de la rebelión nos rodeaba, porque lo único que podía oír era su respiración superficial.

La tumbé con cuidado delante de mí y apoyé las manos en el suelo para echarme sobre ella.

—Verena —la llamé con voz ronca, pero ella no se movió.

El vínculo entre nosotros titilaba, era un hilo tenue, casi imperceptible. Su magia seguía inestable y vibraba erráticamente bajo su piel. Estaba viva, pero no tenía ni idea de cuánto daño le había hecho su padre. Le aparté el cabello

húmedo de la cara, con el pulso retumbando en mis oídos, le rodeé las costillas con las manos y sentí el frágil y agitado movimiento de su pecho. Recurrí a mi magia. Una luz dorada parpadeó en mis dedos. Un grito ahogado recorrió a los espectadores, pero ignoré su inquietud. Vertí mi magia en ella, devolviéndole el calor a su piel, instando a su cuerpo a sanar, a luchar.

—Vamos, Verena —le susurré, con la frente apoyada en la de ella—. Vuelve conmigo.

Me concentré en ese vínculo que nos había unido desde el principio. Lo presioné, le supliqué y entonces… sentí una chispa, un tirón repentino y brusco.

Mi magia se retorció cuando su cuerpo se tensó, su espalda se arqueó y su respiración se convirtió en un jadeo tembloroso. Una violenta pulsación de energía brotó de ella y se deslizó a través de ese vínculo en el que me había estado concentrando, y de repente, la magia que le había estado infundiendo ya no era mía.

Me quedé paralizado cuando me invadió una fuerza más poderosa que cualquier otra que hubiera sentido jamás y que me arrebató mi magia en brutales oleadas. Jadeé, pero no podía moverme, no podía respirar. Ella me estaba quitando mi poder, absorbiéndolo.

Un sonido ahogado escapó de mis labios cuando se me debilitó el cuerpo y se me nubló la vista. El calor que le había estado proporcionando se escapaba de mí, y apenas podía registrar los gritos que retumbaban a nuestro alrededor, los jadeos, el sonido distintivo de las armas al ser desenvainadas.

Liya retrocedió tambaleándose, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. Un murmullo recorrió a los rebeldes como un incendio.

No podía moverme, ni siquiera levantar la cabeza, y apenas percibí las maldiciones de Kai, apenas oí a Wren gritar mi nombre.

Lo único que sentía era un agotamiento aplastante y sofocante mientras mi magia me abandonaba, se deslizaba como agua entre mis dedos… Hasta que Verena abrió los ojos de par en par.

Un grito agudo y entrecortado se le escapó de los labios cuando volvió en sí, y la magia regresó de golpe, alejándose como si de repente me temiera, y entonces me miró a los ojos. El horror en su rostro se me clavó como una daga en el estómago.

—No… —La palabra tembló en sus labios, y su magia se quebró como una cuerda por el filo de una espada.

Me desplomé hacia delante y conseguí sujetarme antes de que mi cuerpo chocara contra el suyo. Me sentí vacío, agotado. Ella estaba despertando el caos, y el peso de su poder oprimía a todos los que nos rodeaban, a toda la rebelión que nos observaba. Verena retrocedió tambaleándose, con movimientos frenéticos e inestables. Respiraba entrecortadamente y de forma irregular y me miraba con los ojos muy abiertos por el terror. No apartaba la vista de mí.

—Dacre —dijo con voz entrecortada, temblando de miedo.

—No pasa nada —la serené con voz ronca, obligándome a mantenerme erguido. Los brazos me pesaban como si fueran de plomo y la cabeza me daba vueltas, pero no me detuve—. Estás bien.

Apretó los puños sobre la piedra y sacudió la cabeza violentamente.

—No —insistió, con una voz que era una mezcla de incredulidad y certeza. Sus ojos se movían rápidamente a nuestro alrededor, muy abiertos y frenéticos —. Te he quitado algo. Yo…

—Verena, para. —Extendí la mano hacia ella y la rocé con los dedos, y ella se estremeció. Algo se rompió en mi interior. Su magia vibraba en el aire entre nosotros, salvaje y errática, como una bestia que se había liberado de sus cadenas. Aún estaba demasiado débil para controlarla, y podía verlo en sus ojos. Estaba aterrorizada de sí misma, atrapada en una batalla entre su poder y su miedo, y lo único que podía hacer era ver cómo eso la destrozaba—. No era tu intención —murmuré, manteniendo cuidadosamente mi voz firme y tranquilizadora. Empecé a extender la mano hacia ella de nuevo, moviéndola lentamente, pero vacilé y la aparté cuando noté que el miedo inundaba su expresión—. Lo resolveremos. Juntos —le aseguré, con palabras tan firmes como el suelo que pisábamos.

—¡Es peligrosa! —dijo alguien. Esas palabras se me clavaron como un puñal por la espalda.

Verena se estremeció y se encogió aún más sobre sí misma. Respiraba entrecortadamente y le temblaban las manos contra la piedra, como si intentara hacerse más pequeña, como si pudiera desaparecer bajo el peso de sus miradas.

—Es igual que el rey —se oyó otra voz, y el dique se rompió y nos inundó a todos.

El miedo se extendió entre los rebeldes que estaban ahí, y su vacilación se convirtió en algo peor. Sus susurros se convirtieron en murmullos y sus

murmullos en voces.

—Ella le ha robado su poder.

—Le ha quitado su poder.

—Es una drenadora.

—Como él.

Como él.

Oí las palabras, sentí cómo se alzaban entre la multitud y se propagaban como una ola imparable.

Le tenían miedo.

Todos le tenían miedo: mi padre, el consejo, los guerreros que estaban más cerca de nosotros empuñando sus espadas… Todos ellos.

Lo vi en la brusca inspiración de Liya, en cómo dio un paso atrás. Lo vi en cómo Kai se movió, tensando el cuerpo, con la vista clavada en los líderes rebeldes, como si se estuviera preparando para lo inevitable. Lo vi en Wren, en sus puños ensangrentados, que se apretaron como si quisiera alcanzar sus dagas, aunque no estaba en condiciones de hacerlo.

Verena también podía sentirlo.

Giró la cabeza lentamente, con los ojos muy abiertos y expresión agónica, recorriendo los rostros de las personas que tenía delante. Las personas que no tenían ni idea de lo mucho que había sufrido para luchar contra su padre. Las personas que la miraban como si fuera un monstruo.

Me acerqué a ella, sin dudar esa vez, sin importarme el miedo que ella tenía de hacerme daño. La pegué a mí para protegerla con mi cuerpo, como si pudiera evitarle las consecuencias de lo que acababa de suceder.

Había luchado contra su padre, contra el receptáculo, contra la magia que le pertenecía. Pero no podía ganar la batalla que iba a librarse porque los rebeldes no la veían como una de ellos. La veían como a él, la veían como a la heredera de su padre.

Las palabras se me atragantaron en la garganta, inútiles. Nada de lo que dijera podría detener el miedo que se propagaba entre la gente, nada de lo que dijera podría deshacer lo que habían visto.

Y entonces, entre los murmullos, entre el peso sofocante del miedo que nos oprimía por todos lados, lo vi.

Mi padre estaba al fondo de la multitud, de pie, al fondo, y su mirada no estaba puesta en nuestra gente ni en el consejo. Ni siquiera en mí. Estaba puesta en ella.

Estaba observando a Verena como si ya estuviera calculando su próximo movimiento.

Como si acabara de ver algo que lo cambiaba todo.

Como si acabara de ganar.

13

VERENA

La ciudad oculta no era la misma, o quizá era yo la que había cambiado.

La primera vez que atravesé esas cuevas era una prisionera. Una extraña en una rebelión que no quería saber nada de mí. Pero en ese momento era algo peor. Era una amenaza.

El peso de mil ojos se posó sobre mí; sus susurros se enroscaban en las paredes de la caverna como hiedra, y yo podía sentir la forma en que me miraban, cómo controlaban cada aliento que tomaba, como si mi siguiente inspiración pudiera robarles el aire de sus propios pulmones, porque le había quitado algo a Dacre. Le había robado, le había sustraído su poder, lo había vaciado delante de todos ellos.

No era mi intención, dioses, no era mi intención, pero no tenía el control. Mi magia se había extendido por sí sola, había hundido sus garras en él, lo había desgarrado y lo había dejado seco. Y yo había dejado que sucediera.

Me aferré a su camisa y apoyé la frente sobre su hombro para sentir cómo respiraba, para demostrarme a mí misma que no lo había destruido como mi padre había destruido todo lo demás. Su corazón latía con fuerza, con firmeza. El mío no.

Inspiré hondo, pero no sirvió para calmarme, porque me estaba derrumbando, y la ciudad lo sabía.

Dacre no me soltó ni cuando nos adentramos más en la ciudad, ni cuando los rostros de los integrantes de la rebelión se cernieron sobre nosotros, suspicaces.

Ellos no confiaban en mí, y él no confiaba en ellos, podía sentirlo en la forma en que sus brazos me rodeaban con fuerza, en la forma en que su cuerpo se movía para protegerme de sus miradas. Podía verlo en la intensidad de su expresión, en cómo escudriñaba las calles, en cómo sus dedos se hundían en mi piel, listos para sacar el acero ante la primera señal de peligro.

La ciudad no era la misma, y yo sabía que no era solo por mí. Dacre siempre

había vivido ahí, esa era su gente, sus guerreros, los que una vez lo habían seguido sin cuestionárselo, pero en ese instante lo miraban con la sombra de una sospecha apenas velada en sus ojos. Lo miraban como si fuera un traidor.

Él me había elegido a mí, y, al hacerlo, lo había perdido todo.

Un dolor sordo floreció en mi pecho, agudo y devastador. Le había robado no solo su magia, su fuerza, sino también su hogar. Su rebelión. Su familia.

¿Y para qué?

Lo había perdido todo por culpa de una chica que lo había drenado delante de todos ellos, de una chica que había tomado lo que no era suyo; de una chica en la que jamás iban a confiar.

Una chica que era peligrosa.

Me aferré con más fuerza a su camisa y lo miré. Lo miré con detenimiento y, por primera vez desde que había despertado, vi lo que mi ausencia le había hecho.

Dacre siempre había llevado la guerra en sus huesos, pero lo que encontré era diferente: parecía vacío. Sus ojos, que una vez habían ardido con rebeldía, con vida, con confianza temeraria, estaban apagados, distantes. Como si hubiera estado atrapado en una sala de tortura desde que me habían apartado de su lado, como si no hubiera podido conciliar el sueño de verdad o siquiera vivir de verdad.

Como si solo hubiera estado esperando, aguardando un momento que tal vez nunca iba a llegar.

Los ángulos marcados de su rostro eran más pronunciados, su piel estaba tensa sobre unos pómulos que antes se mostraban esculpidos con un calor dorado. Tenía un moratón que se estaba desvaneciendo debajo de la mandíbula, y sentí un leve temblor en los dedos con los que me sujetaba.

Dacre no se había venido abajo, pero sí se había deshilachado un poco, y había sido yo la que había tirado del hilo.

Una presión lenta y dolorosa se acumuló en mi pecho, ciñéndome las costillas. Yo había dado mucho, soportado demasiado, pero él también. Y yo le había robado aún más.

Podía sentirlo en el aire que me rodeaba, en la forma en que la propia ciudad retrocedía.

Siempre había estado viva, un silencioso zumbido de existencia bajo tierra. Guerreros entrenando, niños riendo, gente viviendo a pesar de todo lo que mi padre les había quitado.

Pero esa noche, las calles estaban en silencio, y no era un silencio reverencial ni contenía la respiración por alivio.

No estaban celebrando nuestro regreso. Estaban esperando.

Cada sombra por la que pasábamos parecía tener ojos. Cada figura que permanecía en las puertas y esquinas de los callejones se tensaba mientras avanzábamos por las calles. Nadie hablaba. Nadie daba un paso adelante. Nadie gritaba el nombre de Dacre, ni como líder ni como hermano ni como amigo, y supe que no era solo por recelo: era miedo.

No solo me miraban a mí, también miraban lo que había hecho, en lo que me había convertido.

El brazo de Dacre se tensó a mi alrededor, firme y seguro, pero podía sentir la tensión en su cuerpo, una tormenta apenas contenida, lista para estallar cuando llegáramos a las grandes puertas, ya abiertas y aguardando por nosotros.

La sala interior estaba abarrotada de líderes rebeldes, y la tensión se disparó como una trampa. En el momento en que me vieron, en el momento en que vieron a Dacre protegiéndome, el ambiente se inundó de ira, incertidumbre y miedo.

Al principio no hablaron. Pero pude oír el sonido de las botas al arrastrarse sobre el suelo, las espiraciones bruscas, los aceros rechinando en sus vainas… El peso de sus miradas clavadas en mí me ardía más que los moratones de mi cuerpo.

Intenté ponerme de pie por mí misma, intenté sacudirme la debilidad de mis miembros, pero en cuanto mis pies tocaron el suelo, me fallaron las piernas. Las manos de Dacre se posaron sobre mí al instante y me sujetaron antes de que me derrumbara. Pudo hacer que me mantuviera erguida, pero eso no sirvió para detener el lento y progresivo horror que se desplegaba dentro de mí.

Me habían visto absorber su energía. Habían sentido mi poder azotar el aire, habían visto con qué facilidad se la quitaba, cómo lo drenaba. Habían visto lo que era.

Y yo también lo había visto; había sentido cómo mi magia se había enganchado a él, desesperada, insaciable, sin querer soltarlo.

Ellos me temían, y, por primera vez, yo también me temía a mí misma.

Dacre me pegó con firmeza a su amplio pecho, y su calor me recorrió de la cabeza a los pies. Me rodeó los hombros con un brazo, posesivo, y su otra

mano descansó sobre mi vientre. Se agachó para darme un beso suave y lento en el hombro. Fue un gesto tierno, un beso para que todos lo vieran, una declaración silenciosa delante de todos ellos. Algo que yo no merecía.

—¡Es una drenadora! —Esas palabras se me clavaron como una espada, afiladas y despiadadas, y me estremecí. Mi cuerpo se encogió antes de que pudiera evitarlo, como si intentara hacerme más pequeña, como si de alguna manera pudiera alejarme de la verdad de esas palabras.

—Vendrá a por ella. —Torrin dio un paso adelante, con el rostro convertido en una máscara de furia. Apenas sabía el nombre de aquel hombre, solo lo había visto unas pocas veces—. Vendrá a por su heredera.

No importaba que no lo hubiera gritado. No hacía falta que fuera en voz alta para que sonara como un tambor de guerra.

Suspiros. Pasos que se alejaban. El murmullo de las voces se convirtió en un rugido, los susurros se transformaron en acusaciones, la incertidumbre, en algo más afilado. Torrin no estaba solo.

—¿Lo habéis sentido? —resonó otra voz. La voz de una mujer, ronca por la incredulidad—. Yo sí. Ella le estaba robando su poder. ¡Se lo estaba robando!

—Lo ha drenado —siseó otra persona—. Si puede hacérselo a él, puede hacérselo a cualquiera de nosotros.

—Nos dejará sin nada, igual que su padre.

Esas palabras deberían haber sido imposibles de oír en medio del caos, pero de alguna manera me atravesaron y se quedaron grabadas en mi mente.

Me clavé las uñas en los brazos, como si eso bastara para contener mi poder, como si pudiera mantenerlo a raya antes de que se derramara de nuevo. Pero podía sentirlo reaccionando a sus palabras, tan desesperado por esconderse como yo. Ya no era solo miedo lo que había en sus voces: era ira. Asco.

El padre de Dacre avanzó un poco y la gente se apartó para dejarle sitio. Sus ojos encontraron los míos al instante, pero no solo me estaba mirando sin más: me estaba sopesando. Midiéndome. Calculando. Emitiendo un veredicto.

Y daba igual que yo no hubiera dicho ni una sola palabra. Él ya había decidido mi destino. Se volvió un instante hacia Dacre, pero enseguida se concentró de nuevo en mí.

—Has traído la guerra a nuestras puertas. —Las palabras sonaron como un latigazo. El murmullo de la multitud se convirtió en silencio. La firmeza de su voz atravesó la sala como una grieta en la tierra. Dacre se tensó. Me abrazó con más fuerza y su cuerpo me rodeó como una armadura—. No puede

quedarse aquí.

Una mujer se puso frente a Dacre. Su cabello claro brillaba a la luz del fuego cuando dio un paso adelante y quedó entre Dacre y su padre, paseando la vista de uno a otro.

—¿Y qué propones que hagamos con ella? —Su tono era tranquilo, indescifrable, pero había una advertencia oculta, como una espada silenciosa esperando en la oscuridad.

Davian apenas le dirigió una mirada.

—Sabes lo que hay que hacer, Liya.

La sala reaccionó primero. Una oleada de movimiento, una inspiración brusca, el sutil cambio en las posturas de los guerreros, que se tensaron.

—¿Quieres decir que la vas a utilizar? —insistió Liya—. ¿Le vas a decir a tu hijo que, después de todo lo que ha arriesgado por ella, después de todo lo que ha hecho, le cortarás el cuello como a un cordero y se la ofrecerás a su padre para que se dé un festín?

La mano de Dacre se apartó de mi cintura y se puso en movimiento antes de que pudiera detenerlo. Su padre no se inmutó, pero la sala sí. Varias personas dieron un paso atrás. Liya no se movió en absoluto.

—Me diste tu palabra —masculló Dacre, acortando la distancia entre ellos —. Juraste que no le harías daño.

Dacre le dio un empujón en el pecho a su padre, que trastabilló y chocó contra la pared de piedra. Pero Dacre no se detuvo. Clavó los puños en la ropa de cuero de su padre, con expresión letal.

—Yo no te prometí tal cosa. —La voz de su padre era firme, pero era imposible pasar por alto cómo tensaba la mandíbula o cómo la sangre acudía furiosa a su rostro—. Fueron ellos. —Señaló con la cabeza hacia Liya, pero Dacre no se volvió.

—Fuiste tú quien la buscó por todo el reino. Fuiste tú quien estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para recuperarla. —Dacre lo empujó con más fuerza contra la pared. Hubo un movimiento a mi lado, y me sobresalté al ver a Wren dar un paso adelante para ponerse a mi lado. Tenía un aspecto horrible, con la ropa y el rostro cubiertos de sangre, pero estaba a mi lado, mirando fijamente a su hermano y a su padre, sin vacilar.

—¡Yo estaba dispuesto a ir a buscar a la heredera al maldito bosque! —gritó su padre, con el rostro desencajado por la furia—. Pero tú has hecho algo mucho peor. Has puesto en peligro toda esta rebelión para salvar a esa chica.

—Hablaba de mí como si fuera invisible, como si su mirada penetrante no escrutara cada detalle de mi ser, absorbiendo hasta la última gota de vulnerabilidad que no podía ocultar—. Yo la buscaba antes de saber lo que era.

—Ella es mi alma gemela. —Las palabras retumbaron en la sala como un trueno. Innegables. Inflexibles—. Os pondría en peligro a todos para salvarla. —La voz de Dacre era de acero, forjada en el fuego, templada por la guerra—. Lo arriesgaría todo.

Me dio un vuelco el corazón, y latió errático en mi pecho cuando esas palabras calaron en mí como una sentencia de muerte. Él ya lo había arriesgado todo.

Desde el momento en que me encontró en el bosque, en que me sacó de aquel palacio, desde el momento en que me abrazó y susurró mi nombre como un voto, había tomado una decisión.

Y lo estaba destruyendo.

El vínculo, nuestro vínculo, se encendió. Rugió dentro de mí, repentino y devorador, filtrándose en cada fibra deshilachada de mi ser. Cálido. Constante. Suyo.

Se me revolvió el estómago violentamente y me temblaron las manos cuando las posé sobre las costillas como si así pudiera empujar el vínculo hacia atrás, enterrarlo, cortarlo.

Él estaba ahí, desafiándolos a todos a que lo derribaran solo para que yo pudiera seguir respirando, para que él pudiera protegerme.

No podía hacerlo. No podía hacerle eso. Otra vez no.

Retrocedí tambaleándome, con el cuerpo paralizado por el pánico que me invadía. No podía respirar, como si el vínculo tirara de mí, me empujara, intentara instalarse en un cuerpo que no lo merecía.

Apenas me di cuenta de cómo estalló el caos en la sala; los murmullos se convirtieron en gritos, un coro febril y frenético de voces que se gritaban unas a otras. El consejo ya no tenía miedo: estaban enfurecidos.

—Entonces, ya no eres hijo mío —siseó el padre de Dacre. Su voz era tranquila, letal. Pero la rabia que había detrás era una espada desenvainada.

Dacre se volvió lentamente y vi cómo su cuerpo se quedaba inquietantemente quieto, cómo crispaba los dedos, como si ansiaran el acero. Estaba a un suspiro de la guerra con su propio pueblo, y yo estaba a un suspiro de venirme abajo.

Dacre estaba demasiado cerca. Su calor calaba en mí, constante, implacable,

como un ancla en la tormenta. Era lo único estable en un mundo que se tambaleaba, y no podía soportarlo.

Mi pulso se aceleró. Mis manos temblaban. No podía respirar.

Me eché hacia atrás, presa del pánico, que me invadió como una ola violenta y sofocante, pero Dacre no me soltó. Sus dedos se aferraron a mis brazos y me pegó a él. Su cuerpo me envolvió, firme y cálido, inmovilizándome, negándose a dejarme escapar.

—Verena. —Su voz era baja, tranquila, poco más que un susurro, pero la sentí por todas partes.

Negué con la cabeza, con las manos contra su pecho, desesperada por alejarme, por abrir un espacio entre nosotros, por hacer que el vínculo dejara de clavarse en mí.

—Verena. —Esa vez su voz fue insistente; sus manos sobre mí, más firmes —. Respira.

No podía. No podía.

—Es peligrosa —gruñó alguien—. Miradla.

Me estremecí. Ya lo sabía. Sabía lo que era, lo que veían cuando me miraban.

Dacre se movió con rapidez. En un momento dado me estaba sujetando y, un segundo después, se volvía hacia esa voz con precisión letal.

—Ella no es su padre. —Las palabras retumbaron en la sala, en mi interior, y todo se detuvo: los gritos se acallaron, los susurros se silenciaron—. Ella no es él —repitió Dacre, y esa vez su voz temblaba de rabia.

Su padre resopló.

—Es su heredera…

—Era su prisionera —replicó Dacre. Algo dentro de mí se hizo pedazos; esas palabras me azotaron, atravesando el pánico, y se clavaron en mí. El pecho de Dacre se agitó, y apretó los puños a los costados—. ¿Crees que es peligrosa? ¿Crees que es un monstruo? Pues mírala. Mira lo que él le ha hecho. —Se volvió hacia mí con la mandíbula tensa y los ojos oscurecidos—. Me estás pidiendo que elija entre esta rebelión y mi alma gemela, pero yo ya he elegido. No me importaría si fuera veneno lo que corre por sus venas: seguiría eligiéndola.

Me tensé y levanté la vista para buscar su rostro.

—Nos has condenado a todos —escupió su padre, y me volví hacia él—. Has traído una llama moribunda a un bosque que ya estaba ardiendo, ¿y ahora esperas que confiemos en que ella no nos condene a todos? ¿Quieres que

recemos a los dioses para que ella no nos haga lo que todos hemos visto que te ha hecho a ti?

—No lo haré —dije de repente, con la voz ronca y áspera—. No era mi intención. —La sala se quedó en silencio y fijé la vista en los líderes que estaban ahí, mirándome con absoluta desconfianza en sus rostros. Pasé junto a Dacre, ignorando cómo se tensaba, listo para tirar de mí y hacerme retroceder —. Sé lo que mi padre os ha hecho, a vosotros, a vuestro pueblo —proseguí con voz tranquila pero firme—. No puedo cambiar mi pasado ni mi sangre. —Me volví lentamente, dándoles la espalda al padre de Dacre y al resto del consejo. Me temblaban las manos cuando cogí el dobladillo de mi camisa, levanté la tela y dejé al descubierto las cicatrices grabadas en mi piel—. Esto es lo que soy para mi padre. —Temblaba de la cabeza a los pies, pero seguí sujetando mi camisa, negándome a dejarla caer. Quería que lo vieran todo, el paisaje de cicatrices grabadas en mi piel a lo largo de los años. Algunas eran pálidas y descoloridas, meros susurros de un dolor antiguo, mientras que otras estaban recién curadas, con los bordes aún rosados y sensibles. Y luego estaban las heridas que aún sangraban, abiertas y enconadas, como si el daño fuera demasiado profundo para permitirles que se cerraran por completo. Suspiros. Maldiciones. Alguien hizo un ruido ahogado en el fondo de la sala, que se movía a mi alrededor, acercándose, alejándose, aglomerándose y retrocediendo.

Wren soltó un jadeo y yo la miré, me permití sentir su angustia. Sus ojos estaban clavados en mi espalda, hechizados por la cruda agonía grabada en ella, y odié que la viera.

Aparté la vista, con un agudo dolor en el pecho, pero al fijarme en Kai vi que estaba peor. Su expresión era una tempestad de furia, sus rasgos se retorcían en una máscara de rabia apenas contenida. Pero el peor era Dacre, a quien apenas podía soportar mirar. Su cuerpo se tensó y la sangre huyó de su rostro, como si estuviera a punto de derrumbarse bajo el peso de lo que estaba presenciando. Me recorrió hasta la última cicatriz con la mirada, y casi pude notar cómo le daba vueltas a la cabeza, sintiéndose profundamente culpable.

Me dolían los brazos de sostener la camisa levantada, por el peso de todas las miradas que me rozaban la espalda. Dejé que miraran. Dejé que vieran la verdad.

—¿Tu padre te hizo esto? —Esa vez, la voz no era aguda ni mostraba enfado. Era Liya, que me contemplaba, angustiada, aunque no estudiaba mis

cicatrices, sino a mí.

Asentí, solo una vez, antes de dejar que mi camisa volviera a su sitio, y me obligué a sostenerles la mirada.

—Tenéis razón al temerme. —Mi voz era tranquila y suave—. Yo tampoco confío en mí misma. —Tragué saliva con dificultad, con un nudo en la garganta y el aliento estrangulado en los pulmones—. Si creéis que os haré daño, si creéis que seré vuestra perdición, encarceladme.

—No. —La voz de Dacre no era tranquila. No era suave. Era un gruñido de furia pura e implacable.

Su mano se cerró alrededor de mi muñeca, no con fuerza ni crueldad, pero sí con firmeza inquebrantable.

No me volví para mirarlo. No podía.

—Haced lo que tengáis que hacer, pero no me enviéis de nuevo junto a él. —Levanté la vista hacia su padre y lo miré a los ojos, cuando era lo último que quería hacer—. Prefiero que me cortéis el cuello antes que volver con él.

Dacre respiraba con dificultad, y le temblaban las manos.

—No. —Esa vez, su voz era más suave, solo para mí. Sus ojos ardían, brillando con destellos dorados a la luz de las antorchas—. No has pasado por una tortura solo para que te traten así.

—Dacre…

—No. —Me cogió del mentón y me hizo alzar el rostro hacia él. Sus dedos se clavaron en mi piel, suaves pero firmes—. Eres mía.

—Permanecerá en las celdas hasta que el consejo decida su destino.

Apenas tuve tiempo de asimilar las palabras de su padre antes de que la mano de Dacre se apartara de mi rostro y él se moviera como una sombra. Su mano se disparó hacia delante, agarró con fuerza la chaqueta de cuero de su padre y tiró de él hasta que sus narices casi se tocaron. Las armas se desenvainaron en un agudo coro de acero que resonó en la sala, pero dio igual: en el momento en que vieron el rostro de Dacre, la ira absoluta y sin diluir que ardía en sus ojos, nadie se movió.

—Si la metéis en una celda —masculló Dacre, con la voz cargada de algo oscuro y peligroso—, si alguno de vosotros le pone un solo dedo encima, quemaré esta ciudad hasta los cimientos.

Y esa vez nadie dudó de que era capaz de hacerlo.

14

DACRE

No la solté hasta que se cerró la puerta a nuestra espalda, aislándonos del mundo exterior, e incluso entonces seguí agarrándola con fuerza.

No la solté cuando Wren y Kai se apartaron para dejarnos espacio, mientras veía la preocupación que inundaba el rostro de mi hermana.

No la solté cuando sentí que la tensión seguía atenazando la ciudad como una soga, mientras sus gentes nos miraban como esperando una señal que les indicara que tenían razón al temer a la heredera.

No la solté ni siquiera cuando aún podía oír la furiosa voz de mi padre insistiendo en encerrarla, como una espada en nuestro cuello, ni cuando Liya, la única voz de la razón, se impuso al caos.

No la solté ni siquiera cuando sabía que no era una victoria, solo un descanso temporal, una batalla estancada que aún no habíamos ganado.

Me daba todo igual: la tenía en mis brazos, y, después de todo lo que había soportado, después de casi perderla, de casi perdernos, me negué a apartarme de ella.

Nunca iba apartarme de ella.

La sostuve contra mi pecho y entré en mi habitación, que estaba tenuemente iluminada; el fuego de la antorcha se había reducido a una llama que parecía estar perdiendo su vida. El olor a cuero y pergamino viejo flotaba en el aire, familiar pero de repente extraño.

Aquel no era mi sitio. Ya no. Lo era ella.

Verena apenas se movía en mis brazos; su aliento era ligero como una pluma contra mi cuello. Sus dedos se habían enredado en la tela de mi camisa, aferrándose desesperadamente como si temiera que yo desapareciera si no se agarraba con suficiente fuerza.

Sabía que debía hablar, decir algo para aliviar el peso que nos oprimía, pero las palabras me parecían inútiles. ¿Qué podía decir para borrar lo que se había hecho? ¿Qué podía decir para deshacer el terror que habitaba en sus ojos

desde que la había encontrado en esa cámara, destrozada y sangrando?

No había nada.

La tumbé en la cama y después me acomodé junto a ella, y el colchón se hundió un poco bajo nuestro peso.

Ella dejó escapar un suave sonido, algo entre un suspiro y un gemido, y la estreché con más fuerza entre mis brazos por puro instinto.

La besé con ternura contra la coronilla; necesitaba sentir su calor, su presencia, para anclarme a la realidad.

—Verena —murmuré contra su cabello, con una voz apenas un ápice más alta que un susurro.

Ella se estremeció; fue un temblor muy suave, pero yo lo sentí. Sus delicados dedos se hundieron en mi pecho, pero no levantó la cabeza. Deslicé una mano de forma lenta y tierna por su columna vertebral, sintiendo los bordes afilados de sus huesos, los lugares donde su cuerpo se había consumido bajo la crueldad de su padre. Tensé la mandíbula con tanta fuerza que me hice daño. Había llegado demasiado tarde. Ella estaba ahí, conmigo, estaba viva, pero aun así había llegado demasiado tarde.

—Tengo que limpiarte —le dije en voz baja, y la besé en la sien—. Tengo que asegurarme de que no hay otras heridas que deba curarte.

Su respiración se entrecortó, pero no respondió: solo me agarró con más fuerza.

Me puse de pie, sosteniéndola suavemente entre mis brazos, y me dirigí al baño. La bajé al suelo con cuidado y me obligué a separarme de ella.

Eso casi me mató.

Verena me miró con los ojos muy abiertos, llenos de incertidumbre y miedo. Escudriñó la pequeña estancia mientras yo preparaba rápidamente un baño con agua humeante y aceite.

El lugar se inundó rápidamente de aroma a clavo a medida que el vapor se elevaba del agua.

Cuando me volví hacia Verena, ella no se había movido y su expresión seguía siendo atormentada. Tenía las manos fuertemente entrelazadas ante sí y los hombros tensos, como si intentara encogerse sobre sí misma.

Inspiré hondo para calmarme antes de arrodillarme frente a ella. Mis dedos alcanzaron suavemente los bordes desgastados y raídos de sus botas. Ella se tensó.

—Verena. —Levanté la vista hacia ella para asegurarme de que seguía

conmigo, de que no se había perdido en los recuerdos—. Soy yo.

Tragó saliva con dificultad, y hubo un movimiento visible en la tensa línea de su cuello.

—Lo sé —respondió, pero su voz era frágil. Era débil.

Esperé. Jamás iba a presionarla. Le temblaron las manos cuando las posó sobre mis hombros. Tenía los dedos fríos y vaciló antes de levantar con cautela un pie. Rápidamente le quité una bota, cuyo cuero desgastado se deslizó fácilmente, antes de que levantara el otro pie para permitirme hacer lo mismo.

Solo se oía el sonido del agua.

Agarré los cordones de sus pantalones, los desaté con destreza y deslicé la tela por sus piernas. Cuando sus muslos quedaron a la vista, se reveló un tapiz de moretones en diversas etapas de curación que pintaban una silenciosa historia de tortura en su piel.

Me levanté; la gravedad de su dolor amenazaba con aplastarme.

Sus manos seguían temblando al coger el dobladillo de su camisa, y sus dedos forcejearon con la tela antes de levantarla poco a poco por su vientre; me estremecí al ver el estado de su piel. La subió más, por sus costillas y su pecho, hasta que finalmente se deslizó por sus hombros y sobre su cabeza. La dejó caer al suelo, la tela se amontonó alrededor de sus pies. Unas marcas de un rojo furioso cruzaban su carne, aún en proceso de curación, y unos moratones oscuros florecían como nubes de tormenta contra su piel demasiado pálida. Un suspiro lento y controlado escapó de mis labios.

Me acerqué a ella, deslizando con cuidado un brazo por detrás de su espalda y el otro por debajo de sus rodillas. Con un suave movimiento, la acuné contra mi pecho, sintiendo el calor de su cuerpo roto contra mí, y me acerqué a la tina, donde el vapor se elevaba en suaves volutas desde la superficie del agua.

La deposité dentro lentamente, hasta que sus pies se sumergieron en el agua caliente.

—Dime si te duele —le susurré suavemente.

Ella respondió con un pequeño movimiento de la cabeza, mirándome a los ojos.

Dejé que su cuerpo se sumergiera por completo en el agua, hasta empaparme los hombros. Ella suspiró suavemente mientras yo le acunaba la cabeza y la recostaba contra el borde de la tina.

Empecé a pasarle un paño por los brazos, limpiándole suavemente las capas de suciedad y los restos de sangre seca.

Aborrecía lo frágil que parecía bajo mis manos, lo fácil que era sentir cada protuberancia de sus costillas, cada ángulo afilado donde antes había suavidad. Pero ella me permitió cuidarla. Me dejó hacerlo.

Trabajé en silencio, observándola, estudiando su rostro y la forma en que se mordía los labios cada vez que el paño pasaba por un punto especialmente sensible.

Apenas podía contener la avalancha de ira que brotaba dentro de mí, una furia hirviente que se desbordaba con cada nueva cicatriz o herida que descubría. Era como un incendio que arrasaba mis venas, consumiendo hasta el último pensamiento racional y dejando solo un calor abrasador a su paso.

Pasé suavemente el paño por la herida de su costado y ella inspiró bruscamente, apartando su cuerpo de mí instintivamente. Dejé caer el paño al instante.

—Lo siento —susurré.

Ella negó con la cabeza; sus ojos delataban la tormenta de emociones que bullía en su interior.

—Tú no me has… —logró decir, aunque su respiración era irregular y entrecortada—. Estoy bien.

Pero no lo estaba.

Levanté las manos, reuniendo toda la magia que aún podía sentir en mis dedos.

—Déjame que acabe de curarte.

—No. —La palabra fue brusca, repentina. Me agarró las muñecas con manos temblorosas, débiles pero frenéticas. Sus ojos se encontraron con los míos, muy abiertos por el pánico—. No, Dacre. No puedes. Podría… —Las palabras se le atragantaron en la garganta. No podía decirlo, pero yo sabía lo que ocurría.

Podía ver el miedo grabado en sus rasgos. Temía volver a quitarme algo.

Sentí un nudo en el pecho cuando le separé con delicadeza los dedos de mis muñecas.

—No lo harás —le aseguré.

Su respuesta fue un silencioso movimiento, una respiración rápida y superficial y un aleteo de sus manos trémulas, que se apretaron en puños bajo el agua.

—No me arriesgaré. —El miedo en sus ojos me atravesó como un reflejo de mi propia culpa.

Le acaricié la cara y le levanté la barbilla para que no tuviera más remedio que mirarme.

—No me harás daño —insistí—. Confío en ti.

Sus ojos ardían de incertidumbre, y una tormenta de emociones se arremolinaba en su interior.

—No confío en mí misma.

Me eché hacia delante y la besé, impulsado por el instinto más que por el pensamiento. No hubo vacilación, solo una necesidad abrumadora de salvar la distancia que nos separaba.

Ella se ablandó al instante, y se aferró a mi camisa como si fuera un salvavidas.

La necesitaba. Y necesitaba recordarle lo que éramos, que el vínculo entre nosotros era más fuerte que su miedo.

Ella se derritió contra mí cuando el beso se hizo más profundo y clavó los dedos temblorosos en mi piel con una mezcla de urgencia e incertidumbre. Sus labios se separaron bajo los míos, suaves y desesperados, en una silenciosa súplica por algo que ninguno de los dos podía expresar con palabras.

Deslicé mi mano por su nuca, entrelazando mis dedos entre su cabello húmedo, y la pegué a mí, necesitándola, necesitando eso, necesitando sentir su calor, su vida, después de tantas noches temiendo haberla perdido.

Su respiración se entrecortó con un delicado jadeo cuando deslicé mis labios por la comisura de su boca, trazando un camino a lo largo de su mejilla hasta que pude susurrar contra su piel:

—Tú no eres tu padre. Nunca serás él, Verena.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo, una oleada de emoción, pero no se apartó. La besé en la delicada piel debajo de su oreja y dejé que mis labios permanecieran allí durante un latido. Un suspiro entrecortado se escapó de sus labios y la besé de nuevo, con suavidad, con reverencia. Quería fundirme con ella, envolverla entre mis brazos hasta que olvidara lo que significaba tener miedo. Quería que lo olvidara todo hasta que solo me conociera a mí. Pero cuando sentí que se movía, que su cuerpo se tensaba, me obligué a apartarme. Tenía los ojos muy abiertos, atemorizados, y seguía respirando de forma irregular. Seguía ahogada en ese miedo. Deslicé lentamente mis manos por sus brazos, la cogí de las muñecas y las sostuve entre nosotros, dejándole sentir el ritmo constante de mi pulso.

—Confío en ti —repetí, esa vez con más suavidad. Miró mis muñecas, como

si aún pudiera ver el lugar donde se había agarrado para drenarme sin querer, y supe que nunca iba a perdonárselo a sí misma—. Ven aquí. Déjame abrazarte —susurré, moviéndome para poder apoyar mi brazo detrás de su espalda y sostener su peso.

Ella vaciló, pero por fin, lentamente, se acercó a mí y apoyó la frente sobre mi hombro; su cálido aliento me acarició el cuello. Solté el aire despacio, la rodeé con mis brazos y le acaricié la espalda. Estaba demasiado delgada, parecía demasiado frágil, pero estaba ahí. Estaba ahí. Y yo habría dado lo que fuera por mantenerla así. Sus dedos se enredaron en mi cabello y me pegó a ella, suspirando contra mi pecho con un sonido que me provocó un agónico dolor en el pecho. Cuando finalmente nos separamos, posé mi frente sobre la suya y nuestros alientos se entremezclaron.

—Te quiero —musité. No podía contenerme más, no podía arriesgarme a no tener la oportunidad de decirle lo que sentía.

Ella soltó un suspiro y, cuando habló, su voz temblaba.

—Yo también te quiero.

Pero yo necesitaba más, necesitaba sentirla por entero.

La levanté de la bañera, y sentí su piel húmeda sobre la mía cuando la llevé a la habitación. No se resistió, ni siquiera dudó. Solo se apretó contra mí como si yo fuera su hogar.

La senté en el borde de la cama, cogí la toalla y la envolví suavemente, ciñendo la tela alrededor de sus hombros. Ella la agarró con fuerza y sus manos apenas asomaron entre los pliegues.

Su piel aún estaba húmeda, las puntas de su cabello oscuro se rizaban en sus hombros y el agua goteaba de ellas. Parecía pequeña, tan pequeña… Y eso me disgustaba.

Me arrodillé ante ella de nuevo y apoyé las manos en sus rodillas.

—Ven aquí —le susurré, tirando suavemente de ella hacia mí.

Ella obedeció y se echó hacia delante; quedé entre sus muslos y estreché su cuerpo contra el mío hasta que no hubo espacio entre nosotros.

Ella enterró su rostro en mi hombro y se aferró a mi camisa.

—No quiero cerrar los ojos.

Espiré bruscamente y le di un beso en la coronilla.

—Entonces no lo hagas. —Ella soltó una risa suave, pero era hueca, vacía, y también me disgustó. Me aparté lo justo para levantarle la barbilla y obligarla a mirarme—. Hemos vuelto —dije con voz firme—. Estás a salvo. Y le

prenderé fuego al maldito mundo antes de permitir que te vuelva a pasar algo.

Su expresión era de fragilidad.

—Lo sé.

Apoyé la frente en la suya y cerré los ojos.

—Pues déjame abrazarte mientras duermes.

Ella dudó, pero terminó por asentir.

Me levanté, y la acomodé en el centro de la cama; me dejó tumbarme a su lado, me dejó que la tapara con las mantas.

Se pegó a mi costado en cuanto me acomodé junto a ella y posó los dedos sobre mi pecho para sentir los latidos de mi corazón.

Le acaricié lentamente la espalda y le di un beso en la frente, pero aún podía sentir la tensión en su cuerpo, el terror persistente que aún se aferraba a ella, así que la abracé con más fuerza.

La besé en la coronilla, en la sien, en el pelo para que me sintiera.

—Te tengo —susurré—. Y no te voy a soltar.

Ella suspiró suavemente, y su aliento me acarició el cuello. Poco a poco, su cuerpo se relajó y su respiración se estabilizó. Volví a besarla en la frente y, por fin, se sumió en un sueño tranquilo, y yo me quedé despierto, abrazándola, velando por ella, porque nunca iba a volver a permitir que nada me la arrebatara.

15

DACRE

No quería dejarla cuando aún seguía dormida en mis brazos y cada aliento que tomaba parecía una guerra silenciosa contra todo lo que había soportado, pero tenía que irme porque mientras ella yacía acurrucada bajo las mantas, a salvo, la rebelión discutía cuál iba a ser su destino.

Como si la decisión fuera suya…

Me moví con cuidado y me levanté de la cama, pero en cuanto mi calor la abandonó, se removió. Sus dedos se crisparon contra la tela de mi camisa, a ciegas, como si buscaran algo que estaba fuera de su alcance.

—Dacre… —Su voz estaba ronca por el cansancio.

—Estoy aquí. —Le rocé la sien con los labios, inhalando su aroma, tratando de detener el dolor en mi pecho—. Vuelve a dormirte. No tardaré.

Ella parpadeó lentamente, luchando contra el sueño.

—¿Dónde…?

Le acaricié la espalda para tranquilizarla.

—Tengo que hablar con el consejo —murmuré, y le di un suave beso en los labios—. Wren y Kai te llevarán a los manantiales cuando estés lista. —Una pizca de pánico brilló en sus ojos y le acaricié el rostro, obligándola a mirarme, a verme—. Nadie te alejará de mí. —Busqué su mirada y vi que sus pupilas se dilataban ante mis palabras—. Nadie. —Me contempló durante un largo rato antes de asentir lentamente. Suspiré—. Wren estará contigo todo el tiempo.

Ella tragó saliva con dificultad y su magia se agitó bajo mis dedos.

—¿Y tú?

—Te buscaré en cuanto acabe.

No esperé a que respondiera. No podía, o no me iría. La besé, me aparté de ella y abrí la puerta de mi dormitorio. La miré por última vez para recordarme que estaba a salvo, para intentar frenar el ardiente deseo de no volver a separarme nunca más de ella. Wren y Kai ya estaban esperando fuera, con el rostro sombrío.

—Sigue durmiendo —dije con voz tensa—. No os apartéis de su lado.

Wren asintió, ya con la mano en la puerta.

—Estaremos con ella.

Los ojos de Kai se encontraron con los míos, agudos y comprensivos.

—La mantendremos a salvo. Tú ocúpate del consejo.

Avancé por los pasillos con pasos firmes y decididos, pero podía sentir que la ciudad me observaba a cada paso que daba. El aire parecía diferente ese día, más denso, más enrarecido. El peso de mil miedos tácitos empujaba contra las paredes. El consejo no era el único que esperaba un veredicto. Todos lo esperaban.

«Ella no es una de los nuestros. Es su heredera. Es peligrosa».

Podía sentir esas palabras, sentir su miedo, susurrando por toda la ciudad, y apreté los puños, forzándome a mantener un paso firme. Nunca había querido ser el hijo de mi padre. Pero esa noche necesitaba el poder que eso conllevaba.

Verena era la hija del rey y yo era el hijo del líder de la rebelión. Verena no era su prisionera, e iba a asegurarme de que lo supieran.

Cuanto más me acercaba a las puertas de la cámara, más se agudizaba la tensión en mi estómago. Recorrí con la mirada el pasillo, buscando cualquier señal de mi abuela o de Micah. Se suponía que debían estar allí. Micah había prometido llevarla consigo.

No quería volver a confiar en él después de lo que había permitido que le sucediera a Verena en ese palacio, pero era la única opción que tenía.

Quería que mi abuela estuviera conmigo en la ciudad oculta. Necesitaba aprovechar el respeto que todos le tenían para utilizarlo contra mi padre.

Él era el líder de la rebelión, pero mi abuela era algo completamente diferente. Había servido a la reina, había servido a la rebelión y había perdido a su hija por la causa.

Y si Micah me había mentido, si nos había traicionado… Solté el aire bruscamente por la nariz, apartando ese pensamiento.

Micah tenía demasiado que perder. Su hermana seguía en manos del rey, y sabía que la rebelión era su única oportunidad de recuperarla. Seguía sin confiar en él, y jamás iba a perdonarlo, pero lo necesitaba. Y en ese momento, necesitaba aún más a mi abuela.

Alargué la mano hacia las puertas de la cámara, con la mandíbula tensa y el pulso lento y constante como un tambor de guerra en mi pecho.

En cuanto entré, las conversaciones se detuvieron, y no lo hicieron de forma

gradual. Ni gradualmente ni con murmullos que se desvanecieran en silencio. En cuanto mi bota cruzó el umbral, la sala se silenció como si una espada hubiera cortado el sonido. Tenía su atención, su miedo, y lo agradecía.

Dejé que la puerta se cerrara a mis espaldas y el golpe retumbó en el cavernoso espacio. Muchos rostros familiares se volvieron para mirarme: algunos habían luchado a mi lado, otros me habían entrenado, con algunos había derramado sangre.

Pero me miraban como si ya los hubiera traicionado, como si al ponerme del lado de Verena ya hubiera firmado su sentencia de muerte.

Bien. Que tengan miedo.

Si me temían, no iban a tocarla. Si me temían, iban a saber que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para mantenerla a salvo.

Mi padre estaba en el centro de la sala, esperando. Su expresión era cuidadosamente neutra, pero vi el triunfo en sus ojos.

Ya los había conquistado. El consejo estaba dividido, pero yo podía ver cómo se acercaban a él, con expresiones cautelosas, pero inequívocamente ya persuadidos. Ya había comenzado su trabajo.

Los miembros del consejo no eran los únicos que estaban allí: mi padre había convocado a otros que podían ayudarlo en su causa, ancianos y soldados por igual. Todos ellos leales a él, todos ellos temerosos de ella.

—Debemos discutir qué hacer con la heredera. —Enora, una de los ancianos, fue la primera en hablar.

«La heredera». No «Verena». Tensé la mandíbula con tanta fuerza que me hice daño.

—Es un lastre —respondió mi padre con suavidad, dando un paso adelante, con voz tranquila y calculada—. Su magia es inestable, como todos pudimos ver anoche, y su padre hará lo que sea necesario para recuperarla.

Un murmullo recorrió la sala, y dejé que se calmara antes de hablar. Conocía sus argumentos, conocía sus miedos, y mi padre probablemente se había pasado toda la noche alimentando esos miedos mientras yo abrazaba a Verena e intentaba hacer desaparecer los suyos.

—El rey está desesperado —intervine con voz firme. Dejé que mis palabras calaran en ellos, que atravesaran la espesa tensión que estrangulaba la sala. Miré a mi padre—. Y todos sabemos lo que ocurre cuando los hombres se desesperan: toman malas decisiones. Cometen errores. —Di un paso lento hacia delante, recorriendo con la mirada al consejo—. Os he dado la ubicación

de los túneles. —Mi tono era tranquilo pero cortante—. Verena conoce el palacio mejor que todos nosotros juntos. Ella puede ayudarnos.

Algunos de ellos se movieron, incómodos. Mi padre ladeó la cabeza y me observó con atención.

—Eso es exactamente lo que yo quería decir, muchacho. —Su voz era suave, uniforme—. ¿De verdad crees que el rey va a dejar que se le escape tan fácilmente? Ella conoce el palacio, conoce al rey, y él no va a permitir que sus secretos permanezcan ocultos al amparo de la rebelión que quiere verlo muerto. —Dejó que la pregunta flotara en el aire, que todos la meditaran, antes de recorrer toda la estancia con la mirada—. Y lo que es peor —continuó, con un filo peligroso—, ¿qué pasará cuando ella quiera volver con él?

Un murmullo recorrió la sala, y sentí cómo la ira en mi pecho se extendía como un incendio.

—¿Te atreves a sugerir que ella…?

—Sugiero —interrumpió mi padre con suavidad— que su lealtad no está tan clara. —Volvió a centrar su atención en los demás—. Dime, Dacre, ¿estás tan cegado por tus sentimientos hacia ella que no ves la verdad de lo que es?

Apreté los puños tratando de controlar la ira que crecía con cada palabra que él pronunciaba.

—La verdad es que ella no es tu prisionera. —Quería que me escucharan, que lo que decía llegara hasta el último miembro de esta rebelión—. Ella no es tu enemiga —continué, estudiándolos a todos—. No es un arma. No es un conducto que haya que encerrar ni una espada con la que apuntar a su padre. Es una chica que apenas ha escapado con vida. Una chica que ha sufrido más de lo que nadie en esta sala puede imaginar. Ella no es él.

Nadie habló, nadie se movió, pero mi padre sonrió lentamente.

—Dices que ella no es él —murmuró con voz tranquila y burlona—. Pero te drenó, ¿no es así? —Mis músculos se tensaron y su sonrisa se hizo más amplia —. Todos lo vimos, Dacre. Lo sentimos cuando te lo quitó. Sentimos cómo te robaba la vida hasta que casi no te quedaba nada. —Se estremeció, y, por un instante, creí ver miedo en su expresión. Por mí, no por él—. Dime, ¿te pareció diferente a lo que su padre nos ha hecho toda la vida? ¿Te pareció que ella te protegía de la misma forma en que tú estás deseando protegerla?

No. Fue como ahogarme en ella. Fue como si me consumiera.

Algunos de los miembros del consejo asintieron, con los ojos oscurecidos

por la inquietud, mientras las palabras de mi padre se propagaban entre ellos, fermentando sus miedos hasta que se volvieron más y más potentes con cada momento que pasaba.

—No fue su intención —mascullé—. Ella nunca…

—¿Nunca? —rio mi padre con frialdad, insensible—. No nos tomes por tontos, Dacre. Todos fuimos testigos de lo que hizo. ¿Qué le impedirá volver a hacerlo?

Di un paso adelante, conteniendo a duras penas mi ira.

—Estáis tan centrados en temerla —rezongué, dejando que mi propia magia crepitara en mis dedos— que habéis olvidado quién es el verdadero enemigo. —Me volví hacia ellos, dejándoles ver el fuego que corría por mis venas, la verdad escrita en mis palabras, y continué, con voz dura como la piedra—: La tierra ya está muriendo. Los ríos se ralentizan, la tierra se marchita bajo su dominio. ¿Creéis que podéis esconderos en estas cuevas para siempre? ¿Creéis que podéis sobrevivir a su crueldad? —Señalé al techo, al reino que vivía por encima de nosotros—. Salid de esta ciudad. Mirad la tierra. Se está pudriendo. Se está marchitando bajo su magia, bajo el poder del receptáculo.

Unos murmullos recorrieron la sala: lo sabían. También lo habían visto. Todos lo habíamos visto durante años. Y, sin embargo, nadie se movió. Nadie habló. Se quedaron allí sentados como unos malditos cobardes, como si su silencio pudiera negar de alguna manera la verdad, pero entonces se abrieron las puertas y ya no pudieron seguir escondiéndose.

—Vosotros teméis su poder, pero yo no. —El consejo se volvió, y se oyeron exclamaciones de sorpresa a nuestro alrededor cuando mi abuela entró en la sala con Micah a sus espaldas. Sus ojos eran dos espejos gemelos que reflejaban el frío resplandor de la luna, y su expresión al posarse en mi padre, ignorando el caos, era inquebrantable. El la siguió con la vista mientras se adentraba en la sala hasta poder ver a todas y cada una de las personas que había dentro—. Decís que lucháis por esta rebelión —prosiguió con tono burlón—. Decís que lucháis por la libertad, pero teméis a la única que puede detener al rey. —Movió la cabeza y recorrió con la vista al consejo—. El rey no se detendrá. Destruirá Marmoris tal y como hizo con los demás reinos. Devastará vuestro hogar tal y como hizo con Veyrith.

—Esto no tiene nada que ver con una tierra olvidada — respondió mi padre, irritado—. No luchamos por Veyrith.

—Deberíais hacerlo. —Mi abuela se volvió hacia mi padre, y él se estremeció

—. Verena es la última hija de Veyrith, pero hubo muchas hijas antes que ella. —Dio un paso adelante—. La reina. —Otro paso—. Mi hija. —Su voz se volvió más aguda—. Yo. —Un silencio lento y tenso se extendió por la sala. Ninguno de nosotros se atrevía a pronunciar una palabra—. Vi morir Veyrith —continuó—. Vi cómo la tierra suplicaba clemencia bajo su dominio. Vi cómo tomaba y tomaba y tomaba hasta que no quedó nada que dar. —Estaba tan cerca de mi padre en ese momento que podría haberlo tocado si hubiera querido—. ¿Y crees que esconderte en estas cuevas te salvará? —Dio otro paso lento hacia él y él retrocedió; el sonido de sus botas al alejarse de ella retumbó en la sala, y todos pudimos oírlo—. Moriréis de hambre bajo estas piedras —murmuró—. Os pudriréis en la oscuridad, igual que la tierra que hay sobre vosotros. —Era como si hubiera vertido un cuenco de plomo fundido en la sala; sus palabras tenían peso, densidad al salir de sus labios e inundar el ambiente. Se volvió hacia el consejo con una gracia sombría—. No tenéis por qué confiar en ella. Ni siquiera tenéis que luchar a su lado, pero debéis luchar por ella porque es el único futuro que os queda. —La sala se transformó. Una oleada de inquietud se extendió por el consejo cuando mi abuela se giró y su presencia inundó el espacio como una marea que llega a la orilla. No me miró a mí. No miró a mi padre. Su mirada se fijó en los rebeldes, que apenas parecían respirar desde que ella había llegado.

—Ella es su heredera, Elis —rugió mi padre, pero ella se movió como si no lo hubiera oído.

—Eso no es lo único que es. —Su voz era tranquila, pero acaparó la atención de todos los presentes en la sala.

Mi padre resopló, dilatando las fosas de la nariz.

—Entonces, dinos, ¿qué es?

Mi abuela ladeó la cabeza y sus ojos plateados brillaron como el acero a la luz de las antorchas.

—Es la nacida de la marea.

Esas palabras me golpearon como un puñetazo en las costillas.

«Nacida de la marea».

La frase que estaba escrita en la estatua bajo la capital, en las ruinas que nos habían conducido al palacio, en el susurro de la piedra tallada mucho antes de que naciéramos.

«Un alma ligada a arenas movedizas».

Era una advertencia grabada en los huesos del pasado. La sangre se me heló

al susurrar esas palabras en mi mente.

Verena había sido inscrita en el libro del destino mucho antes de que ninguno de nosotros conociera su nombre.

—El rey ha pasado su reinado tratando de reescribir la profecía, de enterrarla bajo su dominio —insistió ella—. Pero nosotros somos los únicos que la hemos olvidado. La tierra no lo ha hecho. El mar no lo ha hecho. El receptáculo no lo ha hecho. —Se volvió y miró a mi padre con algo más afilado que el desafío—. La llamas peligrosa. —Se tomó un instante para que todos pensaran en ello—. Pero eso es porque conoces la verdad. Esta guerra no termina contigo. No termina con esta rebelión. Termina con ella.

Un profundo silencio se apoderó de la sala, que quedó envuelta en una inquietante quietud. No era el silencio del acuerdo, sino el silencio pesado y opresivo del miedo. Podía sentir cómo se ceñía a los líderes de la rebelión como un torniquete.

Habían dedicado toda su vida a librar una guerra que creían poder ganar, una guerra que no había tenido en cuenta el destino.

Mi padre resopló.

—Las profecías son para los tontos y los reyes desesperados por mantener sus tronos.

Mi abuela no se inmutó. No vaciló.

—El rey cree en esta profecía —replicó—. ¿Por qué crees que mantuvo a la heredera con vida?

—¿Qué profecía?

Mi abuela me miró entonces, clavó la vista en mis ojos y dejó que las palabras escaparan de sus labios.

—«Cuando la sombra se trague el trono dorado y los ríos se sequen donde la magia ha volado, la que fue maldecida se levantará con las manos atadas al destino, un alma ligada a arenas movedizas que conocerá su sino».

Me quedé paralizado. No podía respirar, no podía detener el peso aplastante de sus palabras.

—«Nacida de las cenizas, la sangre y las ansias de batallar, destinada a tomar, mas obligada a llorar. El don de la nacida de la marea, atada con cadenas, romperá el vínculo o unirá sus condenas».

Esas palabras me golpearon como un martillo contra la piedra. Mi magia se tambaleó, se enroscó con fuerza en mi pecho, como si algo antiguo se retorciera dentro de mí, algo que había estado esperando. Esperándola a *ella*.

El vínculo se encendió, pero no lo hizo suavemente: rugió. Una oleada de calor recorrió mis costillas, abrasándome las venas como un fuego sin control. Me quedé sin aliento, y, por un instante, ella fue el aire de mis pulmones. La profecía no eran solo palabras. Era un hilo, cosido al tejido mismo de esta guerra. Estaba entretejido en la sangre de Verena, en la magia que sentía retorcerse bajo su piel. La había estado esperando.

—La marea ya ha comenzado a subir. —La voz de mi abuela parecía un susurro a través de la niebla.

Apreté los puños, obligándome a respirar, a estabilizar mi pulso, pero el vínculo entre nosotros seguía siendo ensordecedor en mi interior. Me llamaba, se entrelazaba dentro de mí, como si lo supiera. Estalló el caos, los murmullos volvieron a crecer, la incertidumbre se extendió como una tormenta en el horizonte. Crucé la mirada con mi padre, sentí el peso de la decisión que tenía por delante. Él también lo vio. Ya no era su rebelión. Era la de ella.

—O nos alzamos o nos hundimos.

16

VERENA

El aire era diferente en ese lugar, más pesado. Cada respiración me oprimía las costillas como un peso invasivo, un recordatorio de las expectativas que recaían sobre mí.

La rebelión me había permitido quedarme, pero no estaba a salvo ni de los susurros ni de sus miradas, que seguían cada uno de mis movimientos, esperando la prueba de que era lo que temían que fuera: un monstruo.

La palabra no se había pronunciado en voz alta, pero la oía en cada conversación en murmullos que se detenía cuando entraba en cualquier lugar; la veía en la tensión de sus espaldas cada vez que pasaba junto a ellos.

Yo no era uno de ellos, y nunca iba a serlo. Siempre iba a ser parte de mi padre, parte del hombre al que odiaban, contra el que luchaban. Era un nuevo monstruo nacido del que ellos conocían.

La comprensión me asfixió, envolviendo mis pulmones con dedos fríos, mientras esperaba en la sala de entrenamiento, un lugar que se había convertido en una constante en mi vida desde que había regresado al Reino Velado hacía solo unos días.

Una única antorcha parpadeaba en un extremo del espacio, iluminando los rasgos afilados de Kai, que estaba frente a mí. Su expresión era indescifrable, pero su postura era relajada mientras me estudiaba con las manos entrelazadas a la espalda.

A mi derecha Elis, la abuela de Dacre, estaba sentada sobre una piedra lisa y plana. Estaba más tranquila de lo que esperaba, una presencia engañosamente silenciosa. Pero había algo inquebrantable en ella. Una fuerza que no tenía nada que ver con su pequeño y frágil tamaño.

—Otra vez —dijo.

Suspiré, obligándome a volver a concentrarme en la tarea que tenía entre manos.

La piedra que estaba ante mí era pequeña, apenas del tamaño de la palma de

mi mano. Era un objetivo fácil, inerte, seguro. Extendí la mano hacia ella, o al menos lo intenté. La magia que corría por mis venas titiló, se retorció, se resistió.

Quería algo más, algo que no fuera solo una piedra, algo que no tenía nada que ofrecer.

Un pulso agudo golpeó mis costillas, y jadeé mientras luchaba por recuperarme.

—No —murmuró la abuela de Dacre, observándome atentamente mientras negaba suavemente con la cabeza—. Concéntrate en la piedra.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y mi irritación aumentó.

—Mi magia no quiere la piedra —espeté.

Ella no dijo nada, solo siguió observándome, y mi estómago se revolvió cuando aparté la mirada de ella y empujé contra la fuerza que había dentro de mí, impulsándola hacia el objeto, obligándola a drenarlo. Una chispa de energía saltó de la roca. Un destello.

Luego, nada.

Me temblaron las rodillas y mis piernas amenazaron con fallar, pero puse la mano contra la pared de la cueva antes de que lo hicieran.

—Estás presionándote demasiado —intervino Kai, con voz firme y tranquila—. Tienes que sentir tu magia, dejar que se asiente dentro de ti. No puedes forzarla.

Tensé la mandíbula y me sequé una fina capa de sudor de la frente.

—No quiere drenar algo que no tiene vida.

Elis murmuró en señal de acuerdo.

—Eso es porque no es lo que se supone que debe hacer.

—Entonces, ¿para qué intentarlo? —argumenté, con toda mi frustración a flor de piel—. ¿Por qué perder el tiempo?

—Porque debes aprender a controlarlo. —La respuesta era simple, brutal, y no me gustó.

Apreté los puños a mis costados, esforzándome por reprimir los comentarios mordaces que tenía en la punta de la lengua. Lo intentaba, pero ellos no entendían lo que era haber pasado toda la vida creyendo que no tenías poder, solo para descubrir que tenías la capacidad de ejercer más poder del que jamás habías deseado. No sabían lo que era tener un poder que desearías no poseer. Un poder que robaba y consumía.

Podía sentir ese mismo poder moviéndose dentro de mí, y un músculo se me

tensó en la mandíbula.

—No puedo hacerlo.

—Sí que puedes —respondió inmediatamente la abuela de Dacre—. Pero no quieres.

Levanté la vista hacia ella, que no se inmutó ni se ablandó.

—Quiero controlarlo —susurré, y pude sentir cómo la sangre me subía a la cara, podía oírla en mis oídos—. Por supuesto que sí.

—No. —Ella negó con la cabeza, pero sus ojos plateados no se apartaron de mí—. Quieres que desaparezca.

Esas palabras me atravesaron como una espada y mi magia se enroscó dentro de mí, observándola, y me di la vuelta, desesperada por detener esa sensación que crecía en mi interior.

El entrenamiento me había agotado. Ya me había esforzado demasiado ese día, y mi cuerpo y mi mente estaban pagando el precio.

La fatiga me poseía, y no sabía cuánto más iba a poder aguantar antes de perder el control, antes de hacer algo de lo que podía arrepentirme.

—Verena. —La voz de Wren me hizo levantar la cabeza para mirarla.

Ni siquiera la había oído entrar.

Estaba en la entrada, cruzada de brazos y mirándome con una expresión que no lograba descifrar. No era lástima ni miedo, era otra cosa.

Espiré bruscamente.

—Necesito aire.

No intentó detenerme cuando la empujé para pasar, pero me siguió. Recorrimos en silencio los pasillos sombríos, con sus paredes de piedra rugosas y dentadas. Quería pasar mi mano por ellas. Quería sentir la roca clavándose en mis palmas, sentir el dolor en mi piel. Quería sentir cualquier cosa que no fuera ese poder.

—Lo estás haciendo mejor de lo que crees.

Solté una risa vacía y me aparté un mechón de pelo de la cara.

—No es lo que me parece a mí.

—Nunca lo parece. —Sus palabras fueron suaves, casi tristes, y la miré, la miré fijamente.

Ella tenía la mirada perdida y una expresión cuidadosamente neutra, pero había algo tenso en su postura, algo rígido. Me hizo sentir como si se me encogiera el corazón.

—Lo siento. Siento todo lo que ha pasado.

Sus pasos vacilaron, pero no me miró.

—No tienes que disculparte.

—Sí que tengo que hacerlo. —Me detuve y me di la vuelta para tenerla de frente, obligándola a sostener mi mirada—. Sé que te mentí —admití—. Y sé que no es fácil confiar en mí.

Tragó saliva y suspiró.

—Tuviste que mentir para mantenerte a salvo —murmuró—. No te culpo por eso.

Entonces me di cuenta de lo que había visto, de lo que me había visto quitarle a su hermano, y no la culpé por ser incapaz de mirarme a los ojos. Yo apenas podía soportar mirarme a mí misma.

—También siento lo que le hice a tu hermano. —Agaché la cabeza y me mordí el labio—. No puedo expresar lo mucho que lo siento. Si te asusté…

—Verena, para. —Mi nombre salió de sus labios y extendió la mano para rodearme el bíceps con ella. Odié la forma en que me estremecí ante su contacto. Detesté saber que ella lo había notado—. No te tengo miedo. —Sus palabras me dejaron sin aliento—. Soy yo quien lo siente —dijo vacilante, y levanté la mirada hacia ella.

—Wren…

—Debería haberlo sabido. —Se le quebró la voz—. Soy tu amiga y debería haberme dado cuenta de que algo no iba bien. Debería haber estado ahí para ti, para que no sintieras la necesidad de marcharte sola en mitad de la noche. —Negué con la cabeza, pero ella no se detuvo—. Si hubiera sido una amiga mejor… —apretó la mano que tenía sobre mi brazo, y pude ver cómo la culpa la carcomía—, nunca habrías vuelto con tu padre. —Me estremecí, pero no pude apartar la vista de sus ojos, de la forma en que me taladraban—. Él nunca habría podido tocarte, nunca habría podido causarte esas cicatrices. —Prácticamente podía ver el recuerdo en sus ojos, la forma en que había mirado mi espalda, cómo la atormentaba.

Extendí la mano hacia ella, tomé sus manos temblorosas entre las mías, y Wren parpadeó como si se hubiera sobresaltado. Pero no se apartó. Solo miró al frente, con la mandíbula tensa y los hombros rectos, lo que la hacía parecer muy joven. Muy destrozada.

Había pasado tanto tiempo ahogándome en mi propio dolor, en mi propio miedo, que no me había parado a pensar en lo mucho que había herido a las personas que se preocupaban por mí. En cuánto la había herido a ella.

—Wren —le dije suavemente, apretándole la mano—, yo tuve que tomar decisiones. Tú no.

Seguía sin mirarme a los ojos.

—Debería haberlo visto —susurró—. Debería haberme dado cuenta de lo mucho que estabas luchando, de lo atrapada que te sentías.

No respondí porque las dos sabíamos la verdad. Me había sentido atrapada. Había luchado y la había dejado atrás cuando había huido. La había abandonado y nunca me había parado a pensar en cómo se habría sentido al despertarse y darse cuenta de que yo ya no estaba, que la había dejado atrás sin una palabra, sin una explicación.

—Eres mi primera amiga en este mundo —le susurré—. Lo eras incluso cuando no sabía que necesitaba una. —Me estrechó los dedos, y aquello fue lo único que me impidió ahogarme—. Pensé que estaba haciendo lo correcto —admití.

Ella inspiró bruscamente y me escudriñó el rostro.

—¿Al irte?

—Después de que Dacre descubriera quién era yo en realidad, después de que tu padre lo hiciera, pensé que tenía que quedarme sola. Pensé que podría… —Me interrumpí y bajé la mirada hacia nuestras manos—. Pensé que podría mejorar las cosas si conseguía salir de este reino.

Su voz fue apenas un susurro.

—Pero empeoraron. —No respondí. El silencio se prolongó entre nosotras hasta que Wren suspiró lentamente—. Y ahora has vuelto —dijo con voz más suave.

Asentí.

—¿Te arrepientes? ¿De no haber salido del reino? —preguntó. La pregunta me golpeó como un puñetazo en las costillas.

Sí.

Me arrepentía de todo.

Me arrepentía de haber dejado atrás a Wren aquella noche, me arrepentía de las mentiras, del dolor, de las decisiones que me habían llevado a los pies de mi padre. Me arrepentía de en quién me había convertido en aquel palacio. Me arrepentía de lo que le había hecho a Dacre, de lo que le había quitado.

Pero más que nada, me arrepentía de haber fracasado. De haber luchado tan duro por ser libre, de haber luchado por escapar, por huir y que, al final, me hubieran llevado a rastras de regreso. Y de haberme convertido en algo que no

reconocía.

Algo que solo tomaba magia, y que no sabía cómo detener. Inspiré hondo y me temblaron los dedos entre los suyos.

—Ya no sé quién soy —admití. Las palabras eran crudas, arrancadas de lo más profundo y fracturado de mi ser—. Pensaba que hacía lo correcto huyendo, pero lo único que conseguí fue volver con él. Y ahora… —Dejé caer la cabeza contra la pared de la cueva y cerré los ojos con fuerza—. Ahora me temo a mí misma como antes lo temía a él.

—Verena…

Permití que mi expresión demostrara lo profundo que era ese miedo que sentía; no le oculté ni una pizca de él.

—Todos me temen. —Señalé la ciudad que nos rodeaba—. Y tienen razón. Soy igual que él. —Al fin dejé que las palabras salieran de mis labios, esas palabras que había ocultado dentro de mí y no me atrevía a pronunciar.

—¿Cómo puedes decir eso? —Se acercó, y su calor alivió el frío que sentía en las entrañas—. Vi lo que te hizo. Te vi en el suelo de esa cámara. Vi cómo luchaste contra todo, contra él, contra aquello en lo que quería convertirte. —Sus ojos buscaron los míos—. No te pareces en nada a él.

Tragué saliva con dificultad, con un nudo en la garganta. No la creía, pero quería creerla. Dioses, cómo quería creerla.

—Soy una drenadora. —Solté un suspiro lento y tembloroso.

—Lo sé. —No me dijo que estaba equivocada. No me dijo que no había nada que temer. Solo permaneció ante mí, firme e inmóvil—. Y me da igual lo que seas. Eres mi amiga, y eso es lo único que importa. —Asentí, solo una vez, ella imitó el gesto, y un destello de comprensión pasó entre nosotras. Entonces, como si sintiera que no podía aguantar más, espiró bruscamente y chocó con su hombro contra el mío—. Vamos —dijo, con un tono más ligero, aunque la conversación aún pesaba entre nosotras—. Vamos a buscar a Dacre antes de que mate a alguien en tu honor.

Se me escapó una pequeña risa de sorpresa. No fue gran cosa, pero fue real. Eso era real.

Wren sonrió, me cogió del brazo y echamos a andar de nuevo; su presencia me tranquilizaba, me hacía respirar mejor.

La ciudad se extendía a nuestro alrededor, con sus túneles sombríos y sus pasillos tenuemente iluminados. En ese momento estaba más tranquila: con la hora tardía había llegado el silencio, pero esa tensión aún permanecía en el

aire, esa vigilancia omnipresente, ese susurro de miedo que seguía cada uno de mis pasos.

Pero Wren no dudó mientras me guiaba, agarrándome firmemente el brazo y con pasos seguros. Como si no le importara lo que pensaran, como si supiera muy bien cuál era su lugar. Y en ese momento, me estaba llevando directamente hacia él.

Doblamos una esquina y entramos en una calle más ancha cerca del río subterráneo, y en ese momento oí su voz.

—Sea lo que sea lo que crees saber, te prometo que no es así. —La voz de Dacre era aguda, con una furia apenas contenida que crepitaba en el aire a su alrededor.

Wren suspiró.

—Bromeaba al decirte que había que encontrarlo antes de que matara a alguien, pero creo que quizá tenía razón.

Aceleramos el paso y doblamos la esquina justo a tiempo para ver a Dacre enfrentándose a Eiran. Una fría oleada de algo punzante se apoderó de mi estómago.

No había visto a Eiran desde aquella noche en el bosque, cuando me había dado cuenta de que me había estado utilizando todo el tiempo.

Tenía el mismo aspecto. El mismo pelo castaño claro, la misma expresión indescifrable, pero ahí, frente a Dacre, lo vi tal y como era: un cobarde.

Y Dacre parecía dispuesto a destrozarlo. Tenía la mandíbula tan apretada que pensé que se le iban a romper los dientes. Los puños a los costados, con los nudillos blancos y tensos contra la piel.

Wren carraspeó ruidosamente.

—¿Estamos interrumpiendo algo?

La mirada de Dacre se posó en mí y, de repente, la tensión de su cuerpo cambió. No dijo ni una palabra: solo dio tres largos pasos y estaba frente a mí; buscó mi muñeca y me la rodeó con los dedos, de forma firme pero cuidadosa. Siempre era cuidadoso.

—¿Estás bien? —Su voz era tranquila, suave, pero aún tenía ese tono agudo de ira, como si apenas pudiera contenerse.

Tragué saliva con dificultad, sintiendo el calor de su contacto calando en mi piel.

—Estoy bien.

Me recorrió con la mirada, buscando cualquier signo de daño, cualquier

prueba de que no estaba bien. Sus manos siguieron a sus ojos por mis brazos, mi cintura, mis costillas. Su magia se entrelazó con la mía, buscando, comprobando. Quería apartarla, y la forma en que me miró me dijo que lo sabía, pero no se detuvo. Se llevó mi muñeca a sus labios y me besó donde mi pulso latía acelerado.

—Lo ha hecho bien en el entrenamiento. —Wren se apoyó contra la pared, mordiéndose las uñas—. Mejor de lo que ella cree.

Los ojos de Dacre se posaron en los míos, buscando respuestas que no creía que fuera a encontrar, antes de asentir. Luego, lentamente, se volvió hacia Eiran, pero sus manos no me soltaron.

—Hemos terminado.

Los ojos de Eiran brillaron con irritación y vaciló.

—Verena…

—No te atrevas a hablar con ella, joder. —La voz de Dacre fue como un latigazo, grave y peligrosa—. He dicho que hemos terminado.

—Solo quería…

—¿Qué? —preguntó Dacre; se volvió hacia Eiran de nuevo, escondiéndome tras su cuerpo—. ¿Decirle que querías abandonarla en ese palacio con su cruel padre? ¿Que no te importaba lo que le pasara? ¿Que aunque hubieras podido oír sus gritos, la habrías dejado allí?

Mi cuerpo se tensó y odié lo débil e inútil que me sentía.

El rostro de Eiran estaba impasible. Pero vi el destello de culpa cuando mis ojos se encontraron con los suyos.

—Lo siento, Verena.

Un profundo gruñido brotó del pecho de Dacre, y Eiran se dio la vuelta antes de que pudiera decir nada más y desapareció entre las sombras.

Dacre espiró bruscamente, me estrechó las muñecas, se dio media vuelta y me pasó un mechón de pelo por detrás de la oreja. Me eché hacia él sin pensar.

—Eiran es un maldito asqueroso. —Wren se estremeció y se cruzó de brazos —. Me gustaría decirle exactamente dónde puede meterse su falsa disculpa.

Los dedos de Dacre se entrelazaron con los míos.

—Ven conmigo. —No discutí con él. No quería hacerlo.

—Sí, claro. Estoy bien. Id vosotros dos —dijo Wren con sarcasmo, pero cuando la miré, me guiñó un ojo.

—Nos vemos luego, Wren. —Dacre no se detuvo, no aminoró el paso mientras me hacía avanzar.

—Sí, sí. Supongo que iré a buscar a Kai y le echaré un buen rapapolvo por algo.

Sonreí al oír eso mientras seguía a Dacre, pero en cuanto nos quedamos solos, mi mente se tambaleó. Volver a ver a Eiran había despertado algo en mi interior. No había pensado en él en semanas, no había malgastado ni un solo aliento lamentando la amistad que creía que teníamos antes de que él me demostrara que no era así, pero en ese momento me golpeó de nuevo lo poco que le había importado, lo dispuesto que estaba a entregarme al padre de Dacre.

Que yo no era para él más que lo que ellos querían que fuera.

La mano de Dacre se apretó alrededor de la mía mientras subíamos las escaleras hacia su habitación. No aminoró el paso, no habló, no me soltó, y en el momento en que la puerta se cerró detrás de nosotros, la tensión de su cuerpo desapareció.

Dejó escapar el aire lentamente, como si hubiera estado conteniendo la respiración desde el momento en que había entrado en esa calle. Tenía los hombros rígidos y los músculos tensos bajo la camisa. Casi podía ver el frenesí de emociones bajo su piel, como nubes oscuras acumulándose antes de una tormenta. Podía sentir su magia inquieta a través de nuestro vínculo.

—Estás enfadado —murmuré.

Su mirada se clavó en la mía, y era tan oscura, tan viva…

—Por supuesto que estoy enfadado.

Me acerqué y puse una mano sobre su pecho para sentir cómo subía y bajaba con su respiración bajo mi palma.

—¿Por Eiran?

—Por todo —admitió, con voz ronca y frustrada—. Por él. Por lo que dicen cuando creen que no estás escuchando. Porque por mucho que se lo repita, siguen sin entender que no eres una amenaza para ellos.

Me aferré a la tela de su camisa y sentí su calor debajo de ella.

—Soy una amenaza.

Tensó la mandíbula y un músculo se le contrajo bajo la piel.

—Para ellos no —insistió con los ojos oscuros y llenos de determinación.

Negué lentamente con la cabeza, y unos mechones de pelo se deslizaron sobre mis hombros.

—Soy una amenaza para todos. Incluso para ti. Sobre todo para ti.

Sus manos se posaron en mi cintura.

—Para mí no —murmuró, estrechándome las caderas con una ternura que me hizo estremecer. Sus manos eran tan suaves, tan cuidadosas… Levanté la barbilla y lo miré a la cara.

—Para —le supliqué.

Él frunció el ceño, confundido.

—¿Que pare qué?

—Si de verdad no me temes, deja de tratarme como si fuera a romperme.

Algo brilló en su mirada, una sombra de vacilación, un destello de incertidumbre.

—Verena…

Me acerqué más, hasta que apenas quedó espacio entre nosotros, hasta que pude sentir el calor de su cuerpo contra el mío, sentir su corazón latiendo con fuerza en su pecho.

—Todo el mundo me trata de forma diferente —murmuré—. Como si estuviera hecha pedazos. —Se me hizo un nudo en la garganta—. No quiero eso de ti.

Sus dedos se tensaron contra mí.

—Has pasado por un infierno.

—Y ahora estoy aquí contigo.

Sus manos temblaron y yo di un pequeño paso atrás para que hubiera un poco de espacio entre nosotros.

—Sé lo que hice. —Aparté la vista de él; apenas podía soportar mirarlo a los ojos mientras lo decía. Mi mente iba a mil por hora, las emociones en conflicto me inundaban. Quería que me abrazara, que dejara de ser tan cauteloso conmigo, pero también quería que nunca volviera a tocarme, que nunca volviera a arriesgarse a sufrir lo que yo era capaz de hacer—. Me doy miedo a mí misma. —Otro paso atrás—. Me da miedo tocarte.

Contuvo el aliento, una inspiración brusca que me heló la sangre, y luego se movió tan rápido que no tuve tiempo de detenerlo. No tuve tiempo de pensar.

Extendió la mano, me agarró de la nuca y tiró de mí hasta reducir el espacio entre nosotros. Entonces sus labios se estrellaron contra los míos sin vacilar, sin precaución. Su otra mano se deslizó por mi espalda, rodeando mis hombros, y me pegó a él, como si pudiera borrar la distancia que siempre había existido entre nosotros.

Me derretí contra él, estrechándome contra su cuerpo, jadeando cuando su lengua recorrió la mía. Él se tragó el sonido y ladeó la cabeza para profundizar

en el beso; sus dedos se enredaron en mi cabello y tiraron lo suficiente como para dejarme sin aliento.

Sentía por todas partes su cuerpo, su calor, su presencia inquebrantable que me mantenía firme incluso aunque al mismo tiempo me estuviera desmoronando.

Pero entonces sus manos se movieron, recorrieron mi espalda, me sujetaron de la cintura y me guiaron hacia la cama. Él no dejó de besarme.

Podía notar el calor de su pecho en el mío y la dureza de su excitación contra mi estómago, y gemí cuando sus dientes me rozaron el cuello. Todo mi cuerpo estaba en llamas y hasta el último de mis nervios se había encendido por el deseo. Sus manos estaban por todas partes, moviéndose sobre mi piel como si intentara memorizar mis formas, encendiendo chispas de placer que recorrían mi cuerpo.

Su contacto me quemaba la piel; sus dientes me provocaban un profundo dolor en la parte baja del vientre.

Me aferré a él, perdida en las emociones y sensaciones que me invadían. Sus caricias eran tan intensas que amenazaban con consumirme.

Solo existíamos él y yo, y no importaba nada ni nadie más fuera de aquellas puertas.

Dacre me levantó sin esfuerzo y yo le rodeé la cintura con las piernas cuando me empujó contra la pared.

Él me miró a los ojos, y el deseo que veía en ellos igualaba al fuego que recorría mis venas. Me arqueé hacia él, ansiando más de lo que me estaba dando, más de esa sensación que me aseguraba que estaba allí con él, que ya no estaba sola y desesperada por escapar.

Los labios de Dacre me recorrieron el cuello, rozándome la piel con los dientes mientras descendía. Un gemido escapó de mis labios cuando sus manos se deslizaron bajo mi camisa y el calor que emanaban encendió un fuego salvaje dentro de mí. Gruñó contra mi piel mientras sus manos me amasaban y me agarraban.

Estreché mis piernas alrededor de él para tener mis caderas más cerca de las suyas, y sus caricias se volvieron aún más frenéticas.

—Me vuelves loco —murmuró, con una voz grave y ronca que me hizo estremecerme. Una de sus manos se deslizó bajo mi trasero, agarrándolo con firmeza mientras me levantaba más contra la superficie fría y dura de la pared. Bajó la cabeza y sentí el calor de su aliento contra mi piel mientras sus labios

trazaban un camino lánguido y reverente sobre mi vientre. Continuó hacia arriba y sus labios rozaron suavemente mis costillas marcadas por cicatrices hasta que se detuvo con una devoción dócil, sagrada.

Estaba completamente consumida, envuelta en una neblina que me dejaba indefensa ante él.

Sus caricias eran exasperantemente suaves pero embriagadoramente intensas, y enviaban oleadas de placer por todo mi cuerpo. Me subió la camisa y sus ojos se clavaron en los míos, llenos de deseo, y luego, lentamente, me pasó la lengua por un pezón, casi como burlándose.

Inspiré bruscamente, con la respiración atascada en la garganta, y antes de que pudiera espirar, ya se había metido mi pezón en su boca.

—Oh, dioses —susurré, con tono suave y suplicante, apoyando la cabeza contra la pared. Mis dedos se enredaron instintivamente en su cabello, y hundí en él mis dedos como si quisiera anclarme mientras él pasaba los dientes por mi sensible piel.

Me recorrió el vientre con los labios y alcanzó la cinturilla de mis pantalones con una de sus manos; sus dedos, hábiles pero temblorosos, desataron los cordones con facilidad, y me soltó para dejarme en el suelo. Lentamente, me bajó los pantalones y la ropa interior, y me quedé desnuda ante él. Tenía la camisa levantada y los hombros pegados contra la pared, y mis pechos se agitaban con cada aliento.

Me quedé allí aturdida, perdida en la forma en que me miraba, hasta que cayó de rodillas ante mí.

Sus manos rodearon la parte posterior de mis pantorrillas y, lenta y tortuosamente, las deslizó hacia arriba hasta llegar a mis rodillas.

—Todo el reino se arrodillará ante ti, Verena. —Se echó hacia delante y me dio un beso justo debajo del ombligo antes de levantar la cabeza de nuevo—. Pero, por favor, déjame ser el primero. —Otro beso, esa vez en mi cadera derecha—. Déjame mostrarte cómo debes ser adorada. —El siguiente beso fue en mi otra cadera, y arqueé la espalda, desesperada por más—. Déjame demostrarte dónde pasaré felizmente el resto de mis días si me lo permites.

Contuve el aliento al sentir su calor; seguía arrodillado ante mí, con las manos en mis corvas y su aliento cálido contra mi piel. Me dio otro beso, justo en el pubis, y yo jadeé y le tiré del pelo hasta que gimió.

—Dime, Verena. —Deslizó la lengua por el interior de mi muslo y acercó la nariz a mi sexo—. Dime lo que quieres.

—Te deseo. —Mi voz era entrecortada, pero segura—. Siempre te he deseado.

Sus ojos estaban oscurecidos por el deseo cuando se encontraron con los míos, y no dudó en bajar la cabeza y pasar la lengua entre mis piernas. Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando el placer me inundó, y le clavé las uñas en el cuero cabelludo.

—Dacre —gemí su nombre mientras él movía la lengua contra mí. Me levantó una pierna y la puso sobre su hombro, abriéndome ante él, y apenas tuve tiempo de adaptarme antes de que me chupara el clítoris—. ¡Joder! —exclamé, y las piernas amenazaron con dejar de sostener mi peso.

Me rodeó con sus manos, me agarró el trasero y me llevó hacia delante, hasta que no quedó ni el más mínimo espacio entre sus labios y mi centro.

Me inundó una oleada de placer que me hizo gemir y retorcerme contra la pared. Me aferré a él en busca de apoyo, tirándole del pelo mientras él me consumía con su boca.

Estaba perdida en la forma en que me tocaba, y le rogué que siguiera, aunque pensaba que no iba a aguantar ni un momento más.

—Por favor —le supliqué sin aliento, desesperada—. Por favor, deja que me libere.

Volvió a chuparme el clítoris, esa vez con más fuerza, y yo cerré los ojos; mi magia vagaba bajo mi piel, tan desesperada por él como yo. Me sentía imprudente, incontrolable, y de pronto quise parar.

—Dacre, espera. —Le tiré del pelo, pero no me escuchaba—. Dacre, mi magia. —Alzó la cabeza, y su expresión era tan oscura y tan fuera de control como yo me sentía—. Te desea. —Negué, tratando de explicar algo que yo misma no entendía—. Tengo miedo de volver a drenarte.

Tragó saliva y la nuez se movió en su garganta; mi excitación le humedecía los labios.

—Toma de mí todo lo que quieras, amor. —Una de sus manos se deslizó alrededor de mis caderas hasta presionar mi bajo vientre—. Tómame hasta que ya no me quede nada que dar. Soy leal a ti, y todo lo que tengo es tuyo. —Me empujó hasta que mi trasero chocó contra la pared y no tuve espacio para escapar—. ¿Me oyes, Verena? —Me miraba con tanta atención, con tanta intensidad…—. El deseo que siento por ti me asfixia, y no hay lugar en mi interior para el miedo. Tómame, tócame. Alimenta tu cuerpo con lo que anhela. Renunciaría hasta la última parte de mí para dártela. —Moví la cabeza

para apartar la vista de él, para apartarme de sus palabras—. Mírame —me ordenó, y no pude negarme—. Soy tuyo y tú eres mía. No hay nada más allá de eso. No hay miedo entre nosotros dos.

—Pero…

Me interrumpió echándose hacia delante y mordisqueándome el pubis. Volvió a poner los labios sobre la cara interna de mis muslos, esa vez más despacio, con más reverencia. Su aliento era cálido y sus manos, firmes pero suaves, me mantenían anclada cuando sentía que me desmoronaba por dentro y me agarraron por las caderas, mientras sus labios trazaban un lento y agonizante recorrido por mi piel.

Mi magia se enroscó dentro de mí, inquieta, ansiosa, deseosa. Pero yo estaba aterrorizada.

Ya lo había drenado antes, lo había agotado sin control, sin el consentimiento de ninguno de los dos. ¿Y si volvía a pasar? ¿Y si me perdía en el momento, en él, y cuando recuperara el sentido lo encontraba debilitado debajo de mí? ¿Y si no podía detenerlo?

—Dacre —susurré, con el pecho subiendo y bajando con respiraciones superficiales—. No confío en mí misma.

Su mirada se clavó en la mía, oscura y salvaje, con los labios aún brillantes por mi humedad.

—Entonces confía en mí. —Sus manos se deslizaron hacia arriba y me estrecharon la cintura, y sus dedos se clavaron en mi cuerpo como para recordarme que él estaba allí, que era inquebrantable—. Nunca te he temido, Verena. Y nunca lo haré. —Su voz era áspera, firme, un voto tallado en piedra —. Eres mía. —Su presa en mi cintura se hizo más fuerte—. Y no te dejaré que pases ni un segundo más pensando que eres otra cosa.

Contuve el aliento y se me nubló la vista un instante. Temblaba mientras sus manos acariciaban mis muslos, recorriendo mi piel como una plegaria. Me miraba como si fuera algo sagrado, algo santo, y eso me hacía sentir un dolor tan intenso que me llegaba al alma.

—Te necesito —susurré; las palabras salieron de mis labios antes de que pudiera detenerlas—. Te necesito, Dacre.

Tensó la mandíbula y algo salvaje brilló en sus ojos.

—Entonces tómame —murmuró—. Toma lo que necesites.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, un temblor de miedo y deseo que se enroscó en mi pecho. Sin decir nada más, me acerqué a él y lo pegué a mí, y él

no dudó. Se sumergió de nuevo en mi carne como un hombre hambriento, y yo jadeé cuando me llevó fácilmente al límite.

Sus manos estaban por todas partes, el placer me invadió y apenas pude mantenerme erguida cuando deslizó un dedo dentro de mí. Lo curvó lentamente antes de sacarlo y volver a meterlo.

—Dacre.

—¿Te gusta, Verena? —Volvió a meterme el dedo antes de añadir otro—. ¿Te gusta sentirme dentro de ti? —Asentí; el placer recorría mi cuerpo y me impedía articular palabra—. Estás la hostia de mojada —gruñó, y me penetró con los dedos con más fuerza—. Quiero sentir cómo te liberas en mi boca y una vez más cuando te penetre. Quiero sentirte, recordarte quién eres, a quién perteneces.

Las palabras de Dacre fueron como leña al fuego que ardía dentro de mí y avivaron la desesperación que me recorría. Eché las caderas hacia él, que me dilataba con los dedos y me lamía el clítoris.

—Por favor —jadeé, incapaz de contenerme más—. Por favor, Dacre.

—Córrete para mí, Verena —murmuró, y pegó su boca más a mí y movió la mano más rápido.

No pude detenerlo, no pude controlar el placer ni mi magia mientras recorrían mi cuerpo. Caí por el precipicio, gritando, y me aferré a Dacre con su nombre repitiéndose una y otra vez en mis labios.

—Eso es —canturreó contra mí. La vibración de su voz envió una sacudida de placer y dolor a través de mi cuerpo. Me abrazó con fuerza mientras yo temblaba contra él, con las oleadas de placer aún recorriendo mi cuerpo. Me dio un suave beso en el muslo y me acarició la piel mientras me bajaba lentamente la pierna—. ¿Estás bien? —me preguntó suavemente, deslizando las manos por mis piernas.

Asentí mientras volvía lentamente en mí, y abrí los ojos.

La magia negra llenaba la habitación, nos rodeaba, y yo sabía que era mía. Esa magia, ese caos, me pertenecía.

—Dacre. —Me tembló la voz cuando escudriñé su rostro para ver si le había hecho daño.

—Eres increíble —gimió; me dio otro beso en el vientre y se puso en pie—. Te he echado de menos desde el día en que te arrancaron de mi lado. Les he rogado a los dioses que me dieran fuerzas para recuperarte.

Me alejé lentamente de la pared, con el cuerpo aún temblando por la

intensidad del orgasmo. Dacre se acercó rápidamente a mí para sostenerme, y yo jadeé cuando sus manos se movieron sobre mí, devotas y seguras.

—Te he deseado a cada momento, y ahora que estás aquí, no puedo dejarte marchar de nuevo. —Se echó hacia delante y me besó las clavículas, el cuello, y ascendió por mi piel hasta que sentí su cálido aliento en mi oreja.

—Fuiste tú —musité—. Fuiste lo único que me mantuvo con vida, lo único a lo que me aferré desesperadamente a través de nuestro vínculo, aunque no sabía si lo estaba imaginando. Solo te tenía a ti, y era lo único que necesitaba.

Su boca se detuvo contra mi piel.

—No podré ser delicado una vez que esté dentro de ti —dijo con voz ronca —. Me haces sentirme débil, estoy completamente destrozado y ahora mismo no puedo tener cuidado contigo.

—Pues no lo tengas. —Clavé los dedos en su espalda y la arañé la piel.

Un gruñido grave retumbó en su pecho y su boca volvió a posarse sobre la mía, feroz y exigente, y sentí que me rendía, sentí que mis últimas defensas se derrumbaban. Eso no era tener cuidado: eso era desesperación, era necesidad, cruda y devoradora.

A él no le importaba que mi poder nos rodease, oscuro y fuera de mi control, y, de repente, a mí también me dio igual.

Las manos de Dacre estaban por todas partes, presionándome, guiándome, adorándome de una manera que nunca había sabido que necesitaba. Y, dioses, lo necesitaba. Necesitaba eso. Lo necesitaba a él. Me arqueé hacia él, y él soltó un suspiro ronco y sus dedos temblaron contra mi piel cuando susurró mi nombre como una maldición, como una súplica.

Necesitaba sentirlo dentro de mí, llenándome. Lo necesitaba más de lo que había necesitado nada en mi vida.

Con un profundo gemido, Dacre me levantó, me llevó a la cama y me tumbó sobre las sábanas arrugadas. Se quitó la ropa y yo me deshice de la camisa.

La respiración de Dacre era entrecortada cuando se cernió sobre mí y su mirada me recorrió la piel desnuda como un hombre que ve la luz del sol después de años en la oscuridad. Sus manos vagaron por mis costillas, subieron por mis costados, pasando por cada hendidura, cada cicatriz, como si me memorizara de nuevo.

Le temblaban los dedos, pero no era porque vacilara, sino porque se estaba conteniendo.

—No tienes ni idea de lo que me haces —dijo con voz ronca, rozando mis

mejillas con los labios, con la voz cargada de algo primitivo.

Me arqueé contra él, el calor entre nosotros era insoportable.

—Tú me haces lo mismo.

Con un profundo gruñido, aplastó su boca contra la mía, con un beso desesperado e implacable. Sus manos se movieron con una urgencia renovada, amasando mi piel, reclamándome de una manera que hizo que el fuego recorriera mis venas.

Su nombre fue un suspiro en mis labios, una súplica y una orden al mismo tiempo. Él respondió sin palabras, su cuerpo se echó sobre el mío y me estrechó con más fuerza entre sus brazos como si temiera que pudiera desaparecer debajo de él. Pero yo no iba a irme a ninguna parte.

Ya me había perdido una vez. Me habían destrozado, me habían hecho pedazos, pero Dacre me recomponía con cada promesa susurrada, con cada caricia desesperada, con cada momento en el que se negaba a rendirse conmigo.

Necesitaba lo que estaba ocurriendo, lo necesitaba a él, para recordarme que todavía estaba aquí. Que todavía era yo.

—Dacre —susurré, apoyando mi frente en la suya. Temblábamos, fuera de control—. Te quiero.

Mis palabras fueron un salvavidas que me ancló a un mundo que había pasado toda mi existencia tratando de destrozarme.

Sus ojos se encontraron con los míos, oscuros, perdidos.

—Y yo te amo a ti.

Y entonces sentí cómo empujaba dentro de mí, lentamente al principio, estirándome hasta llenarme por completo. La habitación se inundó con nuestras respiraciones entrecortadas, con el sonido de nuestros cuerpos moviéndose al compás. El mundo que nos rodeaba desapareció. Solo existía él. Solo existíamos nosotros. La rebelión, la guerra, la profecía, todo se desvaneció en ese momento. Ahí, en sus brazos, yo no era un arma. No era un peón en una guerra de reyes y traidores: era suya. Y él era mío. Se echó hacia atrás para arrodillarse entre mis muslos y me levantó las caderas, penetrándome una y otra vez.

—Eres preciosa —murmuró; una de sus manos encontró mi clítoris y dibujó pequeños círculos sobre mi sensible carne, y yo contemplé cómo, poco a poco, perdía el control y comenzaba a moverse más rápido dentro de mí—. Tan perfecta…

Me levantó una pierna y la empujó contra mi vientre; me besó la rodilla y me penetró más profundamente. Me aferré a él, clavándole las uñas en la piel mientras intentaba acercarlo más a mí. Su nombre era un mantra en mis labios, la única palabra que podía pronunciar mientras el placer me nublaba la mente. Me hizo dar la vuelta hasta que quedé tumbada boca abajo; cuando salió de mí solté un suave gemido, y él me acarició el trasero.

—Levanta las caderas, amor —me ordenó con una voz profunda, apenas controlada, y yo me levanté obedientemente sobre mis temblorosas rodillas, manteniendo la cabeza y el pecho sobre la suave cama, sintiendo las frescas sábanas contra mi cara.

Arqueé la espalda, y me eché hacia él, que recorrió con sus labios mi columna vertebral. Sus dedos trazaron dibujos en mi piel y todas mis terminaciones nerviosas despertaron. Y entonces sus caricias se volvieron más urgentes, más desesperadas.

Me agarró por las caderas y me pegó a él mientras volvía a penetrarme. Grité, deleitándome con la sensación de estar completamente llena por él.

Marcó un ritmo agotador; sus caderas chocaban contra las mías con una fuerza tal que hacía temblar la cama bajo nosotros. Cada movimiento me provocaba oleadas de placer que iban aumentando hasta que sentí que iba a explotar. Pero él no se detuvo.

Sus manos se deslizaron bajo mi pecho y me levantó hasta que quedé sentada sobre él, y volvió a mover las caderas una vez más.

Nuestros cuerpos estaban resbaladizos por el sudor. Su tacto era suficiente para hacerme enloquecer, mi cuerpo se tensaba a medida que el placer crecía dentro de mí. Era implacable; sus dedos volvieron a mi sexo y me acariciaron incansablemente; sabía que su boca estaba dejándome marcas en el cuello.

El placer era casi insoportable y no podía contener los gemidos que se escapaban de mis labios mientras Dacre me empujaba cada vez más cerca del límite.

Podía sentir que él también se estaba acercando, sus movimientos se volvían más frenéticos mientras perseguía su propio clímax.

—Eres mía —gruñó contra mi cuello; bajó la mano y me dio una suave palmada en el pubis—. Esto es mío. —Asentí frenéticamente: todo lo que tenía era suyo y solo suyo—. Dilo, Verena. —Me mordisqueó el cuello y separó los dedos para poner la mano en el lugar donde se deslizaba dentro y fuera de mí—. Quiero que lo digas.

—Soy tuya —jadeé—. Siempre seré tuya.

Me penetró con más fuerza y ya no pude controlarme. Caí al abismo, gritando su nombre y estrechándolo en mi interior.

—Joder —siseó contra mi piel, empujando cada vez más fuerte hasta correrse dentro de mí con un rugido.

Me fallaron las piernas y caímos sobre la cama; Dacre tuvo cuidado de no aplastarme con su peso.

Podía sentir mi corazón latiendo con fuerza en mi pecho y oír tan solo el sonido de nuestras respiraciones entrecortadas.

La mano de Dacre estaba en mi espalda, acariciándome suavemente en círculos mientras recuperaba el aliento. Me acurruqué más cerca de él, sintiéndome satisfecha por primera vez en mucho tiempo.

—¿Estás bien? —susurró, dándome un beso en la frente.

Asentí.

—Sí.

Enterré la cara en su hombro, con el pecho subiendo y bajando con mi respiración irregular. Sus brazos me rodearon con más fuerza y sus labios se posaron en mi coronilla.

—Te amo —murmuró, y esas palabras se deslizaron de sus labios como una promesa—. No me importa la profecía. No me importa el reino. —Se apartó lo suficiente como para tomar mi rostro entre sus manos, obligándome a mirarlo a los ojos—. Tú eres lo único que importa.

Solté un suspiro tembloroso, aferrándome a él con todas mis fuerzas, y lo besé de nuevo, con desesperación, para que lo entendiera, para que sintiera lo que yo no podía expresar con palabras.

Había estado tan asustada…, pero él seguía allí, seguía intacto.

Seguía siendo mío.

Y si yo era una tormenta, él era lo único que permanecía inquebrantable a su paso.

Había pasado toda mi vida huyendo: de mi padre, de mi pasado, del poder que vivía dentro de mí, pero se había acabado.

No iba a huir más.

Era suya.

17

DACRE

Verena dormía en mis brazos y sentía su aliento en mi piel, pero yo no podía cerrar los ojos.

El mundo fuera de esa habitación quería destrozarla, y yo no iba a permitirlo.

Dibujé lentamente círculos distraídos en su espalda, con la mente agobiada por el peso de lo que se avecinaba. La rebelión, la guerra, el inevitable derramamiento de sangre que se cernía como una espada sobre nuestras cabezas, su poder. Todo ello me oprimía el pecho.

Pero ahí, en esa cama, con ella abrazada a mí, podía fingir, solo por un momento, que nada de eso importaba. Pero sí que me importaba, siempre iba a importarme.

Verena se movió, acercándose más a mí, y apoyó su rostro en mi pecho como si pudiera sentir la tormenta que se desataba en mi interior. La abracé con más fuerza, aferrándome a ella todo lo que pude.

Era mía, y nadie, ni la rebelión ni el rey, ni siquiera el destino, iba a quitármela.

Ella dejó escapar un suave suspiro y me besó en los labios.

—Piensas demasiado alto —murmuró, con la voz pastosa por el sueño.

Espiré bruscamente y le di un beso en la sien.

—Lo siento. Vuelve a dormirte. —Le acaricié la cara con la punta de los dedos y le aparté un mechón de pelo de la mejilla.

Ella echó la cabeza hacia atrás y abrió los ojos para encontrar los míos.

—Dime qué pasa.

Todo.

La palabra estaba ahí, atascada en mi garganta, pero no me atrevía a decirla. En su lugar, le cogí la mano y entrelacé mis dedos con los suyos.

—Necesito que me prometas algo.

Frunció el ceño.

—Dacre…

—Prométeme —la interrumpí con voz áspera y desesperada— que, pase lo que pase, no me ocultarás nada de ti, aunque te dé miedo.

Abrió los labios, su expresión se suavizó y dudó durante un largo momento.

—No lo haré.

—Júralo —le exigí, apretando su mano con más fuerza—. Jura que, digan lo que digan, piensen lo que piensen, no dejarás que se interponga entre nosotros.

Ella inspiró bruscamente y, por un momento, pensé que iba a discutir. Pero puso la palma de la mano sobre mi pecho, justo encima de mi corazón.

—Lo juro. —Algo dentro de mí se deshizo con sus palabras, pero no fue suficiente; nunca iba a ser suficiente. Pero quería creerla. Necesitaba creerla. Se acercó más y me clavó los dedos en la piel—. Confío en ti, Dacre. —Su voz era poco más que un susurro, pero fue suficiente para destrozarme—. Confío en que no dejarás que me pierda.

Nadie había confiado en mí antes. Así no, de esa forma que parecía sagrada.

Y podía sentirlo a través de nuestro vínculo, podía sentir la verdad que impregnaba sus palabras, podía sentir que respiraba de manera diferente cuando estaba conmigo y con nadie más. Tenía mucho miedo, pero ni siquiera la abrumadora sensación de su preocupación podía sofocar el deseo que sentía por mí, su amor.

—Quiero casarme contigo. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensar lo, antes de que pudiera detenerlas. Pero no me arrepentí. Ni por un breve instante.

Verena contuvo el aliento y su cuerpo se quedó inmóvil contra el mío.

—¿Qué?

Tragué saliva, con el corazón latiéndome con fuerza, y le cogí la mano para besarle los nudillos.

—Te quiero, quiero todo de ti, y no quiero que la política o la guerra dicten lo que somos el uno para el otro. Quiero elegir esto, elegirte a ti. —Sus ojos buscaron los míos, abiertos y sin defensas, como si intentara descifrar si lo decía en serio—. Te quiero como mi esposa —murmuré con voz ronca—. Y no es porque se espera eso de mí, ni por la rebelión, sino porque te amo. Porque estábamos unidos antes incluso de que ninguno de los dos entendiera lo que eso significaba. Estamos unidos por el destino.

Suspiró y se incorporó, sujetando la sábana contra su pecho.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo?

Deslicé mi mano por su brazo, sintiendo el calor de su piel bajo mis dedos.

—Sí.

—Dacre… —Se mordió el labio y frunció el ceño—. El matrimonio no es solo una ceremonia. Es…

—Sagrado —terminé por ella—. Y te elijo a ti. Por encima de todo.

Se le anegaron los ojos en lágrimas y por un momento pensé que iba a rechazarme. Una parte de mí incluso pensó que tal vez debía hacerlo. La idea era una locura, era imprudente, pero parecía lo único que cualquiera de los dos podía controlar.

Nuestro destino nos había privado de poder elegir en casi todos los aspectos de nuestras vidas, pero en ese no.

—Sí.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y la abracé con más fuerza.

—Repítelo.

—Sí —repitió, esa vez con voz más firme—. Me casaré contigo.

Durante un largo momento, solo pude mirarla fijamente, con el pulso rugiéndome en los oídos y mi magia agitándose bajo mi piel, como si ella también hubiera estado esperando este momento.

Y entonces, de repente, afloró un recuerdo que no había pasado por mi mente desde hacía años.

La voz de mi madre, suave y segura, susurrando en la oscuridad.

«Un voto verdadero no son solo palabras, mi amor. Es una atadura, un vínculo tan antiguo como la tierra misma. Pronunciarlo con el alma es estar atado, no por las leyes o por los hombres, sino por los propios dioses. Ese es el poder del amor, que no se inclina ante los reyes».

Ella me lo había contado una noche en que mi padre había regresado de una incursión, manchado de sangre y agotado, demasiado endurecido por la guerra como para recordar la dulzura en los ojos de mi madre.

«Es lo único que se da libremente, y cuando se da, Dacre, es lo más inquebrantable del mundo».

Mi madre había amado a mi padre, incluso cuando era difícil amarlo, incluso cuando Wren y yo nos preguntábamos si nuestro padre merecía lo que ella estaba dispuesta a darle. Ella amaba a mi padre y le había dado su amor de buena gana.

Tragué saliva con dificultad, sintiendo un nudo en el pecho al darme cuenta de repente de algo doloroso: esos votos, ese amor, eran lo único en mi vida

que podía dar libremente. Y le pertenecían a ella.

Suspiré y la pegué a mí; mis labios encontraron los suyos en un beso que sentí como un voto en sí mismo, como una promesa.

Ella enterró sus manos en mi cabello, estrechándome contra su cuerpo, y, dioses, quería perderme en ella de nuevo.

Me aparté lo justo para encontrar su mirada.

—Necesitaremos testigos.

—Wren y Kai —respondió ella al instante.

Las dos personas en las que confiaba, a las que amaba. Mi familia. Nuestra familia.

Posé mi frente sobre la suya y dejé que mi magia vibrara a través de nuestro vínculo hasta que ella fue lo único que pude sentir, hasta que supe que ella podía sentirme.

—Deberíamos hacerlo antes de que cambies de opinión.

Sus labios se crisparon y sentí su nariz rozar la mía.

—No voy a cambiar de opinión.

Yo tampoco.

Pero aun así me levanté de la cama y tiré de Verena para que se pusiera de pie. Ella se rio con suavidad cuando le lancé la ropa y me puse los pantalones a toda prisa.

—Vístete. —Me reí mientras me pasaba la camisa por la cabeza y me ataba las correas de mi chaqueta de cuero.

Ella obedeció y los dos salimos a hurtadillas de mi habitación.

Avanzamos sigilosamente por el pasillo, con el peso de lo que estábamos a punto de hacer entre nosotros como un secreto que debíamos guardar. Los dedos de Verena se cerraron alrededor de los míos, con fuerza, y su calor me tranquilizó de una forma que no sabía que necesitaba. Nunca había estado tan seguro de nada en mi vida.

Nos detuvimos frente a la puerta de Wren y llamé con fuerza.

—¡Un momento! —exclamó con voz apresurada y ligeramente aterrada. Cuando abrió la puerta, apenas la entreabrió lo suficiente para que no pudiéramos ver el interior—. ¿Va todo bien?

—Sí —asentí; Verena me apretaba la mano con fuerza—. Pero te necesitamos. ¿Puedes darte prisa y vestirte?

—Sí, claro. —Sacudió la cabeza como si intentara despejarse del sueño—. Solo necesito un minuto.

—Vamos a buscar a Kai.

—Esperad. —Lo dijo tan rápido que levanté la mirada para encontrarme con la suya—. Yo iré a buscarlo. Se recuperó rápidamente—. Os veré abajo.

Verena y yo nos dirigimos al pasillo cuando Wren cerró la puerta. Verena se echó a reír.

—¿Qué? —pregunté. Mi corazón latía con fuerza; lo había estado haciendo desde que ella había abierto los ojos esa mañana.

—Te das cuenta de que Kai está en la habitación de tu hermana ahora mismo, ¿verdad? —Miró por encima de su hombro y yo me detuve para hacer lo mismo.

—¿Qué? —volví a preguntar, pero Verena me sonrió con picardía y me empujó para que siguiera hasta el final del pasillo.

—Déjalo estar —murmuró cuando llegamos al primer escalón—. Pude sentir sus ganas de arrancarse la ropa el uno al otro la primera vez que los vi juntos.

—¿Qué? —Miré hacia atrás, a la puerta cerrada de mi hermana, e intenté imaginar lo que Verena decía sobre mi hermana y mi mejor amigo—. Es mi hermana.

—¿Y qué? —Me empujó un par de escalones más abajo—. Tú eres su hermano.

Llegamos al final de las escaleras y nos dirigimos hacia la puerta que daba al exterior. Abrí y miré hacia arriba una vez más, pero Verena me pegó a ella cuando el aire fresco me golpeó la cara.

—Déjalos en paz —me susurró al oído—. Están a punto de presenciar nuestra boda y ni siquiera lo saben.

—Vale, vale. —Asentí y la rodeé con mis brazos.

Nos quedamos así, abrazados, hasta que Kai y mi hermana finalmente salieron por la puerta. Los miré a ambos con recelo, pero Verena me dio una rápida palmada en el pecho.

Wren y Kai tenían un aspecto desaliñado y los ojos legañosos, pero Wren nos sonrió cuando se unieron a nosotros.

—¿Qué pasa?

—Necesitamos testigos —dijo Verena, con una voz más firme de lo que esperaba—. ¿Os prestáis?

—¿Testigos? —Los ojos de Kai se encontraron con los míos—. ¿Para qué, exactamente?

Tragué saliva con dificultad, sin apartar la mirada de mi mejor amigo.

—Para nuestros votos.

Algo pasó por su rostro; sorpresa y luego comprensión. Dio un paso adelante, más erguido.

—Será un honor.

Sentí un nudo en el pecho y asentí, incapaz de pronunciar palabra.

Wren nos miró, frunciendo el ceño como si intentara descifrar algo que Verena y yo no habíamos dicho. Luego suspiró y aplaudió.

—Muy bien —dijo con voz más alegre, aunque algo indescifrable permanecía en su expresión—. ¿Dónde lo haremos?

—Conozco el lugar perfecto —murmuré, mirando hacia el camino cavernoso más allá del campo de entrenamiento—. No está muy lejos de aquí.

Verena estrechó mis dedos con fuerza y yo le rocé los nudillos con el pulgar.

Me volví hacia Kai.

—¿Aún recuerdas los túneles que conducen a las ruinas?

Él enarcó las cejas.

—¿Quieres hacerlo allí?

—Sí.

Wren frunció el ceño.

—¿Qué ruinas?

Kai cambió de postura, intercambiando una mirada conmigo antes de volverse hacia ella.

—Los antiguos templos de los primeros reyes. —El reconocimiento se reflejó en su rostro, seguido de algo más intenso—. Ahí estaremos solos —continué, bajando la voz—. Nadie va allí. Solo estaremos tú y yo —le susurré a Verena.

—Y nosotros —intervino Wren, y mi pecho se hinchó cuando Verena se echó a reír.

—Sí —admití, señalando con la cabeza a mi hermana—. Y ellos.

La sonrisa de Verena le iluminó los ojos, y pensé que podría contemplarla así durante el resto de mi vida.

—De acuerdo —musitó—. Entonces, guíanos a las ruinas.

Echamos a andar rápidamente por las calles. La ciudad aún estaba tranquila, la mayor parte de la rebelión aún dormía. Nadie nos vio mientras pasábamos por los barracones de los guerreros, atravesábamos la sala de entrenamiento y nos dirigíamos hacia los túneles que iban a llevarnos más profundamente bajo

tierra.

Verena se acurrucó a mi lado, con una sonrisa aún dibujada en los labios, y yo no podía dejar de mirarla. Iba a ser mi esposa.

Doblamos una esquina y apenas pude frenar a tiempo antes de chocar contra alguien que estaba en el pasillo.

Mi abuela. Elis.

Se quedó ante nosotros, con sus ojos plateados brillando en la penumbra, mientras nos miraba a los cuatro. Era como si nos hubiera estado esperando, como si lo supiera.

Verena se movió incómoda a mi lado y yo la abracé con más fuerza, negándome a soltarla. La mirada de mi abuela se posó en nuestras manos entrelazadas antes de dirigirse a Wren y Kai, que estaban detrás de nosotros.

—¿Sabéis el peso de lo que estáis a punto de hacer? —preguntó entonces.

La pregunta se posó sobre nosotros como una espesa niebla, calando mi piel, mis huesos. Tragué saliva.

—¿Cómo…?

—Sí. —La respuesta de Verena llegó al mismo tiempo que la mía, y mi abuela no respondió. Solo la miraba a ella.

Algo relampagueó en la expresión de Elis. No era vacilación ni desaprobación, era algo más silencioso, algo sabio.

Espiró por la nariz de forma lenta y mesurada.

—Entonces necesitarás a alguien que guíe el vínculo.

Verena frunció el ceño.

—¿Que guíe el vínculo?

Mi abuela asintió, dio un paso adelante y su falda rozó contra el suelo de piedra.

—Yo estaba vinculada a mi alma gemela mucho antes de que comenzara esta guerra. Sé lo que hay que hacer.

Se subió la manga, revelando el leve rastro de una vieja marca, una marca circular de color oro descolorido en el interior de su muñeca, la tinta desvanecida hacía tiempo, pero aún visible.

Verena inspiró bruscamente y se sujetó la muñeca con la mano libre, como si ya pudiera sentir cómo se formaba.

Nunca había visto una marca como esa, ni siquiera la de mi abuela, pero las almas gemelas eran poco comunes.

—Eres la heredera tanto de Marmoris como de Veyrith. Esto es más que un

simple voto. —Miró a Verena a los ojos y su expresión se suavizó, solo un poco—. Es un vínculo espiritual, y no se ha hecho en generaciones.

Se me aceleró el pulso, y le sostuve la mirada a Verena.

—Aun así, queremos hacerlo —dije con firmeza.

Verena tragó saliva.

—Sí.

Mi abuela asintió lentamente y se dio media vuelta, señalando hacia los túneles.

—Entonces, debemos irnos. El templo nos espera.

Los túneles serpenteaban bajo la ciudad, adentrándose en la roca, en espiral hacia la oscuridad. Cuanto más avanzábamos, más fresco se volvía el aire y más intenso era el olor a tierra húmeda. Debía de haber sido sofocante, con el peso de la piedra a nuestro alrededor, pero no era así. Me parecía abierto, vasto, como si algo estuviera esperándonos.

La antorcha titilante en la mano de Kai apenas atravesaba las densas sombras, pero era suficiente para revelar cómo se ampliaba el túnel. Escuchamos el leve susurro del agua corriendo en la distancia. Verena se acercó a mí y me agarró la mano. Ella también lo sintió: magia.

No era la mía ni la suya, era algo antiguo, algo entretejido en las mismas paredes que nos rodeaban. Algo que nunca había sentido antes, cuando Kai y yo íbamos ahí de niños.

El túnel daba paso a una caverna; el aire era fresco contra mi piel, el silencio era absoluto, y, cuando pasamos el último tramo de piedra, las ruinas aparecieron ante nuestros ojos.

Un gran templo se alzaba en el centro de la caverna, acunado por el río subterráneo, con los restos de sus tres altísimas agujas alcanzando el techo irregular que se alzaba sobre él, estirándose hacia la luz que apenas llegaba a esa profundidad bajo la ciudad.

La piedra estaba desgastada, agrietada por el paso del tiempo, pero incluso en su decadencia era hermosa. Las tallas a lo largo de los pilares aún eran algo visibles: intrincadas líneas de texto e imágenes que las envolvían como enredaderas, susurrando el pasado.

Verena contuvo el aliento a mi lado y me volví hacia ella, observando cómo su mirada recorría el templo, con una expresión de asombro. Ella conocía ese lugar, o al menos, una parte de ella lo conocía.

Mi abuela dio un paso adelante, con las manos envueltas en la tela de su falda

para levantarla mientras andaba.

—Ese sitio fue en su día un lugar de culto —dijo ella, y su voz retumbó en la cueva—. Antes de Marmoris, antes de la rebelión, antes del mundo que conocemos ahora, este templo se construyó con un propósito.

Verena inspiró bruscamente y sentí un ligero temblor en su mano. Wren se movió a su lado, echando la cabeza hacia atrás para mirar a su alrededor.

—Nunca había oído hablar de este lugar.

—Este lugar lleva mucho tiempo olvidado —murmuró mi abuela.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Wren, tú has estado aquí antes.

Su mirada se posó en mí.

—¿Qué?

—Nuestra madre solía traernos aquí —dije con voz baja y cargada de emoción. Los recuerdos volvieron a mi mente, amenazando con abrumarme. Cada vez que mi padre era demasiado duro conmigo, cuando estaba demasiado ocupado entrenándome para ser un guerrero en lugar de tratarme como a su hijo, mi madre nos cogía a Wren y a mí de la mano y nos colábamos en estos túneles. Wren entrecerró los ojos, y prácticamente pude ver cómo buscaba ese recuerdo en su mente—. Tú eras muy pequeña. —Me acerqué un poco más al templo—. Y después de que mamá muriera, Kai y yo solíamos venir aquí cuando nos sentíamos demasiado atrapados en nuestros propios pensamientos.

Kai avanzó un poco y pasó la mano por uno de los pilares de piedra, frunciendo el ceño mientras miraba a mi abuela.

—¿Cómo sabes lo del templo?

La mirada de Elis no vaciló.

—Este templo es de los primeros reyes. Los cinco reinos tenían uno. —Se movió hacia el escalón inferior—. Estos templos eran donde honrábamos la magia, donde honrábamos nuestra tierra.

—Creo que leí algo sobre esto. —Verena miraba contemplaba el templo, asimilándolo como si hubiera visto un fantasma—. Mi madre trajo… —Dudó y tragó saliva—. Encontré un libro en mi habitación sobre Veyrith.

Sus palabras cayeron sobre nosotros, más pesadas que las piedras del techo de la caverna si se nos hubiera caído encima.

Por primera vez desde que habíamos entrado, algo brilló en los ojos de mi abuela. Algo antiguo, algo perdido.

—Ella vino aquí una vez —admitió—. Cuando fue coronada reina, después de que tu padre la arrancara de nuestro hogar. —Verena apretó mis dedos con fuerza, pero no dijo nada. Elis levantó la barbilla y sus ojos plateados recorrieron el templo como si pudiera ver algo que se nos negaba al resto de nosotros—. Y no estaba sola.

Verena contuvo el aliento a mi lado.

—¿Qué?

Mi abuela se volvió hacia ella y algo tácito pasó entre las dos.

—Tu madre —murmuró— no fue la única hija de Veyrith que pisó este templo después de que fuera abandonado.

Un escalofrío me recorrió la espalda cuando descubrí la respuesta antes de que ella hablara.

—Mi madre —dije con voz ronca.

Las palabras se me atoraron en la garganta, como si acabara de desenterrar un secreto de lo más profundo de mis costillas.

El aire dentro de la caverna cambió, y Verena se llevó la mano libre al pecho, con los dedos sobre su corazón, como si pudiera sentirlo, sintiendo la gravedad del momento en sus huesos tanto como yo.

—Estaban aquí juntas —murmuró mi abuela.

Verena se volvió hacia el templo, mirando la piedra desgastada, las agujas agrietadas que se alzaban hacia el techo como si se hubieran congelado en medio de una plegaria. Parecía como si el mundo hubiera dejado de girar. La reina de Marmoris. La esposa del líder de la rebelión.

Dos mujeres, en lados opuestos de la historia, en mundos opuestos, en ese mismo lugar, contemplando ese mismo templo.

—No lo entiendo —susurró Verena, con una voz apenas audible.

—Vuestras madres procedían de Veyrith, igual que yo. —Nos miró, primero a mí y luego a ella—. Y ninguna de ellas olvidó jamás lo que había perdido ni lo que estaba a punto de perder. —Se volvió hacia Verena, y algo triste asomó en las profundidades de sus ojos—. Aquí fue donde vuestras madres se arrodillaron juntas para susurrarles a los dioses que hacía tiempo les habían dado la espalda. Aquí fue donde suplicaron por la paz, donde lloraron por la guerra que no podían detener.

Las uñas de Verena se clavaron en la palma de mi mano. No era solo un templo olvidado. No era solo un lugar de culto.

Y ahora, tantos años después, estábamos donde ellas habían estado,

luchando en una guerra que ellas habían rezado para detener.

El silencio nos envolvió. Sentíamos el peso del pasado en la piedra, bajo nuestros pies, y yo noté que algo cambiaba en el aire, algo despertaba.

La respiración de Verena se volvió superficial y vi cómo se separaban sus labios al estudiar las paredes del templo. Sus dedos se crisparon entre los míos y me hizo avanzar.

Sus pasos eran lentos, deliberados, como si algo invisible la guiara. Levantó una mano y recorrió con los dedos los desgastados grabados del templo mientras subíamos los escalones. La piedra había sido pulida por el paso de los siglos. Los grabados estaban tan desgastados que eran casi ilegibles.

Nos adentramos más y pasé mis dedos por los bordes de una inscripción. En el momento en que la toqué, la magia recorrió mis venas.

—Dacre. —La voz de Verena temblaba. Se detuvo a mi lado y me rodeó el antebrazo con la otra mano para estabilizarse mientras pronunciaba las palabras en voz alta—. «Cuando la sombra se trague el trono dorado y los ríos se sequen donde la magia ha volado…». —La caverna vibró con la magia y se me hizo un nudo en el estómago cuando las palabras se grabaron en mi mente, en mi alma, en mi vínculo con ella—. «… la que fue maldecida se levantará con las manos atadas al destino, un alma ligada a arenas movedizas que conocerá su sino».

Se volvió hacia mí, con los ojos muy abiertos, vidriosos por la comprensión. Ese templo no solo era sagrado. Formaba parte de la profecía y nos había estado esperando. El silencio se apoderó de nosotros, pesado, asfixiante, absoluto. El aire dentro de la caverna era diferente, se había espesado con algo que no podía nombrar. Sentí su magia cambiar, un pulso como una exhalación que onduló a través del espacio entre nosotros. Luego, la mía respondió con un tirón lento y deliberado, una fuerza innegable que nos acercaba. Verena tenía los ojos muy abiertos y el pecho subía y bajaba con respiraciones irregulares.

—Esto nunca fue solo un templo —susurró.

Tragué saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta, con las palabras grabadas en piedra aún ardiendo detrás de mis ojos.

Ella se volvió hacia mi abuela.

—Tú lo sabías.

Elis nos observaba atentamente, con sus ojos plateados calculando, midiendo, decidiendo.

—Conocía la profecía —admitió—. Sabía que este templo había sido olvidado por la guerra y la codicia, pero no sabía cómo iba a responder ante ti.

Tensé la mandíbula, pero no pude negarlo: podía sentir cómo respondía. Era como si las propias paredes del templo nos reconocieran, la reconocieran a ella.

Un escalofrío me recorrió la columna cuando nuestro vínculo se hizo más fuerte; ya no solo era un hilo entre nosotros, sino algo que nos entrelazaba, nos atraía, nos unía.

—Dacre —susurró Verena mi nombre, con un tono a medio camino entre el miedo y la admiración.

Le levanté la mano para llevarla a mis labios y la besé en los nudillos. No sabía qué significaba aquello, y me daba igual si el destino había escrito ese momento mucho antes de que naciéramos. Aquello no era solo una decisión del destino. Era nuestra decisión.

Me volví hacia mi abuela.

—Dinos qué hacer —ordené, forzándome a mantener la voz firme.

El templo respiraba a nuestro alrededor, el silencio se prolongaba, expectante.

Mi abuela levantó la barbilla.

—Poneos delante del altar.

Verena y yo dimos un paso adelante que retumbó contra la piedra desgastada. Cuanto más nos acercábamos, más pesado se volvía el aire.

Kai y Wren ocuparon sus lugares detrás de nosotros, callados pero firmes. Nuestros testigos.

Elis se acercó para ponerse delante de nosotros, con una presencia tan firme como la piedra bajo nuestros pies.

—Esta ceremonia no es de Marmoris ni de Veyrith. Es anterior. —Espiró lentamente—. Es un vínculo más antiguo que los reinos, más antiguo que los reyes. —Verena tragó saliva con dificultad, con los dedos temblorosos entre los míos—. ¿Estáis preparados? —preguntó mi abuela en voz baja.

Verena no dudó.

—Sí —susurró.

Su voz me provocó un escalofrío, y le apreté la mano.

—Sí.

Mi abuela asintió una vez y enderezó los hombros.

—Entonces, arrodillaos. —Me arrodillé sin dudarlo, sintiendo el frío de la

piedra contra mi piel. Verena me imitó sin soltarme la mano—. Los votos que pronunciéis aquí no solo unirán vuestros destinos —continuó mi abuela—, sino que también atarán vuestra magia, vuestras almas. Una vez pronunciados, no podrán deshacerse.

A Verena se le cortó la respiración, pero no apartó la mirada de mí. No tenía miedo de los votos: tenía miedo de sí misma.

Alcé la mano y le acaricié la mejilla.

—Ya estamos unidos —le susurré.

Separó los labios y pude sentir cómo la magia nos envolvía.

Mi abuela se movió y sacó una pequeña daga de los pliegues de su capa. La hoja era vieja, pero estaba bien cuidada, con un filo que mostraba una nitidez letal, y la empuñadura estaba envuelta en cuero desgastado. En el acero había grabado un leve trazo de escritura, casi imperceptible bajo el resplandor del altar.

—Una hoja de Veyrith —murmuró con voz firme—. Forjada en una época anterior a los reyes, anterior a la guerra. —La giró en la palma de su mano, estudiando el filo como si recordara algo olvidado hacía mucho tiempo. Luego miró a Verena a los ojos—. Debes ofrecerte libremente —musitó—. No puedes hacerlo por la profecía ni por el destino, sino porque es lo que has elegido.

Verena contuvo el aliento, con los labios temblorosos, pero lentamente extendió la mano.

—Yo lo elijo —susurró.

Se volvió hacia mí y pude ver la tormenta en sus ojos, las mil emociones que luchaban por salir, pero no hubo vacilación.

Me tendió la hoja y sentí el metal caliente contra mi piel; extendió la mano, con la palma hacia arriba, ofreciéndomela. Se me hizo un nudo en la garganta, pero puse la punta sobre el centro de su palma, lo suficiente como para hacerle sangre. Ella no se inmutó. Le ofrecí luego yo la hoja y ella hizo lo mismo conmigo. Nuestras manos temblaron cuando se juntaron y nuestra sangre se entremezcló cuando se entrelazaron, fusionándose. El aire a nuestro alrededor se estremeció.

—Los votos —indicó mi abuela, y yo tragué saliva con dificultad.

Ya me sabía los votos. Los dos nos los sabíamos.

Y no vacilé.

—«Un reino desgarrado por la sangre».

Verena entreabrió los labios y lo vi, el recuerdo parpadeando detrás de sus ojos. Ya habíamos pronunciado esas palabras antes. En aquella posada. En lo que parecía otra vida. Me la habían arrebatado, pero ella había luchado por mí, los dos lo habíamos hecho. Y el destino nos había llevado hasta ahí.

—«Un mundo convertido en cenizas» —susurró con voz temblorosa.

Dejé que las siguientes palabras salieran de mi boca para anclarnos a algo más profundo que el destino.

—«E incluso entonces con mi alma te venero».

La magia pulsó a través del suelo bajo nuestros pies. Una sacudida. Una promesa. Los labios de Verena temblaron y su mano se apretó contra la mía, sellándonos con sangre.

—«E incluso entonces con mi alma te venero» —repitió ella.

El templo cobró vida con un rugido. Los símbolos desgastados bajo nuestras rodillas brillaron con una luz dorada. Un pulso sordo se filtró a través de las grietas, iluminando las letras talladas en la piedra.

Jadeé cuando la magia surgió y nos envolvió como una cuerda invisible.

Verena se estremeció. Podía sentir su magia entrelazándose con la mía, enrollándose, asentándose, fundiéndonos tan fuertemente que sentí que nunca nos separaríamos.

Mi abuela inspiró bruscamente y oí a Wren maldecir entre dientes.

Porque mientras nuestra sangre se mezclaba, mientras la magia reconocía el voto que acabábamos de pronunciar, algo me quemó la piel.

Contuve el aliento cuando un calor abrasador me recorrió la muñeca. Verena gritó y apretó los dedos que estrechaban los míos. Una marca se estaba grabando en nuestra carne.

—Las almas gemelas son raras —murmuró Elis, casi para sí misma. Sus dedos se posaron justo por encima de la piel de Verena, como si temieran tocar la marca que estaba grabada en su carne. Una marca circular y dorada, la misma que se estaba formando en mi muñeca—. Muchos reclaman el vínculo, pero pocos llevan la marca.

Verena temblaba, respiraba entrecortadamente y tenía los ojos muy abiertos mientras miraba alternativamente mi muñeca y la suya.

—¿Qué significa? —susurró. Pero incluso mientras la pregunta salía de sus labios, pude sentir cómo su amor, su devoción y su desesperación por mí se asentaban en mi interior.

Mi abuela suspiró y retiró su mano temblorosa.

—Significa que esto no se puede deshacer. Ni la fuerza, ni el tiempo ni la guerra, ni siquiera la muerte romperán lo que se ha unido aquí esta noche.

Levantó la vista hacia mí, y algo reverencial caló en mis huesos y se entretejió en demasiado profundo para comprenderlo.

«No se puede deshacer». Esa idea debería haberme asustado, pero, en lugar de eso, me sentí completo.

Verena miraba fijamente su muñeca, con los dedos suspendidos justo por encima de la marca, como si tuviera miedo de tocarla, y su magia parpadeaba en el aire entre nosotros, inquieta, cambiante, como si también ella estuviera luchando por comprender lo que acababa de suceder.

Extendí la mano hacia ella y entrelacé mis dedos con los suyos, sintiendo el calor de la marca que aún se asentaba en nuestra piel. Sus ojos se clavaron en los míos, abiertos y escrutadores.

Levanté nuestras manos unidas y rocé con mis labios su muñeca, con la marca grabada en su piel.

Ella inspiró bruscamente y pude sentir el rápido latido de su pulso, el ligero temblor de sus dedos.

—¿Estás bien? —le susurré.

No respondió de inmediato. Giró mi muñeca entre sus manos y pasó los dedos por el borde de la imagen como si pudiera trazar el peso del destino mismo.

—Eres mío —susurró por fin, y sentí un dolor agudo en mi pecho.

Le levanté la barbilla, obligándola a mirarme, a ver la verdad en mis ojos.

—Y tú eres mía.

Separó los labios y pude sentirlo: el cambio. Algo dentro de nosotros dos había cambiado, se había asentado, como una llave girando en una cerradura que llevaba mucho mucho tiempo esperando abrirse.

18

VERENA

La puerta se cerró detrás de nosotros con una silenciosa firmeza, y nos atrapó en el interior.

Mi corazón seguía latiendo con fuerza. Mi pulso retumbaba contra mi piel, la magia se movía inquieta bajo la superficie, serpenteando por mis venas como humo. Aún podía oír en mi interior las palabras que habíamos pronunciado, llegando a lugares que hasta entonces habían permanecido intactos.

Estábamos casados. Nuestras almas estaban unidas. No había vuelta atrás. Y tampoco quería que la hubiera.

Dacre estaba frente a mí, contemplándome con profunda intensidad. Su respiración era lenta, deliberada; cada aliento era un testimonio de su paciencia. Me estaba esperando.

Tenía las manos apretadas en puños a los costados, con los nudillos blancos.

Se estaba conteniendo.

Tragué saliva con dificultad, con los dedos aún temblando, y me aparté el pelo de mi rostro sonrojado. El aire a nuestro alrededor era denso, la magia que se movía dentro de mí, casi sofocante.

—Me siento distinta —confesé, mirándolo a los ojos.

Él ladeó la cabeza, con la curiosidad brillando en sus ojos mientras se acercaba.

—¿Cómo?

Luché con mis pensamientos, buscando las palabras adecuadas para capturar las emociones que se arremolinaban dentro de mí. Durante mucho tiempo había imaginado ese momento con una claridad inequívoca, había imaginado que, cuando finalmente me casara, cuando perteneciera a otro, calaría en mí como un peso tangible, como un collar alrededor de mi cuello. Pero no me sentía encerrada, sino estable. Anclada a la realidad como nunca antes.

—Más ligera —murmuré—, y más pesada al mismo tiempo.

Los labios de Dacre se crisparon, esbozando una leve sonrisa.

—Te sientes…

—Completa —terminé por él, y solté un tembloroso suspiro.

Sus ojos se oscurecieron y entonces se acercó a mí para rozar con los dedos la nueva marca en mi muñeca antes de rodearla por completo. Sus dedos eran firmes, estables, como si estuviera decidiendo si iba a apartarme o no.

No lo hice. No pensaba hacerlo nunca. Me acerqué a él, pegando mi cuerpo al suyo; mis manos se posaron sobre su pecho y sentí el latido constante de su corazón bajo mis palmas.

Nos habíamos tocado antes. Nos habíamos quemado el uno por el otro antes. Pero eso era diferente. No había incertidumbre. No había desesperación impulsada por el miedo ni un intento frenético por aferrarse a algo antes de que se escapara.

Ya no estaba huyendo. Había terminado de correr. Levanté la barbilla y entreabrí los labios.

—Bésame.

Dacre no dudó.

Su boca se encontró con la mía con una lentitud que me hizo estremecer. No era como antes, no era salvaje ni frenético; era algo más profundo, más intencionado.

Me acarició los brazos, llegó a mis hombros y me tomó el rostro entre las manos. Sus dedos temblaban ligeramente, lo suficiente para que yo lo notara. Estaba nervioso, y no se trataba de que no quisiera esto, sino de que significaba algo. Y por los dioses que lo significaba.

Dejé escapar un suave suspiro contra sus labios y él también, como si hubiera estado conteniendo la respiración. Enredé mis dedos en su cabello para pegarlo a mí, y cuando él profundizó el beso, casi me fallaron las piernas.

Dacre gimió suavemente y deslizó una de sus manos hasta la parte baja de mi espalda para sostenerme. La otra permaneció en mi mandíbula; su pulgar me acariciaba el pómulo, de forma lenta y reverente. Me estaba adorando, y yo se lo permitía.

No había nadie más cuya adoración ansiara, nadie más a quien quisiera ver arrodillado ante mí.

Mi magia se agitó al mismo tiempo que la suya, pero no luchó ni se rebeló. No se enfureció ni se resistió. No se impuso.

Lo sentí antes de comprenderlo. El cambio. El momento en el que ya no existíamos ni él ni yo, solo nosotros.

Su poder no se impuso al mío, sino que se instaló dentro de mí, como un segundo latido, como un aliento entre nosotros. Se enroscó alrededor de mis costillas, cálido y seguro, como un juramento susurrado contra mi piel. Y lo supe: siempre habíamos estado unidos.

Jadeé contra su boca cuando lo sentí, lo sentí de verdad, de una forma que hizo que todos los momentos anteriores palidecieran y perdieran brillo en comparación.

Interrumpió el beso solo lo suficiente para apoyar su frente contra la mía, con la respiración entrecortada y desigual.

—Por favor, no me temas, no nos temas.

—No lo hago. —Negué con la cabeza e intenté que lo entendiera—. Ya no.

Sus dedos trazaron un delicado recorrido a lo largo de mi mandíbula; me echó la cabeza hacia atrás y buscó mis ojos con una intensidad que parecía atravesar mi alma.

—¿Puedes sentirme?

Asentí frenéticamente, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Era como un sol ardiente, lo único que podía sentir, el único pensamiento que ocupaba mi mente.

—Sí.

—¿Cómo estás? —preguntó, con una voz cargada de deseo que me indicaba que él podía sentirme igual que yo a él.

—Como si ya no estuviera sola en mi propia piel —respondí finalmente, y la verdad de mis palabras retumbó profundamente en mi interior.

Dacre contuvo el aliento, un jadeo audible, y sus manos se tensaron contra mí.

—Verena —susurró, y mi nombre fue como una tierna caricia en sus labios.

No le dejé terminar. Lo besé de nuevo, rodeándole el cuello con los brazos y estrechando mi cuerpo contra el suyo. Él suspiró contra mis labios, deslizando las manos hacia mis caderas para sujetarme con tanta fuerza que casi me hacía daño.

Su boca se movió lentamente sobre la mía, como si estuviera saboreando cada segundo, probándome de una manera que hizo que el calor se acumulara en lo más profundo de mi vientre.

Pero había algo más, algo que nunca había sentido: era como si estuviera a salvo, no solo con él, sino también dentro de mí misma.

Estaba más en peligro que nunca, yo era más peligrosa para mí misma que

nunca, pero de alguna manera me sentía más segura y protegida que nunca.

Las manos de Dacre temblaron ligeramente cuando se deslizaron bajo mi camisa para rozar la piel desnuda de mi cintura. Su contacto era cálido, casi devoto, mientras se deslizaba sobre mi piel. No solo me estaba tocando: también me estaba descubriendo, como si fuera la primera vez, como si cada roce de sus dedos, cada caricia de sus labios no fuera un redescubrimiento, sino una revelación. El vínculo entre nosotros vibraba con algo antiguo, como si hubiéramos sido rehechos, reescritos, atados de maneras que ninguno de los dos comprendía del todo.

Se separó de mis labios para dejar un rastro de besos ligeros como plumas por mi mandíbula, a lo largo de la curva de mi cuello. Su boca era pausada, como una plegaria contra mi piel.

Un suave suspiro escapó de mis labios cuando encontró el punto sensible donde mi pulso latía con insistencia contra mi cuello. Se quedó allí, con su cálido aliento acariciando mi piel, provocándome un escalofrío que me recorrió la espalda.

—Te quiero —susurró. Me quedé paralizada. No porque no lo creyera, sino porque *lo creía.*

Las palabras se asentaron dentro de mí, echando raíces como un árbol al encontrar su hogar, incrustándose en mi interior.

Me aferré a él con una urgencia recién descubierta, tirándole del pelo, con mi pecho subiendo y bajando mientras trataba de encontrar mi voz.

—Yo también te quiero —susurré, temblorosa por algo crudo, algo indómito. Ya había dicho esas palabras antes. Ya había pensado en ellas antes. Pero eso era diferente. Esa vez las estaba ofreciendo.

No eran una oración susurrada a un dios indiferente, no eran un escudo para protegerme del miedo a perderlo: las pronunciaba como un voto, con una parte de mi alma que estaba entregando a su cuidado.

Dacre gimió suavemente y se aferró a mi cintura con posesividad, hundiendo la frente en mi cuello.

Podía sentirlo no solo en nuestra magia, sino también en algo más profundo. Lo sentía en mis huesos, en la forma en que mi poder se fundía con el suyo, en la forma en que el aire me rozaba la piel.

No era solo un matrimonio: también era una reivindicación. Una elección.

Era absolutamente embriagador, una mezcla cautivadora que me envolvía, como si estuviera sumergida en lo que éramos juntos. Era un mar sin fondo en

el que me encontraba dispuesta a perderme, con las corrientes llevándome hacia las profundidades y sin ningún deseo de volver a salir a la superficie.

Sus dedos trazaron la curva de mi cintura, tortuosamente lentos, como si estuvieran dibujando constelaciones en mi piel. Sus labios los siguieron, demorándose, llevando el calor por dondequiera que tocaran.

—Verena —murmuró contra mi piel, con voz ronca—. Te quiero toda.

—Soy tuya.

Un temblor recorrió su cuerpo, un estremecimiento visible que parecía propagarse desde lo más profundo de su ser. Entonces volvió a besarme y sus labios capturaron los míos con un fervor exigente mientras sus manos recorrían mi espalda.

Se apartó para buscar mis ojos, oscurecidos con algo más profundo que el deseo.

—Demuéstramelo.

Un desafío. Una súplica. Una promesa. Eso no era supervivencia, era algo más, e iba a dárselo. Se lo habría dado todo.

Agarré el dobladillo de mi camisa con dedos temblorosos y rápidamente me la quité por la cabeza. Él extendió la mano hacia mí y acarició suavemente con los nudillos la suave curva bajo mis pechos, lo que me provocó un escalofrío por todo el cuerpo.

En el momento en que sus manos se deslizaron sobre mi piel, lo sentí, sentí nuestras magias elevándose al unísono, arremolinándose entre nosotros. Las antorchas parpadearon, sus llamas se echaron hacia nosotros como atraídas por la fuerza que nacía de nuestro vínculo.

Jadeé cuando una chispa de energía saltó entre nuestros cuerpos, y el aire que nos rodeaba se espesó con algo invisible, algo vivo.

Dacre contuvo el aliento.

—Dioses, Verena.

Me estremecí al oír mi nombre en sus labios, al sentir la adoración pura en su voz. Al sentir que nuestra magia ya no luchaba, que se había grabado a fuego en nosotros.

—Dacre —susurré, sin saber si lo estaba llamando para que volviera a mí o suplicándole que tomara más.

Su mano temblaba cuando recorrió mi piel y sentí el calor de su palma como una marca sobre mí. No se apresuraba. Ni siquiera respiraba. Sus ojos se oscurecieron, con el hambre parpadeando en sus profundidades, pero también

había algo más allí: asombro.

—Mi esposa —dijo con voz ronca, como si saboreara las palabras en su boca, memorizando la sensación que le producían en la lengua. Y eso caló en lo más profundo de mi ser. Me besó en el cuello, despacio y sin prisas, con su aliento cálido sobre mi piel. Sus labios se demoraron en el hueco de mi garganta, sobre el pulso frenético bajo mi mandíbula—. Eres preciosa —murmuró—. Dioses, Verena, eres… —Su voz se quebró como algo inhumano, algo salvaje, y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Se quedó allí, con los ojos oscuros e indescifrables, los dedos suspendidos cerca de mi piel, como si necesitara memorizar ese momento antes de volver a tocarme. Tragué saliva con dificultad, sintiendo cómo el calor me recorría por entero. Su aliento acarició mi piel cuando se acercó tanto que sus labios casi rozaron mi hombro desnudo—. Déjame mirarte —dijo, y no era una petición, era una súplica.

Sus manos acariciaron mi cintura, luego bajaron, y yo jadeé cuando se arrodilló frente a mí, temblorosa, sin saber si podría soportarlo.

Agachó la cabeza y el cabello oscuro se deslizó sobre sus ojos; tenía la respiración entrecortada mientras sus manos rodeaban mi cintura y sus pulgares se clavaban en los huesos de mis caderas como si quisiera anclarse a ellas.

Y entonces, dioses… Puso sus labios sobre mi vientre, con un beso suave y tembloroso, con la adoración entretejida en la forma en que su boca se demoraba sobre mi piel.

Ya habíamos hecho eso antes, la noche anterior, pero en ese momento todo era diferente.

Un sonido quebrado se escapó de mis labios, algo frágil y destrozado.

Sus dedos se flexionaron contra mis costados mientras me besaba de nuevo, esta vez más abajo, justo bajo el ombligo.

—Dacre… —Mi voz era apenas un susurro, apenas audible, porque me estaba desmoronando.

—Mírame —susurró Dacre.

Me obligué a bajar la vista, con el pecho subiendo y bajando demasiado rápido, con la piel ardiendo bajo su contacto. Él seguía arrodillado, con las manos en la parte posterior de mis muslos y los pulgares trazando círculos suaves y relajantes en mi piel.

Cuando crucé mi mirada con la suya, casi me desmayé.

Devoción.

No era deseo, era devoción lo que me devolvía su mirada. Como si yo fuera lo único que él hubiera deseado jamás. Lo único que él iba a necesitar jamás.

Sus manos se deslizaron hacia arriba, sobre mis costillas, antes de darme otro beso en el estómago.

—Eres lo más poderoso que he tenido nunca.

Algo dentro de mí se rompió, y no fue por miedo ni por vacilación: fue por necesidad, por comprensión.

Porque nadie me había mirado así antes. Nadie me había deseado así, mi cuerpo y mi poder, no, solo a mí.

—Dacre. —Mi voz se quebró y enredé los dedos en su cabello para pegarlo a mí porque lo necesitaba, porque necesitaba más.

Él soltó un suspiro entrecortado y sus labios se separaron de mi piel, cálidos y temblorosos. Hundió las manos en mis caderas, apretándolas con fuerza como si se estuviera anclando a mí.

Apoyó la frente en mi vientre, con la respiración agitada, y suspiró.

—Verena —musitó, y su voz rasgó el silencio—. Yo…

Lo que fuera que iba a decir, las palabras que se habían formado en su lengua no llegaron. No las necesitaba porque podía sentirlo.

Su magia se entrelazó con la mía, entretejiéndose más y más, hasta que no supe dónde terminaba su poder y dónde comenzaba el mío.

No era agotador. No era sofocante. Encajaba. Nos pertenecíamos.

Me estremecí, hundí los dedos en su cabello y, cuando levantó la cabeza, vi algo crudo e inquebrantable en su expresión.

Extendí la mano hacia él para rozarle la mandíbula con los dedos, trazando los ángulos afilados, las líneas sombreadas. Su piel estaba caliente bajo mi mano, el pulso retumbaba en su garganta.

Giró la cabeza y me besó la palma de la mano. Luego, con deliberada lentitud, deslizó las manos hasta la cinturilla de mis pantalones. Con cuidado, me los desató, y el suave sonido de la tela al moverse llenó la habitación. Los bajó y sentí el frío en mi piel.

Entonces, por fin —por fin—, se incorporó perezosamente. Su nariz rozó mi piel, trazando un suave recorrido ascendente, aspirando mi aroma, desentrañándome con cada respiración, hasta que finalmente se puso de pie ante mí.

Ya no era delicado al besarme. Estaba frenético.

El beso estaba cargado de todas las promesas tácitas, de toda la devoción

inquebrantable contenida en el calor de sus labios. Me acarició los costados lentamente, como si quisiera asegurarse de que yo supiera que no se trataba solo de necesidad ni de hambre. Era él quien me elegía a mí.

Sus dedos rozaron la piel desnuda de mi espalda, deslizándose por la curva de mi columna vertebral, cuidadosos, seguros, y luego suspiró contra mí, con todo su cuerpo pegado al mío.

Nuestro poder volvió a surgir, ansiando salir para envolver la habitación. Las antorchas a lo largo de las paredes parpadearon salvajemente como respuesta y su luz dorada se extendió por todas partes.

Pero Dacre no les prestaba atención. Solo me miraba a mí mientras sus manos rozaban mi piel, mientras sus pulgares trazaban reverentes caminos sobre mis costillas y mi cintura, hasta que su pulgar llegó a mis labios.

Se detuvo.

Pude sentir la pregunta silenciosa en el aire entre nosotros, la forma en que esperó, la forma en que me dio tiempo para apartarme.

No lo hice.

Me eché hacia delante, entrelacé mis dedos con los suyos y guie su pulgar hacia mi boca.

Contuvo el aliento; su pecho subía y bajaba de forma irregular, y cerró los ojos por un momento, como si necesitara recomponerse antes de perder el control por completo.

Dacre espiró lentamente y sentí su aliento cálido contra mis mejillas.

No se había movido, pero, por Dios, podía sentirlo: la tensión, la contención en cada línea de su cuerpo, en cada temblor de sus manos contra mi piel.

Le chupé su pulgar, cerrando los labios alrededor de él, y pasé lentamente la lengua por su piel, saboreándolo.

Soltó un aliento entrecortado e irregular, un sonido que era a la vez una reacción y una advertencia.

—Verena. —Su voz estaba teñida de cautela.

Levanté la barbilla para mirarlo y dejé que su pulgar se deslizara fuera de mi boca, solo para volver a meterlo con un movimiento deliberado y provocador. Me observaba con atención, me devoraba con la vista, dejaba que lo llenara, dejaba que lo abriera.

Sus manos temblaban cuando retiró el pulgar de mi boca. La yema curtida recorrió con rudeza mi labio inferior, dejando un fino rastro de humedad a lo largo de la curva de mi boca.

Nuestra magia se intensificó, un pulso, un aliento, una atracción que parecía unirnos más profundamente. Mi piel ardía donde él me tocaba, pero no era fuego, era poder, puro y sin filtrar. No intentaba tomar: estaba dando.

Las manos de Dacre se movieron hacia mis caderas y sus dedos trazaron intrincados caminos en mi piel. Él seguía completamente vestido, seguía conteniéndose, pero yo podía sentirlo todo.

Su magia estaba dentro de mí, serpenteando por mis venas, por mis huesos.

Jadeé, echando la cabeza hacia atrás, y él me cogió antes de que pudiera caer, rodeándome la cintura con los brazos para sujetarme con firmeza.

—Te siento —susurré, con las manos aferradas a su camisa y el pecho agitado.

Dacre entreabrió los labios con expresión oscura y salvaje.

—Lo sé. —Me cogió la mano, entrelazando nuestros dedos, y, dioses, en el momento en que nuestras palmas se tocaron, ahí donde habíamos unido nuestra sangre, la habitación se estremeció y el humo negro de mi poder invadió hasta el último rincón. Y, de repente, pude sentir lo que había en su interior: sentí su devoción, su adoración, su necesidad, por mi cuerpo no, sino por nosotros.

El vínculo era como un hilo invisible que nos entrelazaba, nos unía, nos ataba más fuerte de lo que la carne y los huesos jamás habrían podido hacerlo.

Un temblor recorrió el cuerpo de Dacre, y sus manos me estrecharon con una urgencia desesperada mientras se echaba hacia mí; el calor de su aliento cayó en cascada sobre mi cuello desnudo.

—Verena —susurró, pronunciando mi nombre como si fuera una plegaria —. Creo… Creo que acabo de…

No terminó la frase. No era necesario, porque los dos lo habíamos sentido: el vínculo.

Se afianzó con un clic casi audible, anclándose más profundamente en nosotros, resonando con el ritmo de un segundo latido.

Yo era suya.

Y él era mío.

Dacre se echó lentamente hacia atrás y sus dedos rozaron mi mejilla, bajaron por mi cuello, sobre mis hombros desnudos.

Extendí las manos hacia él con urgencia, tiré de su camisa, y él me dejó quitársela por la cabeza con un rápido movimiento.

Me quedé sin aliento ante su belleza.

Había tantas cicatrices que marcaban su piel… Se entrecruzaban en su carne, algunas descoloridas por el tiempo, otras aún frescas, como un testimonio vivo de todas las batallas que había soportado. Mis dedos rozaron los surcos y las marcas elevadas, sintiendo la textura de su pasado grabada en su cuerpo, y él se quedó quieto.

Los dos estábamos marcados; nuestros cuerpos llevaban las huellas de las guerras que habíamos librado.

Él no respiraba, pero yo no me detuve.

Deslicé mis dedos más abajo, por su pecho, sobre sus costillas, hasta la profunda cicatriz que le atravesaba el estómago y, sin pensarlo, me eché hacia delante y la besé.

Dacre inspiró bruscamente y todo su cuerpo se tensó debajo de mí.

Y entonces, lentamente, con una lentitud tortuosa, sus manos se deslizaron entre mi cabello y me acarició la nuca.

Saqué la lengua para rozar su piel, para saborearlo, para recorrer la textura áspera de sus cicatrices con una caricia deliberada y prolongada. Luego, lo besé de nuevo. Más abajo. Suave y lentamente, con adoración. Como si también lo estuviera memorizando.

Dacre emitió un sonido gutural y desgarrado, y cuando por fin me aparté para mirarlo, sus ojos eran salvajes y su respiración, desenfrenada. Sus dedos se aferraron a mi cabello hasta que sentí una punzada de dolor en el cuero cabelludo y la humedad se acumuló entre mis muslos.

—Necesito estar dentro de ti —gruñó—. Necesito follar contigo hasta que no quede nadie en este reino que se pregunte a quién perteneces.

Gemí; el dolor en mi cuerpo empeoraba con cada palabra que él pronunciaba.

Me agarró por las caderas y me levantó para llevarme hacia la cama. Me tumbó sobre el colchón, se echó entre mis piernas y se pegó a mí con una fuerza que casi me dejó sin aliento.

Me estaba reclamando, dejando una marca imborrable en mí, y, que los dioses me ayudaran, yo estaba dispuesta a entregarle todo lo que era.

Dacre se alzó sobre mí, apoyando su peso en los antebrazos, con la respiración acelerada. Sus ojos eran oscuros, inquisitivos, y sus dedos se deslizaban sobre mis costillas despacio, con una lentitud insoportable, trazando los contornos y las curvas de mi cuerpo.

Se me cortó la respiración cuando me rozó la curva de la cintura, los huecos

de las caderas… Mi cuerpo temblaba bajo el suyo. Dacre apoyó la frente en mi esternón, con el pecho agitado.

Mis manos se enredaron en su cabello, mis labios se separaron en un gemido cuando su mano me rozó el muslo, y él gimió y su control se rompió como la cuerda de un arco.

El dominio lento y mesurado al que se había aferrado se fracturó cuando sus manos se aferraron a mis muslos para separarlos.

Jadeé en su boca ante la sensación, ante su peso entre mis piernas, y algo desesperado y salvaje se desplegó dentro de mí.

—Dacre —susurré, su nombre como una exigencia, una ruptura. Su mano se deslizó hacia arriba y sus dedos rozaron la parte inferior de mi pecho, y yo me estremecí.

—No tienes ni idea —interrumpió, con los labios suspendidos sobre los míos y la voz ronca y destrozada—. No tienes ni idea de lo que me haces.

Lo sabía porque podía sentirlo: su necesidad. Su devoción. Su magia, entrelazada con la mía, recorriendo mi cuerpo, enroscándose alrededor de mi columna vertebral.

Extendí la mano hacia él; cuando mis dedos rozaron la cinturilla de sus pantalones él se quedó quieto. Me incorporé, con las palmas de las manos sobre su pecho, sintiendo el rápido latido de su corazón bajo mis dedos. Era un guerrero, era peligroso, pero ahí, conmigo, estaba temblando.

—Dacre —susurré, apoyándome con más fuerza en su pecho, hasta que se echó hacia atrás—. Soy tu esposa —le recordé—. Y vamos a follar.

Él gruñó y yo empujé con más fuerza hasta que cayó de espaldas sobre el colchón. Se humedeció los labios mientras me veía acomodarme sobre sus muslos y llevar las manos a la cinturilla de sus pantalones para bajárselos descuidadamente por las caderas hasta dejar al descubierto su pene. Levanté la vista y en sus ojos hallé un océano de vulnerabilidad. Sin armadura, sin muros, sin defensas. Solo él. Solo yo. Solo nosotros. Y yo quería adorarlo. Me eché el pelo sobre un hombro y me agaché para rozar con los labios la punta de su miembro, y él levantó las caderas.

—Dime —le susurré, y recorrí con la lengua toda su longitud—. Dime lo que quieres.

Él gimió, aferrándose a las sábanas.

—A ti —respondió con voz ronca—. Te quiero a ti.

Envolví mi mano alrededor de la base de su miembro y lo acaricié

lentamente de arriba abajo mientras mi otra mano se clavaba en su muslo.

—¿Y qué más? —pregunté; abrí la boca y me introduje la punta de su pene dentro.

Sus caderas se alzaron de nuevo, involuntariamente, y gemí cuando se deslizó más dentro entre mis labios. Me sentía necesitada, húmeda, y sabía que él podía sentir mi excitación contra sus piernas.

—Quiero que me cabalgues —dijo con firmeza, con la voz teñida de deseo.

Gemí cuando una oleada de placer me recorrió.

Él se acercó y me rodeó el mentón con la mano para apartar mi boca de su pene y pegarme a él.

Sin dudarlo, me coloqué sobre él y me estremecí cuando sentí su miembro rozar mi clítoris.

Dacre temblaba debajo de mí, con los ojos oscurecidos y llenos de deseo cuando me puse a horcajadas sobre él. Se aferró a mis caderas y me clavó los dedos en la piel mientras me guiaba.

Jadeé al sentir cómo se deslizaba dentro de mí, llenándome por completo.

—Joder —gimió Dacre, estrechándome con más fuerza cuando empecé a moverme.

Al principio lo monté lentamente, saboreando la sensación de tenerlo dentro de mí. Pero pronto la necesidad de más se apoderó de mí y comencé a moverme más rápido, con mi cuerpo subiendo y bajando sobre el suyo en un ritmo constante y desesperado.

Dacre echó la cabeza hacia atrás, contra las almohadas, y se le entrecortó la respiración mientras me devoraba con la vista; pude sentir nuestra magia moviéndose dentro de nosotros, amplificando nuestro placer y estrechando la conexión que nos unía.

—Más fuerte —exigió, y yo obedecí con entusiasmo. Paseé las manos por mi cuerpo hasta agarrarme los pechos para acariciarme los pezones—. Tócate —ordenó, sin rastro ya de dulzura en su voz—. Muéstrale a tu marido exactamente cómo te gusta que te toquen.

Bajé una de mis manos por mi cuerpo y la deslicé entre mis piernas. Ya estaba muy húmeda e hinchada, y en el momento en que mis dedos rozaron mi clítoris, una descarga de placer me recorrió y el movimiento de mis caderas se volvió errático. Los ojos de Dacre estaban clavados en mí; seguía empujando en mi interior, cada vez más rápido y más profundo. Gemí ruidosamente, arqueando la espalda mientras me acariciaba el clítoris en

círculos. Podía sentir cómo el orgasmo crecía dentro de mí, y sabía que Dacre también estaba cerca.

—Déjame probarte. —Dacre me agarró con firmeza por la muñeca y yo contemplé, hechizada, cómo guiaba mi mano hacia su boca. El calor de su aliento rozó mi piel antes de que deslizara mis dedos húmedos entre sus labios; cerró los ojos mientras me saboreaba.

Soltó un gemido profundo y satisfecho mientras limpiaba mi excitación de mis dedos, y yo estaba tan absorta en mirarlo que apenas noté el sutil movimiento de sus manos, que habían encontrado el camino hacia mis caderas.

Me levantó con un solo movimiento, me deslizó a lo largo de su cuerpo, y mi pubis quedó muy cerca de su boca expectante.

Mi cuerpo permaneció suspendido sobre él, en un momento de anticipación, antes de que sus fuertes brazos envolvieran mis muslos y me hiciera apoyarme en sus labios ávidos.

Su lengua me exploró con avaricia, moviéndose de un lado a otro, trazando patrones en mi sensible carne, enviando oleadas de placer a través de mi cuerpo.

La sensación era abrumadora, y abrí más las piernas. Dacre llevó sus manos a mi sexo, ásperas y ansiosas, para abrirme más mientras me chupaba el clítoris.

Eso me arrancó un grito ahogado y di un manotazo sobre el colchón, porque estaba a punto de caerme.

Dacre siguió devorándome con hambre.

—Te he dicho que me montaras —gruñó Dacre contra mi piel—. Eso incluye mi cara, amor.

Me eché hacia atrás, mirándolo a los ojos, y me contoneé sobre él, incapaz de contenerme. Su lengua era implacable; se movía alrededor de mi clítoris, se sumergía en mí y exploraba mi carne dolorida. Hundí las manos en sus cabellos para pegarlo más a mí, rogándole que siguiera. Dacre gimió contra mí, y las vibraciones enviaron ondas a través de mi cuerpo. Una mano se movió para agarrarme las caderas y mantenerme anclada a él, que continuaba devorándome con una intensidad que me dejaba sin aliento. Deslizó dos dedos dentro de mí y los curvó hasta que arqueé la espalda y moví las caderas.

—Eso es —dijo contra mi sexo antes de pasar su lengua por mi clítoris una vez más—. Córrete para tu marido —masculló—. Córrete en mi boca.

No pude contenerme más; la presión que se acumulaba dentro de mí alcanzó

un punto álgido al que no pude resistirme. Con un fuerte grito, me derrumbé sobre Dacre, con el cuerpo temblando, contorsionado por las oleadas de placer que me invadían.

Dacre siguió devorándome, agarrándome con fuerza por las caderas mientras disfrutaba conmigo de mi orgasmo.

Cuando por fin empecé a calmarme, hizo que me diera la vuelta y se acomodó entre mis muslos temblorosos.

No perdió el tiempo y me penetró una vez más, con movimientos bruscos y primitivos, mientras buscaba su propio clímax. Mi cuerpo seguía muy sensible, pero respondía a cada embestida con una mezcla de placer y dolor.

Era abrumadoramente embriagador, demasiado seductor para resistirse, y mi magia se extendió por mi piel, crepitando con energía, como si ansiara llevarlo más profundamente hacia mí.

—Me gustas tanto… —Las manos de Dacre se apoyaron en mis rodillas, y me las separó. Me besó profundamente, con mi sabor aún en su lengua, antes de echarse hacia atrás para ver cómo se deslizaba dentro y fuera de mi cuerpo —. Estás hecha para mí —jadeó—. Tu sexo está hecho para mí.

Lo estreché en mi interior, y cerró los ojos de golpe un instante, vacilando, y cuando volvió a abrirlos, ardían con un deseo primitivo. Sus caderas me impusieron un ritmo brutal que me hizo gritar. Sus dedos volvieron a encontrar mi clítoris, esa vez con mucha más suavidad que antes, y lo acariciaron con lentos círculos que contrastaban por completo con la forma en que se movía dentro de mí.

Era demasiado, era enloquecedor, y temí perderme por completo en esa sensación.

—Vas a ser una buena chica, ¿verdad? —me preguntó, y yo asentí, aunque no tenía ni idea de lo que me estaba preguntando—. Pues sé una buena esposa y vuelve a correrte para mí. Córrete conmigo en tu interior.

Grité mientras nuestros cuerpos se movían juntos; la habitación se llenó con nuestros gruñidos y gemidos, que se mezclaban con los sonidos de la carne golpeando contra la carne. Solo hicieron falta unas cuantas embestidas más para que me rindiera a las órdenes de Dacre, y mi cuerpo se estrechó a su alrededor cuando me corrí con más intensidad que antes. Mi magia surgió como una bestia salvaje e indómita, insaciable y hambrienta, y un fuerte gruñido brotó del fondo del pecho de Dacre cuando se corrió dentro de mí. Me besó como si se estuviera ahogando, como si yo fuera aire, salvación y

hogar, todo a la vez. No podía respirar. No podía moverme, y, sin embargo, nunca me había sentido más viva.

—Verena —jadeó, con la voz ronca y quebrada.

Giré la cabeza y le rocé la oreja con los labios.

—Estoy aquí —susurré—. Soy tuya.

Su cuerpo se estremeció, relajándose por fin, y sus labios volvieron a encontrar los míos. Esa vez, más lentamente.

Permanecimos enredados durante mucho tiempo, con nuestros cuerpos resbaladizos por el sudor y nuestra magia aún retumbando en la habitación como los restos de una tormenta.

Su cabeza descansaba sobre mi pecho para escuchar los latidos irregulares de mi corazón, y sus manos seguían rodeándome como si no pudiera soportar la idea de soltarme.

Dacre dejó escapar un suspiro lento y satisfecho, se dio la vuelta y me pegó a su pecho.

El mundo exterior seguía esperando. La guerra, la rebelión, la profecía, el receptáculo. Todo eso iba a alcanzarnos muy pronto.

Pero ahí, en ese espacio entre la batalla y el destino, solo existíamos nosotros. Solo existía él, solo existía yo.

Solo existía el voto que habíamos hecho y el vínculo que había respondido a él.

Y nada, ni el destino, ni los reyes ni los dioses, podía robárnoslo.

19

VERENA

Me desperté sintiéndome diferente. No se trataba solo del sordo y satisfactorio dolor que sentía en los músculos bien utilizados, o del calor persistente donde Dacre me había tocado, sino también de algo más profundo, algo que no se podía ver ni medir. Algo que se había instalado en mi interior, que había arraigado en mí y me había cambiado.

Yo ya no era un arma que había que conseguir, un peón en una guerra en la que nunca había pedido luchar, ya no era una chica que luchaba por sobrevivir en un reino que ya había decidido en qué iba a convertirse. Era algo completamente diferente, y darme cuenta de ello no me inquietaba, al contrario: me tranquilizaba. Porque con Dacre, yo era más.

Lo sentía en la forma en que mi magia vibraba suavemente bajo mi piel; ya no era algo salvaje y retorcido que exigía más de lo que yo estaba dispuesta a dar. Me pertenecía, y yo a ella. Y nosotros éramos suyos.

Levanté una mano, con los dedos un poco temblorosos, y giré la muñeca para ver la marca dorada que me había unido a él. La tinta aún estaba fresca, la piel debajo de ella, aún tierna.

Habíamos pronunciado los votos. Nos habíamos elegido el uno al otro. Y, por primera vez en mi vida, me había elegido a mí misma.

Las lámparas de la habitación de Dacre parpadeaban suavemente; su luz dorada bailaba sobre las paredes de piedra. Espiré y levanté los dedos hacia las llamas. Se echaron hacia mí como una ofrenda silenciosa, como si la magia que había en ellas reconociera el cambio que se había producido en mi interior.

Dacre se movió a mi lado y sentí su aliento cálido contra mi hombro; su brazo todavía me rodeaba posesivamente la cintura. Me quedé allí, mirándolo, grabando esta versión de él en mi memoria. Sus pestañas oscuras descansaban sobre su piel y tenía el ceño un poco fruncido incluso mientras dormía.

Parecía muy vulnerable así, cuando el resto del mundo había quedado fuera, cuando solo estábamos él y yo. Mi marido.

Deseé quedarme en ese momento para siempre, vivir en ese espacio donde estábamos apartados del resto del mundo, pero la realidad se coló en mis pensamientos y clamó por mi atención.

Me aparté con cuidado del abrazo de Dacre, pero sus dedos se movieron en sueños, buscando mi cuerpo incluso en su inconsciencia.

Busqué mi camisa y me la puse con movimientos lentos y cuidadosos. Todavía podía sentir cómo sus manos me habían recorrido la piel, todavía sentía su boca sobre mí, e incluso entonces, mientras terminaba de vestirme y me calzaba las botas, lo deseaba.

Lo miré, vacilante, antes de coger rápidamente un trozo de pergamino de su escritorio.

Me tembló un poco la mano al escribir.

«Voy con Kai. Estaré en el campo de entrenamiento».

No huía de él ni de nosotros, pero, aunque me sentía más fuerte, seguía temiendo no ser capaz de controlar mi poder cuando más lo necesitara.

Y todo mi ser sabía que, pasara lo que pasara, llegara lo que llegara, iba a necesitarlo.

Las estrechas calles de la ciudad aún estaban envueltas en la quietud de la madrugada, y el habitual bullicio de la vida rebelde apenas comenzaba a despertar. Me movía con cuidado, con los hombros tensos, pasando distraídamente los dedos por la marca de mi muñeca. El vínculo espiritual se había asentado dentro de mí y, sin embargo, mi cuerpo aún vibraba con las réplicas, como si algo siguiera cambiando, como si algo siguiera despertando.

Llegué a las cuevas de entrenamiento y encontré a Kai esperándome. Estaba apoyado contra la pared de piedra, cruzado de brazos y con una daga entre sus dedos. La tenue luz de las antorchas iluminaba los ángulos afilados de su rostro y el frío calculador de sus ojos oscuros.

Su mirada se posó en mí, y no lo hizo con la forma habitual en que evaluaba a un oponente, como si estuviera buscando una debilidad. Era algo más. Algo cauteloso.

—No estaba seguro de si querrías entrenar hoy —dijo con voz indescifrable.

Moví los hombros y sentí el peso de mi poder desplazándose dentro de mí, como un segundo pulso.

—Hoy me siento más preparada que nunca para entrenar.

Kai no se movió. Solo me estudió. Demasiado tiempo y en silencio y, entonces, por fin, se enderezó.

Hizo girar la daga en la palma de su mano con facilidad.

—Muy bien. —Su voz era más ligera, pero no sonaba relajada—. Manos a la obra.

Kai me tendió una espada de entrenamiento y yo la cogí sin pensar, apretando instintivamente los dedos alrededor de la empuñadura desgastada. En el momento en que mi piel entró en contacto con el cuero, algo se removió dentro de mí, pero no fue violento, como en otras ocasiones. No era una fuerza contra la que debía luchar. Estaba ahí. Esperando, como una presencia que podía sentir vibrando en mi pecho, zumbando bajo mi piel. No era exigente, no intentaba robar nada: solo estaba escuchando. Espiré bruscamente, cambiando de postura mientras probaba el peso de la espada. Kai seguía mirándome, pero no lo hacía como un compañero de entrenamiento, sino como alguien que sabía muy bien lo que había pasado la noche anterior y no estaba seguro de cómo sentirse al respecto.

—El vínculo del alma —anunció por fin—. Se ha asentado.

No era una pregunta. Me aferré a la espada y lo miré fijamente a los ojos.

—Sí.

—¿Y? —murmuró, girando su daga una vez más.

¿Y?

Intenté encontrar las palabras adecuadas para explicar el cambio, la diferencia, pero no sabía cómo hacérselo entender.

Antes mi magia era como una tormenta, violenta, impredecible, imposible de contener. Se desataba cuando tenía miedo. Se apoderaba de mí cuando estaba desesperada.

Pero la tormenta se había calmado.

En ese momento era una sombra a mi espalda: no exigía nada, no arremetía contra nada. Solo estaba ahí.

—Ya no lucho contra ella —admití, cambiando la espada de una mano a la otra.

Kai frunció el ceño, y descubrí algo en él que no podía explicar, algo que me decía que veía mucho más que cualquier otra persona.

—Pero sigues teniéndole miedo.

Se me revolvió el estómago. No me gustaba nada que se diera cuenta de eso.

—No le tengo miedo. —Cambié de postura y levanté la espada entre

nosotros—. Tengo miedo de lo que pasará si la desato.

Una lenta espiración. Un asentimiento tajante. Él lo entendía.

—Entonces, averigüémoslo —murmuró Kai, y antes de que pudiera reaccionar, atacó.

La espada de Kai fue rápida. Demasiado rápida. Mis instintos se despertaron y una advertencia destelló entre mis costillas.

«Peligro. Amenaza. Muévete».

Pero antes de que pudiera siquiera pensar, mi magia se movió por mí. Atacó, hambrienta, violenta, rápida. Una explosión salió de mi pecho, una fuerza invisible que azotó la caverna como un látigo.

Kai retrocedió tambaleándose y soltó un gruñido seco y agudo, y yo vi con horror cómo le goteaba sangre por la nariz.

Ni siquiera lo había tocado. Apenas me había movido y, sin embargo, ya estaba sangrando.

—Kai. —Se me quebró la voz; di un paso hacia él, pero él levantó una mano, aunque no lo hizo para bloquearme, sino para impedirme hablar.

El pulso me retumbaba en los oídos. Yo le había hecho eso.

Pensaba que era capaz de contenerla, de mantenerla encerrada en mi interior, pero mi magia se había escapado de mi control como una inundación a través de una presa derruida.

Kai suspiró lentamente, movió los hombros y se limpió la sangre de debajo de la nariz con el dorso de la mano.

—Eso no ha sido control…

—Yo… No era mi intención. —Sentí un nudo en la garganta. El pánico amenazaba con apoderarse de mí.

Kai se volvió hacia mí y algo agudo y perspicaz brilló en su mirada.

—Lo sé —murmuró.

De alguna manera, eso lo empeoraba todo, porque no importaba, daba igual que yo no quisiera hacerle daño, que hubiera intentado mantenerla oculta. Aun así, había actuado por su cuenta. Igual que con Dacre. Igual que con mi padre. Di otro paso atrás, con el pulso acelerado.

—No puedo…

—Sí que puedes —me interrumpió Kai con voz firme, seguro.

Negué con la cabeza porque no me estaba escuchando.

—No lo entiendes.

—Lo entiendo —dijo, ladeando la cabeza—. Entiendo que sigues intentando

reprimirla, y entiendo que es precisamente por eso por lo que sigue ganando.

Solté el aire bruscamente, con un peso en el estómago. Sabía que no tenía razón. Había pasado gran parte de mi vida pensando que no tenía poderes y, cuando los encontré, intenté fingir que no era así, intenté enterrar la verdad de lo que yo era tan profundamente que nadie, ni siquiera yo misma, pudiera alcanzarla.

Pero mi magia nunca había necesitado permiso para actuar. Nunca lo había pedido. Solo había esperado a que yo me derrumbara.

Kai volvió a girar la daga en su mano y la apretó con más fuerza. Aguardaba, y me observaba de una manera que me daba ganas de huir. Tragué saliva con dificultad.

—Otra vez.

Su mirada se posó en mi rostro antes de fijarse en cómo empuñaba la espada.

—¿Estás segura?

No lo estaba, en absoluto, pero levanté la espada, ajusté mi postura y obligué a mis pies a mantenerse firmes. No quería hacerle daño, pero necesitaba aprender a controlarme, a controlar mi magia.

—Otra vez —repetí.

El rostro de Kai cambió y algo parecido a la aprobación, al reconocimiento, brilló en su mirada oscura. Y entonces, se movió aún más rápido que antes.

Su espada se disparó hacia mí, con el filo brillando a la luz parpadeante de las antorchas, y yo reaccioné, aunque sin usar la magia, todavía no. Me aparté, por los pelos, y su daga me rozó. Él desplazó el peso de su cuerpo y giró muy rápido, y la empuñadura de su espada se dirigió hacia mi mandíbula.

Levanté la espada, pero fui demasiado lenta. Kai atacó y sentí una punzada de dolor que me atravesó la cara. Ladeé la cabeza, tropecé y se me nubló la vista. El corazón me latía con fuerza contra las costillas y mi magia surgió como respuesta.

Rechiné los dientes, luchando contra ella, y cuando volví a mirar a Kai, pude ver que se contenía, que planeaba cuidadosamente su ataque para usar la fuerza suficiente para sacar mi magia a la luz.

Planté los pies, parpadeando al sentir el dolor en la mandíbula, obligué a mi cuerpo a volver a la posición y esperé.

Kai me observó atentamente, ladeando un poco la cabeza.

—Sigues conteniéndola.

No respondí. No podía hacerlo porque tenía razón. Estaba tratando de frenarla, tratando de mantenerla encerrada, tratando de suprimirla porque no confiaba en ella, porque sabía lo que podía hacer. Había sentido lo que le había hecho a Dacre. Pero Kai no me dio tiempo a pensar: volvió a abalanzarse hacia mí. Blandí la espada y esa vez conseguí bloquear el golpe; mi hoja chocó contra la suya y saltaron chispas del metal. Y mi magia rugió, amenazando con escapar de mi control, abriéndose paso en mi interior, exigiendo ser liberada, y casi lo permití, casi volví a perder el dominio sobre ella.

Kai se puso frente a mí.

—Eres una drenadora, Verena, y eso no solo significa que vas a tomar lo que tienen los demás, sino que también tu magia tomará lo que tú tengas si se lo permites.

Los recuerdos de estar en esa sala con el receptáculo surgieron en mi mente y me atenazaron el cuerpo, anclándose en mi vientre. Lo había sentido entonces, la abrumadora sensación de que mi propio poder se entrelazaba con el del receptáculo y amenazaba con consumirme por completo, con tomar lo que yo no estaba dispuesta a dar.

Tensé la mandíbula, y volví a cambiar de postura.

—Otra vez.

Kai no me dio oportunidad de cambiar de opinión antes de echarse sobre mí con la daga en ristre. Me giré, esquivándola por los pelos, y mi espalda se estrelló contra la rugosa pared de piedra que tenía detrás. No tenía escapatoria, ningún lugar adonde ir, pero él no se detuvo. Siguió adelante, implacable, sin darme tiempo para respirar. Sin darme tiempo para pensar.

La punta de su daga se acercó a mi cuello y levanté la espada en un golpe a ciegas.

El impacto envió una vibración discordante a través de mis brazos, pero no fue suficiente.

Él giró, moviéndose como el humo, y la empuñadura de su espada se estrelló contra mi hombro. El dolor me atravesó el brazo, tropecé, caí contra la pared, y mi magia se intensificó.

Quería salir, y se alzó en mi interior, presionándome. Cerré los ojos con fuerza, obligándome a respirar, a contenerla. *«¡Levántate, Verena!»,* gritó mi magia, y un pulso violento atravesó mis costillas y trepó por mi garganta, desesperado por liberarse. Me abalancé sobre Kai, fintando con la espada por instinto, pero estaba débil y me ardían los músculos por el agotamiento. No

conseguí siquiera rozarlo.

La punta de la espada se estrelló contra el suelo, las chispas volaron a nuestro alrededor y perdí el control.

Estaba allí de nuevo con el receptáculo, atrapada en esa sala mientras algo me arrancaba mi magia y me devoraba y me devoraba y me devoraba…

No podía detenerlo. El poder en mis venas estalló y sentí cómo se desataba.

Un violento y estremecedor crepitar de niebla negra se arremolinó desde mis dedos, extendiéndose hacia fuera, buscando algo que drenar. Kai maldijo y retrocedió a trompicones, con las manos levantadas como si pudiera protegerse, pero yo ya apenas podía verlo. Todo se estaba desvaneciendo. Yo me estaba desvaneciendo.

La magia ya no era mía. Era otra cosa. Algo hambriento. Algo implacable.

Jadeé, luchando por respirar, por aclararme las ideas, por recuperar el control, y entonces lo sentí: un calor agudo y abrasador me invadió la muñeca.

Inspiré y todo mi cuerpo se estremeció. Miré el símbolo dorado grabado en mi piel, que en ese momento estaba brillando. Era firme, sólido. Un latido contra el mío. No era solo una marca, también era una atadura que me unía a Dacre, a quien era y a quien quería ser. Reprimí mi magia con todas mis fuerzas. Inspiré hondo, luchando por recuperar la lucidez, el control. El resplandor dorado de mi marca latía al ritmo de mi corazón. *Dacre.* Podía sentirlo, pero no solo en mis pensamientos: también lo sentía en mis huesos. Como en el momento en que pronunciamos nuestros votos y se selló el vínculo entre nosotros. Era como si estuviera susurrando mi nombre desde lo más profundo de mi ser.

Los tentáculos negros de mi poder se detuvieron. Obligué a mi poder a escuchar.

La oscura niebla que envolvía mis dedos no se lanzó hacia fuera. No actuó. Esperó.

Y cuando Kai volvió a moverse, cuando se abalanzó sobre mí, mi magia susurró por mis venas y se enroscó en mis miembros como niebla. Su daga se movió hacia mí, y justo cuando estaba a punto de clavarse en mi piel me aparté, moviéndome más rápido que nunca.

Era como si yo también me hubiera convertido en niebla, en parte del humo negro de mi magia.

A Kai se le pusieron los ojos como platos, pero yo no dudé. Giré, levantando mi espada con mano ya firme, y bajé el filo contra su pecho, deteniéndome a

un pelo de distancia.

Kai se quedó paralizado ante mí. y un silencio roto tan solo por el sonido de nuestra respiración se extendió por la caverna. Crucé mi mirada con la suya y lo único que pude ver fue su incredulidad. Él esperaba que yo fallara, que perdiera el control, y yo también lo había esperado.

Me forcé a respirar con calma y mi magia se estabilizó, transformándose en algo más tranquilo. Algo que era mío.

Kai separó un poco los labios.

—Tú… —titubeó, sacudiendo la cabeza, como si no pudiera entender lo que acababa de ver—. Lo has controlado.

Tragué saliva con dificultad, sintiendo el peso del momento.

Un aplauso lento y deliberado resonó en la caverna. No era de burla, ni de aprobación, sino algo más frío.

La abuela de Dacre salió de entre las sombras, con su mirada plateada sobre mí.

—Por fin lo has conseguido —murmuró—. Pero ¿puedes manejarla?

El corazón me latió con fuerza contra las costillas.

—Acabo de hacerlo.

Ella ladeó la cabeza, casi divertida.

—No, niña. —Dio otro paso lento hacia delante—. La has controlado una vez, pero necesitas dominarla.

Los hombros de Kai se tensaron.

—Hoy ya se ha esforzado bastante.

Elis volvió su aguda mirada hacia él, con el rostro impenetrable.

—Déjanos solas.

Kai tensó la mandíbula. Sus dedos se cerraron alrededor de la empuñadura de su daga; su instinto luchaba contra el respeto que sentía por ella.

—Vete, Kai. Estoy bien. —Señalé con la cabeza la entrada de la cueva por la que ella acababa de aparecer.

Él dudó durante un largo momento; sus fosas nasales se dilataron y me echó un rápido vistazo antes de moverse.

La abuela de Dacre permanecía inmóvil cerca de la entrada de la caverna, esperando a que Kai pasara, con su cabello gris recogido en un moño apretado que acentuaba la nitidez de sus rasgos. Sus ojos eran penetrantes y mostraban la claridad que solo puede aportar la sabiduría acumulada a lo largo de toda una vida.

Parecía casi etérea, como si perteneciera a un mundo muy diferente al nuestro.

Su mirada aguda y calculadora absorbió cada detalle de la vasta sala antes de posarse en mí, deteniéndose mucho más tiempo de lo que se consideraba educado. Y una vez que Kai desapareció, entrecerró esos ojos de plata fundida.

—Aún no lo entiendes, ¿verdad? —preguntó con voz tranquila mientras se acercaba a mí—. Lo que eres. Lo que podrías ser. —Tragué saliva con dificultad, sintiendo cómo me latía con fuerza el pulso en los oídos—. No eres solo una drenadora, Verena. No eres solo la heredera al trono. —Su vista descendió hasta la marca dorada de mi muñeca—. Y ya no eres solo una chica con un poder oculto en su interior. —Un escalofrío me recorrió la espalda—. Nunca has estado sin poder, sino que este estaba atado. Y ahora eres libre —murmuró—. La única pregunta ahora es qué vas a hacer con ello. —Sus dedos se crisparon a sus costados, y, antes de que yo pudiera reaccionar, un tentáculo plateado de magia se abalanzó sobre mí. Jadeé, y mi poder se estrelló instintivamente contra él, enfrentando fuerza con fuerza. Un crujido agudo rasgó el aire y el suelo tembló bajo mis pies, pero Elis solo asintió—. Luchas como tu padre.

Esas palabras se clavaron en mí con más fuerza que cualquier espada, y me quedé rígida, con el pulso acelerado.

—Yo no soy mi padre.

Ella levantó la barbilla.

—Entonces deja de usar tu magia como él.

Algo caliente me subió por la garganta.

—¿Y cómo quieres que lo haga?

La abuela de Dacre suspiró con una expresión indescifrable.

—Como lo hacía tu madre.

Sentí un nudo en el estómago. Me tambaleé. Mi cuerpo vibraba con algo que no entendía.

—Mi madre nunca luchó —repliqué con voz ronca.

Algo ardía en las profundidades de los ojos plateados de Elis.

—Ah, ¿no?

Me quedé en silencio porque lo sabía. Siempre lo había sabido. Mi madre había luchado cuando renunció a su reino. Había luchado cuando desafió a mi padre. Había luchado cuando me privó de mi magia para protegerme. Había luchado por mí.

Inspiré hondo, sintiendo cómo la magia dentro de mí cambiaba.

—Yo no soy mi padre —repetí, esa vez con voz más firme.

La abuela de Dacre ladeó la cabeza.

—Pues demuéstralo.

Levanté la barbilla y lo hice. Busqué mi magia, sin miedo ni vacilación, con intención. El poder que una vez había arañado mis costillas se enroscaba en mis manos, se enrollaba alrededor de mis huesos. Era mío. Siempre había sido mío.

Espiré bruscamente y lo liberé. No fue una explosión salvaje ni una destrucción imprudente, sino puro control.

Un zarcillo de energía oscura salió disparado de mis dedos y golpeó exactamente donde yo quería. Las piedras del suelo de la caverna se agrietaron.

Elis levantó la mano y otro golpe de magia plateada se abalanzó sobre mí. No luché contra él ni me asusté. Dejé que llegara y, cuando me alcanzó, lo acepté.

Mis dedos se crisparon y mi magia se tragó la suya por completo, la controló, la moldeó. Giré la muñeca y la energía cambió; no destrozó el suelo, no destruyó nada, solo bailó en mis manos.

Obediente. Firme. Mía.

Los labios de la abuela de Dacre se separaron y, entonces, tan ligeramente que podría haberlo imaginado, inclinó la cabeza con respeto.

—Bien —murmuró—. Pero este no es el único poder que controlas. —Me quedé sin aliento y sentí el calor que se arremolinaba bajo mi piel, constante como un segundo pulso. El resplandor dorado que abrasaba mi muñeca. Los ojos de Elis se clavaron en los míos—. Llámalo. —Se me aceleró el pulso—. Llámalo —repitió, esa vez con más dureza—. Invoca la fuerza a la que te has atado.

Sentí un nudo en el estómago cuando el calor dorado inundó mis pulmones y presionó contra los confines de mi mente. Lo alcancé, y no era un calor suave ni un destello de poder, sino una fuerza abrasadora. Se derramó dentro de mí, grabándose a fuego en mis huesos.

No me consumía ni me exigía nada; había llegado por voluntad propia.

El poder de Dacre me inundó y jadeé, con las piernas a punto de ceder bajo mi peso mientras mi magia rugía como respuesta.

El vínculo me atravesó hasta que pude sentir el latido constante de su corazón golpeando contra el mío. Me sentí abrumada por su presencia

inquebrantable, a pesar de que él no estaba ni siquiera cerca de esa caverna.

Su peso llenaba cada rincón de mi ser, como la luz del sol entrando en un lugar oscuro, y lo sentí todo: su concentración, su hambre, su desesperación por estar a mi lado.

Extendí la mano hacia él, y, en cuanto lo hice, sentí que él también extendía la suya hacia mí.

«Verena». Esa voz no sonaba en mis oídos, estaba dentro de mí, un susurro en mi mente que se enroscaba en mi cuello.

Mis dedos se crisparon y la magia se intensificó, crepitando contra mi piel como una tormenta. La luz dorada de mi muñeca brilló y se entremezcló con la oscuridad de mi propio poder, fusionándose de una manera que debería haber sido imposible. La cueva vibraba con energía, temblando bajo el peso de la conexión que se había entre nosotros.

La abuela de Dacre también lo vio. La luz plateada de su propia magia vaciló y luego habló, con voz firme a pesar del innegable cambio en el aire.

—Tú lo has llamado —murmuró.

Yo temblaba. Todo mi interior temblaba. Por miedo no: por el poder.

El vínculo entre nosotros nunca había sido tan visceral.

Tragué saliva con dificultad, obligando a mi pulso a estabilizarse.

—Sigo aquí —susurré, más para mí misma que para ella.

El poder de Dacre se entrelazó con el mío como si fuera la respuesta. *«Lo sé».*

Las antorchas a lo largo de las paredes se apagaron de golpe, como si la caverna misma estuviera soltando el aire. El temblor se detuvo, pero el vínculo no se desvaneció. Se ancló a mí.

Elis permaneció en silencio durante un largo momento antes de dar un pequeño paso adelante y volver a atacar.

Estaba tan concentrada en el vínculo, en cómo me consumía, que no tuve tiempo de verlo antes de que la fuerza de su poder me golpeara y me tirara al suelo. Jadeé cuando mi espalda golpeó la piedra y la magia se retorció en mi interior, a punto de desmoronarse por completo.

—Levántate. —Su voz era afilada como una navaja.

Me obligué a ponerme en pie, jadeando y con mi poder aún ardiendo bajo mi piel. El latido del corazón de Dacre resonaba contra el mío, como un tambor constante en mis costillas. Él me sentía. Iba a por mí. Eché los hombros hacia atrás y tensé las rodillas para evitar que me temblaran las

piernas, y la abuela de Dacre ladeó la cabeza.

—Tu madre lo dio todo por ti. —Las palabras calaron en mi interior como una verdad que siempre había estado esperando a ser pronunciada en voz alta. Elis suspiró, lenta y mesuradamente—. Ella te dio esto. —Señaló con la cabeza hacia mi muñeca, hacia la marca que aún brillaba—. Ella te lo dio a él. —Se detuvo un instante en el que lo único que pude oír fue el torrente de sangre en mis oídos—. Te dio la oportunidad de decidir en qué ibas a convertirte.

Se me hizo un nudo en la garganta. Mi madre había atado mi poder, pero no lo había hecho solo para ocultarlo, para protegerme, para proteger el poder que corría por mis venas, la fuerza que se hundía en mis huesos, el vínculo que vibraba bajo mi piel: me había atado también para esperar hasta que estuviera lista, hasta que pudiera manejarlo yo misma, hasta que pudiera elegir.

La abuela de Dacre volvió a moverse, demasiado rápido: era demasiado poderosa, un fantasma bajo la tenue luz de la caverna. Sus movimientos eran agudos y letales, algo que no esperaba de alguien con su aspecto anciano. Apenas pude ver el movimiento de su muñeca antes de que otro arco de poder crepitara en el aire. La desesperación se apoderó de mí, levanté las manos, confiando más en el instinto que en cualquier habilidad, y mi magia respondió.

Fluyó a través de mí como un río embravecido, enroscándose a mi alrededor como una serpiente ansiosa, lista para atacar a mi orden.

Entonces sentí un estallido de dolor que me abrasó y desgarró la conexión con mi poder.

La fuerza de su ataque se estrelló contra mí e hizo que me deslizara hacia atrás por el frío inmisericorde del suelo de piedra. Inspiré bruscamente cuando mi espalda chocó contra la pared de la caverna y el impacto me sacudió los huesos.

—Ella creía en quién llegarías a ser. Rezaba a los dioses antiguos y a los nuevos, entretejiendo sus esperanzas en cada súplica, para que cuando su hija ascendiera para gobernar este reino lo hiciera con un coraje que superara al suyo y poseyera una fuerza capaz de poner de rodillas a todo un pueblo.

Un profundo silencio nos envolvió; me puse de rodillas y sentí en el ambiente la cruda intensidad de su magia y el peso de sus palabras. Me levanté del suelo y me sacudí el polvo de las manos.

—¿Serás tú esa reina? —Ella ladeó la cabeza justo cuando otra brillante ola de luz plateada se precipitaba hacia delante.

Mi magia crepitó bajo mi piel como mil pequeñas tormentas. Mi respiración

se ralentizó hasta volverse tan tranquila y rítmica como el subir y bajar de las mareas.

Obligué a mis manos a mantenerse firmes.

Un pulso profundo y palpitante de poder irradió de mí y colisionó con los tentáculos de magia que ella había dirigido hacia mí, y chocó contra su poder antes de que pudiera alcanzarme, pero en lugar de bloquearlo, en lugar de alejarlo, lo absorbí.

El calor abrasador de su magia se fundió con el mío, como lava que se desliza en un río embravecido.

Entrecerró los ojos y un leve destello de aprobación brilló en su rostro.

Volvió a moverse, pero esa vez yo estaba preparada. Planté los pies con firmeza en el suelo, sintiendo la sólida piedra bajo mis plantas, y me preparé para enfrentarla.

Su poder golpeó como un arma que había sido perfeccionada durante siglos. El mío se elevó para enfrentarse a él, crudo y sin templar.

Una magia que no era solo mía, pero que de alguna manera era completamente mía.

El calor latía implacable contra mi piel mientras nuestros poderes chocaban violentamente y una luz plateada se arremolinaba en la magia que se enroscaba en mis venas. Unas grietas irregulares serpentearon por el suelo de la caverna y el polvo se levantó en nubes.

Ella apenas vaciló mientras seguía adelante con su ataque. Con un movimiento de la muñeca, se formaron dagas de energía pura en sus dedos.

Me quedé sin aliento, pero me armé de valor y me obligué a mantener una firmeza inquebrantable.

Aquello no se parecía en nada a los combates con Kai. Él me había desafiado, me había empujado al límite para perfeccionar mi control, pero esto era algo completamente distinto.

Sus dedos se movían con una velocidad antinatural, girando en un borrón que captaba la luz y creaba un destello fugaz que bailaba en el aire.

Intentar bloquear su avance era imposible, esquivarlo era inútil.

Una violenta sacudida de poder recorrió mi cuerpo, como una ola rompiendo contra la orilla. Alcanzó el suyo, como si estuviera buscando aire, y devoró con avidez la energía bruta que ella me había lanzado. La fuerza combinada de mi poder y el de Dacre hizo que mi pulso se acelerara y mi piel ardiera, pero me mantuve firme hasta que ella se detuvo, observando cómo los

últimos restos de su poder se fusionaban conmigo.

Sus ojos se abrieron con sorpresa y me preparé para lo que fuera que llegara a continuación, pero hizo algo para lo que no estaba preparada, algo que no esperaba.

—Ya no eres la niña que tu madre y yo escondimos —declaró con voz resuelta.

Las palabras me golpearon con una fuerza aún mayor que la de su poder, provocándome una brusca espiración y un profundo ardor en los pulmones.

—No. No lo soy.

Ella asintió una vez, como para sí misma.

—¿Y lucharás? —Me estudió con atención, como si estuviera buscando a alguien que conocía, cualquier parte de mi madre que aún viviera en mí—. ¿Por tu reino, por tu vínculo?

El pulso de Dacre se estrelló contra el mío. Inspiré hondo. Tranquila. Firme. Y levanté la barbilla.

—Sí.

Ella se agarró a la pared que tenía al lado, clavando los dedos en la piedra rugosa para mantenerse firme, y soltó el aire lentamente, con mesura. Luego se agachó con cuidado, temblando, dobló la rodilla y la apoyó suavemente sobre el suelo.

Intenté respirar, intenté forzar el aire a entrar en mis pulmones, y cuando sus ojos se encontraron con los míos de nuevo, me quemaron por dentro.

—Entonces lucharé a tu lado, Verena. Lucharé por ti como una vez luché por tu madre. —Apoyó la palma de la mano en el suelo de la caverna—. No eres solo una heredera, no eres solo una guerrera. —Un susurro de su poder se propagó por la piedra—. Eres la última hija de Veyrith. La próxima reina de Marmoris. —Luego, muy lentamente, bajó la cabeza—. Eres la gobernante que nos unirá a todos.

20

VERENA

Las paredes de la caverna aún vibraban con energía, y en la antigua piedra resonaban los restos de magia. Mi respiración se había estabilizado, pero mi cuerpo estaba agotado, y esa sensación me calaba hasta los huesos. Todos los músculos me ardían, me temblaban los brazos y las piernas.

El poder que había ejercido, el control que había encontrado, me lo había quitado todo, pero no me había quebrado.

Pasé mis dedos aún temblorosos por mis brazos, sacudiéndome una fina capa de polvo de la piel mientras me dirigía hacia la entrada de la cueva. Mis pasos eran lentos, mi cuerpo estaba débil, pero sentía algo más fuerte en mi interior.

Dacre.

Pensar en él me provocó un dolor agudo en el pecho. Su pulso seguía latiendo contra el mío, constante, implacable, como un eco dentro de mí. Me estaba buscando. Me había sentido. Lo sabía.

Un destello de su calor me estrechó y sentí la desesperación de querer llegar hasta él.

La luz de la lámpara desde fuera de la cueva me invitaba a avanzar, guiándome hacia él. Hacia casa.

Aceleré el paso, ignorando las protestas de mis extremidades, ignorando el dolor que me invadía, pero justo cuando doblé la última curva del túnel, mi cuerpo se tensó.

Micah estaba esperándome en la entrada de la cueva.

Su postura era aparentemente informal, con un hombro apoyado contra la pared de piedra y los brazos cruzados sobre el pecho, pero vi tensión en la forma en que sus dedos se ceñían a sus bíceps, en la forma en que su mirada me recorría la piel empapada de sudor, los moratones que ya se estaban formando a lo largo de mi carne.

Sentí un escalofrío y apreté los puños.

Micah había sido una sombra en mi vida, alguien en quien había confiado una vez, alguien que me había ayudado cuando nadie más lo había hecho, pero también había estado en esa celda, en esa cámara, viendo cómo mi padre me destrozaba. Y no había hecho nada para impedirlo.

—Te veo diferente. —Su voz era tranquila.

Solté el aire bruscamente, enderecé los hombros y me obligué a impedir que el miedo repentino que había sentido al verlo se apoderara de mí.

—Soy diferente.

Un músculo de su mandíbula se tensó. Bajó la mirada y se fijó en mi muñeca. En la marca dorada que me unía a Dacre.

Tragó saliva.

—He visto lo que has hecho ahí dentro.

Me puse rígida y la magia se arremolinó en mi pecho, inquieta.

—¿Estabas mirando cómo me entrenaba? —pregunté, con una voz más aguda de lo que pretendía.

—Quería asegurarme de que estabas bien.

Una risa amarga se escapó de mis labios.

—¿Y? —lo desafié, flexionando los dedos—. ¿Qué has descubierto?

Se apartó de la pared y se acercó a mí con pasos lentos y cautelosos.

—Verena, lo siento.

Me quedé inmóvil, congelada, y noté el momento en que Dacre también lo sintió, como si pudiera percibir mi miedo, mi ira.

—No te atrevas —dije con voz amenazante, como una espada desenvainada.

Se detuvo abruptamente, como si mis palabras hubieran creado una barrera invisible que le impedía acercarse más.

—Es cierto. No quería que sucediera esto, no imaginé que fuéramos a acabar así. —Negué con la cabeza, tratando de encontrar las palabras, pero estaban atrapadas bajo una marea creciente de ira—. Me recuerdas a la chica de la que intentabas huir. —Su voz era ahora más tranquila, sus ojos me estudiaban de una forma que me helaba la sangre.

Yo conocía a esa chica de la que hablaba. No era la chica del castillo a la que había visto marchitarse; no era la chica que había estado encerrada en una jaula dorada, esperando a ser torturada por hombres poderosos. Se refería a la chica de las calles, la que había luchado por permanecer oculta, la que había luchado por sobrevivir. La que nunca había querido el poder, la que nunca había querido la guerra. La chica que solo había querido ser libre. Apreté los puños a

los costados y los nudillos se me pusieron blancos.

Él ya no tenía derecho a hablar de esa chica.

—Te quedaste de brazos cruzados mientras mi padre me destrozaba —susurré, con la voz temblorosa por la furia que apenas podía contener.

El cuerpo de Micah se tensó. Tragó saliva con dificultad.

—Lo sé. —Esa confesión me dejó sin aliento. Me había preparado para escuchar excusas, justificaciones, un intento desesperado por reescribir la verdad. Pero, en cambio, solo había encontrado el peso de su culpa. Micah espiró con fuerza y negó con la cabeza—. ¿Crees que no me odio por eso? ¿Por cada momento que me quedé allí, mirando? No tuve otra opción, Verena.

—Siempre hay otra opción —le espeté, con una voz que restalló entre nosotros como un latigazo—. Podrías haberme ayudado.

No pestañeó.

—Lo hice una vez. —El aire se me escapó de los pulmones; quería gritar—. Te ayudé —continuó, con voz ronca—. Te cuidé en las calles. Te enseñé a esconderte, a sobrevivir. —Su voz se quebró y apretó los puños como si así pudiera obligarse a mantenerse firme—. ¿Y para qué? ¿Para que volvieras a caer en sus manos, para que te sumergieras en esta maldita rebelión en la que nunca quisiste participar? —Su expresión se torció, como si las palabras le supieran a ceniza en la boca. Micah apartó la vista y se quedó mirando la pared, como si pudiera ver el pasado grabado en la piedra—. A mí también me destrozaron, ¿sabes? —confesó—. La noche en que te arrestaron, la noche en que sus soldados me detuvieron… —Tragó saliva con dificultad, como si le costara mucho esfuerzo pronunciar las palabras—. Las cosas que tu padre me hizo… No fui lo bastante fuerte. No lo fui… —Se interrumpió de nuevo—. Les conté cosas que no debía. Sobre ti, sobre nuestro escondite.

Se me revolvió el estómago.

—Me delataste.

Micah se estremeció de forma apenas perceptible, pero yo lo vi.

—Sí —admitió, y pude oír la agonía en esa sola palabra—. Tu padre me arrancó la verdad de los labios, aunque intenté no revelarla. Le dije que habías huido, que habías estado viviendo en la ciudad todo ese tiempo. Le hablé de la marca de la rebelión que te había hecho como último intento por salvarte si la rebelión te encontraba.

Instintivamente, me rodeé la muñeca izquierda con los dedos, pasando el pulgar por la tinta que Micah había grabado en mi piel hacía tantos años. Él

dio un paso hacia mí y yo me eché hacia atrás antes de poder evitarlo; mi cuerpo reaccionó por instinto, como si él siguiera siendo el hombre que estaba en el palacio de mi padre, como si siguiera siendo el que se había quedado mirando mientras yo gritaba.

Micah se quedó paralizado, y durante un momento ninguno de los dos dijo nada.

La caverna parecía demasiado pequeña, el aire, demasiado denso.

—Yo… —Mi respiración se aceleró y sentí las costillas apretándome los pulmones.

Había pasado tantas noches considerando a Micah mi refugio seguro… Pero ya no sabía quién era: si el chico que me había protegido en las calles, el hombre que me había traicionado en el palacio o el fantasma que estaba ante mí, lleno de remordimientos.

Micah tragó saliva y dio un pequeño paso atrás, como si acabara de darse cuenta de lo que había sucedido. Como si hubiera visto el destello de miedo en mis ojos y no pudiera soportarlo.

—Verena… —suspiró Micah, como si no pudiera mirarme cuando dijera lo que iba a llegar a continuación—. Yo no era solo un chico que te encontró en la calle. —Su voz era ahora más baja, como si se estuviera obligando a pronunciar esas palabras—. No era solo tu amigo.

Me quedé paralizada.

—¿Qué?

Micah dudó, moviendo los dedos nerviosamente a los lados antes de soltar un suspiro lento, como si se estuviera preparando para dar un golpe.

—Mi deber era protegerte, y le fallé.

Sus palabras no tenían sentido, y solté una risa aguda e incrédula.

—¿De qué demonios estás hablando?

Micah tensó la mandíbula.

—Tu madre —dijo lentamente, con cuidado—. La reina y Elis. —Sus ojos se desviaron hacia donde acababa de dejar a la abuela de Dacre—. Ellas me confiaron tu cuidado.

La caverna se cernió sobre mí y mi estómago se contrajo violentamente; el pulso rugió en mis oídos.

—No. —Negué con la cabeza, dando un paso atrás—. No, eso no es…

—Es la verdad —me interrumpió, con una voz más firme que la mía—. Soy de Veyrith, Verena.

Apenas podía oírlo.

Todo mi ser se retorció, se rebeló contra las palabras que salían de su boca.

Había creído que Micah y yo éramos dos personas perdidas que se habían encontrado entre los escombros de sus vidas y que se habían protegido mutuamente. Pero había sido una mentira desde el principio: yo no era su amiga, no era su familia. Era un deber. Una responsabilidad. Una carga.

—Me estabas protegiendo —susurré, con voz muy baja—. Todo este tiempo, solo estabas…

Micah tragó saliva.

—No quería decírtelo —admitió—. Porque después de un tiempo… —Frunció el ceño y su voz se volvió áspera—. Te convertiste en mi familia.

No era suficiente. Nada iba ser nunca suficiente para borrar la traición que ardía en mis venas, incendiando todo lo que creía saber. Lo miré fijamente, al chico a quien le había confiado mi vida, el chico que me había ayudado a descubrir la verdadera libertad. Y solo lo habían enviado para vigilarme.

Micah me estudió atentamente, leyendo las emociones que se reflejaban en mi rostro.

—Yo también era poco más que un niño, Verena. Me pidieron que te cuidara, pero no entendí por qué hasta que me di cuenta de quién eras.

Solté un suspiro agudo. Él siempre lo había sabido. Lo había sabido todo el tiempo.

Odiaba la forma en que se me retorcía el estómago, odiaba el dolor que sentía en el pecho.

—Confié en ti. —Las palabras fueron un susurro. Un susurro hueco y doloroso.

Micah apretó los puños.

—Lo sé, y lo siento.

Espiré bruscamente, con los ojos ardiendo.

—¿Por qué me cuentas esto ahora?

Su expresión cambió, apretó la mandíbula y su cuerpo se tensó tanto que parecía que no respiraba.

—Por mi hermana —dijo con voz ronca y destrozada—. Verena, tengo que ir a por ella.

Parpadeé, sintiendo cómo el fuego en mis venas ardía con más intensidad.

—¿Qué?

Los dedos de Micah se crisparon y tragó saliva.

—El rey todavía la tiene. —Su voz tembló, solo un poco—. Tu padre la tiene. Ni siquiera sé si sigue viva.

Algo se rompió en mi pecho. Había pasado mucho tiempo tratando de no preocuparme por lo que le sucedía, tratando de separar la parte de mí que aún sentía algo por Micah de la que sabía que me había traicionado.

Pero aquello era diferente, porque yo sabía lo que era estar atrapada en ese palacio, sentir el peso de la crueldad de mi padre como si sus manos estuvieran constantemente alrededor de mi cuello.

—Micah, no puedes regresar allí.

—No tengo otra opción. —Su tono era bajo y desesperado—. Me fui para ayudarte a escapar, porque Dacre había llegado y yo no podía aguantar más. Te estaba matando. —Suspiró y le temblaron las manos—. Aceptó dejarla vivir, pero solo si yo obedecía, solo si lo ayudaba a doblegarte. Y si no regreso pronto, Verena, ella no sobrevivirá. —Se me hizo un nudo en la garganta y la magia vibró dentro de mí, dolorida y enfurecida. Todo el control que acababa de sentir en aquella cueva desapareció—. Haré lo que sea necesario. Mentiré, robaré, traicionaré… No puedo perderla.

Había pasado mucho tiempo odiándolo, resentida con él, pero él no había tenido otra opción. Al igual que yo, no había tenido otra opción.

Un sentimiento mal recibido de comprensión se apoderó de mí. Micah y yo habíamos recorrido caminos diferentes, pero nos habían llevado al mismo lugar: a una prisión de la que ninguno de los dos había escapado en realidad.

Todo lo que creía saber sobre Micah, sobre nosotros, se había desmoronado ante mis ojos, dejando tras de sí algo crudo y expuesto.

Lo habían enviado para protegerme. Él sabía lo que yo era antes que yo misma. Me había mentido, pero también había sufrido.

Me obligué a inspirar hondo para tratar de soltar el peso que me oprimía las costillas, las emociones que me estrangulaban la garganta.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Porque, a pesar de lo que puedas pensar, yo creo en ti. —Su expresión se torció, y algo afilado brilló en sus ojos—. Ya vi arder a Veyrith. Vi cómo mis padres se marchitaban con ella.

Otra mentira. Otra cosa que creía saber sobre él, pero que no era así.

—Eres la única que puede detenerlo, Verena —dijo con voz áspera—. Pero necesito que sepas, necesito que entiendas que si tengo que elegir entre salvarla a ella o salvar tu rebelión… —apretó los puños—, no habrá elección.

El silencio se extendió entre nosotros, y él dio un paso atrás, luego otro. Sus ojos se posaron en mí durante un largo momento, y, cuando no dije nada, se dio la vuelta y se alejó.

Tragué saliva con dificultad, reprimiendo la maraña de emociones que se me atragantaban en la garganta.

—¡¿Por qué no me lo dijiste?! —le grité—. ¡¿Por qué no me buscaste en cuanto llegaste aquí y me hablaste de ella?!

Micah se detuvo, tenso, justo antes de que la cueva se curvara y lo hiciera desaparecer de mi vista. Al principio no me miró, no se volvió hasta que el silencio se hizo tan tenso que pensé que podría romperse. Entonces, por fin, se dio la vuelta.

—Dejé que te torturara. —Su voz era tranquila, áspera—. Me quedé allí plantado y no hice nada mientras gritabas. —Un estremecimiento recorrió su cuerpo—. No quería añadir otra carga que tuvieras que soportar —admitió, y tragó saliva con dificultad—. Otra cosa que te destrozara.

Me echó un último vistazo y se fue.

21

VERENA

Me movía por las calles, arrastrando los pies y con la mente acelerada. El cansancio se había apoderado de mí, desde el entrenamiento, de la conversación con Micah, pero lo ignoré porque podía sentir que Dacre se acercaba.

La marca en mi muñeca vibraba, débil y constante. Una cuerda se extendía entre nosotros, una que tiraba de mí hacia él, incluso mientras mi mente estaba agitada con todo lo que había sucedido. El sacrificio de mi madre, la crueldad de mi padre, las mentiras de Micah y el peso de la rebelión… Todo estaba sobre mis hombros como una espada apuntando a mi cuello.

Mis dedos se cerraron alrededor de mi muñeca, ocultando la marca dorada bajo la manga. No quería que ninguno de ellos la viera. No estaba preparada para que el resto de la rebelión nos cuestionara o murmurara a nuestras espaldas o temiera lo que significaba.

Por ahora seguía siendo nuestra. Nuestro vínculo, nuestro matrimonio y nuestro secreto. Y quería que siguiera siendo así.

Me abrí paso entre los rebeldes que se movían por la ciudad.

Los susurros me seguían como siempre, como lo habían hecho desde el momento en que había vuelto a poner un pie en ese lugar.

Los aterrorizaba, y no había nada que pudiera hacer, nada que pudiera decir para cambiarlo.

Aceleré el paso, con la respiración entrecortada y el cuerpo aún vibrando con los restos de magia. Pero por mucha distancia que pusiera entre el campo de entrenamiento y yo, no podía escapar del peso de lo que Micah había dicho. *«Otra cosa que te destrozara».*

Cerré los ojos con fuerza, tratando de olvidar esas palabras, pero se aferraron a mí.

Mi madre y la abuela de Dacre habían puesto a Micah en mi camino. Él supo la verdad sobre mí antes que yo. Me había visto luchar, me había visto pasar

hambre, me había visto sufrir mientras guardaba ese secreto en su interior.

Y luego, cuando mi padre lo había llevado a rastras al palacio, cuando lo había torturado, me había traicionado. Pero no le habían dado otra opción.

Esa idea me inquietaba, me retorcía por dentro.

Inspiré hondo cuando el edificio de los guerreros apareció ante mis ojos, con sus pesadas puertas alzándose frente a mí. Ya estaba cerca. Dacre estaba cerca.

Podía sentir cómo me buscaba a través del vínculo. Podía sentir su firmeza, la forma en que su presencia se enroscaba en mí como si pudiera protegerme.

Extendí la mano hacia la puerta, pero antes de que mis dedos pudieran rozar el pomo, una voz flotó en el aire. Baja. Aguda. Familiar. Davian. El padre de Dacre.

Me quedé paralizada. No había visto a ese hombre desde que habían decidido que podía quedarme; no había querido enfrentarme a él, pero en ese momento algo dentro de mí se removió al oír el murmullo de su voz, cargada de frustración.

Lentamente, me volví hacia el sonido, siguiéndolo por un estrecho camino hasta la puerta de un pequeño edificio tallado en piedra, y allí fue donde los vi. Cinco hombres apiñados alrededor de una mesa de madera desgastada, vestidos con sus gastadas prendas de cuero.

El padre de Dacre estaba sentado a un lado, con las manos apoyadas en la mesa y los dedos curvados contra los bordes del mapa que tenía delante. La tensión en sus hombros y la expresión severa de su mandíbula me dijeron todo lo que necesitaba saber. No se trataba de una simple conversación. Era una estrategia. Eran los planes de una guerra.

Di otro paso lento hacia delante, manteniéndome en las sombras, con el cuerpo pegado a la fría pared de piedra.

—… demasiado peligroso —dijo uno de los hombres, inquieto.

—Es la heredera legítima —replicó otro—. La única heredera que gran parte de este reino aceptaría.

—Solo de nombre —replicó Davian, pasando los dedos por el mapa—. No necesitamos una reina, y desde luego no necesitamos una que sea parte del rey que la precedió. Puede que la mitad de este reino solo la acepte a ella, pero la otra mitad lo prohibirá.

El corazón me latía con fuerza contra las costillas.

Otro hombre soltó una risa burlona.

—Te guste o no, tu hijo parece creer lo contrario, y nuestro pueblo está

atento, observándola. Si deciden seguirla…

—No lo harán —interrumpió el padre de Dacre, con voz firme.

—¿Y si lo hacen? —Las palabras del segundo hombre fueron cuidadosamente sopesadas, con un sutil desafío flotando en el aire.

El silencio se extendió entre ellos, y pude oír mi propia respiración temblorosa en la quietud. Entonces, lentamente, Davian se enderezó. Sus movimientos eran rígidos y controlados.

—Entonces, tomaremos la decisión por ellos.

Mi magia se encendió y la marca en mi muñeca ardió como si me la estuvieran grabando a fuego en la piel de nuevo.

—¿Qué estás sugiriendo? —se atrevió a preguntar uno de los hombres.

El padre de Dacre dudó solo un instante, un momento que pareció prolongarse hasta la eternidad antes de volver a hablar.

—La eliminaremos antes de que se convierta en una amenaza aún mayor de lo que ya es.

Sabía que no confiaban en mí, que temían mi poder, pero oírselo decir tan claramente, oír la decisión en su voz…

Me obligué a respirar con calma. Obligué a mi magia a permanecer encerrada bajo mi piel.

Había pasado toda mi vida sintiéndome como una prisionera, primero en el palacio de mi padre, luego en la desconfianza de la rebelión y ahora en el miedo de los demás a lo que me estaba convirtiendo. Pero ya estaba harta de dejar que me controlaran. Estaba harta de esconderme.

Mi vida había estado gobernada por hombres que creían que podían decidir mi destino por mí, pero mi destino no era suyo, no estaba en sus manos. Nunca lo había estado.

Entonces, di un paso adelante.

En el momento en que mis botas rozaron la piedra, todas las cabezas de la sala se volvieron hacia mí.

Dejé que el silencio se prolongara, dejé que sintieran mi presencia antes de alcanzar la única silla libre y arrastrarla por el suelo. El ruido fue ensordecedor. Estridente.

Lentamente, me senté junto a Davian.

Él no se inmutó, no apartó la mirada, pero vi un ligero cambio en su postura, en la forma en que se echó hacia delante para impedirme que viera el mapa.

Ladeé la cabeza y dejé que mi mirada se posara perezosamente sobre la mesa.

—¿Qué es eso? —pregunté con voz suave y tranquila.

—No es asunto tuyo —respondió rápido. Demasiado rápido.

—Según tú, no soy más que una heredera moribunda. —Me recosté en la silla, crucé las piernas y apoyé un tobillo en la rodilla, mirándolo a los ojos—. ¿Qué ibas a tener que ocultarme?

El padre de Dacre no se movió.

—Ten cuidado, chica —murmuró con tono tranquilo y peligroso—. No tienes ni idea de este juego.

Me moví en mi asiento, echándome un poco hacia delante.

—¿Y qué juego es ese? —Tensó la mandíbula, pero yo no me detuve—. ¿Es ese juego en el que yo derramo mi sangre por mi reino mientras tú permaneces oculto debajo de él?

Sus fosas nasales se dilataron.

—¿Perdón?

—Crees que sabes lo que es mejor para este reino, pero ¿lo has visto siquiera a la luz del día? —Mi voz se agudizó y mi magia se removió en mi interior—. ¿Sabes siquiera por qué estás luchando? ¿Por quién estás luchando?

Uno de los hombres inspiró bruscamente, pero los fríos ojos del padre de Dacre no se apartaron de los míos.

—Confías demasiado en las historias, muchacha. Te han llenado la cabeza con ellas y te han hecho creer que eres algo que no eres. —Apoyó los codos en la mesa y me estudió con atención—. Las profecías son las oraciones desesperadas de aquellos que no tienen la fuerza para labrarse su propio futuro.

Mi magia no había dejado de moverse dentro de mí y, por un momento, quise desatarla sobre él para que sintiera exactamente lo que yo sentía.

—Esas plegarias… ¿son las mismas que pronunció tu esposa cuando quería un futuro mejor para tu pueblo, para sus hijos? —Vaciló y, por primera vez, vi una grieta en su máscara. Imité su postura—. Tu esposa, una hija de Veyrith, como yo. Una mujer del mismo reino que mi propia madre. Una mujer que luchó contra el mismo rey que mi propia madre. Para mí eso no es una historia sin importancia. Es el destino.

Rechinó los dientes, y prácticamente pude ver cómo asimilaba mis palabras y elaboraba la respuesta en su mente, como si estuviera afilando un arma.

—Tu madre no hizo nada para luchar contra el rey. No hizo nada para detener la guerra. —Se mordió el labio inferior. Sentí las miradas de todos los demás hombres clavadas en mí—. Hablas del destino, pero las dos madres están muertas. Las dos murieron a manos de tu padre.

—¿Y tus manos están limpias? —Mi voz era tranquila, mesurada, pero la magia que había dentro de mí no lo era. Bajé la mirada hacia sus manos, que tenía ante sí, y él las cerró—. Mi padre morirá por lo que ha hecho. —Las palabras se asentaron en mi interior, se estrellaron contra mi pecho y sentí su verdad en lo más profundo de mi ser—. ¿Qué precio pagarás tú?

Tensó la mandíbula, pero no dijo nada. Los hombres que nos rodeaban se movieron; su inquietud crepitaba en el aire como una tormenta inminente. Entonces, unos pasos resonaron detrás de mí.

No me di la vuelta, no hacía falta. Lo sentí en el momento en que entró en la estancia, en el momento en que la tensión a mi alrededor cambió, en el momento en que el hilo que nos unía se tensó.

Dacre.

Sus dedos se aferraron al respaldo de mi silla. Sus labios me rozaron el hombro, un contacto ligero como una pluma, pero que me provocó un escalofrío agudo por la espalda.

Y supe, incluso antes de ver su rostro, incluso antes de levantar la vista hacia los hombres que seguían observándonos, que todo estaba a punto de cambiar.

22

DACRE

Me dirigía hacia el campo de entrenamiento cuando lo sentí. Me ardió la marca de la muñeca con una vibración sorda e insistente, como si tirara de mí.

Verena.

No sabía cómo explicarlo, pero sentía que algo iba mal, como si ella me estuviera llamando a través de nuestro vínculo.

Nunca había sentido nada parecido, y, cuando la marca me quemó la piel, apenas pude respirar.

Wren y yo estábamos explorando el perímetro de la ciudad oculta cuando lo noté. Vigilábamos las lindes del bosque en busca de cualquier señal del padre de Verena o de sus guardias, pero no había nada. No había explorado ni una sola vez desde que habíamos regresado a la ciudad oculta, me había basado únicamente en la información de mi padre, pero cuando había encontrado su nota esa mañana, cuando había pasado por delante del campo de entrenamiento y la había visto con Kai, había sentido la necesidad de confirmarlo con mis propios ojos.

Necesitaba calmar las pesadillas que estaba creando en mi mente, en las que él se acercaba a por ella.

Pero entonces nuestro vínculo espiritual me había golpeado con fuerza y casi me había tirado al suelo, y la marca en mi muñeca no había dejado de arder desde entonces.

Volví a las cuevas tan rápido como pude y maldije al tener que abrirme paso entre la gente en las calles. Me moví más rápido y el sonido de mis pasos firmes retumbó contra la piedra. Cuanto más me acercaba, más fuerte se hacía la sensación. No notaba solo el pulso del vínculo, sino también algo más. Algo más frío.

Unas voces llegaron hasta mí desde una estrecha calle lateral. Graves, pesadas, familiares. La sensación en mi marca se hizo más fuerte al reducir la velocidad. Entonces oí su voz, la voz de mi padre.

Me acerqué, manteniéndome oculto en las sombras, con la respiración firme a pesar de la tormenta que se desataba en mi interior.

—Las profecías son las oraciones desesperadas de aquellos que no tienen la fuerza para labrarse su propio futuro.

Me quedé inmóvil. Las palabras estaban impregnadas de burla, eran despectivas de una manera que me hizo hervir la sangre, pero antes de que pudiera procesarlas, otra voz atravesó el espacio que nos separaba. La de ella.

—Esas plegarias… ¿son las mismas que pronunció tu esposa cuando quería un futuro mejor para tu pueblo, para sus hijos? —No podía moverme. Ella estaba allí. Estaba con él y estaba hablando de mi madre—. Tu esposa, una hija de Veyrith, como yo. Una mujer del mismo reino que mi propia madre. Una mujer que luchó contra el mismo rey que mi propia madre. Para mí eso no es una historia sin importancia. Es el destino.

En ese momento pude sentirla con mucha fuerza en nuestro vínculo, sentir su ira y cómo su magia quería escapar, cómo hizo que la mía cobrara vida de una manera que nunca antes había sentido.

—Tu madre no hizo nada para luchar contra el rey. No hizo nada para detener la guerra. —Mi padre hizo una pausa y yo me acerqué, mirando dentro de la sala. Había otros hombres, otros miembros de la rebelión, pero ninguno de ellos habló. Todos la miraban a ella—. Hablas del destino, pero las dos madres están muertas. Las dos murieron a manos de tu padre.

Las palabras de mi padre me dejaron sin aliento, o tal vez fue ella. No podía distinguir la diferencia, no sabía cuál de los dos estaba reaccionando, cuál de los dos de repente no podía respirar.

—¿Y tus manos están limpias? Mi padre morirá por lo que ha hecho. —Sus palabras brotaron de sus labios como veneno, y me di cuenta de que nunca se las había oído decir. El rey era su padre, y yo quería destruirlo por lo que había hecho, pero siempre había habido miedo en su voz cuando la oía hablar de él. En ese momento no sentía su miedo. No sentía más que su ira—. ¿Qué precio pagarás tú?

Mi padre no respondió de inmediato. Un silencio impactante se extendió entre ellos, y yo no estaba dispuesto a esperar su respuesta.

Di un paso adelante y, en el momento en que mis botas tocaron la piedra, ella me sintió.

Enderezó la espalda y flexionó dedos que descansaban sobre la mesa.

No se volvió, pero lo sabía. Podía sentir en nuestro vínculo que lo sabía. Y

mi padre también lo sabía.

Su mirada aguda se dirigió hacia mí y rechinó los dientes ante mi presencia. Avancé con pasos lentos y deliberados, sin apartar los ojos de los suyos mientras atravesaba la estancia. La tensión en el espacio se intensificó, los hombres alrededor de la mesa nos observaron como presas acorraladas.

Llegué a la silla de Verena, cerré los dedos alrededor del respaldo y dejé que sintieran el peso de ese pequeño gesto posesivo, dejé que lo vieran.

Me agaché y la besé en el hombro, y un estremecimiento recorrió su cuerpo, tan leve que casi no pude sentirlo. Pero ella siguió sin volverse hacia mí: no le hacía falta.

Seguía mirando a mi padre, y yo también. Me quedé detrás de ella, sin decir nada.

Dejé que el silencio se prolongara, dejé que mi padre sintiera el peso de mi presencia detrás de ella, dejé que comprendiera que esa no era una pelea que fuera a ganar.

Verena ladeó un poco la cabeza, con los dedos aún apoyados en la mesa, como si ella también estuviera esperando, esperando a ver si mi padre tenía algo más que decir. Lo había desafiado. Le había sostenido la mirada. Dioses, era magnífica.

Finalmente, me moví, lento y controlado, y extendí la mano hacia ella. Ella entrelazó sus dedos con los míos sin dudarlo, y yo recorrí con mis dedos la tela de su manga, donde sabía que la marca dorada de nuestro vínculo espiritual aún ardía bajo su piel.

—Por favor —dije lentamente, mirando directamente a mi padre—. No pares por mi culpa. —La expresión de mi padre apenas cambió, pero yo lo vi, la forma en que se le tensó la mandíbula. Estaba furioso. Los demás hombres se movieron inquietos en sus asientos, paseando la vista de mi padre a mí como si esperaran a que uno de nosotros hablara—. ¿No dices nada? —reí, pero no había ni una pizca de humor en el sonido—. Así que había una razón por la que no me has invitado a esta reunión.

Mi padre se recostó en su silla, con sus ojos clavados en mí.

—Hay conversaciones que ya no requieren tu presencia, hijo.

Esa palabra, «hijo», me atravesó, pero la dejé pasar, como si no significara nada. Ya no era el niño pequeño que aún temía a su padre.

—¿Pero la suya sí? —pregunté, señalando con la barbilla a Verena.

Algo agudo brilló en su expresión, pero lo ocultó rápidamente.

—Ella ha venido por su propia voluntad.

Verena levantó la vista y sentí un nudo en el estómago cuando sus labios esbozaron una sonrisa.

—Es cierto. —Asintió y se volvió por fin hacia mí—. Los he interrumpido groseramente después de escucharlos debatir sobre mi futuro.

—Estábamos hablando del futuro de la rebelión. —Mi padre dio un golpecito con los dedos sobre la mesa, apenas controlándose, antes de dirigir su mirada hacia Verena.

—¿Y qué habíais decidido? —Un tenso silencio se apoderó de la sala ante su pregunta. *Malditos cobardes*—. Ah, claro —continuó ella como si ninguno de ellos estuviera conteniendo la respiración—. Hubo un pequeño debate sobre si tu gente me aceptaría. —Me echó una rápida ojeada antes de volverse de nuevo hacia mi padre—. Pero al final se decidió que tu padre les quitaría esa opción.

Solté un suspiro largo y deliberado, mientras pasaba mi mano libre por la madera rugosa del respaldo de su silla, notando sus bordes tallados en la palma. Eso me tranquilizó un poco, se grabó en mi mente mientras intentaba mantener un poco de compostura ante lo que acababa de decir. Pero al mirar a mi padre, supe que era inútil.

—Deberías reunirte con mi padre —dijo Verena con naturalidad, estrechándome la mano con más fuerza—. Tiene mucha experiencia en no permitir que su gente tenga voz. Podría darte algunos consejos.

El rostro de mi padre se contorsionó de rabia, frunció el ceño, apretó la mandíbula y entrecerró los ojos hasta convertirlos en dos rendijas ardientes. Su fachada de control tranquilo, cuidadosamente elaborada, se hizo añicos, revelando la verdadera emoción que hervía en su interior.

—¿Crees que eres el futuro de este reino? —le espetó, mirándola como si ella no fuera digna siquiera de sentarse frente a él.

Ella no dudó. Era como si ni siquiera se hubiera dado cuenta de su ira.

—Sé que lo soy. —Tensé los dedos contra el respaldo de su silla.

Mi padre espiró por la nariz.

—¿Por una profecía?

Verena ladeó la cabeza; en ese momento parecía tan poderosa, tan regia…

—Porque es su destino —respondí antes de que ella pudiera hacerlo—. Puedes luchar contra ello todo lo que quieras, pero Verena será la próxima reina de Marmoris. —Uno de los hombres soltó una maldición, pero yo no me

detuve—. Es la heredera de nuestro reino. Es la heredera de Veyrith, y el destino la ha elegido.

Mi padre resopló.

—El destino. —La palabra estaba impregnada de desdén, y salió de su boca como si fuera algo repugnante—. No me arrodillo ante el destino ni ante una chica que apenas comprende el poder que ejerce. —Entrecerró los ojos y miró a Verena, y yo me puse tenso—. ¿Crees que te temo? ¿Que temo en lo que te puedes convertir? —Su mirada se posó en mí—. Solo temo que mi hijo esté demasiado ciego para ver lo que tiene ante sí. Una maldición en lugar de una reina. —La magia estalló dentro de mí. El vínculo cobró vida, mi marca ardió como una respuesta silenciosa al insulto que se había atrevido a pronunciar—. Nadie en esta rebelión te seguirá, ninguno de ellos se inclinará ante ti.

Verena solo sonrió. Una sonrisa lenta y letal antes de que su mano se deslizara de la mía y se echara hacia delante hasta que casi pudo tocar a mi padre.

—Tu hijo ya se inclina ante mí.

Alguien inspiró hondo. Alguien maldijo entre dientes.

Joder. Los va a volver locos.

—Nunca la consideraremos nuestra reina. —Me miró, ignorándola por completo—. Pase lo que pase, dé lo que dé. Prefiero ver su cabeza en una pica antes que con la corona puesta.

Las palabras retumbaron en la sala como un grito de guerra, una declaración que no podía deshacerse, y yo perdí los estribos. Rodeé la silla de Verena, protegiéndola mientras avanzaba hacia mi padre. Su asiento rozó ruidosamente el suelo mientras intentaba retroceder, pero sus esfuerzos fueron inútiles.

Mi mano se disparó hacia delante y se aferró a su camisa con firmeza. Lo pegué a mí con una fuerza que dejó nuestros rostros separados por solo un suspiro.

Entonces las palabras salieron de mis labios, palabras imbuidas del potencial de alterar el curso de la historia. Como una piedra lanzada a un estanque en calma, se propagaron hacia fuera, llevando consigo el peso de lo que habíamos hecho.

—Eres mi padre, pero si te atreves a volver a hablar así de mi esposa, te cortaré el cuello y pintaré esta ciudad con tu sangre. —El silencio que siguió fue tan intenso que presionó mis oídos hasta amenazar con romperlos. Levanté la otra mano y me subí la manga, dejando que la marca que brillaba

sobre mi piel quedara a la vista de mi padre—. No quiero que ni siquiera mires a mi alma gemela —gruñí, y la marca brilló con más intensidad, como si nuestra magia se hubiera enfurecido y quisiera atacarlo.

Mi padre ya no ocultaba su furia. Hirviendo de ira, clavó la vista en mi marca.

—¿Crees que unirte a ella cambiará algo? —siseó—. ¿Crees que la hará apta para gobernar?

Solté una risa baja y burlona.

—Lo cambia todo.

Verena se movió entonces, se levantó de su asiento y llegó ante mí con toda la gracia de una reina. Y, por los dioses, parecía la reina perfecta.

Me volví hacia mi padre y percibí cómo su ira bullía bajo la superficie, apenas contenida, apenas controlada. Bien. Que la sintiera. Que se ahogara en ella.

—Esta rebelión se basó en la idea de que nosotros forjamos nuestro propio futuro —dije, y mi voz retumbó en la caverna—. Que no nos gobiernan los caprichos de tiranos que toman lo que quieren y descartan el resto. —Mi mirada vagó por los hombres sentados a la mesa y luego volvió a posarse en mi padre. Y entonces, metí el dedo en la llaga—. Pero aquí estás, decidiendo el destino de Verena como si ella no tuviera voz ni voto. Como si no estuviera delante de ti, luchando más duro que cualquiera de vosotros.

Algunos de los hombres apartaron la vista, avergonzados, pero mi padre no.

—Ella es peligrosa —espetó—. Y tú estás ciego.

—Ahora veo con más claridad que nunca. —Bajé la voz y levanté más la muñeca para que la marca dorada brillara a la luz de las antorchas—. La marea ya ha cambiado. La tormenta que temíais ya está aquí. —El rostro de mi padre se contrajo y los hombres sentados alrededor de la mesa evitaron mi mirada—. Ella es mi destino, mi futuro —dije en voz baja, con palabras tan afiladas como una espada—. Y solo la sirvo a ella.

Me giré y levanté la barbilla, dándoles un tiempo para que mis palabras calaran en ellos. Luego llegué junto a Verena, que se apoyó en mí. Me cogió de la mano, les dimos la espalda y fuimos hasta la salida de la sala. Pero antes de llegar reduje el paso y miré por encima del hombro. En otro tiempo había respetado a todos los hombres que estaban ahí y había seguido sus órdenes como si fueran dioses. Pero en ese momento ningún dios me devolvió la mirada.

—Vuestra futura reina se marcha —anuncié con tono firme, y sentí cómo

Verena se tensaba a mi lado. Sentí cómo su magia absorbía mis palabras y se replegaba, como si también estuviera esperando a ver qué iba a hacer yo—. Arrodillaos.

Hubo un momento de silencio antes de que oyera la risa de mi padre; tenía los puños apretados, con los nudillos blancos contra su piel.

Pero, uno a uno, los demás se pusieron en pie, dubitativos, paseando la vista de mi padre a Verena, hasta que, por fin, el primero de ellos se arrodilló. Verena me tiró de la mano, pero yo no me moví. Otro se arrodilló en el suelo. Y otro más.

Verena inspiró bruscamente a mi lado, pero no dijo nada cuando el último hombre se puso de rodillas por fin. Todos estaban en el suelo salvo uno: mi padre.

Él seguía sentado. Seguía furioso. Estaba muy erguido, con los hombros tensos en un desafío inflexible. Nunca iba a inclinarse ante ella. Lo sabía sin necesidad de oírselo decir.

—Cuidado —murmuró entre dientes—. Estás en mi ciudad, en mi rebelión. —La furia de su expresión podría haber derretido las piedras, pero me daba igual.

Me aparté de él y me llevé la mano de Verena a la boca. La besé en los nudillos, lentamente, con reverencia.

Luego miré a mi padre por última vez antes de sacarla de ahí.

23

VERENA

La ciudad llevaba días inquieta; no era algo tangible ni visible, pero podía sentirlo: un murmullo en las calles, un cambio en la forma en que se movía la gente. Las conversaciones eran más silenciosas, las miradas, más agudas, la tensión se asentaba como polvo en el aire.

Había pasado los últimos días entrenando, forzando mi cuerpo hasta el agotamiento, sometiendo mi magia. Pero por mucho que me esforzara, no podía quitarme de la cabeza la sensación de que algo estaba por llegar. Y no era la única que lo sentía.

Dacre había estado hablando con los exploradores con más frecuencia, su paciencia era más escasa de lo habitual, sus dedos se movían nerviosamente hacia su espada antes de retirarse. Podía sentirlo a través del vínculo, a través de la forma en que nuestra magia se entrelazaba, inquieta y a la espera.

La guerra se acercaba más rápido de lo que ninguno de los dos quería admitir, y cuando Dacre salió de nuestra habitación esta mañana para explorar, supe en mi interior que no nos iba a gustar lo que encontrara.

En ese momento, mientras iba hacia el campo de entrenamiento, me invadió el pánico. No lo había visto desde que había regresado. Había sido Wren quien me había dicho que había convocado una reunión; Wren, cuyos rasgos reflejaban la misma preocupación que yo sentía.

Entré en la cueva que había empezado a considerar mi segundo hogar, y ya estaba llena.

Dacre junto a la pared del fondo, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro adusto, estudiando a los rebeldes que tenía ante sí. Su abuela estaba a su lado, silenciosa e inmóvil, con sus ojos plateados brillando bajo la luz de las antorchas.

A la derecha de la sala, Liya se apoyaba contra la pared, y me miró cuando entré.

La cueva estaba llena de más rebeldes de los que jamás había visto juntos en

un solo lugar. Varios de los miembros más antiguos de la rebelión estaban juntos, con la postura rígida y los puños a los costados. Pero otros, los rebeldes más jóvenes, los que habían crecido con Dacre, se mantenían más cerca de él, observando a los demás con ojos cautelosos.

Había una clara división que no había notado hasta entonces.

Un murmullo recorrió la sala cuando me acerqué a Dacre. Sentí el peso de sus miradas sobre mí, algunas con odio, otras con abierta desconfianza y otras con aprensión.

Pero, por primera vez, también sentí algo más: expectación.

La noticia de nuestra unión se había extendido por la rebelión como un incendio que arrasa un bosque seco, y aunque no tenía ninguna duda sobre las decisiones que habíamos tomado, la inquietud por sus reacciones me provocaba un nudo en la garganta.

No me habían aceptado como uno de ellos, y dudaba que alguna vez lo hicieran. Pero Dacre era la rebelión, y siempre lo había sido.

No importaba que hubiera traicionado su confianza, que los hubiera traicionado a los ojos de algunos, seguía siendo uno de ellos. Y era parte de mí.

Dacre espiró y sus hombros se relajaron un poco cuando me vio. La marca que nos unía ardió cuando sus ojos se encontraron con los míos, y pude sentir su inquietud a través de nuestra magia cuando llegué a su lado.

Su mano encontró la mía y me la estrechó antes de subir por mi piel para recorrer distraídamente mi marca.

—¿Va todo bien? —le pregunté en voz baja, y cuando me miró, supe la respuesta.

—Llegas tarde —respondió, con una sutil diversión entretejida en la seriedad de su tono.

Arqueé las cejas, con una sonrisa juguetona en la comisura de los labios, cuando deslicé lentamente mis brazos alrededor de su cintura.

—No sabía que esto fuera un evento decidido con antelación.

Él se relajó al instante y me rodeó con sus brazos para pegarme a su pecho.

—Hablaba de ella —susurró, y señaló con la cabeza a su hermana, que acababa de sentarse a su lado.

—¿De mí? —preguntó Wren, alzando la voz hasta casi gritar mientras se señalaba el pecho—. En primer lugar, no soy tu recadera. En segundo lugar, intenta decirle a Kai cuando está de mal humor que necesitas que asista a una reunión de la que en realidad no tienes ni idea de qué se trata.

Tenía razón. Kai había estado especialmente malhumorado ese día, con el genio a flor de piel mientras entrenábamos, y me había exigido más de lo que esperaba. Lo mismo había hecho la abuela de Dacre.

—¿Dónde está? —preguntó Dacre, escudriñando la sala por encima de mi cabeza, buscando a su amigo.

—Acaba de entrar —respondió Wren, sin apartar la vista de su hermano.

Miré por encima del hombro y vi a Kai entrando en la sala. Tenía el pelo oscuro mojado y revuelto, y llevaba ropa limpia. En su rostro se reflejaba la determinación, una expresión familiar que, según había descubierto, solía mostrar a menudo, y recorrió la sala con la mirada hasta que por fin encontró a Wren.

No tardó mucho en llegar hasta nosotros ni en situarse al lado de Wren.

—Lo siento —murmuró con voz grave y ronca—. Tenía que ocuparme de algo.

Dacre asintió con complicidad.

—Prepárate.

—Siempre estoy preparado —respondió Kai al instante, y se puso frente a Wren con actitud protectora, hasta casi ocultarla del resto de la sala.

—¿Qué significa eso? —pregunté, dirigiéndome a los dos. Dacre me apartó un mechón de pelo de la cara y se agachó para darme un beso suave y prolongado en la comisura de los labios—. Dacre… —Pronuncié su nombre como una leve advertencia, pero él sonrió contra mis labios, burlón.

—¿Sí, esposa? —respondió con un tono juguetón.

Sentí una punzada de nostalgia e inquietud en las entrañas. Eso era todo lo que quería: él y yo, entrelazados, bromeando y jugando el uno con el otro, libres de las cargas del mundo. Pero incluso mientras esa tenue sonrisa bailaba en sus labios, podía sentir la tensión retorciéndose en su interior y su magia desperezándose, vigilante y lista para atacar.

A nuestro alrededor, la sala vibraba con un coro de murmullos, como una inquietante sinfonía de fantasmas que arañaban los bordes del sueño al que me aferraba desesperadamente.

Volvió a besarme y yo le clavé los dedos temblorosos en la espalda. Llevó los labios hasta mi oreja y me dio otro beso debajo del lóbulo, provocándome un escalofrío que me recorrió la piel.

—Todo va a salir bien —susurró suavemente, estrechándome con fuerza entre sus brazos. Cerré los ojos y me dejé llevar por él, permitiendo que sus

palabras me calmaran—. Somos tú y yo. Fuera de eso, nada más importa.

Tenía razón, lo sabía, pero incluso mientras lo abrazaba, no podía sacudirme la inquietud que se apoderaba de mí.

Dacre se apartó lo suficiente para mirarme a los ojos, buscando algo intangible. Se agachó de nuevo y capturó una vez más mis labios en un tierno beso antes de separarse. Me senté junto a Wren y apoyé mi hombro contra el suyo. Dacre dio un paso adelante.

Su voz, cuando por fin habló, era tranquila, pero escondía un tono cortante.

—Hemos recibido noticias. —La sala quedó en silencio y hubo una pausa incómoda, como si todos estuviéramos esperando que cayera algo—. Algunos de vosotros ya habéis oído rumores, y son ciertos. —Me miró una vez, solo por un momento—. El rey está preparando algo. Y si no actuamos ahora, será demasiado tarde.

Un murmullo se extendió por la sala, pero apenas pude oír nada por encima del rugido de mi magia en los oídos.

—¡¿Qué significa eso?! —gritó un hombre, alguien a quien no reconocí—. ¿Qué está preparando?

Dacre tensó la mandíbula, pero antes de que pudiera volver a hablar, Eiran dio un paso al frente.

—Esta mañana nos han llegado noticias de la ciudad. Está en llamas. —Miró a Dacre, y me sorprendió que este le hiciera un pequeño gesto con la cabeza. Los miré a los dos con un cosquilleo de inquietud en la piel. Dacre me había dicho que antes confiaba en Eiran como en un hermano, pero que ya no era así. Y estaba claro dónde residía la lealtad de Eiran. ¿Por qué tomaba la palabra? ¿Por qué Dacre lo escuchaba?—. El rey ha empezado a asaltar las casas y a sacar a la gente de sus camas en plena noche. Los llevan a las mazmorras, o algo peor. —Espiró bruscamente—. Hay cadáveres colgados de las murallas del palacio.

Un escalofrío frío y punzante me recorrió el cuerpo, aguijoneándome la piel como alfileres gélidos. Las paredes parecieron cernirse sobre mí, asfixiarme, y el aire se volvió denso y sofocante, y mi respiración, entrecortada y superficial. La marca en mi muñeca ardía como si estuviera en llamas.

—Me está buscando. —Las palabras escaparon de mis labios antes de que me diera cuenta de que las había pronunciado.

Un murmullo recorrió la multitud, pero no pude oír lo que decían; no podía concentrarme en nada excepto en la magia que se movía dentro de mí. Y no

solo era la mía: la de Dacre también estaba allí, se deslizaba sobre la mía como si intentara calmarla, calmarme a mí.

Eiran asintió una vez, con la mandíbula apretada.

—Y está dispuesto a quemar su propia ciudad hasta los cimientos para encontrarte.

Sentí el cambio antes de verlo: los rebeldes más jóvenes se tensaron, los miembros más antiguos intercambiaron miradas, inseguros.

Dacre se volvió hacia la sala, con voz mesurada.

—Todos sabéis lo que esto significa. Es aquello para lo que nos hemos preparado.

Hubo un nuevo silencio antes de que se alzara otra voz que no pude decir de dónde procedía

—Entonces, tal vez deberíamos entregársela. Darle al rey lo que quiere.

Esas palabras me sentaron como un puñetazo que me robó el aliento.

Un lamento se escuchó en la sala; una bota raspó contra el suelo de piedra; alguien maldijo entre dientes.

La magia de Dacre azotó el aire y su cuerpo se tensó frente a mí. Lo sentí, no solo a través del vínculo, sino también a través de la fuerza bruta de su furia, que se filtraba en todo mi ser.

Su ira se retorcía como un ser vivo, salvaje y enfurecido.

—Repite eso —ordenó con voz baja y letal.

Se hizo un silencio sepulcral y, de pronto, lo entendí: había llegado el momento. Ese momento en el que iban a elegir luchar con nosotros… o contra nosotros.

Podía sentirlo tan claramente a través de nuestro vínculo, como si sus dedos envolvieran los míos. No era un roce fantasmal, era un ancla, una reivindicación, una advertencia. Su magia surgió a través del vínculo y se alzó frente a la mía como un escudo.

«Ella no». Esas palabras no pronunciadas vibraron a través de mi cuerpo, a través del aire que nos rodeaba, a través de la tensión crepitante de la estancia.

—Si alguno piensa por un maldito segundo que voy a entregársela… —su voz temblaba de ira—, es que habéis olvidado quién demonios soy. —Su rabia inundó la sala; su furia era algo tangible que caló hasta en el último de los rebeldes que estaban ante él. Un músculo de la mandíbula de Dacre se tensó mientras recorría con la mirada a la multitud que se había reunido ahí—. Ella no es una moneda de cambio. No es un peón que podáis usar en esta guerra.

Ella es la guerra.

Sus miradas se volvieron hacia mí y me obligué a mantenerme más erguida bajo ellas.

Entonces, la voz de Eiran rompió la tensión una vez más.

—El rey se está moviendo rápido. —Se volvió hacia Dacre y luego hacia mí —. Y si no actuamos ahora, nos obligará a atacar antes de que estemos preparados.

Dacre asintió y se pasó la mano por el pelo, y entonces pude sentir su desesperación por mantenerme alejada del palacio, por mantenerme alejada de mi padre. Por mantenerme a salvo. Una oleada de inquietud se extendió por la sala, y la tensión se intensificó como una tormenta a punto de estallar. Eché un vistazo a la estancia y encontré al padre de Dacre. Estaba tenso e inmóvil, cerca de la pared del fondo, pero su silencio era más elocuente que cualquier otra cosa. Y miraba a Eiran con los ojos entrecerrados.

—Todos os preocupáis por lo que no debéis —dijo Eiran, y su voz tembló de desesperación.

Me volví hacia él cuando se adentró más en la sala, frente a toda la rebelión. Había algo en su postura, en la forma en que se abrazaba a sí mismo, con los dedos clavados en la piel, que me hizo sentir un nudo en el estómago.

—Ilústranos, Eiran —dijo Davian, arrastrando las palabras, y todos se volvieron hacia él.

Eiran se removió, inquieto, con los dedos temblorosos. Su mirada se posó en Dacre durante un breve instante, antes de dirigirla hacia los rebeldes.

—Estáis todos aquí debatiendo si ella es o no la verdadera amenaza. —Me echó un vistazo—. Cuando la verdadera amenaza ya está en marcha. —El ambiente pareció cambiar—. El diezmo está destinado a alimentar a este reino, pero el rey lo está utilizando para agotarlo. Nos está matando de hambre.

Fue como si me hubieran inyectado un veneno en las venas, que recorría mi cuerpo con una intensidad nauseabunda. Cada latido era un golpe de incomodidad que hacía que sintiera mi magia retorcida y extraña bajo la piel. Se me revolvió violentamente el estómago, amenazando con expulsar su contenido con cada agonizante pulso.

—El rey está cortando el sustento del reino —murmuró Kai, con el rostro ensombrecido.

El padre de Dacre miró a Kai, con la boca convertida en una línea dura.

—Y no parará hasta que la recupere.

La marca en mi muñeca seguía ardiendo, pero mi cuerpo se entumeció. Mis venas se convirtieron en arroyuelos helados y el frío gélido se extendía como escarcha por mi cuerpo.

No iba a regresar con mi padre. Estaba dispuesta a luchar contra él, contra todos ellos, pero no pensaba encerrarme de nuevo en su jaula.

Podía oír las voces amortiguadas a mi alrededor, aunque no distinguía nada de lo que decían. Se me nubló la vista, los contornos de mi visión se suavizaron y se fundieron entre sí, y en un intento desesperado por mantenerme en pie, busqué algo a lo que agarrarme; encontré algo firme y le clavé los dedos con fuerza.

—Verena. —El sonido de mi nombre me llegó distante y distorsionado, como si estuviera sumergida bajo el agua.

No supe cuánto duró esa sensación, si fue un instante fugaz o una eternidad de momentos encadenados, pero, poco a poco, el mundo a mi alrededor volvió a estar enfocado. Sentí unas manos firmes y tranquilizadoras que me agarraban y me mantenían erguida mientras luchaba por respirar.

La cara de Dacre apareció lentamente ante mi vista, con los ojos muy abiertos y cargados de preocupación.

—Respira, Verena —me instó con suavidad, agachándose hasta que su rostro quedó a la altura del mío, con una voz que era como un salvavidas en medio del caos que se arremolinaba en mi mente. Asentí débilmente, tratando, desesperada, de sofocar el pánico creciente que me consumía.

—No va a ponerte un dedo encima. —Esas palabras no salieron de los labios de Dacre, y parpadeé, volviendo la cabeza hacia el lugar de donde provenían, y vi mis propios dedos apretando el antebrazo de Kai con tal intensidad que casi le hacía sangre—. No permitiremos que vuelva a tocarte.

Su promesa quedó suspendida en el aire y yo asentí lentamente, porque lo creía.

Si Kai tenía elección, si Dacre la tenía, ninguno de los dos iba a dejar que mi padre se acercara a mí nunca más.

Pero era precisamente la falta de elección, el férreo control de mi destino, lo que hacía que el miedo siguiera fluyendo por mis venas como una corriente embravecida. Aunque mi respiración se fue estabilizando poco a poco y mi visión se aclaró, el temor permaneció.

—No se detendrá —dije para que todos me oyeran, sacudiendo la cabeza lentamente, sintiendo el peso de sus miradas sobre mí—. No importa lo que le

ofrezcáis, no importa lo que acepte: seguirá exigiendo más hasta que no quede nada de vuestra rebelión salvo el recuerdo de aquello por lo que una vez luchasteis.

Eiran dio otro paso adelante. Tenía el rostro pálido y los hombros tensos, pero su voz era firme.

—Os he visto a todos prepararos para esta guerra durante años —anunció, recorriendo la sala con la vista—. Os he visto afilar vuestras espadas y contar vuestras flechas. Os he visto reuniros detrás de los hombres que os lideraban. —Sus ojos se posaron en el padre de Dacre y luego en su propio padre. Hasta ese momento, ni siquiera me había fijado en que su padre estaba detrás de él, pero en ese momento me resultó imposible no verlo. Tenía un bastón en la mano, en el que se apoyaba para sostenerse, y estudió a su hijo con expresión cautelosa. Me había perseguido por el bosque junto con Davian. Era el hombre al que Dacre había atacado cuando por fin conseguimos escapar, y yo no confiaba ni en él ni en su hijo—. ¿Y si os dijera que hemos estado librando la guerra equivocada todo este tiempo?

El padre de Dacre resopló, sacudiendo la cabeza, pero había algo en la postura de sus hombros, una tensión que antes no estaba allí.

—¿De qué demonios estás hablando?

Eiran no lo miró. Miró a Dacre.

—¿Recuerdas todo lo que pasó esa noche? —La voz de Eiran era más tranquila, pero la emoción de Dacre se desbordaba a través de nuestro vínculo. Su poder pulsaba contra el mío como si yo fuera lo único que lo mantuviera contenido. Eiran tragó saliva; jamás lo había visto tan vulnerable, tan temeroso —. La noche del asalto al palacio. —Se hizo el silencio y Dacre no dijo nada, pero su pulso, su respiración, el vínculo entre nosotros…, todo se tensó hasta que sentí que no podía respirar—. Tú intentabas salvar a tu madre —continuó Eiran, con una voz que era poco más que un susurro—. Yo intentaba salvarme a mí mismo.

Una sombra de dolor cruzó el rostro de Dacre, y Wren jadeó a mi lado, pero yo no me atreví a apartar la vista de Eiran, que soltó un suspiro tembloroso.

Su padre avanzó hacia él, con pasos inestables, ayudado por su bastón.

—Hijo —dijo con voz dura, desesperada, a modo de advertencia.

Pero Eiran no se detuvo.

—Vi lo que pasó esa noche. Vi quién la mató. —A Dacre se le cortó la respiración y dio un pequeño paso atrás, como si lo hubieran golpeado. Eiran

miró a su padre una vez y se le quebró la voz—. No fue el rey.

Un murmullo recorrió la sala y el padre de Dacre dio un lento paso adelante, con el rostro ensombrecido.

—Ten cuidado con lo que vas a decir, chico.

La mirada de Eiran se clavó en él, y, por primera vez, lo vi: la furia descarnada que apenas podía contener, la culpa que lo devoraba vivo.

—Vi morir a tu esposa —susurró Eiran—. Y vi a mi padre a tu lado todos estos años después de que le clavara la espada en el pecho.

Hubo un momento de silencio, un suspiro colectivo, y luego el caos.

Davian retrocedió tambaleándose como si Eiran le hubiera dado un puñetazo en la cara. Se le entrecortó el aliento y apretó los puños a sus costados.

—Mientes —dijo con voz baja y áspera, pero había algo en ella, algo inseguro.

Eiran no se movió.

—Ojalá fuera así.

El padre de Dacre se dirigió hacia el padre de Eiran, Reed.

—Dime que miente.

Hubo un silencio tenso y horrible antes de que Reed, el hombre que había estado al lado de Davian durante años, apretara con fuerza su bastón y sacudiera lentamente la cabeza.

—Hice lo que tenía que hacer.

El padre de Dacre se abalanzó sobre él y la sala se hundió en el caos. Sus manos golpearon con fuerza el pecho de Reed y lo hicieron trastabillar; su bastón chocó contra la piedra y Reed cayó al suelo con fuerza, sin aliento, con las manos temblorosas mientras intentaba recuperarse.

—¿La mataste? —La voz de Davian temblaba de furia—. ¿Asesinaste a mi esposa?

Los rebeldes gritaban, los cuerpos se movían, algunos se abalanzaban hacia delante, otros se quedaban paralizados en el sitio. El padre de Eiran jadeaba buscando aire.

—Ella estaba ayudando al enemigo.

El puño del padre de Dacre se estrelló contra su cara. Un horrible crujido retumbó en la caverna.

Entonces, la magia atravesó el aire. Una fuerza tan aguda y repentina que lanzó a Davian hacia atrás. Jadeé, sintiendo cómo me recorría ese poder.

Los ojos de Dacre estaban desorbitados. Su magia se desató, se extendió por toda la sala, y las antorchas se inclinaron hacia él como si se sintieran atraídas por su ira.

Respiraba con dificultad, le temblaban las manos, y yo podía saborear su ira, sentir cómo tiraba de mi propia magia a través de nuestro vínculo.

—Dacre… —Lo alcancé y lo agarré de la muñeca. Su pulso se estrelló contra el mío, su magia se precipitó hacia mí, aferrándose como si fuera un salvavidas—. Dacre —susurré su nombre de nuevo, tirando de él hacia atrás.

Jadeó, con el pecho agitado, pero no me miraba. Seguía mirándolos a ellos.

El padre de Dacre apoyó las manos en las rodillas, respirando con dificultad, con los puños aún apretados.

—¿Por qué? —Su voz se quebró. Era una exigencia, una súplica y una acusación, todo mezclado en uno.

Reed escupió sangre sobre el suelo de piedra, con el labio torcido en señal de disgusto.

—Porque tu esposa no luchaba por nosotros. —Levantó la barbilla y, por primera vez, me miró a los ojos—. Luchaba por ella.

El aire se me escapó de los pulmones y Dacre se quedó inmóvil como un muerto. Su cuerpo estaba tan tenso que podía sentir el temblor de su magia, la violencia apenas contenida a punto de desatarse.

—¿Qué? —La voz de Dacre era áspera, ronca por la incredulidad.

Reed soltó un suspiro amargo y entrecortado.

—La vi. —Se limpió la mandíbula con dedos torpes—. La vi tratando de sacar a la princesa.

Esas palabras se clavaron en mí como una espada. La princesa. Yo.

Me tambaleé hacia atrás, mi hombro chocó con alguien que estaba a mis espaldas y me invadieron los recuerdos: un movimiento fugaz, una mano que agarraba la mía, una voz que susurraba *«Corre»*.

Una voz que no había reconocido antes. Una voz que había sido la suya.

Dacre se volvió hacia mí, con la respiración entrecortada, temblando.

—Verena…

Pero apenas lo oí porque lo recordaba. Recordaba haber corrido. Recordaba a los guardias gritando, los pasillos del palacio difuminándose a mi alrededor. Recordaba a una mujer, de cabello oscuro y ojos marrones con un toque plateado, recordaba sus dedos en mi muñeca, llevándome a rastras por los pasillos. Recordaba su voz baja y urgente: *«Tienes que irte. Tienes que salir»*.

Inspiré hondo; la madre de Dacre me había salvado y había muerto por ello. La voz trémula de Eiran me hizo volver a la realidad, me hizo ver lo que tenía delante.

—En aquel momento no lo entendía —explicó con voz ronca—. Yo era solo un niño, apenas mayor que Verena. Pensaba que estábamos allí para matar al rey. Para acabar con todo. —Sus ojos se posaron en Dacre, y algo se quebró en su expresión—. Pero tu madre… Ella tenía su propia misión. —La magia de Dacre volvió a alzarse y el calor se extendió por la caverna, pero no atacó, se mantuvo flotando en el aire. Eiran tragó saliva con dificultad y tensó las manos a los costados—. Se suponía que debíamos irrumpir en el palacio y llegar a la sala del trono. Pero entonces… —Espiró bruscamente, como si el solo hecho de pronunciar esas palabras le hiciera daño—. Ella ya no estaba con nosotros. —Las manos de Dacre se cerraron, y su padre parecía no respirar—. No estaba luchando. No estaba matando guardias ni liderando a los rebeldes. Estaba corriendo y llevaba a alguien con ella. —Se volvió hacia mí y sentí que el mundo se tambaleaba. Apenas podía respirar—. Estaba sacando a la princesa.

Las palabras atravesaron la sala como una espada cortando carne. Se oyeron murmullos entre los rebeldes, algunos suspiros silenciosos, otros enfadados, incrédulos.

—Mientes. Ella luchó por esta rebelión —gruñó el padre de Dacre, pero su voz no era firme—. Ella nunca habría…

—Lo hizo —lo interrumpió Eiran con voz ronca—. Yo lo vi. Vi cómo llevaba a Verena por los pasillos, vi cómo la empujaba hacia los túneles. —Respiró entrecortadamente—. Y mi padre también lo vio. —Vaciló y se volvió hacia su padre.

Los ojos de Dacre se entrecerraron, peligrosos. Estaba fuera de control.

—¿Qué?

Eiran apretó los dientes.

—Intentó detenerla. Intentó arrancar a Verena de sus manos para usarla contra su padre, pero tu madre se enfrentó a él. —Se movió nerviosamente y su cuerpo se agitó, incómodo—. No dejó que pasara por las puertas, entrara en los túneles, y le vi levantar la espada y clavársela en el pecho.

Dacre se tambaleó. Respiraba demasiado rápido, demasiado entrecortadamente. Su magia anegaba el aire.

Alguien maldijo. Otros se movieron, pero era del padre de Dacre de quien

no podía apartar la mirada. Giró la cabeza hacia Reed, con pura rabia sin filtrar en los ojos.

—Tú…

—Estaba luchando por nuestro pueblo. Por esta rebelión —espetó Reed—. Y ella era una traidora.

Dacre se movió tan rápido que el aire crepitó. Se me escapó de las manos y pasó como una exhalación junto a su padre. No se detuvo hasta llegar al lado de Reed, hasta que su puño chocó contra la mandíbula del hombre.

Dacre jadeaba y tenía los nudillos manchados de sangre, pero no se detuvo: golpeó a Reed con el puño una y otra vez.

Podía sentir la tormenta que se desataba en su interior a través de nuestro vínculo: dolor, furia, traición.

Kai se movió para defender a su amigo, a su hermano, pero el padre de Dacre ya estaba allí. Tiró de Dacre hacia atrás para apartarlo de Reed, y le susurró algo que ninguno de los demás pudimos oír.

Una tos seca y húmeda escapó de los labios de Reed mientras se desplomaba en el suelo. La sangre se le acumulaba bajo la nariz y respiraba con dificultad, con jadeos cortos y sibilantes. Nadie se movió para ayudarlo. Nadie habló. Los rebeldes se quedaron mirando. Algunos con horrorizada consternación. Otros con pura rabia.

—Tú… —jadeó Reed, y escupió más sangre al suelo—. Te he explicado cómo nos traicionó y tú…

—Estaba salvando a una niña, bastardo. —La voz de Liya rompió el silencio, y, cuando me volví hacia ella, su expresión era pura furia. Se apartó de la pared, dio un paso adelante y curvó los dedos como si quisiera estrangular a Reed ella misma—. ¿La llamas traidora? —siseó, con su propia magia chisporroteando en el aire como si anunciara una tormenta—. Era una madre que protegía a una niña, y tú la mataste por eso.

Reed abrió la boca, pero antes de que pudiera hablar, otra voz se alzó entre la multitud.

—Era una de los nuestros.

Un murmullo recorrió a los rebeldes reunidos. Una chispa. Un cambio.

—Ella luchó por nosotros —dijo alguien más. Más alto.

Davian no se había movido. Sus manos seguían aferradas al cuello de la camisa de su hijo, sujetándolo, pero su rostro estaba pálido como la cera. Su mirada se clavó en Reed como si estuviera viendo a un extraño.

—Tú la mataste. —Sus palabras no eran fuertes ni airadas, eran la prueba de que estaba destrozado.

Reed separó los labios.

—Ella…

—Mataste a mi esposa. —El padre de Dacre soltó a su hijo sin apartar la vista del hombre en quien había confiado durante décadas. Le temblaban las manos—. Ella intentaba protegerla del rey. —Su voz sonaba como grava, como si le hiciera daño pronunciarlas, como si se arrepintiera de las decisiones que había tomado.

Algunos rebeldes seguían paralizados; otros negaban con la cabeza; otros apartaban la vista…

Y fue entonces cuando Reed entró en pánico.

—¡Se suponía que debía luchar por nosotros! —gruñó, poniéndose en pie a toda prisa—. ¡Por nuestra causa! No por el enemigo.

Davian se movió tan rápido, tan violentamente, que me estremecí. Su mano se cerró alrededor del cuello de Reed.

—Eras mi hermano —gruñó con voz temblorosa—. Y mataste a mi esposa.

Reed jadeó, arañándole los dedos que se aferraban a él, pero la ira del padre de Dacre finalmente había encontrado su salida. Ese era el momento. El momento que lo destrozaba del todo. La voz de Reed se ahogó en su garganta.

—Confié en ti —susurró Davian—. Construí esta rebelión contigo. Y todo este tiempo, tú… —Reed tomó aire de forma entrecortada y las siguientes palabras del líder de la rebelión fueron una sentencia de muerte—. Ya no eres mi hermano.

Reed seguía jadeando, seguía arañando la mano que le rodeaba el cuello, pero nadie se movió para detener al padre de Dacre.

Eiran miró al suelo, miró a su padre. No se había movido desde su confesión, desde que había arrancado la verdad de su pecho y la había arrojado al fuego.

La respiración de Dacre seguía entrecortada, y yo podía sentir su magia ardiendo contra la mía a través de nuestro vínculo, pero sus ojos estaban fijos en Eiran.

—Eras mi amigo —dijo Dacre con voz ronca, temblorosa, acusadora.

Eiran tragó saliva.

—Lo sé.

—Confiaba en ti.

Un músculo de la mandíbula de Eiran se tensó.

—Lo sé. —Dacre dio un paso adelante, rápido y decidido.

—Entonces, ¿por qué? —Eiran finalmente alzó la cabeza, y en su expresión no vi solo culpa, también angustia.

—Entonces no lo entendía —admitió, con una voz apenas audible—. Todo lo que había visto era la traición de tu madre, lo que me había contado mi padre. Y yo… —Suspiró—. Apenas podía mirarte sin ver lo que tu madre había hecho. Lo que mi padre había hecho.

Dacre negó con la cabeza y su magia chisporroteó como un rayo.

—¿Y ahora?

Eiran dudó antes de volverse hacia mí.

—Entonces la trajiste aquí —dijo—. Y al principio no lo vi, no la reconocí. —Soltó un suspiro lento—. Y cuando lo hice, ya era demasiado tarde. —Me puse tensa—. Por eso mi padre me envió tras ella cuando huyó —continuó Eiran—. Por eso fui al bosque.

Se me revolvió el estómago.

Oh, dioses.

Eiran hablaba de cuando me había encontrado, cuando yo había pensado que estaba ahí para ayudarme, pero él lo sabía todo.

Dacre se abalanzó sobre él, pero Kai se interpuso entre ellos.

—Apártate —gruñó Dacre, con una voz que parecía cristal roto.

—No —espetó Kai; le dio un empujón con el hombro y rodeó a su amigo con los brazos—. Piensa, Dacre.

Eiran temblaba.

—Debería habértelo dicho. Debería haberte dicho lo que sabía aquella noche.

—¿Y por qué no lo hiciste? —gruñó Dacre, mirando por encima del hombro de Kai, que seguía empujándolo hacia atrás.

Eiran tensó la mandíbula.

—Porque confiaba en mi padre, porque era un cobarde.

Su padre dejó escapar un sonido ahogado desde donde el padre de Dacre aún lo mantenía inmovilizado contra el suelo.

—Eiran…

—Dejé que él me decidiera quién debía ser. —La voz de Eiran se elevó, retumbó como un trueno—. Dejé que él me dijera en qué creer, qué hacer. Dejé que me convirtiera en él. —Apretó los puños—. Y lo lamento todo. —

Todos contuvieron la respiración, atentos a la escena que se desarrollaba ante ellos—. Sé que es demasiado tarde para arreglarlo. Pero tenía que decirlo ahora. Porque ella es la respuesta. —Tragó saliva—. Verena es la que pondrá fin a esta guerra.

Un murmullo recorrió la sala antes de que Davian se moviera. Soltó a Reed, lo dejó caer al suelo y luego se enderezó y se dio la vuelta. Tenía el rostro ceniciento. Parecía hundido, como si le hubieran arrancado algo del pecho.

—Esta rebelión nunca tuvo ese propósito —reconoció, con voz grave. Se le hundieron los hombros cuando se volvió hacia mí—. Mi esposa murió luchando por ti —dijo con voz áspera—. Y yo dejé que su asesino estuviera a mi lado todo este tiempo.

—Tú no hablas en nombre de esta rebelión —masculló Reed—. Nunca lo has hecho.

Pero el padre de Dacre no lo miró a él, sino a su hijo, luego a Wren y, finalmente, de nuevo a mí.

—Me he equivocado en muchas cosas. Y me equivoqué contigo. —Su voz ya no temblaba. Sus palabras se me clavaban en el pecho—. Me equivoqué con respecto a esta rebelión. —La marca en mi muñeca parecía que me iba a quemar viva, pero no me atreví a apartar la vista de Davian cuando se acercó ni cuando se arrodilló. Un grito ahogado recorrió la sala cuando él apoyó el puño en el suelo y agachó la cabeza—. Te seguiré a la guerra. —Contuve el aliento, como toda la sala—. Y lucharé a tu lado hasta que el rey muera. Ya nos ha quitado demasiado, a ti, a nosotros, y no permitiremos que nos quite nada más.

Entonces, uno a uno, los rebeldes comenzaron a arrodillarse.

Algunos se movieron rápidamente y agacharon la cabeza sin dudar. Otros vacilaron, intercambiando miradas cautelosas, pero, aun así, se postraron.

No se estaban arrodillando por el destino, ni por una profecía: se arrodillaban por elección. Por la elección de luchar por todos nosotros, por la elección de poner fin a la guerra.

Tragué saliva, con el pecho oprimido, lleno, ardiendo. El peso del momento me asfixiaba, pero me forcé a erguir los hombros.

Di un paso adelante, hacia el padre de Dacre, hacia todos ellos. Dacre se acercó a mi lado, me tomó de la mano y no pude mirar a ningún otro sitio cuando se la llevó a la boca y besó mi marca, la marca de nuestro vínculo. Ya no tenía dudas, ya no albergaba ninguna vacilación sobre lo que iba a hacer.

Me arrodillé ante Davian.

Los dedos de Dacre se ciñeron alrededor de mi muñeca. La marca palpitaba entre nosotros, con una intensidad que nunca había sentido.

—Lucharé a tu lado —dije con voz firme y segura—. Hasta que el rey muera.

La marea había cambiado.

Y sabía que, cuando amaneciera al día siguiente, marcharíamos. Al día siguiente, mi padre caería.

24

DACRE

Los caminos de los túneles eran sinuosos e interminables bajo la ciudad oculta. La piedra estaba fría al tacto cuando pasé la palma de la mano por la pared, siguiendo a Verena hacia las profundidades de la caverna. A lo lejos podía oír el movimiento de los rebeldes dando sus últimos pasos, haciendo los últimos preparativos, afilando sus espadas, preparándose para la guerra.

Pero ahí reinaba el silencio. Solo escuchaba el suave roce de nuestras botas contra el suelo, el sonido de su respiración, firme y controlada, mientras me guiaba. No le pregunté adónde íbamos. Ya lo sabía.

Ella no se volvió para mirarme, todavía no, pero estrechó mi muñeca con más fuerza, como si pudiera sentir el peso que me oprimía el pecho, como si entendiera todo lo que yo no decía.

El aire se volvió más cálido, y el olor húmedo de la piedra y la tierra dio paso a algo más suave, algo familiar: los manantiales.

El primer lugar donde la vi con claridad, el lugar que una vez había sido un refugio, el lugar donde me había dejado curarla, donde la había tocado por primera vez.

Cuando ella aún desconfiaba de mí, cuando seguía siendo cautelosa y mordaz, y yo estaba más que inseguro respecto a ella. Pensaba que era mi enemiga, y ella había asumido ese papel con precisión. Hasta que ninguno de los dos pudo resistirse a la fuerza innegable que bullía en nuestro interior, empujándonos hacia la verdad de lo que realmente éramos, de lo que siempre habíamos estado destinados a ser. De lo que ninguno de los dos podía imaginar que nos estaba obligando a estar juntos.

Verena dio un paso adelante y me soltó para acercarse a la orilla del agua. Se desabrochó los cordones de la ropa de cuero, deshaciendo los nudos hasta que la última prenda se desprendió de su cuerpo con un suave susurro, revelando su piel al despojarse de todas las capas de ropa que la cubrían.

El cálido resplandor del musgo bañaba su piel desnuda con una luz cálida,

titilando sobre las protuberancias de su columna vertebral. Aún no había dicho nada. No hacía falta.

En el momento en que había dejado caer su armadura, en el momento en que había entrado en el agua, había sentido el temblor de su magia, el peso en su pecho, el miedo que no expresaba en voz alta.

—Te necesito —susurró, hundiéndose en el agua, con una voz suave y vulnerable, y, por todos los dioses, no había nada en este mundo ni en el siguiente que no le hubiera dado.

Mis manos ya se estaban moviendo antes de que pudiera pensarlo, desabrochándome mi propia ropa de cuero; las prendas fueron cayendo al suelo a medida que me deshacía de ellas, con toda mi atención puesta únicamente en Verena.

El mundo que nos rodeaba se desvaneció hasta convertirse en insignificante, y cuando llegué a ella, la superficie del agua se onduló suavemente a su alrededor.

El calor me acarició la piel y me sumergí más en el agua, con el vapor rodeándonos, elevándose en silencio.

Verena se volvió hacia mí y me rozó las costillas con la punta de los dedos con una caricia suave y trémula. Su tacto me calmaba, pero no servía para acallar la guerra que se libraba en mi interior.

Sus dedos trazaban círculos lentos y cuidadosos sobre mis costados, y sentí la calidez de su cuerpo al estrecharse contra mí, con el vapor enroscándose en gruesas cintas a nuestro alrededor.

Sentí su expectación. La había sentido desde que habíamos dejado atrás el campo de entrenamiento, desde que me había llevado lejos de los rebeldes, lejos de las miradas que me observaban con atención, esperando a que me derrumbara. Ella también lo estaba esperando.

Hundí mi cara en su cuello, inhalando su aroma, la suave mezcla de sal y flores silvestres que era única en ella. Le estreché la cintura y pegué su cuerpo al mío, pero no era suficiente.

Ella debió de sentir que apenas me sostenía en pie, porque cuando habló, había cautela y tristeza en su voz.

—No has dicho ni una palabra sobre ella. —Un suspiro escapó de mis labios. Verena no se apartó, pero levantó la cabeza y sus labios me rozaron la sien—. Dacre —susurró—. Háblame.

Cerré los ojos y apoyé la frente contra su hombro.

—No hay nada más que decir.

Ella se tensó y luego me empujó con suavidad; sus manos se movieron para acariciarme el rostro y levantármelo para que no tuviera más remedio que mirarla. Y no estaba preparado para lo que vi en sus ojos.

No había compasión ni vacilación, solo comprensión, y un dolor agudo me atravesó el pecho. Su voz fue apenas un susurro.

—La has perdido dos veces.

Sus palabras me golpearon. Me hostigaron.

—Ni siquiera pude despedirme.

Ella no apartó la mirada, y no me permitió apartar la mía.

—No eras más que un niño —murmuró, acariciándome la mandíbula con los pulgares, suave y firmemente—. E intentaste salvarla.

Solté una risa sorda.

—Y fracasé.

—No. —Su voz era inflexible—. No le fallaste, Dacre.

Moví la cabeza para besarle la palma de la mano.

—Entonces, ¿por qué me siento como si así hubiera sido?

Verena espiró lentamente, con la frente apoyada sobre la mía.

—Porque la amabas. Porque alguien en quien confiabas la arrancó de tu lado.

Un músculo se me tensó en la mandíbula, y me negué a dejar que mis pensamientos se dirigieran hacia Eiran, me negué a permitir que su traición volviera a instalarse en lo más profundo de mi ser hasta dejarme sin aliento.

—Ella te habría querido.

Verena contuvo el aliento, pero no se apartó.

—¿Tú crees?

—Lo sé —respondí con voz ronca—. Tú eres lo que ella quería para este reino. Murió tratando de salvarte. —Mis dedos se tensaron alrededor de su cintura, y pude notar el dolor que sentía en su pecho cuando pronuncié esas palabras, pude sentir su culpa—. Y yo terminaré lo que ella empezó.

El aire entre nosotros cambió, se espesó, y el peso de lo que estábamos a punto de hacer se apoderó de nosotros.

Dejé que mis manos se deslizaran hasta la parte baja de su espalda y la ceñí con más fuerza contra mí, recordándome a mí mismo que ella seguía allí.

—Dime —murmuré con voz áspera—. Dime qué necesitas que haga cuando entremos en el palacio.

Su respiración se volvió irregular, pero me miró a los ojos sin vacilar.

—Que encontremos a mi padre. —Sus dedos se clavaron en mis costillas—. Y que lo matemos.

Las palabras quedaron suspendidas entre nosotros, pero ella no se movió. Ni siquiera parpadeó.

Le recorrí la columna con los dedos, ascendí hasta la curva de su hombro y tracé un suave y cauteloso camino hasta su mandíbula.

—¿Cómo puedo hacerlo sin ti?

Tragó saliva.

—¿Qué?

—No quiero que te acerques a él. No quiero que vuelva a hacerte daño nunca más. —Eso no era lo que habíamos hablado, no era lo que habíamos planeado, pero todo en mi interior me pedía a gritos que no le dejara volver a poner un pie en ese palacio.

Una sombra de duda cruzó su rostro, pero desapareció en un instante. Enderezó los hombros y se irguió en mis brazos.

—Él está conectado al receptáculo, de ahí es de donde obtiene su poder, esa es su única fuente. —Miró por encima de mi hombro, y detesté el miedo que me recorrió las venas. Su miedo—. Si consigo romper su control, no le quedará nada. Ya lo está matando. —Volvió a mirarme—. Pero tengo que ser yo quien lo haga. —Sonaba tan distante, tan resignada… Como si ya hubiera aceptado que le iba a costar caro.

Y esa misma sensación se me clavó en las entrañas porque yo también lo sabía. Pasara lo que pasase, hiciéramos lo que hiciésemos, nos iba a costar mucho más de lo que yo estaba dispuesto a dar.

Deslicé los nudillos por la curva de su mejilla, observándola con atención.

—¿Y si no puedes romperlo?

Ella dudó y se estremeció, parpadeando a toda prisa, con las pestañas rozándole las mejillas. Tensé la mandíbula e intenté controlar la tormenta de emociones que se desataba en mi interior.

Posó su frente en la mía y suspiró.

—Entonces lo drenaré.

Se me revolvió el estómago.

—¿Como hiciste conmigo? —susurré.

Ella asintió, apretando mis manos con más fuerza.

—Pero esta vez estaré preparada. No dejaré que me controle.

Lo dijo como si intentara convencerse a sí misma, como si sus palabras

pudieran envolverla y fortalecerla.

Tragué saliva con dificultad.

—¿Y si no puedes?

Su silencio fue ensordecedor. Mi magia se disparó, y con ella mi ira y mi miedo.

—Tengo que intentarlo. Todo esto no puede haber sido en vano. —Bajó la vista hasta su marca, nuestra marca—. Nuestras madres no pueden haber muerto en vano. Y si soy incapaz de hacer lo que hay que hacer, si no puedo, entonces tienes que prometerme que te irás.

Me aparté de ella lo justo para mirarla a la cara, y le puse la mano en la barbilla para obligarla a hacer lo mismo conmigo.

—¿De verdad crees que haría algo así?

—No. —Ella negó rápidamente con la cabeza—. No, por eso necesito que me lo prometas. Necesito saber que él no podrá llegar hasta ti. —Parpadeó y vi lágrimas en sus ojos.

—Te prometeré cualquier otra cosa que quieras, Verena. —Le acaricié las mejillas—. Pero no puedo prometerte eso.

Los dedos de Verena trazaron círculos lentos a lo largo de mi muñeca, y aún podía sentir lo tensa que estaba. En el momento en que saliéramos de esa caverna, en el momento en que saliéramos de la ciudad oculta, no habría vuelta atrás.

Ella inspiró suavemente, con la mejilla apoyada contra mi palma.

—Cuéntamelo todo una vez más —susurré.

No lo dudé. Ya habíamos repasado el plan, la estrategia en la que mi padre había estado trabajando durante años. Nos había ayudado a trazar las rutas que íbamos a seguir y las posiciones que debíamos ocupar, pero no había dicho ni una palabra sobre mi madre. Incluso cuando se llevaron a rastras a Reed a los túneles, no se volvió a mirarlo. Ni a mí tampoco.

—Tomaremos los distritos exteriores —murmuré, rozando sus labios con mi cabello—. Estaremos en nuestras posiciones al anochecer. Kai liderará la primera oleada, mantendrá distraídas a las fuerzas del rey, luchando en las calles.

Ella asintió.

—Eso nos dará el tiempo que necesitamos.

—Para entrar. —La estreché más contra mí y me obligué a mantener la voz firme—. Los túneles conducen directamente a las cámaras inferiores bajo la

sala del trono, directamente a las mazmorras. Una vez dentro, nos separaremos. Tú, Wren y mi abuela iréis a por el receptáculo.

Ella contuvo el aliento, pero no discutió.

—¿Y tú?

—Yo iré a por tu padre. —Sus dedos se quedaron paralizados sobre mi muñeca. Sentí cómo se movía, cómo alzaba la cabeza para encontrar mis ojos. Los suyos estaban cargados de algo profundo, algo crudo. Todo mi ser se rebeló contra la idea. La idea de perderla de vista, de dejarla sola en el mismo palacio donde la habían torturado me parecía un error. Pero no teníamos otra opción. Ella tenía que llegar al receptáculo y yo tenía que llegar a él. Suspiré—. Haré lo que sea necesario para evitar que él te alcance.

Un escalofrío la recorrió y supe lo que estaba pensando: él iba a ir a por ella. Si el rey sabía que estaba en su palacio, si podía sentir su magia aunque fuera una mínima parte de lo que yo podía, la perseguiría antes de que pudiera cortar su vínculo con el poder del receptáculo.

—Dacre… —Tragó saliva.

Le aparté un mechón de pelo húmedo de la cara.

—Vamos a entrar, a hacer lo que debemos hacer y a salir de allí juntos. —Necesitaba que ella lo creyera porque yo también necesitaba creerlo. Deslicé suavemente mis dedos bajo su barbilla hasta que pude rozar con mis labios la curva de su mandíbula; la besé en la mejilla antes de apoyar mi frente contra la suya—. Esto no es un adiós —murmuré suavemente; mis palabras apenas podían escucharse con el suave chapoteo del agua a nuestro alrededor.

—Prométemelo. —Me abrazó con más fuerza, con una súplica silenciosa.

Intenté deshacer el nudo que tenía en la garganta, provocado por la seriedad del momento.

—No es un adiós.

Ella negó suavemente, tan vulnerable que me partió el corazón.

La besé antes de que ninguno de los dos pudiera pronunciar otra palabra.

No fue un beso suave ni cuidadoso. No podía ser ninguna de esas cosas cuando la deseaba con desesperación, cuando estaba desesperado por recordarnos a los dos que estábamos juntos.

Separó los labios y me clavó las uñas en la piel con una urgencia ferviente, como si pudiera anclarnos en ese momento, como si pudiera evitar que se me escapara de entre sus dedos.

Lo sentía en la forma en que se aferraba a mí, en cómo se derretía contra mi

cuerpo, en cómo cada uno de sus movimientos tenía una intensidad frenética y lastimera.

Me moví hasta que su espalda quedó contra las rocas lisas de los manantiales; el vapor del agua se elevaba a nuestro alrededor como una cálida y envolvente niebla, acariciando nuestra piel. Pero palidecía en comparación con las llamas que ardían dentro de mí. Su tacto era como un fuego en mi piel, prendía un incendio de deseo que me consumía desde dentro.

—Verena —gemí contra su boca; le recorrí los costados con las manos y me aferré a sus caderas para pegarla a mí.

Ella jadeó, echó la cabeza hacia atrás y dejó el cuello al descubierto. No dudé: iba a adorarla.

Mis labios recorrieron su cuello, pasaron sobre su clavícula, bajaron por la curva de su hombro. Saboreé su piel, memoricé cada estremecimiento, cada suspiro que escapaba de sus labios.

—Te amo —susurró, con la voz quebrada, apoyando la frente contra mi hombro.

Dioses. La marca que compartíamos, el vínculo del alma, se encendió. Nos rodeó y nuestros poderes se fusionaron en uno solo.

La levanté en mis brazos; el agua nos mecía al adentrarnos en el manantial, hasta que nos rodeó solo el calor, hasta que no hubo nada más que nosotros dos.

Sus piernas se enroscaron alrededor de mi cintura, sus manos se enredaron en mi cabello, sus labios estaban por todas partes.

La necesitaba. Pero no solo a su cuerpo, necesitaba existir en ese momento, respirarla, dejar que me consumiera.

Y dejé que tomara lo que necesitaba, se lo di todo.

Me acomodé en el asiento de piedra de las cálidas aguas termales, sintiendo cómo el agua relajante me bañaba suavemente los hombros. Ella quedó a horcajadas sobre mí, con su cuerpo pegado al mío, y yo la miré con puro asombro.

Era mi alma gemela, mi esposa, y la idea de perder esa conexión era inimaginable.

Se afianzó sobre sus rodillas y me guio con su delicada mano al interior de su cuerpo. Lentamente, descendió y me deslizó dentro de ella, y un sonido entrecortado escapó de mis labios cuando sentí su calor envolviéndome de una manera que destrozó hasta el último vestigio de control que me quedaba.

Verena jadeó, con los dedos temblorosos apoyados en mis hombros. Se aferró a mí, con la respiración entrecortada mientras me tomaba más profundamente, y yo sentí el lento estiramiento de su cuerpo al adaptarse al mío, la forma en que sus muslos se tensaban y temblaban, la forma en que sus uñas se clavaban en mi piel.

Le recorrí con mis manos la columna vertebral, clavando los dedos en el calor húmedo de su cuerpo. Su pecho subía y bajaba con respiraciones irregulares y superficiales, tenía los labios separados y parpadeaba, con las pestañas aleteando en sus mejillas.

Era impresionante.

Su piel sonrojada, la curva de sus labios, la forma en que el agua se deslizaba por sus clavículas, bajando hasta quedar atrapada en el valle entre sus pechos. Era devastadora. Y era mía.

Levanté las manos para acariciarle el rostro y deslicé los pulgares por sus pómulos mientras guiaba su boca hacia la mía. El beso se desarrolló lentamente, sin prisas, prolongando el momento con la desesperación de que ella me sintiera, me sintiera de verdad y sintiera lo perdidamente enamorado que estaba de ella.

Levanté las caderas para llenarla por completo, y ella jadeó en mi boca, enredó sus dedos en mi cabello y tiró, como si quisiera hundirse aún más, como si quisiera ahogarse en mí.

Y por los dioses que iba a permitírselo.

Quería sumergirme en lo más profundo de ella, sumergirme por entero hasta que fuéramos uno, sin guerras, sin profecías, sin destinos que amenazaran con alejarla de mí. Solo nosotros dos, olvidándonos de todo lo que había más allá de las paredes de esa caverna, aunque solo fuera por un rato.

Sus caderas se balanceaban, lentas, provocadoras, con un movimiento que me dejaba sin aliento mientras la estrechaba por la cintura.

Su ritmo era tortuoso. Saboreaba cada segundo, como si se grabara ese momento en los huesos para que, pasara lo que pasase al día siguiente, pudiera sentirlo todavía, pudiera sentirme todavía.

Un suave gemido escapó de sus labios y se estrechó contra mí; su cuerpo se tensó, tembló en mis brazos y perdió el control.

Recosté la cabeza contra la roca, con el pecho agitado, luchando contra la necesidad primitiva de tomar el control, de inmovilizarla debajo de mí y devorarla.

Pero ese momento era suyo, y dejé que me tomara.

Me rendí a su ritmo, permitiéndole dictar el tempo, seguir con esos movimientos lentos y devastadores; su cuerpo se mecía contra el mío de una forma que me hacía rechinar los dientes y que mis músculos se tensaban bajo sus caricias.

Me estaba matando.

Unos suaves jadeos se escaparon de sus labios; nuestros alientos se entremezclaron, cálidos y entrecortados.

«Te amo».

No lo dijo, pero lo sentí en cada caricia, en cada beso, en cada desesperado movimiento de su cuerpo contra el mío. Lo sentí gritándome a través de nuestro vínculo.

Era como si pudiera notar el calor del sol, incluso estando tan bajo tierra como estábamos. Era omnipresente e ineludible, me templaba el cuerpo entero. Jadeé al sentir cómo ella me elegía, cómo confiaba plenamente en mí.

Y esperaba que ella también pudiera sentirme, porque necesitaba que lo supiera. Ella no era mi alma gemela ni mi esposa: lo era todo para mí, e iba a adorarla hasta mi último aliento.

La penetré con fuerza, arrancándole un grito ahogado. Se le pusieron los ojos como platos y sus dedos se aferraron a mis brazos cuando lo volví a hacer, esa vez con más fuerza, al ritmo frenético de los latidos de mi corazón.

Su gemido se estrelló contra mis labios y yo me lo bebí. Arqueó la espalda sin dejar de cabalgarme y sus uñas dejaron un rastro débil y ardiente en mi pecho.

Deslicé mi mano entre nosotros para encontrar su clítoris y lo acaricié y la provoqué hasta que ella jadeó, echó la cabeza hacia atrás y su cuerpo se tensó alrededor de mí. Tembló y se aferró a mí; sus labios se separaron para dejar escapar un sonido entrecortado que me provocó un violento estremecimiento.

No iba a aguantar mucho más así, cuando ella tenía ese aspecto, como si los propios dioses la hubieran esculpido con polvo de estrellas y le hubieran dado vida solo para mí, solo para esto.

Enterré mi rostro en su cuello y le rocé el pulso con ellos, clavándolos en su piel lo justo para recordarle que ella era mía y yo era suyo.

Ella gritó y tembló por entero con la fuerza de su liberación, que me arrastró con ella. La abracé con ímpetu, aplastándola contra mí mientras me dejaba llevar, me dejaba caer con ella, dejaba que el placer me atravesara como una

tormenta.

Era cegador, y su nombre se escapó de mis labios mientras me hundía profundamente en ella, mientras me perdía por completo en su calor, en su aroma, en la sensación de tenerla.

El mundo se difuminó por los bordes; las paredes de la caverna, el musgo brillante, el agua que lamía nuestros cuerpos, nada de eso existía.

Solo estaba ella. Solo estábamos nosotros.

La sostuve allí, con su cuerpo aún temblando y la respiración aún irregular, con su corazón latiendo con fuerza contra el mío. Ninguno de los dos habló. Solo respirábamos. Solo nos abrazábamos.

Sus manos se deslizaron por mi cabello, suaves y reverentes, y yo cerré los ojos, espirando lentamente. Sentí sus labios contra mi sien, un susurro de calor, de amor. Una promesa.

—Te amo —murmuró, con voz ronca, quebrada.

Me aparté lo justo para mirarla, para estudiar su rostro, su sonrojo, los rastros del placer en su mirada.

—Y yo te amo a ti —dije, rozando mis labios con los suyos. Ella se acurrucó contra mí, apoyó la cabeza en mi hombro, y por un momento, solo un momento perfecto y fugaz, no hubo nada más que ella, nada más que su calor.

Nada más que eso.

Pero incluso mientras la abrazaba, tenía el cuerpo dolorido y los músculos temblando por el agotamiento que había estado ignorando. Sabía que ella también lo sentía. Sus brazos se aflojaron sobre mis hombros, su respiración se hizo más profunda, como si ya estuviera al borde del sueño.

Ninguno de los dos dijo nada. Ninguno de los dos se soltó.

Yo pensaba abrazarla mientras los dioses lo permitieran.

Pero cuando el sol se pusiera y volviera a salir, la guerra comenzaría, y yo no sabía si íbamos a poder volver a tener todo aquello.

25

VERENA

La noche se extendía ante nosotros, infinita y expectante.

Los rebeldes avanzaban en silencio, con las botas hundiéndose en la tierra húmeda, las espadas a la espalda y la mirada fija en las imponentes murallas de la capital. Era el momento para el que se habían entrenado, el momento que habían pasado toda su vida temiendo.

El viento aullaba entre los árboles, llevando el sonido lejano de las campanas de la ciudad que repicaban las últimas horas antes de la medianoche.

Al amanecer, el reino estaría empapado en sangre. Al amanecer, mi padre habría caído.

Me encontraba al borde del bosque, con el suave murmullo de la cascada en la distancia; sus aguas se derramaban sobre los escarpados acantilados que ocultaban los túneles que conducían bajo el palacio. El camino que habíamos planeado. El camino que iba a llevarme a mí al receptáculo y a Dacre, a él.

Pero a pesar de todo, no estaba sola. Dacre estaba a mi lado, con sus dedos enlazados con los míos y la marca de nuestra unión latiendo entre nosotros mientras escudriñaba la línea de árboles. Su rostro era estoico, pero a través del vínculo podía sentir su magia moviéndose con la mía, inquieta y a la espera.

Wren y Kai estaban cerca, con posturas rígidas y las armas bien sujetas contra sus cuerpos. Todo estaba en su sitio.

Dacre se volvió hacia mí; su voz era firme, pero había algo más detrás de ella. Algo implícito.

—Una vez que lleguemos al palacio, asegúrate de quedarte con Wren y con mi abuela.

Asentí. Ya habíamos hablado de eso muchas veces, pero él no había logrado calmar la ansiedad de ninguno de los dos.

—Iremos hasta el receptáculo.

—Verena…

—Puedo hacerlo —dije en voz alta, porque yo también necesitaba oírlo.

Necesitaba sentirlo dentro de mí hasta que pudiera obligarme a creerlo.

Tensó la mandíbula y supe lo que estaba pensando, lo que los dos estábamos pensando, pero me negué a dejar que mis miedos arraigaran en mi interior.

Wren se acercó a mí y tragó saliva. Nos miró a Dacre y a mí, con un destello de vacilación, y apretó con fuerza los dedos alrededor de la correa del arco que llevaba cruzado sobre el pecho.

—Quédate con ella —ordenó Dacre antes de que ella pudiera hablar—. No os perdáis de vista en ningún momento. No os separéis. No os abandonéis la una a la otra. —Ella asintió, pero él no quedó satisfecho—. Necesito saber que estáis a salvo. Tú protegerás a Verena y ella te protegerá a ti.

—Dacre —susurró ella, y pude sentir cómo la tensión abandonaba a Kai mientras se acercaba a Wren.

—Sois mi familia. —Dacre nos miró a cada uno de nosotros—. Somos todo lo que tenemos y lucharemos juntos. Lucharemos los unos por los otros.

Wren se movió, con la ansiedad reflejada en las tensas líneas de su postura.

—¿Y si no volvemos?

Los dedos de Dacre se cerraron alrededor de los míos y miró a su hermana, la miró de verdad, y pude sentir mi pecho el amor que sentía por ella. Su voz era baja, pero no vacilante.

—Entonces os encontraré en la próxima vida. A todos vosotros.

Sus palabras eran un juramento, una promesa.

—En la próxima vida. —Kai asintió antes de tomar la mano de Wren entre las suyas. Entrelazó sus dedos y se llevó la mano de ella a la boca para besarla en los nudillos.

Sentí una punzada de dolor en el pecho al verlos, pero no sabía si era por mí o por Dacre.

Wren suspiró y clavó la vista en Kai durante un largo momento.

—En la próxima vida.

Tragué saliva con dificultad, estreché los dedos de Dacre y me obligué a mirarlos uno por uno, a fijarme en sus rasgos, en las líneas de su piel, en las pecas de la nariz de Wren. Atesoré cada pequeño detalle que no estaba dispuesta a olvidar.

—En la próxima vida.

Pero yo no quería la próxima vida, quería esa.

Dacre me levantó la mano y la pegó a su pecho. Quería quedarme en ese momento, permanecer en su calor, en el de nuestra familia, pero no había más

tiempo.

Nos preparamos para dirigirnos hacia la entrada del túnel bajo las cataratas, y todo salió mal.

Sentí un fuerte crujido entre los árboles detrás de nosotros que me hizo darme la vuelta.

El padre de Dacre emergió de la oscuridad, con la postura rígida, los pasos lentos y una expresión de pánico. Estaba solo. Su habitual presencia imponente estaba lastrada por algo para lo que ninguno de nosotros estaba preparado.

Dacre se puso tenso a mi lado.

—Deberías estar con los demás.

Su padre no respondió de inmediato. Su mirada nos recorrió a todos, posándose en mí, luego en Wren y luego de nuevo en Dacre.

—Hay un problema. —Su voz era áspera y estaba marcada por el agotamiento.

Hubo un momento de silencio y luego Dacre dio un paso adelante.

—¿Qué problema?

Su padre espiró bruscamente.

—Los túneles. —Sacudió la cabeza una vez, como si aún estuviera tratando de procesar sus propias palabras—. Se han derrumbado.

Sentí un nudo en el estómago.

—¿Qué? —La voz de Dacre delataba su pánico.

—Han desaparecido. —Su padre apretó los puños a los lados del cuerpo—. Tu plan, nuestro plan, no va a funcionar.

Suspiré y me volví hacia el acantilado. Kai maldijo entre dientes.

—¿Cómo?

Davian tensó la mandíbula.

—El rey lo sabía. —Bajó la vista hasta la marca oculta bajo mi manga—. Sabía que así fue como entramos para llegar hasta Verena.

Tragué saliva para aliviar el nudo que sentía en la garganta. Mi padre había destruido la única forma que teníamos de entrar sin caer directamente en su trampa.

—Están llenos de piedras —gruñó el padre de Dacre—. Se ha asegurado de que nunca más podamos usarlos.

Dacre se pasó la mano por el pelo, con los hombros subiendo y bajando al ritmo de su respiración entrecortada. Podía sentir el peso de su frustración, su

magia agitada bajo la piel.

Se volvió hacia su padre.

—Entonces dime cómo demonios entramos.

La expresión de su padre se ensombreció, pero pude ver en su rostro al líder rebelde que siempre había sido.

—Ahora solo hay una forma. Tendremos que atravesar la ciudad.

Esas palabras cayeron sobre nosotros como una sentencia de muerte; sentí a Wren moverse a mi lado, sentí la oleada de inquietud que se extendió por todos nosotros.

Dacre inspiró bruscamente.

—Deberíamos dar media vuelta.

Su padre asintió, pero yo no estaba dispuesta a retroceder. No estaba dispuesta a detenerme hasta que acabáramos con todo.

—No voy a dar media vuelta.

Sentí cómo la magia de Dacre volvía a surgir, sentí el miedo innegable que se apoderaba de su pecho a través de nuestro vínculo.

Eso lo cambiaba todo. Lo transformaba todo.

Se había acabado el sigilo y las estrategias cuidadosas.

—Verena —me suplicó, pero no había otra opción. No podía volver a esconderme; no podía pasar ni un día más esperando a que mi padre fura a por mí, esperando a que me encontrara de nuevo. Dacre tensó la mandíbula y dilató las fosas nasales—. Verena, puede ser una trampa. —Su voz era baja, pero a través del vínculo sentí el pánico que se escondía tras su ira—. Nos estará esperando.

—Lo sé. —Mi voz no vaciló—. Pero siempre va a ser así. Siempre va a estar esperando o persiguiéndome, y no puedo pasar otro día con el miedo a que esté acechándome.

Apretó los puños y su magia onduló contra la mía, exigente y desesperada.

—Es a ti a quien quiere. —Su voz era tensa, ronca—. No voy a arriesgarte tan imprudentemente irrumpiendo allí.

Di un paso hacia él y le rocé la muñeca con la punta de los dedos, la marca que nos unía.

—¿Y si damos media vuelta? ¿Si esperamos? —Tragué saliva—. ¿A cuántos más matará? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que vuelva a ponerme las manos encima? —Su respiración se entrecortó y yo levanté la barbilla—. No tenemos otra opción, Dacre. —Su pulso latía con fuerza a través del vínculo, su corazón

latía de forma irregular y su magia era una tormenta que apenas podía contener bajo su piel. Me volví hacia Davian—. ¿Cuántos hombres tienes ya dentro de la ciudad?

Miró alternativamente a su hijo y a mí, y pude ver su expresión calculadora.

—Los suficientes para luchar, pero no los suficientes para ganar. —Tensó la mandíbula—. Contábamos con esos túneles.

Asentí.

—Entonces cambiaremos el plan.

Dacre espiró bruscamente, se pasó la mano por la cara y se volvió hacia Kai.

—¿Qué opinas? —preguntó abruptamente.

Kai se cruzó de brazos y cambió el peso de un pie a otro.

—Los distritos exteriores ya nos están esperando. Necesitarán una señal para entrar en acción. Si no se la damos…

—… los masacrarán —concluyó Wren, con voz tensa—. Una vez que el rey se dé cuenta de que están allí, no les dejará marchar.

Davian soltó el aire lentamente.

—Atravesaremos la ciudad —murmuró, como si las propias palabras le repugnaran—. Iremos directamente por el puente y las puertas del palacio.

Dacre negó con la cabeza una vez, irradiando tensión.

—Nunca conseguiremos entrar antes de que los refuerzos nos rodeen.

—Lo haremos. —La mirada del padre de Dacre se clavó en mí, con los labios apretados en una línea severa—. Porque la tenemos a ella.

Todos se volvieron hacia mí. Inspiré hondo.

—Me quieres en primera línea.

Su expresión no cambió.

—Te necesitamos allí si queremos tener alguna oportunidad. —Su tono era firme, controlado.

—No. —La voz de Dacre era una orden, algo a lo que ninguno de nosotros debería haberse atrevido a oponerse, pero no teníamos otra opción.

—Tiene razón, Dacre —murmuró Kai—. Yo lideraré la primera línea como estaba previsto y Verena se quedará contigo, detrás de nosotros, hasta que la necesitemos.

Wren se acercó, sacudiendo la cabeza.

—Si Verena va al frente, será el objetivo.

—Ya lo es —afirmó Dacre. Sus ojos se encontraron con los míos, oscuros y ardientes—. Siempre lo ha sido.

Di un paso adelante y le puse la palma de la mano sobre el pecho, sintiendo los rápidos latidos de su corazón.

—Lo haremos juntos.

El aliento de Dacre tembló contra mi piel; un grito atravesó la noche, aunque no parecía estar cerca. Provenía de la capital. Era una advertencia, un recordatorio de lo que ya estaba sucediendo allí.

El padre de Dacre fue el primero en reaccionar; su cuerpo se puso rígido.

—Ha comenzado.

Me quedé sin aliento al volverme hacia las imponentes murallas de la capital. El resplandor parpadeante de las antorchas relucía en el interior, pero había un brillo más intenso: algo estaba ardiendo.

Dacre me agarró con más fuerza del brazo.

—Nos vamos ahora mismo.

Kai soltó un grito ahogado.

—Nos quedaremos juntos. Lo más cerca posible.

El plan que habían estado elaborando se desmoronó y se lo llevó el viento al oírse un nuevo grito más aterrador, más gutural que el anterior.

Se habían acabado las estrategias cuidadosas. Se habían acabado los túneles. Se habían acabado los pasadizos secretos.

Solo quedaba la guerra.

Davian se dio la vuelta y levantó una mano hacia los árboles que había detrás de nosotros, hacia los rebeldes que esperaban en las sombras.

—¡En formación!

Una oleada de movimiento recorrió el bosque —botas desplazándose, espadas desenvainándose, murmullos silenciosos propagándose por el aire—. Estaban listos.

Dacre suspiró y se volvió hacia mí. Tenía la mandíbula tensa y su magia se agitaba entre nosotros. No estaba preparado para aquello, no estaba preparado para enviarme a mí en primera línea, pero no teníamos más tiempo.

Alcé la mano y le acaricié la mandíbula y luego la marca que nos unía.

—Lo haremos juntos.

Su mano se cerró sobre la mía un instante.

Entonces comenzaron a sonar las campanas de la ciudad, y echamos a correr.

La primera flecha voló cuando nos acercábamos a la ciudad. Por poco alcanzó el hombro de Kai: se clavó en la tierra a su lado con un ruido sordo.

Los gritos brotaron de la oscuridad. Los soldados del rey estaban esperando.

Kai no dudó.

—¡Adelante!

La rebelión avanzó y yo corrí junto a ellos, con el pulso latiéndome con fuerza en la garganta. Los árboles dieron paso a un terreno abierto y al puente, que se abría ante nosotros como una sentencia de muerte. Y más allá, las puertas del palacio.

Una sólida muralla de soldados acorazados se alzaba al otro lado del puente, con las espadas apuntando hacia fuera y las filas inquebrantables. Sus pulidas armaduras brillaban bajo la luz de las antorchas como un mar de acero que se interponía entre nosotros y el trono.

Era la única forma de entrar. Mi padre se había asegurado de ello.

Kai llegó el primero a la primera línea, con sus espadas gemelas destellando al encontrarse con el guardia más cercano. El acero chocó contra el acero. Acabábamos de hablar, de pensar en lo que iba a depararnos el futuro, y se nos había escapado de las manos con absoluta facilidad.

Ya no había tiempo para promesas ni para decidir quiénes íbamos a ser. La guerra había comenzado, estuviéramos preparados para ella o no.

Dacre llegó junto a Kai en un instante, y atravesaron las líneas enemigas con brutal eficacia. Wren se movió rápidamente a mi lado, lanzando flechas contra el grueso de los soldados.

Apenas podía pensar, apenas podía respirar. Busqué con la mirada a la abuela de Dacre, pero no la vi por ninguna parte.

Todo era un torbellino de movimiento y caos, de órdenes entrecortadas y gritos desesperados.

Un guardia se abalanzó sobre mí con la espada en ristre y yo me giré, avanzando hacia su ataque en lugar de alejarme de él. Mi espada se clavó en sus costillas, atravesando un hueco en su armadura.

Otro cayó sobre mí antes de que tuviera tiempo de recuperar el aliento. Me agaché, giré y lo golpeé.

La lucha se desarrollaba más rápido que el pensamiento, más rápido que el miedo.

Mi magia rugía dentro de mí, al igual que la de Dacre, pero necesitaba reservarla. No tenía ni idea de a qué iba a enfrentarme una vez dentro, cuando llegara al receptáculo, pero sabía que iba a necesitar todo mi poder para luchar contra él.

Otro grito rasgó la noche, un rebelde cayó abatido a pocos metros de mí.

Me volví hacia el sonido, con el pecho oprimido, e intenté respirar mientras veía caer a más rebeldes.

Clavé mi daga en otro guardia, y los huesos de mi brazo se resintieron por el impacto, pero Wren ya estaba allí y degolló al hombre con su daga antes de que pudiera defenderse.

Me giré, buscando a Dacre, buscando a Kai, y entonces vi un edificio a mi derecha, justo al otro lado del puente, que tenía las paredes envueltas en llamas. Sentí un dolor profundo e implacable en el vientre al ver cómo el fuego devoraba con avidez el lateral de aquel edificio tan familiar, que había sido un elemento constante fuera de la ventana de mi dormitorio desde que tenía uso de razón.

Contemplé la marca de la rebelión, recién pintada en la fachada de ladrillo, cuyo color oscuro aún brillaba aunque las llamas lo devoraran con la misma avidez que mi padre tenía por acabar con esta rebelión.

Se me cortó la respiración cuando mis ojos se desplazaron hacia abajo por la pared, donde colgaban sin vida cuatro figuras. Las cuerdas, cruelmente tensas, les habían roto el cuello, y las llamas lamían sus pies, amenazando con consumirlos.

Tres eran hombres, hombres a los que no conocía, pero fue la presencia del cuarto lo que destrozó mi compostura. Un niño pequeño, inocente e ignorante de las duras cargas del mundo, colgaba junto a ellos.

Había sido mi padre. Sabía que iba a tomarse represalias, sabía hasta dónde era capaz de llegar para encontrarme, para asegurarse de que todos los suyos supieran que ninguno de nosotros estaba a salvo, pero al verlo, al ver la prueba de su crueldad tan abiertamente, me derrumbé. Un dolor profundo e implacable se instaló en mi estómago antes de convertirse en rabia.

La magia dentro de mí rugió, retorciéndose y desesperada por ser liberada.

—No lo hagas. —Una mano me agarró del hombro para detenerme, y me volví hacia esa voz, con lágrimas ya quemándome los ojos. Micah negó solemnemente con la cabeza antes de levantar la vista hacia donde el chico seguía colgado. Ni siquiera sabía que Micah estaba allí. No lo había visto—. Solo quiere llamar tu atención. Eso es lo único que quiere que veas. —Retiró la mano de mi hombro—. Los dos sabemos cómo funciona.

Sabía que tenía razón, por supuesto que lo sabía, pero en ese momento lo único que podía ver era a ese chico, lo único en lo que podía pensar era en

todo lo que mi padre había hecho.

Di un paso para apartarme de Micah, luego otro, y no me detuve mientras me abría paso entre las filas de guerreros que se destrozaban entre sí.

Me moví tan rápido como pude y sentí cómo el poder se agitaba dentro de mí. Se volvió voraz y desesperado, reflejando mi propia desesperación por destruir al rey.

Levanté las manos, con las palmas hacia fuera, hacia los soldados enemigos que esperaban, mientras me acercaba a la primera línea. Una energía profunda y primitiva recorrió mi cuerpo, y dejé que mi poder se alimentara de los soldados, absorbiendo su magia hasta que me desbordó, amenazando con rebosar.

Podía oír cómo me llamaban, cómo alguien gritaba mi nombre. Dacre. No sabía si era detrás de mí o a través del vínculo, pero ya era demasiado tarde.

Me dejé llevar.

El poder explotó en mí como una ola implacable. La fuerza negra como la tinta se abalanzó sobre los soldados y los derribó como si los hubiera golpeado un arma invisible. Algunos se desplomaron de inmediato, sus cuerpos se derrumbaron en el suelo y las armas se les escaparon de los dedos sin vida.

No me detuve. No podía.

La magia seguía llegando, exigiendo, tomando, quemando todo. Sentí cómo se filtraba en mí, absorbiendo su fuerza, su vida. Podía sentir su poder bajo mis dedos, podía sentir cómo mi cuerpo quería devorar aún más.

Un soldado delante de mí cayó de rodillas, jadeando, y su energía se agotó ante mis ojos. Iba a morir ahí por mi culpa.

Di un paso lento hacia delante, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho, mi poder desesperado por hacer que ese hombre pagara por lo que había hecho. Una mano me agarró la muñeca.

Dacre.

Su magia chocó con la mía, atravesando el caos, atravesando su apetito, y yo jadeé. El vínculo entre nosotros se encendió, palpitó, gritó.

—Basta —susurró.

La palabra me atravesó las costillas, cortando el poder que arañaba mi piel, haciéndome retroceder antes de que me perdiera por completo.

Parpadeé rápidamente, tratando de despejar la neblina de poder, y el mundo giró salvajemente a mi alrededor.

Dacre estaba muy cerca, con el pecho jadeando contra mí, y no me soltaba.

No iba a hacerlo.

Inspiré hondo y mi magia retrocedió lentamente, pero el daño ya estaba hecho.

Los soldados me miraban fijamente mientras se retiraban, y no solo lo hacían los hombres del rey, también los rebeldes.

Lo habían visto.

Un murmullo recorrió la rebelión, unas voces susurraron, pero con miedo no. Ya no me temían. Estaban asombrados.

Los miré a todos ellos, miré a esas personas que luchaban a mi lado, e intenté respirar, permitirme recordar exactamente por qué estábamos peleando.

Alguien gritó, con voz áspera y llena de emoción.

—¡La reina está aquí! ¡La reina ha venido! —La frase retumbó por el puente, entre el ejército que tenía detrás.

—La heredera ha regresado. La reina ha llegado.

Apenas tuve tiempo de procesar sus palabras antes de que Dacre me obligara a mirarlo, pero yo solo podía ver al niño. Su cuerpo sin vida se balanceaba sobre aquellas llamas crepitantes, el fuego alcanzaba con avidez su pequeño cuerpo.

—Verena —susurró Dacre, con voz ronca, tocándome con dedos suplicantes.

Entonces pude oler la carne quemada, ya que el fuego se había apoderado de los demás. Apreté los puños, con mi poder aún revoloteando en el aire como si tampoco pudiera controlar su respiración, sofocar el impulso mortal que había en su interior.

—Dacre, yo…

Sus dedos se tensaron en mi brazo y me acercó a él para posar su frente sobre la mía.

—Tienes que ahorrar tu poder. —Su respiración era entrecortada, apenas podía contener su propia furia—. Te vas a quemar antes de que empiece la verdadera lucha.

Sabía que debía hacerle caso, pero no me parecía que fuera a agotarme; no sentía nada excepto la necesidad de vengarme, de hacerles pagar a todos por lo que habían hecho.

—El chico —susurré con voz quebrada, y Dacre siguió la dirección de mi mirada hasta el muchacho, que ya estaba ardiendo.

Unas espesas columnas de humo se elevaban hacia el cielo nocturno y

empezaban a ocultar al chico de mi vista.

Él apretó la mandíbula y todo su cuerpo se tensó bajo mis manos. Cerró los ojos por un instante.

—Lucharemos por él. Acabaremos con esto por todos ellos.

Levanté la barbilla, inspirando una vez más con dificultad, y las manos de Dacre se movieron hacia mi cabello y se anclaron a mi rostro.

No necesitó decir una sola palabra. Podía sentirlo todo a través de nuestro vínculo: su miedo, su anhelo, su amor.

Le cogí una de las manos y volví la cabeza para besarle la palma. Después me puse frente a las puertas del palacio, que permanecían intactas más allá del caos.

Íbamos a tomar el palacio. E íbamos a acabar con todo.

26

VERENA

Los pasillos del palacio estaban inquietantemente silenciosos a pesar del caos que aún resonaba a nuestro alrededor. Era algo que jamás había visto, ni en todos los años que pasé entre esas paredes ni en todas las noches que había estado acurrucada bajo las mantas, escuchando los lejanos sonidos de la música del salón de baile, los apresurados pasos de los sirvientes, los débiles gritos de las personas a las que él hacía daño. Ni en todas las noches en las que le había suplicado que parara, que me dejara, que me liberara.

Los dedos de Dacre se cerraron alrededor de los míos mientras avanzábamos con cuidado hacia el interior. Kai y Wren se mantenían cerca de nosotros, con las espadas desenvainadas y la respiración firme pero aguda. El padre de Dacre y Eiran iban delante de nosotros, pero yo aún no había visto a la abuela de Dacre.

Ninguno de nosotros la había visto.

—Debería estar aquí —murmuré, escudriñando el pasillo vacío.

El plan era sencillo: llegar primero a la fuente de poder de mi padre antes de enfrentarnos a él. Pero algo iba mal.

Ella ya debería estar con nosotros.

Un susurro en las sombras hizo que me tensara y todos nos pusimos alerta cuando una figura apareció ante nuestros ojos.

Elis se movía con rapidez, con la larga falda ondeando detrás de ella. Pero tenía la manga manchada de sangre. Su cabello plateado se había soltado de su habitual moño y tenía algunos mechones sueltos sobre la cara.

Había estado luchando.

Dacre dio un paso adelante hacia su abuela.

—¿Dónde has estado?

Ella levantó una mano, con la respiración mesurada pero tensa.

—Lo hemos intentado —murmuró—. Hemos intentado llegar al receptáculo.

Micah apareció tras ella, también sin aliento.

Mi pulso se aceleró.

—¿Qué quieres decir?

Sus agudos ojos plateados se clavaron en los míos.

—Micah ha usado su magia para hacernos cruzar el puente, y las puertas estaban vacías cuando hemos llegado. La entrada al receptáculo está bloqueada y él nos estaba esperando.

Sentí un peso frío en el estómago. Por supuesto que estaba allí.

Iba a proteger el receptáculo por encima de todo lo demás.

—¿Cuántos guardias hay? —preguntó Dacre, apretando con fuerza su espada.

—Demasiados —admitió ella—. La mayoría de sus guardias protegían el puente y el receptáculo. Intenté abrirme paso entre ellos, pero eran demasiados. No nos siguieron cuando nos retiramos. No abandonan la vigilancia del receptáculo. —Me miró—. No hay forma de llegar al receptáculo excepto a través de la sala del trono. Hay un camino justo detrás de su estrado. Una escalera que conduce hacia abajo. —Levantó la mano y se la llevó a la boca, y me sorprendió ver lo mucho que le temblaba—. ¿Y los demás?

—Están justo detrás de nosotros. —Un músculo de la mandíbula de Dacre se contrajo. Podía sentir su magia enroscándose, inquieta, con el mismo miedo que me roía las entrañas a mí.

Pero entonces pasó algo más: un golpeteo. Un latido profundo y vibrante. No provenía de las murallas del castillo ni de la batalla que aún se libraba al otro lado de las puertas. Provenía de mi interior.

Me quedé sin aliento y casi me fallaron las piernas cuando la sensación se extendió por mi cuerpo; era una llamada, un susurro, una atracción. No era una magia como la que Dacre y yo compartíamos: era algo más antiguo, algo más profundo.

Jadeé y me puse una mano contra el vientre para intentar calmar la sensación que me arañaba por dentro. Dacre volvió la cabeza hacia mí y me agarró por los brazos.

—¿Qué pasa?

Él no podía sentirlo, ni a través de mí ni a través de nuestro vínculo. Intenté responder, pero las palabras murieron en mi lengua mientras la sensación se intensificaba hasta que sentí una punzada de dolor en las sienes que Dacre no pudo sentir porque estaba ligada a mí.

El receptáculo me llamaba.

No era como la vez anterior, cuando había sentido su poder, su vasto vacío, cuando mi padre me había agredido con su magia. Aquello era diferente. No era solo el receptáculo que yacía en las profundidades del palacio, también era la parte que vivía dentro de mí.

Un fragmento de su magia enterrado en mis huesos, en mi sangre. Una parte que ni siquiera sabía que estaba allí.

Un escalofrío me recorrió el cuerpo y amenazó con hacerme caer.

Reconocí esa sensación. La había notado cuando el receptáculo se había conectado a mí, cuando había atravesado mi cuerpo y había dejado su poder dentro de mis venas, cuando había intentado atarme a él para siempre. Pensaba que había fracasado, pero el receptáculo nunca me había dejado marchar.

—¿Verena? —La voz de Dacre era urgente, baja y ronca. Podía sentir cómo temblaba, sentir cómo mi magia reaccionaba a esa fuerza invisible, mientras él me recorría con las manos.

—El receptáculo —susurré. Levanté la cabeza y clavé la vista en las puertas que tenía delante. La sala del trono.

Estaba esperando. Él estaba esperando, y yo no podía evitar que mis pies siguieran adelante.

Apenas sentía el mármol bajo mis botas mientras avanzaba. Las puertas se alzaban delante de mí, enormes, oscuras, expectantes.

En algún lugar a mi espalda Dacre gritó mi nombre, pero el sonido me llegó amortiguado, como si estuviera sumergida en aguas profundas.

Empujé las puertas y se abrieron con un crujido lento y chirriante cuando la madera antigua cedió

Sin empujarme, sin tirar de mí, el receptáculo me daba la bienvenida en su interior. Me llamaba.

Entré en la sala del trono y el ambiente se volvió sofocante. Las paredes se elevaban, altas, los tapices familiares que una vez habían cubierto la piedra colgaban entonces hechos jirones, apolillados y desmoronándose. Los candelabros que habían brillado con luz dorada parpadeaban débilmente, con sus llamas vivas.

Decadencia.

Eso era lo que llenaba la estancia, lo que se aferraba a mi piel, lo que me revolvió el estómago cuando mi mirada se posó en el trono.

Había guardias en la sala, pero no muchos, y parecían agotados. Mi padre no

esperaba que llegara tan lejos. También había algunas otras personas allí, personas que no reconocía, y entonces lo vi.

Mi padre estaba sentado encorvado en su asiento, una sombra del hombre que había sido. Su piel, antes dorada por el poder, estaba gris; sus pómulos, hundidos; sus labios, agrietados.

Pero fueron sus ojos los que provocaron una revuelta en mi interior: aún eran agudos, crueles.

Seguía mirándome como si fuera algo que devorar.

—Por fin has regresado a casa, hija.

Me estremecí ante sus palabras y su expresión cambió: las comisuras de su boca se levantaron en una sonrisa repugnante.

—Esta no es mi casa. —El poder dentro de mí reaccionó, se retorció y se curvó, y no sabía si era mi poder, el receptáculo o mi vínculo.

—¿No? Entonces, ¿qué haces aquí? —Ladeó la cabeza y yo me quedé quieta, con todo mi cuerpo reaccionando ante él—. ¿Me echabas de menos a mí o al poder que te dejé sentir? —Estudió la armadura de cuero que cubría mi cuerpo, las armas que adornaban mi pecho. Luego suspiró—. Te pareces a tu madre cuando la vi por primera vez.

La ira se apoderó de mí y acabó con todo lo demás que pudiera haber sentido.

—¿Te refieres a cuando la secuestraste de su reino, antes de destruir Veyrith?

Entrecerró los ojos con un movimiento lento, casi imperceptible.

—Tu madre me acompañó por voluntad propia.

Una risa aguda rasgó mi garganta, amarga y fría.

—Se lo quitaste todo, su hogar, su magia, sus opciones. —Mi respiración se entrecortó—. Igual que intentaste hacer conmigo.

Algo brilló en sus ojos. Algo casi humano.

—Es lo que te hice a ti. —Sus palabras eran veneno, y podía sentir cómo me infectaban—. Es lo que te sigo haciendo.

—¿Qué les ha pasado a tus guardias? —Señalé con la cabeza a los hombres, que apenas se mantenían en pie.

—Mis hombres me sirven. —Entrecerró los ojos—. Y se han sacrificado para alimentarme con lo que necesito.

Las sombras cerca de su trono se movieron y la vidente dio un paso adelante para llegar a su lado, con su larga melena blanca deslizándose en ondas por su espalda, su piel tan pálida como la luna y sus ojos blancos, nublados, infinitos.

Recordaba esos ojos. Recordaba sus manos clavadas en mi cráneo cuando estaba encerrada en mi celda. Sentí el aguijoneo de la magia de mi padre. Sentí cómo el receptáculo se deslizaba dentro de mí una vez más y un dolor fantasma corrió por mis venas.

Ella ladeó la cabeza, con expresión ausente, y, sin embargo, yo sabía que me veía como nadie más podía.

—Ella sabía que vendrías —murmuró mi padre, levantándose de su trono. Sus pasos eran lentos, mesurados, mientras se alejaba del estrado—. Me advirtió de tus planes para los túneles. —Apreté los puños, obligando a mi magia a quedarse quieta, rogándole al receptáculo que dejara de susurrar en mi mente—. Ha visto el futuro, Verena. —Su voz era suave—. Y ha visto el final.

La vidente levantó la barbilla y habló por fin.

—Te arrodillarás ante él.

Se me heló la sangre, y sentí que alguien se movía a mi espalda. El pecho de Dacre se pegó a mí, y traté de respirar, traté de sentirlo.

Su aliento era cálido contra mi nuca, su presencia, firme incluso cuando el peso de las palabras de mi padre se retorcía en mi vientre.

—Nunca me arrodillaré ante ti —dije con voz firme como el acero, pero los ojos blancos y vacíos de la vidente me atravesaron.

—Ya lo has hecho. —Un escalofrío me recorrió el cuerpo cuando ella dio un lento paso, con movimientos inquietantemente elegantes, como si no perteneciera del todo a este mundo—. Te he visto en mil vidas, Verena —susurró—. Y en todas ellas te arrodillas.

La magia de Dacre surgió, salvaje y furiosa, y recorrió hasta el último rincón de mi cuerpo. La vidente ladeó la cabeza, entreabriendo los labios como si estuviera escuchando, pero no a mí, sino a algo dentro de mí. Sus ojos blancos se posaron en la marca dorada de mi muñeca, que ardió bajo su mirada.

—Llevas algo más que su marca.

Sus palabras irradiaron a través de mi muñeca, y se me cortó el aliento.

—¿Qué?

Espiró lentamente.

—El receptáculo que buscas no es el único que te llama. La sangre de Veyrith canta dentro de ti. —Luego se volvió y su inquietante mirada se posó en otra persona—. Y canta en alguien más.

Se oyó un grito ahogado al otro lado de la sala del trono, y volví la cabeza justo a tiempo para ver a Micah ponerse rígido, con el cuerpo encogido como

un depredador a punto de atacar.

Entonces la vi.

La mujer estaba justo detrás del rey, oculta tras una pequeña fila de guardias junto con otras dos cortesanas. Su cabello se deslizaba en ondas por su espalda, e incluso bajo la tenue luz de las antorchas pude ver su parecido con Micah. Era su hermana.

—¡Maliah! —La voz de Micah era un gruñido, un grito de batalla de pura desesperación cuando se abrió paso entre los rebeldes, con la espada ya desenvainada, ya en movimiento.

Se abalanzó hacia el trono, hacia su hermana, con la espada en ristre, y mi padre chasqueó los dedos.

El poder brotó de la palma de su mano y una repentina y violenta explosión de magia envió a Micah volando por la sala. Su cuerpo se estrelló contra el mármol y se deslizó por el suelo con un ruido sordo y repugnante. Intentó ponerse de rodillas, pero volvió a caer boca abajo.

Apenas tuve tiempo de reaccionar antes de que la cabeza de mi padre se volviera hacia mí. Sus ojos se oscurecieron y entonces se movió.

No lo vi. Apenas lo sentí. En un momento dado estaba de pie al pie del estrado y, al siguiente, estaba justo delante de mí.

Jadeé y tropecé con Dacre, pero él me agarró de la muñeca con fuerza.

Una sonrisa cruel y enfermiza se dibujó en los labios de mi padre.

—Mi hija —susurró antes de mirar a Dacre, que estaba detrás de mí—. ¿Es a ella a quien llamabas a gritos?

Dacre se tensó, su rugido inundó la estancia y, antes de que pudiera reaccionar, el acero brilló en el aire. La espada de Dacre se abatió con tanta rapidez que solo vi un borrón. Mi padre se apartó de mí en el último momento, esquivando la hoja, pero por muy poco. La espada de Dacre cortó la tela de la túnica de mi padre, dejando una fina línea sangrante a lo largo de sus costillas. Mi padre gruñó, con los labios curvados en señal de disgusto mientras veía a Dacre moverse entre nosotros, con el pecho agitado y el cuerpo encogido. Su espada goteaba con la sangre de mi padre.

—Ella te llamaba, ¿sabes? —Su tono era bajo y burlón mientras miraba fijamente a Dacre, con un brillo depredador iluminando su expresión. Mi magia se agitó dentro de mí como una bestia salvaje y rabiosa, desesperada por hacer cualquier cosa para que mi padre volviera a prestarme atención, para que se apartara de mi alma gemela, pero la contuve con todas mis fuerzas,

obligándola a permanecer latente bajo la superficie—. Muchas de las cicatrices que tiene en su cuerpo —continuó, rebosante de desdén— podrían haberse evitado si hubieras acudido cuando ella te llamó. —Chascó la lengua con fingida decepción, escrutando a Dacre—. Espero que las cicatrices no sean demasiado para ti, que no hayan apagado tu deseo.

Esas palabras le dieron a Dacre exactamente donde mi padre quería, lo provocaron hasta que se abalanzó hacia él, con un movimiento repentino y cargado de emoción. Era una trampa, meticulosamente tendida por mi padre, pero yo me moví: extendí la mano y agarré la de Dacre antes de que pudiera dar otro paso adelante. Mi padre se rio, y el sonido se deslizó por mi piel.

—Creo que lo mataré primero —declaró con una calma escalofriante—. Lo colgaré en las calles de la ciudad, pero con delicadeza, asegurándome de que luche por respirar hasta que la muerte lo reclame misericordiosamente. Será más lento que con los demás. —*Los demás… El chico*—. Podrás verlo desde tu ventana —añadió, levantando el dedo para señalar siniestramente el piso de arriba—. Una vez que te hayas instalado.

La furia se propagó en mi interior como un incendio, alimentada por sus palabras y por la grotesca imagen que había pintado en mi mente, por la imagen del niño que no podía sacarme de la cabeza, el que probablemente aún ardía entre las llamas del exterior.

Estaba tan consumida por la ira, tan perdida en ella, que no lo vi venir: levantó la mano y, de repente, un dolor abrasador me envolvió, me atravesó como mil cuchillas, retorciéndose, abrasándome, quemándome.

La magia de mi padre se estrelló contra mi pecho, pero no era su magia en absoluto. Era el receptáculo que surgía dentro de mí, y no se trataba de la parte enterrada en mis venas, sino del poder que yacía en lo profundo del palacio. Me reconoció, me reclamó y, de repente, ya no estaba en la sala del trono: estaba cayendo.

Una avalancha de recuerdos, de visiones, se derramó por mi mente.

Una sala del trono anterior a esa, con las paredes talladas en piedra blanca y enredaderas enroscándose en las grietas. Una reina de cabello dorado con una corona de plata y zafiro sobre su frente. Un rey con unos ojos como los míos poniendo su mano contra un receptáculo brillante, uniendo su sangre a él.

El receptáculo de Veyrith.

Jadeé, y me quedé paralizada al ver a mi madre. Estaba junto al rey y la reina, a quienes no conocía, con la mano extendida hacia mí, y yo me acerqué a ella

mientras caía. Atravesé la niebla de mi mente para intentar rozarle los dedos, y en el momento en que lo hice, en el momento en que el calor de su piel caló en la mía, otro poder antiguo se apoderó de mí. Me llenó, me inundó, y no tuve fuerzas para detenerlo.

«La heredera».

Esas palabras no eran mías. Fluían por mis venas, susurraban en mis huesos.

Un trono tallado en piedra blanca. Las manos extendidas de la reina. Un receptáculo que vibraba con vida propia.

Se me cortó la respiración, mi pecho subía y bajaba con jadeos agudos y desesperados. Y no estaba sola.

Un sonido rasgó el aire, y no era un grito, sino otra cosa: un coro de jadeos.

Me apreté las sienes e intenté recuperar la vista. La sala del trono de mi padre volvió a aparecer ante mis ojos.

Wren cayó de rodillas, con un sonido ahogado escapándose de sus labios. Dacre echó la cabeza hacia atrás, respirando entrecortadamente. Micah se tambaleó, con la mano sobre el pecho. Su hermana soltó un grito ahogado y me miró con los ojos muy abiertos.

La abuela de Dacre se volvió hacia mí, conmocionada, frunciendo el ceño, con la mano aferrada al colgante que llevaba en el cuello.

Estaba dentro de todos nosotros: la sangre de Veyrith.

Y había respondido.

La vidente separó los labios y retrocedió, con los ojos nublados recorriendo la sala.

—La nacida de la marea ha llegado. El receptáculo de Veyrith se levanta. —Se tambaleó y dirigió la mirada hacia mi padre—. El receptáculo de Veyrith se levanta —repitió con un susurro tembloroso.

Mi padre se tensó y me soltó la mano. Todo su cuerpo se estremeció, sus labios dejaron al descubierto sus dientes y sus dedos se crisparon. Las venas de su cuello se oscurecieron, palpitando con magia, y entonces la sala del trono se estremeció.

Las antorchas de las paredes se encendieron, las sombras se alargaron y parpadearon violentamente, como si estuvieran atrapadas en una tormenta. El suelo bajo nuestros pies crujió bajo el peso del poder, un poder que él no podía controlar.

—¡Esto es mío! —exclamó; su voz rasgó el caos y su magia escapó como un látigo.

Me tambaleé hacia atrás cuando su furia me llegó como una ola. La magia me atravesó, me golpeó de una manera que nunca había sentido. Intentaba recuperar el control, intentaba silenciar el poder que había despertado dentro de mí.

Pero no pudo.

El pánico se apoderó de su rostro y luchó con rabia, escudriñando la sala, buscando, calculando, desesperado.

Le temblaba todo el cuerpo, y el tono grisáceo de su piel se intensificó, como si el poder que había en su interior lo estuviera corrompiendo desde dentro ante mis propios ojos.

Se volvió hacia la vidente.

—Haz algo —exigió, pero ella negó con la cabeza.

—Te lo advertí —susurró, retrocediendo hacia las sombras—. Intentabas reclamar lo que nunca debió ser tuyo.

Mi padre soltó un rugido salvaje y luego se movió, pero no hacia mí, ni hacia Dacre, sino hacia Wren. Su poder la golpeó antes de que pudiera reaccionar, un látigo de magia oscura que se estrelló contra el pecho de Wren.

Ella soltó un grito estrangulado y la fuerza del golpe la tiró al suelo; cayó con fuerza, jadeando, temblando, con las señales de su poder como venas negras a lo largo de su piel.

La magia de Dacre detonó en su interior.

—¡No! —Su grito rasgó el aire, y sentí cómo la rabia se desataba dentro de él, cómo su control se desmoronaba mientras se lanzaba hacia delante, con la espada apuntando al cuello del rey.

Pero antes de que pudiera alcanzarlo, mi padre tiró de Wren para hacer que se levantara y enredó una mano en su cabello.

—Basta. —Esa única palabra retumbó en las paredes de la sala del trono y todo se detuvo.

Dacre se quedó paralizado. Kai jadeaba a mi lado, con su magia convertida en una tormenta furiosa en su interior. Los rebeldes detuvieron la lucha y observaron con horror cómo el rey sostenía a la hermana de Dacre frente a él, con el cuerpo inerte y la respiración entrecortada. La mirada del rey se deslizó hacia mí, y una lenta y venenosa sonrisa se dibujó en su rostro.

—Veamos si la sangre de tu madre es tan poderosa como dicen. —Estrechó los dedos alrededor de ella, y Wren gritó.

Su cuerpo se sacudió violentamente, y arqueó la espalda mientras el poder se

desprendía de ella.

Él estaba drenándolo.

Me abalancé hacia ellos, pero un guardia tambaleante me bloqueó el paso. No me había fijado en él, ni siquiera le había prestado atención, ya que los guardias parecían demasiado debilitados por el drenaje de mi padre como para siquiera intentar luchar.

Mi atención se había centrado exclusivamente en mi padre y, aunque seguía sin apartar la vista de él, podía oír a los demás luchando a nuestro alrededor.

Dacre estaba furioso. Hundió la espada en las costillas del soldado antes de que pudiera pestañear, y oí la voz de Kai, áspera y salvaje.

—¡Wren!

La espada de Kai ya estaba volando. Se movía como una sombra que se deslizaba por la estancia, pero mi padre levantó la otra mano. Y no fue Wren quien cayó. Fue Eiran.

Un crujido repugnante llenó el aire cuando el cuerpo de Eiran se estrelló contra Wren y la liberó de las manos del rey, lo que la protegió del nuevo ataque de la magia de mi padre.

Wren se estrelló contra el mármol y la espalda de Eiran se arqueó violentamente; abrió la boca para soltar un grito cuando el poder que estaba destinado a drenar a Wren succionó el suyo en su lugar.

Jadeé, podía sentir cómo tiraba de su magia, cómo se la llevaba. Lo estaba matando.

El cuerpo de Eiran se convulsionó mientras mi padre le drenaba la vida.

Sus manos arañaron el suelo; su respiración se volvió superficial.

Intenté alcanzarlo, intenté detenerlo, pero el poder que mi padre descargaba sobre él era demasiado fuerte, demasiado cruel.

El padre de Dacre gritó su nombre, pero Eiran ya se había quedado quieto. Ya se había ido.

Kai se acercó a Wren y la abrazó, con el pecho agitado y ella jadeando en busca de aire.

Y mi padre… Mi padre se rio.

Se limpió la boca con la mano y pasó por encima del cuerpo sin vida de Eiran como si no fuera nada. Luego me miró con una sonrisa afilada como una navaja.

—No puedes detenerlo —susurró.

Y lo sentí de nuevo, el receptáculo gruñendo bajo el palacio, elevándose para

encontrarse conmigo.

La magia de mi padre se estrelló contra mí, pero no fue como antes, con el calor abrasador y consumidor de su poder drenador: era frío y se clavó en mis costillas como fragmentos de hielo, presionando, retorciéndose, tirando de algo dentro de mí.

Jadeé y me fallaron las piernas cuando la sensación atravesó mi pecho, como si unas manos invisibles intentaran abrirme, intentaran excavar profundamente en mi interior y sacar algo.

El receptáculo estaba dentro de mí, pero no era solo su poder, también su voluntad.

Se enroscó en mis venas y me llevó hacia él, hacia mi padre. Podía sentir su atadura, la cadena invisible que se había forjado cuando me había obligado a absorber su magia. Estaba tratando de llamarme de regreso a él, tratando de atarme por completo.

Un suspiro se escapó de mis labios.

No.

Clavé los talones en el suelo, con el cuerpo temblando bajo su magia, pero otra fuerza se alzó dentro de mí, algo que lo igualaba en poder, pero completamente opuesto.

Veyrith.

Su presencia se abalanzó sobre mí y su poder empujó el receptáculo como una marea embravecida. No me ataba. No me encadenaba. Me llamaba, y yo respondía.

Un grito se escapó de mis labios cuando mi poder se desató, al rojo vivo y cegador. El aire mismo se resquebrajó y, de repente, ya no estaba solo dentro de la sala del trono: estaba dentro de los receptáculos. De Marmoris y de Veyrith.

Los dos chocaban dentro de mí; uno se basaba en el poder acumulado, el otro en el poder compartido. Uno se basaba en tomar, el otro en dar.

El receptáculo de Veyrith había despertado y me había elegido.

Era la última hija de Veyrith y la sangre de mi madre cantaba en mis venas.

Escuché una voz en mi mente: *«Nunca estuvo perdido, Verena. Solo estaba esperando».*

Abrí los ojos, mi visión se fracturó, dividida entre dos mundos; la sala del trono aparecía y desaparecía como la luz de una vela parpadeante. La vidente se quedó paralizada en su lugar, cerca de la pared, con los ojos blancos muy

abiertos y los labios separados, como si ella también pudiera verlo.

Los dedos de Dacre se clavaron en mi brazo y oí en la distancia su voz, deshilvanada, llamándome por mi nombre.

Mi padre me miró y retrocedió tambaleándose. Tenía miedo.

Yo los sentía a los dos: al receptáculo de Marmoris, un vacío enorme, infinito y devorador, y al receptáculo de Veyrith, una tormenta, una corriente indómita.

Luchaban dentro de mí y su magia me desgarraba las venas; luchaban por prevalecer, y me estaban partiendo en dos.

Era demasiado. No podía contenerlos a los dos, no podía controlar a ninguno. Una mano se cerró sobre mi muñeca y me la estrechó con fuerza.

Parpadeé y miré a Dacre, tratando de concentrarme en los detalles de su rostro. Su voz era un rugido en medio de la tormenta.

—Verena.

Su presencia se mantuvo firme, su alma, entrelazada con la mía; nuestro vínculo ardía dentro de mí.

No era solo un lazo, también era un equilibrio. Nuestro vínculo corría por mis venas, junto a los receptáculos; los persuadía, los calmaba, me ayudaba a respirar.

Jadeé, mi visión se aclaró y volví a enfocar la sala del trono. La vidente me observaba, con los labios entreabiertos, asombrada. Mi padre seguía retrocediendo, tambaleante. Su rostro estaba ceniciento y temblaba. Podía sentirlo.

Yo no manejaba solo un receptáculo ni estaba atada a él como mi padre había intentado. Yo los manejaba a los dos.

Levanté la mano y él cayó de rodillas.

Alzó la cabeza bruscamente, con expresión de puro pánico, y supe que nunca había sentido verdadero miedo, porque nunca había creído que pudiera derrotarlo.

Pero busqué dentro de mí ese poder, el vínculo que él había forjado entre sí mismo y el receptáculo de Marmoris. El que lo había convertido en un dios.

Podía verlo. La magia lo envolvía como una correa. Una cadena. Apreté el puño para envolverla en mi mano, y tiré.

Mi padre cayó hacia delante y sus manos golpearon contra el suelo de mármol. Me miraba con terror.

Podía oír a los demás luchando a nuestro alrededor, podía oír el sonido del metal y los gruñidos de dolor. No les presté atención.

Apreté la cadena con más fuerza, la envolví firmemente alrededor de mi mano y, esa vez, cuando tiré de ella, la cadena se rompió.

Un grito salió de la garganta de mi padre; su cuerpo se convulsionó y se llevó las manos al pecho. Sentí cómo el receptáculo se separaba de él, acabando con su control, liberando su poder, transformándose en algo completamente diferente.

La vidente jadeó, su voz era un susurro profético.

—«El don de la nacida de la marea, atada con cadenas, romperá el vínculo o unirá sus condenas».

Levanté la mirada y pude sentirlo en mis venas, en la magia que vibraba bajo mi piel, en todas partes.

Las paredes del palacio se estremecieron. El mármol bajo mis pies tembló. Todo el reino se sacudió.

El receptáculo de Marmoris ya no era algo que se pudiera manejar, que se pudiera controlar. Respiraba. Estaba vivo y me veía.

Una oleada de algo antiguo, algo vasto e incognoscible, se enroscó dentro de mi pecho.

No era un rey. No era un tirano. No era un dios. Era algo que me había estado esperando. Los dos me habían estado esperando.

Un suspiro salió de mis labios y, de repente, vi el reino: la tierra reverdecía, los ríos fluían con más fuerza, el peso de algo invisible impregnaba el aire.

Vi Veyrith. No solo sus ruinas perdidas, no solo un reino destrozado, sino algo que se removía, que despertaba.

Era como estar al borde de dos mundos, Marmoris y Veyrith, y por primera vez, los dos me pertenecían.

—«Nacida de dos reinos» —jadeé, y casi me fallaron las piernas, pero Dacre me sujetó con más fuerza.

«Quédate conmigo», susurró su magia a través del vínculo, estabilizándome. *«Sigues aquí. Sigues siendo mía».*

Parpadeé y miré a mi padre: su cuerpo temblaba, vacío, desmoronándose mientras intentaba arrodillarse. El poder que había acumulado durante tanto tiempo había desaparecido. Y sin él, no era nada. Los dedos de Dacre se ciñeron a mi muñeca. Su voz fue calmada.

—Acaba con esto.

La magia se enroscó dentro de mí, como una tormenta a punto de estallar. Podía sentirlo todo: los gritos de mi madre, el sufrimiento del reino, el peso de

mil vidas aplastadas bajo su dominio.

Y lo vi tal y como era.

Un hombre que había robado un poder que nunca había sido suyo. Un hombre que se había autoproclamado rey mientras dejaba que el reino se marchitara.

Un hombre que había intentado romperme en pedazos, que había intentado convertirme en su arma.

Pero yo nunca había sido suya. Yo era de ella. Yo era Marmoris. Yo era Veyrith. Yo era la heredera.

Mi padre retrocedió tambaleándose, con el cuerpo tembloroso, mientras la magia que ya no controlaba goteaba de sus dedos como algo podrido, algo descompuesto. Su pecho se agitaba, tenía la piel gris y agrietada porque el poder que había acumulado durante tanto tiempo lo rechazaba.

—Tú… —Su voz no era más que un susurro y él, una sombra del hombre que una vez había gobernado—. ¿Crees que puedes quitarme el trono?

Levanté la barbilla, con la magia ardiendo en mis venas, los dos receptáculos bullendo, latiendo, con un ritmo que iba a sacudir el mundo.

—Nunca lo mereciste. —Se abalanzó hacia mí con las manos extendidas, pero ya no le quedaba nada: ni poder ni reino. Ni siquiera daba miedo ya—. Destruiste Veyrith. —Mi voz retumbó en la sala del trono, lo bastante fuerte como para hacer temblar las paredes—. Corrompiste Marmoris. —Se le pusieron los ojos como platos cuando di un paso, con la magia elevándose dentro de mí, gritando. Dacre me soltó el brazo—. Secuestraste a mi madre; intentaste drenarme.

La magia rugió dentro de mí, como una tormenta a punto de estallar, pero no la alcancé. En su lugar, cogí la daga. No necesitaba magia para eso. Quería que él lo sintiera. Me había llamado impotente durante años. Así que cuando le quitara la vida, iba a ser con mi mano, y solo con mi mano. La de su heredera sin poderes. Abrió aún más los ojos cuando mi daga se hundió en su pecho, directamente en su corazón. Separó los labios y un sonido ahogado y jadeante se escapó de ellos. Se aferró a mí, pero ya no podía tomar nada de mí. Ya no tenía poder, ni reino ni control.

—Querías un arma —susurré, girando la hoja—. Pues aquí la tienes.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo y se desplomó en el suelo, con la daga aún clavada en el pecho. El gran rey de Marmoris se deshacía como polvo, como si no fuera nada.

Un suspiro agudo y entrecortado salió de mis labios, y Dacre estuvo allí antes de que pudiera caerme, con sus brazos firmes y seguros.

—El rey ha muerto —susurró alguien; fue un suspiro. Un murmullo—. ¡Larga vida a la reina!

Las palabras se me clavaron en el pecho, junto a la magia que aún se movía dentro de mí.

Me di la vuelta y, uno a uno, todos los presentes en la sala cayeron de rodillas.

27

VERENA

La batalla había terminado, pero sus consecuencias apenas comenzaban a sentirse.

Estaba en la sala del trono, rodeada por los cadáveres de los hombres y mujeres que habían luchado por el tirano y de los hombres y mujeres que habían luchado por mí. El aire estaba impregnado del olor a sangre y a aceite quemado, y las antorchas parpadeaban contra la piedra agrietada. El mundo estaba más tranquilo, pero el silencio era extraño. No parecía una victoria, parecía un coste demasiado elevado.

Mi pecho subía y bajaba con respiraciones superficiales y desiguales. Todavía podía sentir la magia dentro de mí, la de Marmoris y la de Veyrith, el equilibrio entre ellas. Pero en lugar de tirar de mí en diferentes direcciones, en lugar de luchar por el control, se estaban calmando. La tormenta finalmente se había aquietado.

Y mi padre estaba muerto.

Yo lo había matado. Lo había destrozado, lo había despojado de su trono y del poder que había robado. Y, sin embargo, mientras estaba allí, con mi daga aún manchada de su sangre, el mundo no había cambiado tanto como pensaba.

Creí que iba a sentirme, pero lo que sentía era alivio. Tristeza. Felicidad. Furia. Dolor. Entumecimiento.

No sabía a qué sentimiento aferrarme. No sabía cómo aferrarme a ninguno de ellos durante más de unos instantes antes de que se transformara en otra cosa. Pero unas manos cálidas me encontraron, unas manos firmes.

Dacre.

Se puso delante de mí, entrelazó sus dedos con los míos y su magia se deslizó por mis venas. Su voz era áspera, ronca.

—Respira, Verena.

Y lo hice. Inspiré hondo y lo sentí, sentí nuestro vínculo entre nosotros

como un salvavidas. No me había soltado ni un solo instante, y nunca iba a hacerlo.

Levanté la vista hacia sus ojos y, por primera vez desde que había entrado en ese palacio, desde que había entrado en la sala del trono, sentí que podía volver a encontrar la estabilidad, la calma.

Pero el mundo seguía desmoronándose a nuestro alrededor.

Oí un jadeo entrecortado al otro lado de la sala y me volví. Micah se ponía en pie tambaleándose, con el pecho aún agitado por el golpe que le había propinado mi padre. Tenía la vista clavada en el otro extremo de la sala del trono, en su hermana. Estaba entre las cortesanas de mi padre, aún junto a la pared. Tenía el rostro ceniciento y las manos temblorosas, con las que se agarraba la tela del vestido.

Y no miraba a Micah. Me miraba a mí.

Micah se abrió paso entre la gente que llenaba la sala y dejó caer su espada al suelo para correr hacia ella.

—Maliah. —Su voz se quebró, ronca y desesperada, cuando se acercó a ella, que se apartó. En el rostro de Micah apareció una expresión en la que se mezclaban la agonía y el alivio mientras se ponía frente a ella—. Soy yo —titubeó, tembloroso.

Tragué saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta, solté las manos de Dacre y di un paso delante. Atravesé la sala antes de que pudiera convencerme de no hacerlo. Me detuve junto a Micah, junto al hombre que había sido mi salvador, mi enemigo, el que me había traicionado.

—Maliah —pronuncié su nombre con suavidad, con cuidado. Su mirada asustada se posó en mí y mantuve la voz firme—. Se acabó. Ahora estás a salvo. —Ella dudó y yo miré a Micah. Vi el tormento en su rostro y, aunque no le debía nada, di otro paso más—. Estás a salvo con Micah.

Maliah nos miró, avanzó un paso y se derrumbó en los brazos de Micah, que dejó escapar un jadeo ahogado y entrecortado, con el cuerpo temblando contra el de ella. Se aferró a su espalda y apoyó la frente en su hombro.

—Lo siento —dijo con voz entrecortada—. Lo siento mucho, Maliah.

Y pude ver la culpa que lo había estado consumiendo durante años; el peso de todo lo que había hecho, de todo en lo que se había visto obligado a convertirse lo estaba destrozando.

Me acerqué a él, y, cuando levantó la cabeza, con los ojos inyectados en sangre y los labios entreabiertos como para hablar, lo hice por él.

—Vuelve a Veyrith. —Esas palabras salieron de mi boca con facilidad. Se quedó sin aliento y Maliah se tensó en sus brazos—. El reino está despertando, Micah —continué—. Necesita a alguien que lo cuide. Que lo ayude a crecer de nuevo. —Me miró como si lo hubiera golpeado—. Marmoris no os ha traído más que dolor. A los dos. —Señalé a su hermana con la cabeza—. Podéis quedaros, pero también podéis iros.

—¿Confiarías en mí para eso? —susurró, incrédulo, con tono de culpabilidad.

—Veyrith te pertenece tanto como a mí. —Lo miré fijamente a los ojos—. Nunca debisteis quedar atrapados aquí, atrapados en lo que ellos os convirtieron. Ninguno de los dos.

Las lágrimas resbalaban por su rostro, pero no se las secó. Asintió y estrechó a su hermana con más fuerza contra él.

Me di la vuelta para darles un momento y se me cortó la respiración: Wren estaba de rodillas, con el cuerpo temblando, los brazos apoyados contra el mármol como si no pudiera mantenerse en pie, pero no estaba sola. Kai estaba allí. Siempre estaba allí.

Le enmarcaba el rostro con las manos, contemplándola con sus ojos oscuros, suplicante. Tenía la frente apoyada sobre la de ella, y le temblaban los dedos con los que la sostenía; su pecho subía y bajaba con respiraciones irregulares y entrecortadas.

Ella respiraba con dificultad, pero respiraba. Y eso era todo lo que él necesitaba.

Un sonido agudo y ahogado escapó de sus labios, y sus dedos se deslizaron entre el cabello de ella.

—Estás aquí —susurró con voz quebrada. Sus labios le rozaron una vez, dos veces y luego otra más, como si no pudiera detenerse, como si necesitara seguir tocándola para creerlo—. Estás aquí.

Wren apretó los puños sobre su túnica hasta que los nudillos se le pusieron blancos como la leche; temblorosa, susurró unas palabras que no pude oír. Un sonido escapó de los labios de Kai, algo entre una risa y un sollozo.

Sus dedos se deslizaron hasta el cuello de ella, hasta el lugar donde el pulso latía bajo su piel. Puso ahí el pulgar, como para sentirlo, como para demostrarse a sí mismo que era real, que ella seguía viva.

Le habló en voz baja para que solo ella lo oyera y Wren levantó la cara, mirándolo fijamente durante un largo momento, y él la besó. Sin cuidado. Sin

suavidad.

La besó como si la necesitara, como si no pudiera respirar sin ella, como si ella fuera lo único que lo ataba a este mundo.

Espiré bruscamente, sintiendo un nudo en lo más profundo de mi pecho. Había visto luchar a Wren. La había visto fuerte, y nunca había sentido tanto miedo como cuando mi padre la tuvo en sus manos.

Y en ese momento se estaba haciendo pedazos, y Kai con ella.

Sentí la magia de Dacre en mi espalda antes que el calor de su piel.

Habíamos sobrevivido. Todos habíamos sobrevivido.

Una risa ahogada vibró contra mi espalda, cálida y familiar. Me giré lo justo para ver cómo se curvaban sus labios; el cansancio que se reflejaba en su rostro no lograba opacar la aguda diversión en sus ojos.

—Bueno —murmuró—, supongo que ya no van a esconderse más.

Solté un suspiro, y sentí algo frágil deshaciéndose en mi interior.

—Supongo que no —susurré.

La expresión de Dacre se suavizó. Levantó una mano y me acarició suavemente la mejilla con los nudillos antes de deslizar los dedos hasta mi mandíbula. Su tacto era cálido, lo único en esa sala que permanecía igual que siempre. Me eché hacia él, hacia su contacto.

Su pulgar recorrió lentamente mi piel y algo cambió en su expresión.

—Se ha ido.

Fruncí el ceño.

—¿Quién?

Tensó la mandíbula.

—La vidente. —Un escalofrío me recorrió la espalda. Me aparté lo justo para mirarlo a la cara, pero su expresión era indescifrable—. Ha desaparecido antes de que nadie pudiera detenerla —continuó—. Nadie ha visto adónde se ha ido.

Una punzada de inquietud me recorrió las entrañas, pero me obligué a respirar profundamente para calmarme. Tragué saliva, aparté los pensamientos sobre ella y volví a centrar mi atención en Dacre.

—¿Qué hay de tu abuela? ¿Está bien?

Sus dedos se crisparon contra mi mandíbula.

—Ya ha empezado a atender a los heridos. —Asentí, sintiendo un gran alivio en el pecho—. Y mi padre —añadió Dacre, con voz más baja—. Él… —Un músculo de su mandíbula se tensó—. Está buscando heridos y caídos en las

calles.

—¿Está bien?

—Creo que está conmocionado. —Dacre tragó saliva y me apartó el pelo de la cara—. Creo que todavía estaba conmocionado por lo de Reed y por lo que hizo Eiran. —Dudó y su expresión vaciló. La culpa y la tristeza luchaban por afianzarse en su interior.

—Salvó a Wren —murmuré, acercándome más a él—. Pero también hizo cosas muy malas. —Deslicé mis dedos entre su cabello e hice que reposara su frente sobre la mía—. Está bien sentir dos cosas. Está bien sentir lo que sea que esté luchando dentro de ti.

—¿Y tú? —preguntó, susurrando contra mis labios—. ¿Tú también lo sabes?

Se me cortó la respiración. Me estaba mirando intensamente, con los ojos oscuros, con algo tácito flotando entre nosotros. El vínculo vibró.

—Sí. —Asentí y lo abracé con más fuerza—. Lo superaremos juntos. Todo. —Me acomodé entre sus brazos, en la calidez de su piel.

Él me estrechó aún más, como si tuviera miedo de soltarme, como si, al hacerlo, el peso de lo ocurrido pudiera hundirnos.

Sus dedos trazaban patrones lentos en mi espalda y yo suspiré, sintiendo su aliento tembloroso, cómo se estremecía.

Tenía la voz ronca cuando volvió a hablar.

—Nunca debiste soportar esto sola.

Se me hizo un nudo en la garganta.

—Y no lo hice.

Su mano se movió hacia mi mandíbula y su pulgar me rozó el labio inferior. Su tacto era cálido, cuidadoso, reverente, pero sus ojos, dioses, sus ojos ardían.

—Lo cambiaste todo —murmuró—. Me cambiaste a mí.

Tragué saliva.

—Y tú me salvaste.

Sus dedos se deslizaron entre mi cabello, y tiraron de él como si necesitara aferrarse a algo.

—Quería destrozarlo, Verena. Cuando te ha tocado, cuando te ha hecho daño, quería… —Se interrumpió.

Me acerqué a él, lo pegué a mí y lo besé en la mandíbula, en la comisura de los labios.

—Se ha ido —susurré—. Se ha ido, Dacre.

Su respiración se entrecortó y yo sentí el alivio, el dolor, el amor, la rabia,

todo mezclado. Levanté una mano para apartarle el pelo húmedo de la frente y dejé que mis dedos se demoraran allí.

Un sonido escapó de sus labios, algo entre una risa y un suspiro de incredulidad, y entonces me besó.

Fue un beso lento, profundo, lastimero. Como si estuviera aprendiendo a conocerme de nuevo. Como si necesitara sentirme, memorizarme por entero, por si acaso los dioses intentaban robarme de nuevo.

Me derretí contra él, dejando que el mundo se desvaneciera, dejando que el vínculo entre nosotros vibrara, cálido y constante bajo mi piel.

—Eres mía —susurró contra mis labios, con las manos temblorosas.

—Soy tuya —murmuré—. Y tú eres mío.

—En esta vida y en todas las vidas venideras.

28

VERENA

El mar estaba en calma aquella noche. Ni una sola ola agitaba su oscura superficie, ni un solo soplo de aire transportaba el aroma de la sal por las calles destrozadas de la ciudad. Era como si el mar contuviera la respiración, esperando, observando, mientras nos preparábamos para enviar a los muertos a casa.

Las antorchas se alineaban en la orilla y sus llamas titilantes iluminaban a la multitud ahí reunida. Los rebeldes formaban en filas, solemnes, con sus armaduras maltrechas y sus rostros manchados de hollín y contraídos por el dolor. Los que una vez habían luchado por mi padre se mantenían más atrás, con expresiones indescifrables.

Y en el mar, flotando silenciosamente más allá de las aguas poco profundas, esperaban los barcos. Docenas de ellos.

Eiran, los rebeldes que habían caído, los inocentes que mi padre había masacrado. Y el niño.

El niño ahorcado que había ardido en las calles con su cuerpo sin vida balanceándose mientras las llamas lo devoraban. Su madre lo había encontrado, y la vimos estrechando contra su pecho el juguete que él había dejado atrás, con gritos desgarradores.

En ese momento la mujer estaba a mi lado, con los dedos aferrados al borde del bote que lo transportaba. No había hablado desde que lo había tumbado dentro y le había peinado con dedos temblorosos lo que quedaba de su cabello quemado.

Sentí su dolor como algo físico. Me oprimía, me estrangulaba. Debería haber tenido más tiempo.

Tragué saliva con la respiración entrecortada y di un paso adelante.

La antorcha que sostenía en la mano parpadeaba y su calor me lamía los dedos, pero apenas lo sentía. Me temblaron las piernas cuando me adentré en el mar, con el vestido pegado a ellas, pesado por el agua y la angustia.

Puse una mano contra el borde de su barco, empujé y la marea lo atrapó y lo envolvió en su abrazo.

Su madre soltó un sollozo entrecortado y agudo, y le cedieron las piernas. Alguien la sujetó antes de que cayera, pero yo no me volví para ver quién era.

Levanté la antorcha y dejé que las llamas besaran la madera.

El fuego floreció, un resplandor dorado contra la noche, y entonces el niño desapareció, flotando hacia el horizonte, más allá de mi alcance.

Tenía el rostro anegado en lágrimas y sentí la caricia del viento susurrando contra mi piel, contra mi corazón. Me volví para ver a Dacre, que estaba en la orilla, con la antorcha aún encendida en la mano.

Abrió los labios y, aunque no pronunció las palabras, las sentí.

«Los honraremos».

Tragué saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta y apreté los dedos alrededor de mi antorcha.

A pocos metros de distancia, otra barca esperaba. El cuerpo de Eiran yacía sobre ella, con los brazos cruzados sobre el pecho y el rostro en sombras bajo el resplandor de las llamas.

Dacre se adelantó y se metió en el agua a mi lado. Dudó solo un momento y luego prendió fuego al bote.

Ninguno de los dos pronunció palabra mientras veíamos cómo se propagaba el fuego, lamiendo los bordes de la madera, envolviendo al hombre que una vez había sido su hermano y su enemigo.

Había traicionado a Dacre. Había salvado a Wren.

El padre de Dacre estaba en la playa, con los labios apretados en una delgada línea y los ojos fijos en las llamas mientras el cuerpo de Eiran se adentraba en el mar.

No sabía si la relación entre Dacre y su padre iba a recuperarse alguna vez. Incluso entonces podía sentir la vacilación de Dacre a través de nuestro vínculo. Podía sentir su desesperación y su confusión sobre si alguna vez iban a poder reparar lo que habían perdido. Dacre espiró bruscamente y bajó la antorcha, con los nudillos blancos de tanto apretarla.

Entonces lo miré. Miré la guerra que aún se libraba en su interior, el dolor que se entremezclaba con su furia.

Tragó saliva, y yo extendí la mano hacia él para rozarle la muñeca con los dedos.

Soltó un suspiro. Luego otro.

Se dio la vuelta y la antorcha cayó al agua y se apagó con un suave silbido.

Volví a mirar los barcos, las llamas que se alejaban cada vez más en la oscuridad, hasta que solo fueron puntos de luz lejanos, tragados por el horizonte.

Y no estaba segura de si el dolor que sentía en mi interior iba a desaparecer en algún momento.

Intenté respirar, intenté forzar el aire a entrar en mis pulmones, donde la culpa había echado raíces, pero no creía que fuera a abandonarme jamás.

Los botes aún estaban en llamas, el mar se llevaba las cenizas, y aun así, el peso de la culpa permanecía.

Nunca iban a ver cómo resurgía el reino. Nunca iban a ver lo que íbamos a construir a partir de sus ruinas. Pero yo iba a llevarlos conmigo a cada paso, en cada susurro, con cada respiración.

Sus nombres nunca iban a ser olvidados.

Un viento fuerte soplaba sobre el mar, avivando las llamas, haciendo que las brasas bailaran sobre las olas hasta que bailaron sobre mí, rozándome la cara y azotando mi cabello.

Levanté la barbilla y dejé que me coronaran.

EPÍLOGO

DACRE

El reino había comenzado a sanar.

Marmoris ya no era la tierra fracturada y destrozada que había sido bajo el gobierno del rey. Las flores nacían donde antes solo había cenizas. Los niños reían en las calles, y sus voces se propagaban por el aire como el canto de los pájaros. El peso de la opresión que antes había asfixiado ese lugar había comenzado a levantarse y, sin embargo, incluso cuando el palacio prosperaba, Verena llevaba semanas negándose a que la coronaran.

Se había dedicado primero a la reconstrucción.

La había visto pasar largas noches entre nuestra gente. Se arrodillaba en la tierra junto a los agricultores, con Wren a su lado, hundiendo los dedos en el

suelo para comprobar su fertilidad y sembrando las semillas de nuevos cultivos. Junto a los herreros y tejedores, se mantenía hombro con hombro, con el tintineo rítmico del metal y el suave susurro de los hilos tejiendo historias de nuestro reino y de Veyrith, disipando las sombras del miedo que una vez se habían cernido sobre ellos debido al legado de su padre.

No se sentó en el trono como lo había hecho su predecesor, sino que trabajó codo con codo con ellos para reconstruirlo todo.

Y su pueblo, nuestro pueblo, había llegado a amarla por ello.

Solo después de ver cómo la magia regresaba a la tierra, de ver cómo ella y mi abuela reestructuraban el diezmo de manera que el reino prosperara, aceptó por fin ocupar el trono. Pero no solo Marmoris estaba cambiando. Al otro lado del mar, Veyrith había comenzado a revivir.

Había leído los rumores en las cartas de Micah, cuyas cuidadosas palabras pintaban un cuadro de una tierra que se creía perdida desde hacía mucho tiempo. Las ruinas habían comenzado a respirar de nuevo; sus ríos, antes áridos, se llenaban, y su magia se despertaba tras siglos de letargo. Al igual que Marmoris estaba encontrando su equilibrio, también lo hacía el reino que la madre de mi alma gemela había llamado hogar en otro tiempo.

Y ese día Verena se encontraba ante su pueblo como reina de los dos.

Yo estaba detrás de las puertas curvas del balcón, contemplándola con asombro.

El viento traía el aroma del mar y le levantaba las delicadas sedas de su vestido, de un azul zafiro intenso, el color del cielo de Marmoris antes de una tormenta. Era la primera vez que la veía llevar algo que correspondía a una reina.

Era el vestido de su madre.

Una corona descansaba sobre su cabeza, delicadamente tejida en oro con intrincados diseños, con una única zafiro oscuro en el centro que captaba la luz del sol poniente con un brillo hipnótico. Llevaba el pelo recogido, con largos rizos sobre sus hombros desnudos, y los bordados del vestido se aferraban a sus clavículas como hiedra trepadora.

Era impresionante. Y era mía.

Me acerqué a ella, incapaz de contenerme por más tiempo, atraído por ella como las mareas por la luna. Mis dedos le rozaron la espalda baja y sentí el lento y constante subir y bajar de su respiración bajo la palma de mi mano.

—Me estabas mirando —murmuró, con una voz teñida de tranquila

diversión.

—Nunca dejaré de mirarte.

Un suave suspiro salió de sus labios, un suave susurro en el aire tranquilo, y finalmente se volvió hacia mí. La luz del sol la bañaba como oro líquido, proyectando cálidos tonos dorados sobre su rostro e iluminando sus rasgos con un delicado resplandor. Sus profundos ojos azules brillaban como un bosque al atardecer, ricos y llenos de intención.

Seguía cargando con un gran peso, el deber invisible que tenía sobre sus hombros: las tensiones de su nuevo papel, cargado de responsabilidad, y la dificultad de preocuparse tan profundamente por las personas a las que sentía que había fallado anteriormente.

—Nunca estuve destinada a esto —susurró, con sus dudas impregnando sus palabras como si fueran secretos que ya no podía guardar—. Nunca estuve destinada a ser reina.

—Eso es mentira. —Le acaricié la mejilla con la punta de los dedos, sintiendo el calor de su piel bajo mi contacto. Con suave insistencia, le levanté la barbilla hasta que sus ojos, profundos y turbulentos como un mar tempestuoso, se encontraron con los míos—. Estabas destinada a ser precisamente esto. Eres el futuro por el que lucharon nuestras madres, por el que lo sacrificaron todo.

Ella tragó saliva con dificultad y su cuello se movió bajo mis dedos como un pájaro frágil y delicado atrapado en un momento de vulnerabilidad en el que había olvidado cómo usar sus alas.

—¿Y si les fallo?

—No lo harás. —Mi voz era tan firme como el acero templado, inquebrantable y resuelta—. Ya les has dado más de lo que tu padre les dio jamás. Estás reconstruyendo un reino, y no lo haces desde el poder, sino desde el amor. Te siguen porque creen en ti. Yo creo en ti.

Sus labios se entreabrieron, como si quisiera discutir, pero no le salieron las palabras. Se echó hacia delante, se puso de puntillas y me besó. Fue un beso lento, prolongado, lleno de una angustia que podía sentir en mis huesos. Gemí suavemente contra sus labios, deslizando mis manos por la curva de su cintura para pegarla a mí hasta que no quedó ni un mísero resquicio entre nosotros. Su cuerpo se derritió contra el mío con una gracia natural, como si siempre hubiera estado destinada a estar allí, como si nunca hubiera existido un mundo en el que no encajáramos tan perfectamente.

—Verena —murmuré contra sus labios, estrechándola con más fuerza contra mí y sintiendo el calor que recorría mi cuerpo—. Me has hechizado.

Sus dedos se hundieron en mi pecho cuando se aferró a mi camisa.

—Y tú a mí —murmuró sin aliento.

Negué con la cabeza porque ella no lo entendía; jamás iba a comprender el poder que tenía, el control que ejercía sobre mí, que no tenía nada que ver con la corona que llevaba en la cabeza.

Le di suaves besos a lo largo de la curva de su cuello, saboreando su piel, deleitándome con la sensación de esta en mi lengua. Dejé que mis labios vagaran más abajo, trazando un camino hacia el suave valle entre sus pechos, sintiendo cómo se estremecía contra mí.

Lentamente, descendí más, y me arrodillé ante ella.

Ella dudó y hundió los dedos en mi cabello.

—Dacre, yo…

—Por favor —la interrumpí, poniendo mi frente contra su tembloroso vientre—. Déjame recordarte que eres más que esta corona. Más de lo que ellos esperan que seas. Que sigues siendo mía.

Ella cerró los ojos y un suave suspiro escapó de sus labios mientras dejaba que la ternura del momento la inundara. Sus dedos me recorrieron delicadamente la nuca, con un tacto tan suave como una pluma que me provocó un escalofrío.

—El pueblo está ahí —rio—. No pueden ver a su reina así.

Sonreí y miré a su espalda, con las manos firmemente apoyadas en sus caderas.

—Nadie se dará cuenta mientras te quedes callada. —Miró por encima de su hombro, hacia la ciudad que se extendía a nuestros pies, y yo bajé las manos por su cuerpo hasta llegar al suave dobladillo de su vestido—. Dime que eres mía —le susurré, y le subí el vestido, acariciándole la piel suave y cálida de sus rodillas.

Ella contuvo el aliento con un sutil sobresalto que me recorrió por dentro. Clavó sus ojos en los míos.

—Sabes que soy tuya.

Agaché un poco la cabeza justo cuando sus flexibles muslos quedaron a la vista.

—¿Y tú lo sabes?

Ella se rio con suavidad, y se tensó cuando le separé los muslos.

—Eres muy exigente. ¿Te lo ha dicho alguien alguna vez?

Sonreí, me eché hacia delante y le di un beso en la cara interna del muslo.

—Sí. Ahora que lo pienso, creo que fuiste tú.

—¿Y si te dijera que no me gusta? —ronroneó, lanzándome un suave desafío que quedó flotando en el aire.

Le levanté más el vestido, deslizando la tela sedosa hacia arriba, hasta que formó delicados pliegues alrededor de sus caderas. Deslicé mi pulgar sobre el encaje de su ropa interior, trazando el contorno de su sexo, y ella se retorció bajo mi tacto, con la respiración acelerada.

—Entonces, te diría que eres una mentirosa. —Alcé la vista para contemplar su hermosa imagen ante mí.

—No creo que debas hablarle así a tu reina. —Ella esbozó una maldita sonrisa traicionera, y supe que iba a devorarla—. Podría llamar a mis guardias ahora mismo y hacer que te llevaran.

Apoyé mi pulgar contra su clítoris a través de su ropa interior, y el contoneo de sus caderas la traicionó.

—No te atreverías.

—Ah, ¿no? —preguntó sin aliento. Sonreí, burlón, deslizando mi pulgar en círculos lentos y perezosos sobre el encaje, y sentí cómo temblaba bajo mis manos. Se quedó sin aliento y hundió las manos en mi cabello—. Dacre…

Le di otro beso en el muslo, muy cerca de donde más deseaba tenerme, deliberadamente lento, disfrutando de cómo se estremecía bajo mis labios.

—Debería haberlo sabido —murmuré—. Incluso como mi reina, sigues siendo una pequeña traidora.

GRACIAS

¡Muchas gracias por leer *El destino del reino*! Me ha encantado escribir este libro, y no puedo creer que la historia de Verena y Dacre haya llegado a su fin.

Espero que los hayas querido tanto como yo.

¿Estás listo para enamorarte de otro mundo que he creado? *A Kingdom of Stars and Shadows* es un *romantasy* sexy de *enemies to lovers* ¡que te dejará con ganas de más!

Me encantaría que te unieras a mi grupo de lectores en Facebook, Hollywood (Holly Renee's Reader Group), para que podamos conectar y hablar sobre lo que piensas de la trilogía de *El Reino Velado*. Este grupo es el primer lugar donde descubrirás portadas, novedades sobre mis libros y los nuevos lanzamientos.

Besos.

Holly Renee.

AGRADECIMIENTOS

Gracias a todos los lectores que han amado esta serie desde el principio. Nunca podré expresar con palabras lo mucho que significa para mí vuestro apoyo.

Gracias a mi marido, Hubie. *En esta vida y en la próxima.*

A Lauren Cox: mi pequeña, mi amor. No podría pasar un solo día sin ti. Gracias infinitas por todo lo que haces y por ser la mejor amiga del mundo.

A Amber Palmer: eres una de las mejores amigas que he tenido nunca. Gracias por ser siempre mi mayor animadora. (Ah, y por dejarme llorar en notas de voz cuando estoy estresada).

A Brandi y Kenie Marie: gracias por ser las mejores hermanas y empleadas del mundo. ;)

A Rachel Brookes: gracias por estar siempre ahí y por estar siempre dispuesta a ayudar. Te valoro más de lo que imaginas.

Gracias a todo mi equipo, sin el cual no habría podido hacerlo. Lauren, Regan, Savannah, Ellie, Rumi, Cynthia, Lo, Rebecca: gracias, gracias, gracias.